SEBASTIAN

FITZEK



La chica del calendario

Sebastian Fitzek

Traducción de Marta Mabres Vicens



Para Sabrina

Incluso los que no creen en nada creen en algo.

1

Registro de la llamada de emergencia

20 de diciembre. 23.34 h. Central de Hof, Baviera.

P: Central de emergencias de la policía, ¿con quién hablo?
R: Sí, hola. Quisiera pedir una pizza.
P: Señora, ha marcado usted el número de emergencias de la policía.
R: Eso, eso. Con salami y queso.
[*Pausa*].
P: Entiendo… ¿Está usted en peligro en este momento y se siente amenazada?
R: Sí.
P: ¿Y no está sola?
R: Eso es.
P: ¿Hay más de un agresor?
R: No. Solo una pizza.
P: Vale. Lo está haciendo muy bien. ¿La persona que está con usted va armada?
[*Pausa más larga*].
R: Sí. Tamaño XXL, por favor.
P: ¿Está usted herida?
R: Con pimiento picante.
P: ¿De gravedad?
R [*risa forzada*]: Si no como algo pronto, me muero.
P: OK. Es usted una mujer fuerte. Lo está haciendo de maravilla. La ayuda estará ahí en un instante. Ahora debería darme la dirección exacta.
R: Mmm. Claro, claro. [*Pausa. Respiración agitada*]. Por favor, tráiganla a Rabenhammer, calle Tannensteig número 18.
P: ¿Es un piso?
R: Ah. Es una casa de veraneo. Es la casa Waldpfad.

P: Bien, y usted ¿cómo se llama?

R: Valentina. Valentina Rogall. Pero, bueno, en el timbre no consta ningún nombre. Pero ¿qué…?

[*Crujidos. Alguien está tapando el auricular con la mano*].

R [*a una tercera persona en la sala*]: Sí. Ahora lo digo. [*De nuevo en la línea. Voz insegura. Temblorosa*]. ¿Oiga? Dejen por favor la comida delante de la puerta. Encontrarán el dinero bajo el felpudo.

P: ¿En qué parte del edificio se encuentra usted exactamente? ¿En la planta baja?

R: No.

P: Entonces ¿en la primera planta?

R: Sí, eso es. [*Pausa, crujidos*]. ¿Cuánto tardarán?

P: La ayuda estará con usted en unos pocos minutos. Ahora repita: «No hay problema, espero a que contacten con el repartidor».

R: No hay problema, espero a que contacten con el repartidor. Un momento, aguarde. También debo decirle que…

[*Pausa más prolongada. Crujidos. Murmullos incomprensibles de fondo. Un gemido reprimido*].

R: No, no. No lo haré.

P: ¿Hola? ¡Oiga! ¿Sigue usted ahí?

[*Un chillido de mujer, estridente y agónico*].

La conexión se interrumpe.

Fin de la grabación: 23.37 h.

2

23.51 h

Rabenhammer, Tannensteig 18

Strachnitz

Con el estor a medio bajar, la casita con tejado de pizarra parecía querer guiñar un ojo al inspector Strachnitz desde la linde del bosque.

Era una noche estrellada y glacial. Ninguna nube atenuaba la luz de la luna llena, que servía a la policía como si fuera un foco y, pese a lo avanzado de la hora, creaba un ambiente crepuscular.

Durante los últimos días había nevado; la mañana del día anterior la precipitación se había interrumpido brevemente para luego volver a empezar a última hora, de modo que era casi imposible avanzar en silencio. Sus botas y las de la agente que le seguía crujían a cada paso que daban por la cuesta que llevaba hasta la última casa de la calle sin salida. Al menos, alguien había esparcido gravilla por el suelo y la subida no parecía una pista de patinaje. Aun así, corría peligro de caerse. Strachnitz había vuelto a beber de forma equivocada: mucho alcohol, poca agua. Las últimas horas habían hecho mella en sus huesos y la cuesta hasta la casa Waldpfad —que era el nombre con que se conocía esa casita en las webs de casas de vacaciones— se le estaba haciendo interminable.

«Parece tranquilo», le comentó a su joven compañera, que había llegado unos minutos después. Él se encontraba cerca cuando saltó el aviso de intervención de la central, pero era evidente, por el

contenido de la llamada de emergencia, que aquella no podía ser una intervención rutinaria para un solo agente; por eso había tenido que esperar a Samira.

La agente inspiró el aire fresco y miró a su alrededor. «Sea lo que sea, allí hay alguien despierto», reflexionó. En el piso superior, la luz estaba prendida mientras que las demás casas de la urbanización estaban sumidas en la oscuridad. En algunos jardines había abetos iluminados, pero la casa Waldpfad carecía de iluminación exterior. En cambio, en una ventana decorada con motivos navideños titilaba la luz de un velón encendido, un tercio del cual ya estaba consumido.

—¡Fíjate! —Samira señaló el suelo.

Numerosas huellas, apenas cubiertas por la nieve de última hora del día, indicaban que el camino había sido utilizado varias veces recientemente. En algún momento, sin duda, por Valentina Rogall, la joven que había hecho la insólita llamada de emergencia pidiendo una pizza.

—¡Qué raro! —comentó él dándole la razón.

Las previsiones meteorológicas de los últimos días habían logrado que apenas nadie saliera a pasear por la zona. El verano había sido caluroso y seco. Ahora la nieve reciente pesaba sobre las copas quebradizas de los árboles. Una tormenta podía tener consecuencias letales. De hecho, el año anterior, en esta época, un paseante incauto había perdido la vida a causa del desprendimiento de una rama.

«Vivir en armonía con la naturaleza. ¡Menuda tontería!», se dijo Strachnitz mientras, con gesto intuitivo, se palpaba la pistola en el chaleco.

El policía adoraba el bosque de Franconia, los paisajes de montaña nevados, el aire puro y el cálido sol en las cumbres de su tierra natal. Pero no era tan ingenuo como para creer que la madre tierra era amiga suya.

«La naturaleza pretende acabar con nosotros. Terremotos, erupciones volcánicas, tormentas, bacterias, animales salvajes, virus, garrapatas, enfermedades, olas de calor, heladas intensas… El hombre ha logrado sobrevivir a todo esto durante miles de años. Sin permitir que siga su curso, resguardándose de ella como un pueblo se defiende de sus atacantes: con cuevas, casas, ropa, medicinas, calefacción, armas, cañas de pescar y raticidas».

Su padre le había enseñado esas cosas.

«Entonces ¿estamos en lucha contra la naturaleza?», le había preguntado siendo niño. Eso le valió una bofetada.

«No atiendes a lo que te digo. Digo que nos protegemos, no que nos enfrentamos. La naturaleza lucha contra nosotros. Y además con razón. Somos su enemigo. No tenemos ninguna función en la cadena alimentaria. Nuestra existencia carece de sentido. Por eso, la naturaleza nunca nos presentará una oferta de paz. Y por eso cualquier intento de consumir menos electricidad, comer menos carne y generar menos basura es una completa estupidez. Es como pedirle a un tumor que no se propague. De hecho, somos el cáncer de la naturaleza. Desde su punto de vista, debemos ser erradicados».

Cuanto mayor se hacía, mejor comprendía Strachnitz la amargura de su viejo, ahora gravemente enfermo y que, sin embargo, durante toda su vida había mostrado una imagen diferente a la opinión pública. Un comisario circunspecto, siempre al servicio de la ciudadanía vulnerable.

«Hipócrita».

¿Por qué había hecho caso de papá y, siguiendo su ejemplo, se había hecho policía? «¿Piensas seguir echando a perder tu vida trabajando como vigilante de seguridad o vas a dedicarte por fin a un trabajo de hombres?».

Strachnitz lo lamentaba casi a diario. Ese día, tal vez, más que

nunca. Sin embargo, era incapaz de escuchar la voz interior que, llevada por el viento helado, le susurraba al oído que volviera sobre sus pasos, que no entrara en esa casa. Y menos aún con una resaca que, a cada inspiración, le clavaba las garras en el cerebro.

Por suerte, era capaz de controlarse hasta el punto de que su compañera, más joven, no se daba cuenta de su estado lamentable. Al menos, eso era lo que él esperaba.

El camino los condujo primero junto a un cobertizo y luego junto a un garaje que formaba parte de la casa, en cuyo tejado plano había una terracita con vistas al bosque.

Un detector de movimiento activó una luz situada sobre la entrada posterior.

El cristal de la puerta principal presentaba un borrón hecho con rotulador negro desde el interior.

—¡Qué extraño! —comentó Samira.

Strachnitz asintió.

—Es como una señal.

Una línea curvada que podía representar el número **2** o la letra S, según si se veía desde dentro o desde fuera.

La puerta principal estaba entreabierta. Strachnitz la empujó con cuidado. Se abrió con un ligero crujido dejando ver un pasillo oscuro y estrecho. A mano derecha había una escalera angosta que conducía al primer piso. A la izquierda, una caja de fusibles empotrada en una pared revestida de madera. También esa puerta tenía una marca de rotulador. Esta vez era el número **5**.

—¡Hola, traemos la pizza! —gritó Strachnitz tan alto que resonó por toda la casa. No obtuvo respuesta. No oyó nada más que el sonido del viento en el exterior.

El interior de esa vivienda de aspecto abandonado olía a chimenea fría y perro mojado.

Pero, por desgracia, no a aguardiente.

—¿Hay alguien ahí?

Abajo, en el aparcamiento, le había explicado a Samira que no debían identificarse como policías, de modo que en lugar de llevar las chaquetas de uniforme lucían unos chubasqueros anodinos.

«El agresor que amenaza a la mujer que ha llamado espera un repartidor de pizzas; queremos que tenga esa falsa sensación de seguridad».

—¡El dinero no está debajo del felpudo! —gritó entonces Strachnitz dirigiéndose sigilosamente por el pasillo con la pistola dispuesta hasta llegar frente a una puerta delgada de madera que daba a su izquierda. El techo de la vivienda era demasiado bajo para un hombre de su estatura, eso le obligaba a avanzar con el cuerpo algo inclinado hacia delante.

Abrió la puerta y entró en lo que a primera vista parecía ser un salón acogedor: un pequeño sofá de cuero de aspecto confortable y un sillón orejero; entre ambos, una alfombra persa donde predominaban los adornos florales de color rojo y sobre la que había una mesa de centro con ruedas situada ante una estufa de leña rústica. El salón era, en realidad, una sala de paso a la cocina, cuya ventana decorada con motivos navideños el comisario había visto desde el exterior. El estor estaba a media altura y ante él había el velón negro.

—¡No hay nadie! —dijo Samira.

También él se había dado cuenta a primera vista de que en esa cocina rústica anticuada no había nadie. Las sillas estaban movidas. La estancia olía a café frío y absenta. Sobre la mesa había platos sucios.

—¡Fíjate! —Strachnitz señaló el cristal de la estufa de leña. El **19** escrito en la capa de hollín le recordó el capó sucio de su coche, donde la semana anterior unos niños habían dibujado una carita sonriente.

Strachnitz se arrodilló y abrió el horno. Detrás de él Samira soltó un gemido en voz alta.

—¡Por Dios!

Él soltó un taco. Más grosero. Más aterrado.

«¡No puede ser cierto!».

Se acordó de su padre cuando le contaba su peor caso cuando trabajaba en la patrulla: un yonqui que creía estar endemoniado se había intentado cortar la mano izquierda con unas tijeras de podar porque creía que estaba «poseída».

«¡Mierda!».

En este caso en el horno no había ninguna mano. Solo un dedo índice. Con la uña medio arrancada. Bañado en sangre, cortado de forma experta. Como si fuera el aperitivo de un caníbal enajenado, estaba dispuesto sobre una pila de leña en el horno de carbón vegetal.

—¡Santo Dios! —gimió Samira retrocediendo.

—¡Que venga la científica! —dijo Strachnitz por radio a la central —.Necesitamos refuerzos. Y mejor que venga también una ambulancia.

Se quedó mirando el horno frío maldiciéndose a sí mismo y a su vida; necesitó un buen rato para levantarse de nuevo, y por eso se dio cuenta demasiado tarde de que su compañera ya no estaba junto a él.

3

Samira

Strachnitz le había prohibido subir sola al piso superior, pero ella no veía razón alguna para obedecerle. Aunque él tenía más antigüedad y técnicamente era su superior, a juzgar por su aliento y su paso vacilante, difícilmente estaba en condiciones de llevar a cabo esa intervención de forma correcta, y menos aún de darle órdenes a ella. Que aguardara él abajo los refuerzos. Ella no iba a esperar para que luego le recriminaran haber abandonado a su suerte a una mujer indefensa.

Samira desenfundó su arma reglamentaria.

Los escalones desgastados crujían una barbaridad a cada paso. Nadie que estuviera en el primer piso, justo bajo el tejado, podía no oírlos. Dejó de querer aparentar ser una repartidora de pizzas y al instante se dio cuenta de que aquello no había sido necesario ya desde el principio. Tampoco había nadie en las habitaciones de la planta superior, ni en el dormitorio ni en el pequeño despacho, cuya puerta ventana permitía el acceso a la terraza de la azotea, encima del garaje.

Ni Valentina Rogall. Ni ningún hombre que la amenazara.

Sin embargo, sí se apreciaban indicios de que en la casa había gente apenas unas horas atrás: en el dormitorio, junto a la cama de matrimonio, la ropa de cama y las almohadas estaban tiradas por el suelo. La cama parecía recién hecha, pero las sábanas estaban manchadas. Al igual que en la puerta y en la caja de fusibles del piso de abajo, también allí arriba había marcas con números.

A la derecha, se veía un **9**. A la izquierda, alguien había escrito un

17 con rotulador rojo.

«¿Qué está pasando aquí?».

Junto a la cama, Samira vio un sobrecito de color menta apenas mayor que una tarjeta de crédito. Lo recogió y sacó una tarjeta de su interior. Contenía un texto escrito con rotulador negro de trazo fino. Un poema que a Samira le revolvió el estómago como si se hubiera tenido que tragar un huevo podrido:

Abandónala a su muerte y su desdicha.
La chica del calendario ya no se ilusionará.
Escondida en un cajón, ¡tra la la la la!
¡Hoy es noche de muerte!
¡Hoy es noche de muerte!

Se preguntó qué significaría ahí «cajón». Se imaginó un cadáver con un dedo amputado dentro de una caja; un ataúd, un arcón o, si había que interpretar de forma literal al autor, una estructura parecida a un cajón, como un cajón de arena.

«O…».

Rodeó la cama. Se agachó. Con los dedos palpó la alfombra, tan oscura que a simple vista no se veía… el líquido oscuro que se filtraba desde la cama al suelo.

«Desde la cama».

Dicho más exactamente: desde el cajón de debajo de la cama.

Abandónala a su muerte y su desdicha.

Debajo de la cama. En un cajón.

—¿Qué está ocurriendo aquí? —oyó a Strachnitz preguntar desde la puerta.

De pronto, fue como si la luz del techo perdiera intensidad.

Con la pistola lista para disparar, Samira levantó el cajón de la cama por el lado donde había encontrado el sobrecito y alzó el colchón. El muelle del mecanismo de apertura cedió de mala gana,

como si lo estuvieran forzando a adoptar una posición errónea e insana.

Strachnitz, que ahora estaba detrás de ella, llevó también el haz de su linterna hacia allí.

—¡Dios mío!

Samira gimió horrorizada.

Imposible saber si la criatura metida en el cajón de la cama era hombre o mujer; por un instante ella llegó a dudar incluso de que fuera un ser humano, porque nunca había oído a nadie gritar de un modo tan atroz e incomprensible.

—¡Necesitamos asistencia médica! —oyó a su espalda a Strachnitz gritando por la emisora—: ¡Ahora mismo!

En un mundo ideal, ella entonces habría oído las sirenas, los neumáticos de los coches patrulla y la ambulancia derrapando. La luz parpadeante de los vehículos de emergencia habría sumido el dormitorio en un azul intermitente.

Pero Samira no oyó nada parecido. No vio siquiera señales luminosas. Solo aquel ser ensangrentado, de respiración entrecortada, metido en el cajón de la cama.

«¿La chica del calendario?».

—¡Emergencia médica! ¿Dónde se han metido esos malditos bomberos? —gritaba Strachnitz por radio. Entonces estalló el infierno. Mientras su compañero estaba distraído con la llamada de emergencia, esa criatura ensangrentada salió de pronto del cajón de la cama.

Samira lo intentó. Pero no consiguió disparar ni un solo tiro antes de que aquello arremetiera contra la garganta desprotegida y expuesta de Strachnitz.

4

Siete horas más tarde

Strachnitz

Ni resaca. Ni náuseas. Fue lo primero que notó al despertar. Hacía meses que no se despertaba así, sin sentir un martilleo en la cabeza. Sin embargo, eso no fue motivo de alegría para él. En vez de eso, ahora le parecía como si en el cuello tuviera una herida abierta que un sádico hubiera envuelto con paños hirvientes empapados con salmuera.

—¿Me oyes?

Strachnitz asintió, lo cual resultó ser un error porque entonces las gasas le rozaron profundamente la herida del cuello. De buena gana habría tirado del cable con el botón rojo de emergencia que colgaba de su cama en el hospital, pero temió hacer cualquier otro movimiento.

—Estás despierto, bien. Eso está muy bien…

El hombre que estaba junto a su cama no era médico, aunque las bolsas de sus ojos, del tamaño de un saquito de té, le habrían quedado bien a un médico de planta tras un turno de cuarenta y ocho horas. Strachnitz necesitó un rato para reconocer a su padre en ese hombre moreno y cuarentón. El condecorado detective.

«Pues vaya».

—¿Dónde estoy? —preguntó. Su voz era como si hubiera hecho gárgaras con detergente clorado.

—En el Sankt Martin. Por suerte aquí los cirujanos son excelentes.

Fuera de su campo de visión sonó el pitido de un monitor, con el

que seguramente se controlaban las funciones vitales. Eso, al menos, explicaría los numerosos tubos y el manguito que llevaba en el brazo izquierdo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó con voz ronca. Trató de tragar saliva, pero no lo logró.

—¿No lo sabes?

La voz de su viejo sonaba inusualmente eufórica.

Strachnitz intentó recordar mientras contemplaba por el rabillo del ojo la ventana que tenía a mano derecha. Era de día. Sus últimos recuerdos estaban sumidos en la oscuridad. Recordaba el sabor del alcohol que había ingerido a primera hora de la mañana (¿seguía siendo hoy?). Y la llamada de emergencia. La central había dicho algo sobre una mujer que había pedido pizza al número de emergencias de la policía y que posiblemente no había podido hablar con libertad porque estaba siendo amenazada.

«¡Estoy al lado!». Él había aceptado el aviso con esas palabras, y había esperado la llegada de su compañera.

A partir de entonces, sus recuerdos se volvían cada vez más fragmentarios. En su memoria, abría la puerta principal de una casa, veía una caja de fusibles etiquetada con un número. A continuación, una cama y, al final, un ser bañado en sangre. ¿Y luego? Nada más.

Strachnitz se aclaró la garganta, y fue como si una lima de uñas pasara sobre sus cuerdas vocales.

—¿Habéis pillado al agresor? —preguntó, palpándose el vendaje al llevarse la mano al cuello.

—¡Oye, escucha bien lo que te digo! —dijo su padre bajando media octava su tono de voz y haciendo que de pronto sonara mucho más amenazador—. Es muy importante que comprendas lo ocurrido en la casa Waldpfad, ¿vale?

Strachnitz asintió, y al instante lo lamentó. Le pareció como si dentro de su cabeza se agitara un baño de ácido.

—¡Fue un perro!

—¿Un perro? ¿Dónde…? Quiero decir, ¿cómo…?

—Un perro abandonado. Acudiste a una llamada de socorro y entraste en una casa vacía. Y ahí ese chucho te atacó. Seguramente el animal debió de quedarse encerrado por accidente y llevaba días sin comer. Tú te convertiste en su presa. —La voz sonora de detective de su padre volvió a adoptar un tono de camaradería—: Según parece, hijo mío, sabes mal. El bicho te soltó y se largó.

Strachnitz notó que lo invadía un sopor tremendo, como si hubiera tomado un somnífero y de pronto le estuviera surtiendo efecto. Muy posiblemente lo estaban atiborrando de analgésicos y sedantes.

—¿Y la mujer? —quiso saber.

«Y mi compañera. ¿Cómo se llamaba?…».

—¿Qué mujer?

—La víctima. La del cajón de la cama. Estaba ensangrentada. ¡Seguro que habéis encontrado el dedo!

—¿El qué?…

A Strachnitz se le empezaron a cerrar los párpados.

—En el horno. Había un número. Y un poema…

Escondida en un cajón, ¡tra la la la la!
¡Hoy es noche de muerte!

Maldita sea, ¿cómo seguía luego?

Ante sus ojos la habitación del hospital centelleaba, como si a su alrededor todo fuera una proyección expuesta en ese instante a una fuente de alimentación fluctuante. Oyó hablar a su padre, esta vez, de nuevo, con voz muy grave:

—Tranquilo, hijo. Como ya te he dicho, es importante que comprendas esto, pregunte quien pregunte: no había nadie en la casa. Ni víctima ni sangre ni dedos ni números. Y tampoco viste ningún poema.

«Imposible».

—No le des más vueltas, chaval. Los médicos dicen que, tras una lesión tan traumática como esta, es bastante normal sentirse confuso y tener recuerdos falsos. Sobre todo, cuando a veces a uno se le va la mano con el alcohol.

Strachnitz notó una mano en el hombro; le habría gustado agarrarla y tirar con todas sus fuerzas de su padre hasta tener la boca junto a su oreja, para que ese rostro con bolsas en los ojos se enterara cuando él le espetara a gritos: «Puede que yo sea un borracho. Pero no estoy loco. Y eso no es tampoco una alucinación por culpa de los sedantes. Así que no me vengas con hostias».

Pero no pudo decir nada más. Tenía los ojos cerrados. Se sumió en una nada oscura, en la ausencia total de luz. De repente, le sobrevino un pensamiento, apenas una palabra. Era de ese poema en la casa Waldpfad, aquel cuyo texto completo no lograba recordar, excepto una sola cosa:

chica del calendario

Aunque no era capaz de explicárselo en ese momento, se quedó electrizado, sintió un escalofrío recorriéndole el cuerpo lacerado que le condujo a un último pensamiento: Valentina Rogall.

De repente, todo cobró un sentido atroz, aunque apenas fue por una fracción de segundo; luego todo a su alrededor perdió consistencia y se desvaneció en el aire hasta que solo quedó la negrura más siniestra a la que su mente había estado expuesta jamás.

5

Once años después – Actualidad

Olivia

Tanta sangre, sin duda, no causaba buena impresión. Estaba adherida a la barbilla de Olivia Rauch, a su cuello y, por supuesto, a su blusa blanca. En suma, a todo cuanto había estado en contacto con su cabeza, también las manos, con las que había intentado limpiar ese desastre. Había sido en vano.

No le había dado tiempo de eliminar las manchas con Aspirina Plus C disuelta (un truco que le había dado en una ocasión una limpiadora de escenas del crimen y que iba muy bien). Apenas había podido cambiarse de ropa antes de emprender el precipitado trayecto en coche hasta Mitte, el distrito centro de Berlín. En ese momento, tenía la sensación de que nunca más iba a tener tiempo para nada mundano. No mientras su hija se estuviera precipitando hacia la muerte por la vía rápida, a una edad demasiado temprana.

—Pero tiene que haber algún modo, ¿no? —se oyó preguntar con una voz extrañamente sorda. Sentía las palabras que le salían de la boca como cuerpos extraños. Ásperas, rasposas y desagradablemente duras. Igual que la silla de madera donde ella se sentaba con el cuerpo inclinado hacia delante, tensa como un corredor antes del pistoletazo de salida.

—No veo cómo —respondió el funcionario. Con su cuerpo musculoso detrás de aquella mesa parecía un portero de discoteca vestido con esmoquin. Ridículo y, a la vez, imponente.

El lápiz con el que tamborileaba sobre un expediente cualquiera de

la mesa que tenía delante desapareció entre sus enormes zarpas como si fuera un palillo.

Desde que el funcionario de referencia para Olivia se había jubilado, Walther Wallenfels era su interlocutor principal en la oficina de adopciones, alojada en el edificio del Departamento de Educación, Juventud y Familia del Senado de Berlín. Hasta entonces, solo había tenido contactos esporádicos con el jefe de la oficina. No conocía ningún detalle personal de él, salvo que sus colegas le llamaban Walli, aunque no sabía si el apodo era por su nombre o por su apellido.

—La ley dice que los niños adoptados tienen derecho a saber quiénes son sus padres biológicos.

—Cuando cumplen dieciséis años —corroboró Wallenfels para inmediatamente contradecirla—: Alma solo tiene once. Y además… —Apuntó con el lápiz precisamente a la mancha de sangre de su blusa y añadió—: En este caso no solo es una adopción cerrada donde es obligado respetar estrictamente la edad de la menor. ¡Es que además es una adopción secreta!

—Eso ya lo sé —dijo Olivia sin apenas pensar. Y tampoco logró morderse la lengua para añadir—: ¡Asistí a todo el proceso!

«Maldita sea. Licenciada en Psicología con la más alta calificación. Profesora júnior en la Universidad Libre de Berlín. Y todo indica que no presté atención a mi propia clase magistral sobre control de impulsos».

—Bueno… —Wallenfels le dedicó una mirada arrogante, como diciendo: «Entonces ¿a qué viene esta charla?»—. Si usted asistió, debe saber que no me está permitido proporcionarle ningún dato personal sobre los padres biológicos de Alma. Esa fue la condición fundamental de la adopción y, en su momento, usted la aceptó, señora Rauch.

Olivia, nerviosa, quiso hacer girar su alianza en el dedo y de nuevo

cayó en la cuenta de que ya no la llevaba. Desde hacía cuatro meses. Sin embargo, las viejas costumbres no desaparecen con la misma rapidez que un trocito de metal.

—¡Tiene que haber alguna excepción!

Wallenfels negó con la cabeza.

—No. Si ahora le dijera un nombre, pondría en peligro la vida de la madre.

Ella frunció el ceño.

—¿Cómo se supone que eso puede poner en peligro su vida?

—No estoy autorizado a responder a esta pregunta. De ser así, usted sabría…

—… ¡quién trajo a Alma al mundo! —añadió ella, poniendo los ojos en blanco.

«Vale, vale. Así no llegaré a ninguna parte».

Olivia inspiró profundamente, extendió las manos hacia el funcionario y luego señaló su blusa.

—¿Ve esta sangre? ¡Mi hija está enferma! Sufre de LLA, leucemia linfoblástica aguda. Normalmente, esta enfermedad no es una condena de muerte. Gracias a la medicina moderna, las posibilidades son realmente buenas. Más o menos el noventa por ciento de niños y jóvenes que la sufren sobreviven entre diez y quince años. Por desgracia, en el caso de Alma, la quimioterapia no basta. Al revés. En vez de ayudarla, le provoca hemorragias nasales cada dos por tres. Vengo directamente de casa, donde la atiendo, porque en el hospital ya no pueden hacer nada más por ella. A menos que demos rápidamente con un donante compatible de médula ósea.

Wallenfels la miró imperturbable y esperó unos instantes hasta que le preguntó:

—¿Se ha sometido usted a las pruebas de compatibilidad?

«¿En serio?».

La pregunta enfureció tanto a Olivia que tuvo ganas de levantarse

y arrojar la silla por el despacho.

—Por supuesto, ¿qué se ha creído?

Fue lo primero que hizo. Todos sus allegados se hicieron un frotis bucal y se inscribieron en el Centro Alemán de Donantes de Médula Ósea. Con tal de salvar la vida de Alma, se habría dejado arrancar todos los dientes, incluso sin anestesia, si tal cosa hubiera sido necesaria para comprobar la compatibilidad. No había nada que no fuera a hacer por ella. Desde el momento en que la tuvo entre sus brazos por primera vez, no había querido más a ningún otro ser humano. Aquella criatura tan absolutamente vulnerable con el rostro arrugado y expresión malhumorada, de mejillas hinchadas y unos piececitos de tocinillo, que parecían como bollitos minúsculos. «Viviré por ti. Y moriré si es necesario», eso fue lo primero que le susurró al oído de Alma. Cualquiera que conociera un poco a Olivia sabía que aquella no era una frase huera. Había demostrado su abnegación ya con seis años de edad. Su hermano pequeño Henry, que acababa de cumplir cuatro años, había atravesado una puerta de cristal en el invernadero de la casa de sus padres en Köpenick. Se había abierto el pecho y había perdido mucha sangre. Los médicos del hospital no tenían suficientes reservas de sangre AB, que era su raro grupo sanguíneo, pero Olivia era una posible donante. Así que, tras consultar a sus padres, uno de los médicos le preguntó si quería salvar a su hermanito Henry. Olivia no se lo pensó dos veces, se despidió de sus padres y fue con el médico para hacer la donación. Cuando hubo terminado, le preguntó: «Bueno, y ahora ¿cuánto tiempo pasará hasta que me muera?».

Cuando el médico reparó en el significado de esa frase, los ojos se le llenaron de lágrimas. Olivia había creído que al pedirle que donara su sangre se le había pedido también que sacrificara su vida por la de su hermano. Y la pequeña no había dudado ni un segundo.

De igual modo, Olivia ahora no vacilaría ni un instante en darlo

todo por Alma. «Si por mí fuera, le daría toda la médula ósea». Por desgracia, eso no habría servido de nada. Esta vez, a diferencia de entonces con Henry, ella no era lo bastante compatible. Ni tampoco nadie en todos los registros de donantes del mundo. Hasta el momento.

—Se lo ruego, señor Wallenfels. —Intentó conmover al funcionario —. Es una cuestión de vida o muerte. Necesito encontrar a los padres biológicos de Alma.

—¿Acaso usted cree que podrían ser compatibles como donantes de médula?

—¡Sí! —Olivia asintió con expresión grave.

—¿Usted cree en eso? —repitió Wallenfels con una sonrisa que Olivia no supo interpretar.

Por el modo en que Wallenfels enfatizó ese verbo ella empezó a barruntar a qué se refería. Y, cuando él se levantó la manga izquierda de la camisa y mostró la cruz tatuada que llevaba en la muñeca, tuvo la certeza.

—Oí ese pódcast, señora Rauch.

«Maldita sea».

Ella cerró los ojos mientras suspiraba en silencio y los mantuvo así mientras hacía dos respiraciones profundas.

«Incluso él se ha enterado».

Aquel pódcast sin pies ni cabeza. Durante treinta y seis años de su vida, había logrado mantenerse alejada del foco mediático. Nunca había concedido una sola entrevista, y eso que desde que se especializó había recibido muchas peticiones. Su investigación giraba principalmente en torno a la psicología de la víctima. En su tesis doctoral había estudiado por qué a menudo los criminales más crueles habían sido también víctimas de delitos durante la infancia. En ocasiones, incluso habían sufrido los mismos abusos que los que luego ellos infligían a otros.

Pero Olivia rehuía la notoriedad y nunca había entendido qué era lo que llevaba a la gente a querer leer su nombre en la prensa, y menos aún a ver su cara en la pantalla de televisión. Valoraba su vida tranquila y apartada, su intimidad y su labor discreta como profesora asistente en la universidad. Pocas cosas le disgustaban más que los colegas con afán de protagonismo que se aprovechaban de los crímenes más atroces para convertirse en celebridades a costa de las víctimas.

Pero entonces su mentora enfermó. Y, por desgracia, tuvo que sustituirla como experta en el popular pódcast de psicología *Delitos con motivación religiosa: cuando la fe se convierte en delirio*.

—¿Escuchó todo el programa o solo los clips de Instagram?

Lo absurdo de aquel asunto era que el pódcast se había grabado y emitido hacía dos años y que en su momento pasó desapercibido…, hasta que un músico pop conocido por sus letras religiosas llamó la atención de sus seguidores sobre Olivia desde su canal de YouTube. Poco después, el episodio se hizo viral y de pronto las palabras de ella aparecieron en los medios de comunicación.

Profesora de la FU:
¡Los creyentes son enfermos mentales!

Así rezaba el titular escueto de un periódico famoso por la brevedad de sus cabeceras. Y así, en cuestión de unas horas, ella dejó de ser una investigadora desconocida para convertirse en sujeto de odio para gentes temerosas de Dios de todas las confesiones y figura emblemática para los anticlericales militantes. Al cabo de un día, la avalancha de reacciones fanáticas colapsaba la bandeja de entrada de su correo electrónico. Una semana más tarde, estallaban las primeras bolsas de pintura contra la fachada de su despacho en el campus universitario de Zehlendorf. Un mes

después, la avalancha de odio empezó a disminuir por fin y sus clases dejaron de sufrir interrupciones constantes de alborotadores.

—Aquello estaba completamente sacado de contexto. —Por enésima vez en los últimos tiempos, Olivia se justificó.

—¿Ah, de veras? —Wallenfels enarcó una ceja—. «Des-de el punto de vista psicopatológico, los creyentes cumplen todos los criterios para ser considerados perturbados mentales». Dijo eso, ¿verdad?

No. La cita completa decía: «Hay quien dice: "Los creyentes cumplen todos los criterios para ser considerados perturbados mentales desde un punto de vista psicopatológico". Yo no comparto esta opinión».

Sopesó la posibilidad de discutir este asunto con Wallenfels, pero sospechaba que esa era una batalla que tenía perdida de antemano. Él ya había emitido un veredicto. Sobre ella. Y sobre su solicitud de acceso al expediente.

Con todo, insistió con vehemencia.

—¡Alma morirá si no encuentro a sus padres biológicos! Solo necesito saber su nombre.

—Lo siento —dijo el funcionario sin sentirlo en realidad—. De todos modos, hasta donde yo sé es bastante improbable que los padres biológicos sean donantes compatibles de células madre.

«Es cierto. Pero es la única esperanza a la que puedo aferrarme».

Los trasplantes de células madre dependen de lo que se conoce como la compatibilidad HLA. Lo ideal es que el material tisular de los glóbulos blancos del donante sea idéntico al del receptor para que el organismo no lo rechace. Sin embargo, este escenario solo se da con los gemelos idénticos. En el caso de los hermanos, como cada uno hereda de los progenitores la mitad del material genético, la probabilidad de compatibilidad es del veinticinco por ciento. En el caso de los padres, este aspecto es significativamente inferior.

—Pero es una posibilidad —objetó Olivia—. Existe una buena razón

por la que para la terapia con células madre se empiece siempre buscando donantes entre la familia del paciente. Y eso es lo que quiero hacer, solo que no conozco a la familia de Alma.

—Bueno, lo entiendo, pero no puedo hacer nada por usted, señora Rauch. —Wallenfels sabía impregnar con un tono sarcástico un breve suspiro—. Tráigame un auto del juzgado de familia ordenándome revelar la identidad de los padres biológicos de Alma. De lo contrario, mis manos están atadas.

«Hijo de puta», dijo Olivia para sí temblando y confiando en no echarse a llorar hasta llegar al coche. El frío que la recibió frente al edificio de la Administración del Senado de la Bernhard-Weiß-Straße era similar a la despedida glacial que le había dirigido a Wallenfels, de cuyo despacho había salido con un portazo. Entonces, apenas unos pocos segundos después, se reprochaba haberse dejado llevar de nuevo por su mal carácter.

«¡Algún día también usted se encontrará más cerca de la muerte que de la vida, señor Wallenfels, y ojalá que entonces ese Dios al que adora con tanto fervor se apiade de usted!».

«¡Maldita sea!».

No había conseguido nada, solo ponérselo en contra.

«Bien hecho, Olivia».

Se encogió de hombros y se subió el cuello de su abrigo de lana. Había olvidado la bufanda en el coche, que tenía aparcado a más de un kilómetro de distancia, en una zona de estacionamiento prohibido. Una vendedora astuta la había convencido de la compra de esa miniván con el argumento de que, gracias a su amplio maletero, era el vehículo perfecto para hacer las compras y viajar con la familia. Comparado con la mayoría de los monovolúmenes que circulaban por las calles de Berlín, aquel vehículo de color remolacha era realmente «mini». Sin embargo, en Mitte era tan

práctico como tener un tanque. Solo los idiotas circulaban con él por el centro de la ciudad, tan hostil a las plazas de aparcamiento, y ese día Olivia ya se había comportado varias veces como una idiota.

Faltaba poco para las seis de la tarde y las farolas en la calle llevaban un buen rato encendidas. Calculó mentalmente cuánto tardaría en llegar hasta Spandau, hasta que cayó en la cuenta de que ya no tenía que dirigirse allí. Se había mudado de esa zona poco después de que saliera a la luz la doble vida amorosa de su marido Julian, y de aquello habían pasado tres meses. Sin embargo, después de un largo día de trabajo, se sorprendía eligiendo sin darse cuenta la ruta que durante una década había sido el camino a su hogar.

«Un hogar que ya no existe».

Olivia se había alejado ya unos pasos de la entrada cuando oyó a sus espaldas una voz de mujer llamándola nerviosa por su nombre.

—¿Señora Rauch? Espere, por favor.

Se volvió hacia la persona que se le acercaba con la respiración entrecortada, como si acabara de terminar una carrera.

—¿Sí? —preguntó Olivia a la mujer, de una edad difícil de adivinar. Por su voz, muy gutural, parecía que hubiera superado hacía tiempo la edad de jubilación. Sin embargo, la sudadera gris con el retrato de una famosa banda juvenil de chicos era más propia de una adolescente. A causa de la llovizna helada, la mujer se había cubierto el pelo canoso y rizado con la capucha, dando a Olivia la extraña impresión de estar hablando con un monje.

—Trabajo en el despacho contiguo al del señor Wallenfels. Siempre tenemos las puertas abiertas. Por eso he oído su conversación. No lo he podido evitar.

—Ah, ¿sí?

Olivia había estado tan tensa y nerviosa en el despacho de Wallenfels que no había reparado en su entorno.

—Conozco su caso.

—Entonces ¿usted podía…? —preguntó Olivia de nuevo esperanzada.

—No. No tengo acceso al archivo. Ya no.

—No lo entiendo.

Aquella funcionaria sin nombre, que claramente no parecía tener intención de presentarse, negó con la cabeza con vehemencia.

—A mí me han endilgado la miserable digitalización de expedientes de otros tiempos. A mí precisamente, que apenas me manejo con el móvil. Me encargo de escanear todos los casos de adopción de los últimos veinte años.

—¿Y?

Cuando habló, la funcionaria abrió mucho los ojos, que tenía oscuros y con arrugas:

—Y de todos ellos el suyo es el que más recuerdo.

Olivia se estremeció; en ese instante deseó llevar también la cabeza cubierta, aunque estaba segura de que el escalofrío que sentía en todo el cuerpo se debía menos al frío que a las palabras de su extraña interlocutora.

—¿Y cómo es eso?

La mujer vaciló. Luego bajó la voz. No hacía falta ser un experto en la psique humana para detectar en su lenguaje corporal los síntomas de estrés que acompañan a una reacción espontánea de miedo cuando dijo:

—¿Ha oído hablar alguna vez de la chica del calendario?

«La chica del calendario».

Olivia se notó la boca seca.

—¿Quién se supone que es?

—Es…

Una ráfaga de aire intentó apartar la capucha de la mujer sin nombre. Esta volvió a mirar a su alrededor, esta vez hacia arriba, en

dirección al despacho de Wallenfels, y se estremeció. Olivia también había vislumbrado la sombra detrás de las cortinas.

—He hablado demasiado —susurró la encapuchada mientras se disponía a marcharse.

—Aguarde —exclamó Olivia tras ella—. ¿Por qué me ha dado esa pista si tiene tanto miedo?

«De lo que sea que la asuste».

La vecina de despacho de Wallenfels se detuvo una vez más y se volvió hacia ella por un instante. Dio entonces la explicación que Olivia ya sospechaba. La única que no requería más explicaciones.

—Yo también soy madre —dijo.

Segundos después había vuelto a desaparecer en el edificio.

6

Wallenfels

Wallenfels se asomó a la ventana y observó a Olivia Rauch caminando por la calle con la cabeza agachada, en un intento por exponerse lo mínimo posible a la lluvia, que cada vez era más intensa; al llegar al cruce desapareció de su campo de visión.

Volvió a sentarse en su escritorio y cogió un lápiz con el que empezó a tamborilear sobre la mesa. Contempló un buen rato el cartel que colgaba en la puerta de su despacho: mostraba la silueta de una niña pintada con espray en blanco y negro en la pared de un edificio que tenía la mano extendida hacia un globo rojo que se le escapaba. Tal vez lo quería dejar ir a propósito. Wallenfels aún no había decidido qué era lo que esa obra del artista urbano Banksy le quería decir.

Presa de una insólita inquietud interior, apartó la vista del cartel, sacó una llave del cajón superior del escritorio y se dirigió hacia el único archivador que siempre tenía bajo llave. Antes, cerró la puerta que daba acceso al despacho de su compañera de trabajo.

Tardó un rato en encontrar lo que buscaba en las carpetas colgantes bajo RO-RU. Wallenfels sacó de ahí el documento, fue pasando las páginas hasta llegar a la última y memorizó el número de teléfono escrito a mano que había en la esquina superior derecha.

Acto seguido, se dirigió al aseo del personal, donde se podía cerrar la puerta que daba al pasillo. Tras asegurarse de que no había nadie utilizando el baño excepto él, abrió el grifo y marcó el número que había memorizado.

La conversación, engullida por el ruido constante del agua, no duró mucho después de que el hombre al otro lado descolgara. De hecho, después del cansino «¿Diga?» del receptor de la llamada, solo hubo una frase.

«Está empezando a revolver el avispero», dijo Wallenfels, y colgó. De regreso a su mesa, le sobrevino la inquietante sensación de que aquel era el día en que el largo brazo de la verdad iba a adentrarse en el pasado y sacaría a la luz un terrible secreto que se creía enterrado.

Veintiún años después de que hubiera empezado el horror. Entonces, en el castillo de Lobbeshorn…

7

Veintiún años atrás

Internado del castillo de Lobbeshorn

Valentina

Primero Valentina clavó la mirada en el test de embarazo, luego en la caja vacía del medicamento, después en la Biblia. Quería morirse. En ese instante, en el despacho de la directora del internado, la muchacha, de dieciséis años, no podía sospechar lo cerca que estaba de la muerte.

—Pero vosotros ¿tenéis idea de lo que habéis hecho? —preguntó la doctora Stella Großmuth, la directora de Lobbeshorn. Llevaba una permanente más anticuada incluso que el viejo escritorio tras el cual se sentaba imponente. A los ojos de Valentina esa mujer parecía incluso más vieja que el edificio del castillo que albergaba el internado privado.

—¡Nos queremos! ¡Esto no es para nada un delito! —se atrevió a replicar Ole. De pie junto a Valentina, delante del escritorio de la directora, asió a la chica de la mano. Un gesto valiente en un entorno hostil. Una vez más, la joven admiró el valor de su amigo. En situaciones en las que ella habría querido volverse invisible, él mostraba una confianza en sí mismo que a primera vista nadie habría sospechado en aquel espigado adolescente de pelo alborotado. Cuando se conocieron, ella ya se había dado cuenta de que él era gratamente distinto de los demás estudiantes. No solo era

más inteligente y tenía más sentido del humor, sino que también era más sensible.

—¡Aparta tus dedos pecadores de ella! —le ordenó la mujer. Él, aunque de mala gana, obedeció, quizá por temor a que, si desafiaba a la directora, esta castigaría a Valentina.

Stella Großmuth entornó los ojos, ya de por sí pequeños y de color gris pálido, mientras hacía girar en su dedo el enorme anillo con el escudo del colegio.

—¡Desde luego contigo es evidente que de tal palo, tal astilla! —le espetó a Ole, haciendo referencia a los delitos cometidos por los padres de él.

Se les había declarado culpables de evasión de impuestos, retraso en la presentación de la declaración de insolvencia y malversación por un importe de varios millones, y se encontraban cumpliendo una larga condena en prisión.

—¡Es increíble que no la sueltes ni siquiera ahora, después de lo que has hecho! —regañó al estudiante.

Valentina se acarició el vientre sin apenas darse cuenta. Sentía un poco de náuseas, aunque las mallas deportivas negras que llevaba no dejaban ver ni la menor curvatura. Aún era demasiado pronto. Ole y ella eran pareja desde hacía año y medio, pero su primera y fatídica noche juntos en el gimnasio había tenido lugar apenas tres semanas atrás.

—De todos modos, comprendo lo difícil que debe de ser para un adolescente resistirse a ella. —Stella hablaba de Valentina como si ella no estuviera presente—. En verano, con esas faldas demasiado cortas y los tops que dejan ver el ombligo o, como ahora mismo, con ese jersey de cuello alto tan descaradamente ajustado. Y encima con el pelo suelto.

Valentina se apartó sin querer un mechón castaño de la cara mientras Stella extendía las manos con gesto condescendiente a la

vez que hinchaba las mejillas, algo que le daba una apariencia menos enjuta.

—Por mí, podéis quereros como queráis. Eso a mí me da igual. En cambio, lo que no puedo pasar es que incumpláis el quinto mandamiento.

—¡Pero si no hemos matado a nadie! —replicó Ole, tan asombrado como Valentina.

—¡Pero lo habéis intentado! —les reprendió Stella. Su tono de voz era suave como el susurro de un arroyo, y eso precisamente era lo que a Valentina le resultaba insufrible. Hubiera preferido que gritara. Tal vez entonces los gritos de la directora hubieran logrado disipar su propia furia. Sin embargo, Stella así parecía un volcán que mostraba los primeros signos de erupción.

—No estaremos hablando de esto, ¿verdad? —preguntó Ole, señalando la caja de medicamento que había sobre el escritorio de Stella. Henriette, esa insidiosa compañera de habitación, debió de encontrarla en la papelera del baño y se la había entregado a la directora. Valentina no sabía de qué otro modo eso podía haber salido a la luz.

Stella se levantó de su asiento tras el escritorio. Al hacerlo, impidió que Valentina contemplara el paisaje montañoso invernal al otro lado de la ventana. Hasta entonces la visión de las coníferas heladas en el parque del castillo había logrado apartar su atención de esa directora espantosa y de sus discursos, más espantosos si cabe. Ahora ya no tenía más remedio que contemplar el horror directo, de frente.

—Sé que no lo entendéis —dijo Stella, todavía en voz baja y midiendo claramente cada palabra—. No tenéis fe y, por lo tanto, no respetáis la vida. Pero *yo sí* tengo valores y principios, e intento transmitíroslos aquí, en esta institución. Aunque por eso os burléis de mí. Por ejemplo, cuando os cuento por qué incluso un condón es

un aborto, y el aborto es un pecado imperdonable. —Asió la caja de medicamentos—. Querías evitar la concepción, es decir, terminar con un embrión.

«Sí, y por desgracia nos esperamos demasiado», se dijo Valentina, muy asustada para expresarlo en voz alta.

No habían planeado acostarse juntos. Aquello había ocurrido en el ardor del momento y ninguno había pensado en usar anticonceptivos. Era fin de semana. La farmacia más cercana no abría hasta el lunes. Para entonces, obviamente, ya habría sido demasiado tarde para tomar la píldora del día después, tal y como demostraba la prueba de embarazo que la directora le había obligado a hacerse apenas diez minutos antes en el aseo de su despacho.

—¿Va a informar a nuestros padres? —preguntó Valentina. Eran las primeras palabras que pronunciaba en voz alta.

Stella sonrió con desdén.

—¿Te refieres a tu padre, ese que se preocupa tanto por su hija libidinosa que ni siquiera se la lleva a casa por Navidad?

Señaló a Ole.

—Tus padres siguen cumpliendo su justa condena en la cárcel. Así que ambos os vais a quedar aquí bajo vigilancia durante las vacaciones.

Valentina notó que se ruborizaba. Era la segunda Navidad después de la muerte de su madre. Papá le había prometido que iba a pasarla con él y su nueva novia. Era el 10 de diciembre. Ese año la escuela privada había finalizado las clases antes de lo habitual a causa de unas reformas urgentes, y la mayoría de sus compañeros ya habían sido recogidos por sus familias.

«Bueno, por lo menos así no voy a tener que confesar esta vergüenza a papá», pensó con amargura.

—Vosotros no les importáis a vuestros progenitores —continuó

Stella—. Pero no así a nuestro Creador. Para Él no existen los secretos.

—¿Eso es todo? —preguntó Ole con ademán de marcharse.

Stella sacudió el índice hacia él, su tono de voz seguía calmado.

—¡Quieto aquí! Estas impertinencias tuyas se te pasarán en cuanto veas lo que tengo pensado para vosotros a modo de penitencia.

—¿Penitencia? —preguntó Valentina.

La directora volvió a sentarse, cogió unas gafas y entonces echó un vistazo a la Biblia.

—¿Sabéis lo que dice el primer libro de Moisés, capítulo 3, versículo 16?

Con sus dedos huesudos hizo el gesto de buscar el fragmento en cuestión, aunque sin duda se lo sabía de memoria.

—«Con dolor darás a luz a los hijos» —leyó en voz alta.

Stella levantó la vista y clavó la mirada en Valentina.

—Bueno, con esas caderas tuyas tan estrechas, este, sin duda, será tu caso. Pero es eso lo que quería decir. Lo que me importa es la primera línea de esta cita bíblica. Dice: «A la mujer le dijo: "Multiplicaré en gran manera tus dolores en tus embarazos"».

Stella sonrió. En sus ojos grises pálidos asomó un destello que Valentina había visto en una ocasión en la mirada de Henriette; tres meses atrás, cuando en el último segundo había impedido que la muchacha pisara deliberadamente un ratón herido en el patio.

—¿Qué pretende hacer con Valentina? —preguntó Ole.

«¿Qué dolor pretendes causarme?».

Stella rio sin ganas.

—Con ella no. Con vosotros. Los dos habéis pecado. Tenéis que pedir perdón.

En el exterior se oían las risas de algunos compañeros. A Valentina le pareció que se habían convertido en el blanco de las burlas de un público invisible.

—En fin, este año tenéis la suerte de ser los únicos a quienes atender en el castillo de Lobbeshorn durante el mes de vacaciones y los festivos. ¡Solo vosotros disfrutaréis del calendario de Adviento especial que os he preparado!

Stella cerró la Biblia y se recostó en su asiento.

—Voy a decorar veinticuatro puertas del castillo para vosotros. Veinticuatro puertas que deberéis atravesar y tras las cuales os aguardan veinticuatro tareas. A veces varias en un mismo día.

—¿Qué tipo de tareas? —quiso saber Ole.

La sonrisa en los labios finos de Stella no presagiaba nada bueno, igual que su escueta respuesta:

—Andrea os lo mostrará.

«¿Andrea?».

Valentina no conocía a ninguna profesora ni alumna que se llamara así.

—¡Mi mano derecha! —aclaró Stella.

—¿Y si nos negamos a participar? —preguntó Ole alzando la barbilla con actitud rebelde.

De nuevo, la directora les regaló una sonrisa que a Valentina le pareció más bien una bofetada.

—¡Ya hace rato que participáis!

Stella señaló la entrada al despacho de dirección. Ole y Valentina se giraron, como si hubieran olvidado cómo habían entrado allí.

—Ya habéis atravesado la puerta número uno de mi calendario de penitencias —dijo la directora mientras daba palmaditas con gesto de satisfacción—. ¡Y aquí tenéis la primera tarea para vosotros!

Tras estas palabras, la puerta se abrió, y Valentina tuvo la sensación de ver la personificación de la muerte entrando en la estancia. Llevaba un sobrecito de color menta en la mano que depositó en el suelo frente a Ole y Valentina después de cerrar la puerta tras de sí.

8

Veintiún años después – Actualidad

Olivia

Para Olivia los últimos metros hasta alcanzar la puerta de entrada a su actual residencia fueron como una carrera de obstáculos. Era mediados de diciembre y en Olivaer Platz al menos uno de cada dos establecimientos tenía un árbol de Navidad iluminado frente a la puerta.

—La solución no es evitarlos. —En su cabeza oía aún la voz del terapeuta al que acudía una vez al mes—. ¡Usted debe enfrentarse a sus miedos!

«Bravo, colega. ¡Qué fácil es hablar sin saber! Para usted no es como si tuviera que hacer equilibrios cada veinte segundos con una araña peluda en la punta de la lengua».

Porque esa era exactamente la sensación que le sobrevenía al contemplar un escaparate con decoración navideña, una ristra de luces colgada en la pared de un edificio, o un árbol de Navidad adornado con bolas y espumillón… Como en ese instante, en la entrada de aquel edificio de apartamentos en el que había alquilado un piso amueblado para ella y Alma.

El temor de Olivia era tan intenso que la hacía sentirse físicamente enferma. Aunque el pánico, que solía provocarle vómitos, se superaba mucho más rápidamente que cualquier intoxicación alimentaria, los síntomas durante los primeros segundos eran similares: calambres por todo el cuerpo, sudoración, una náusea absoluta.

Por desgracia, desde que se había separado de Julian apenas tenía a nadie en su entorno que la comprendiera y a quien le pudiera hablar de su padecimiento. De hecho, amplios sectores de la sociedad no tomaban en serio las enfermedades mentales. Para colmo, ella sufría un trastorno de la ansiedad que tenía un nombre ridículamente gracioso, incluso para sus oídos: santafobia.

—Un momento, ¿tienes miedo a Papá Noel?

Incluso Evi, su mejor amiga, que ahora vivía en Mallorca, había sido incapaz de disimular una sonrisa burlona cuando Olivia se armó de valor y le contó el diagnóstico de su terapeuta.

—Por desgracia, no solo él me da miedo —respondió ella.

De hecho, tal vez durante el Adviento habría podido rehuir a los hombres barbudos vestidos con el disfraz rojo y blanco de Papá Noel. No. Su fobia abarcaba todo cuanto tenía que ver con la Navidad: las galletas de jengibre, los calendarios de Adviento, los árboles de Navidad…, y ese trastorno se exacerbaba especialmente con un villancico en particular: «Jingle Bells». El año pasado había cometido el error de encender la radio del coche yendo de camino a casa cuando de pronto la emisora emitió esa canción. Olivia estuvo a punto de provocar una colisión cuando ella, de manera súbita, hiperventilando y al borde del llanto, dio un volantazo hacia la derecha. Al cabo de unos minutos se dio cuenta del lugar donde se había detenido: un apartadero en medio del túnel de Britz, en la autopista urbana de Berlín.

«Casi como veinticuatro años atrás. Cuando perdí a Henry».

Dos días antes de Navidad, su hermano pequeño había muerto en un accidente provocado por un conductor en estado de embriaguez. Con una tasa de alcoholemia de 2,3, según luego se comprobó. Ese temerario, que circulaba a gran velocidad, se les atravesó en medio de la autopista.

Tal vez en la radio sonaba «Jingle Bells» cuando su padre perdió el

control del Volkswagen. Tal vez lo hacía cuando los bomberos los rescataron del coche siniestrado. Tal vez, como suponía su terapeuta, la melodía se le había colado en el subconsciente durante las labores de rescate; en cualquier caso, desde entonces, ese villancico alteraba a Olivia sobremanera. Pero ella no sabía con certeza nada de todo aquello. Solo recordaba haber despertado en el hospital con graves lesiones internas que luego le impedirían tener hijos. Estuvo toda una semana inquieta por Henry, al cual la fuerza del impacto había arrojado a través del parabrisas contra el tráfico en sentido contrario. Hasta que se constató que en esta ocasión ninguna transfusión de sangre de su hermana iba a poder salvarle la vida.

Y así, mientras en torno a ellos se celebraban las festividades cristianas, su padre había permanecido junto a la cama de su hermano rezando sin cesar. En vano.

Henry murió, igual que meses después lo hizo también, de puro dolor, la madre de Olivia. A partir de entonces, ella dejó de creer en un ser superior que gobernaba su destino. Si esos reveses de la fortuna estaban predeterminados, entonces ella forzosamente debía creer en la existencia del mal. En un Dios sádico que se había inventado la muerte porque disfrutaba con el sufrimiento de sus marionetas humanas.

Olivia había dejado de creer en todo poder bíblico, pero no, en cambio, en el ser humano. El cual, a pesar de todo, era fundamentalmente bueno. De forma paradójica, esto era algo que había aprendido trabajando con criminales muy peligrosos. Nadie nacía con el propósito de vender a su propio hijo a hombres mayores ni de destrozar el rostro de la esposa con ácido, ni tampoco de destruir una familia conduciendo borracho.

La mayoría de las personas eran buenas; los seres pacíficos y no violentos dispuestos a ayudar siempre eran más.

«La bondad es la norma».

Y eso a pesar de la gran cantidad de víctimas de delitos. Ya solo en Alemania, todos los años unos veinte mil niños eran víctimas de violencia sexual. El servicio social de menores registraba a diario ciento ochenta casos de niños cuyo bienestar estaba amenazado. Esto significaba sesenta y cinco mil cuerpos y almas heridos, la mayoría de ellos, menores de diez años. Oficialmente.

Es probable que el número de casos no denunciados sea muy superior. Con todo, a lo largo de su vida la mayoría de las víctimas lograba poner fin a la espiral de violencia y no convertirse en agresores.

> *Se puede llevar una buena vida a pesar de la violencia, o llevar una mala vida a causa de esta. ¡Ni siquiera el peor de los crímenes destruye necesariamente el libre albedrío!*

Esta había sido una conclusión provisional de su tesis doctoral.

«El mal es la excepción».

Sin embargo, cuando Olivia abrió la puerta de su piso temporal a eso de las siete de la tarde, esa creencia se vio sometida a una durísima prueba. Lo primero que notó fue una brisa gélida. Notó un frío desagradablemente intenso.

«¿Qué diablos…?».

Al partir hacia la oficina, había considerado la posibilidad de bajar la temperatura de los radiadores, ya que notó que Alma tenía la cabeza muy caliente al apartarle el cabello rubio rojizo de la cara mientras dormía. Pero luego se había abstenido de hacerlo, precisamente para que la temperatura no bajara demasiado y su hija encima se resfriara. Ahora, apenas tres horas después, aquel piso de dos habitaciones y media parecía una cámara frigorífica.

Olivia se estremeció de frío y tuvo la certeza de que, en cuanto

funcionaran los interruptores de la luz, vería su propio aliento. «¿Ha habido un apagón?».

¡No, otra vez no!

—¡Ya estoy aquí, cariño!

Sosteniendo el móvil en la mano derecha, que utilizaba como linterna, se dirigió a la habitación su hija. Cuando abrió la puerta, fue como si estuviera asomándose a un abismo.

—¿Alma?

La visión de la cama desencadenó una secuencia de pensamientos atroces: «Convulsión – 112 – Operación de urgencia – Fallo orgánico…».

Que la niña, de once años, simplemente hubiera salido a dar un paseo en su estado débil y febril estaba fuera de toda probabilidad.

La cama estaba vacía, como el resto del piso.

Alma había desaparecido.

9

Su visión de una unidad de cuidados intensivos iba acompañada de un pitido rítmico.

Levantó la mirada hacia el techo, a la alarma de humos, cuyas pilas seguramente estaban descargadas, y solo entonces se dio cuenta de dónde venía ese ruido.

«¡El teléfono!». El teléfono fijo, que ella aún no había usado y cuyo número solo conocían unos pocos contactos de emergencia, como la señora Göppelt, su secretaria en la universidad, su mejor amiga Evi… y, por supuesto, el Departamento de Educación, Juventud y Familia.

Olivia fue a la cocina y descolgó el teléfono de la base de carga.

—¿Dígame?

—¡Por fin contestas! —dijo un hombre al que seguro que no le había confiado ese número, pues era la razón de su mudanza y la causa de todos los problemas que había conllevado.

—¿Julian?

—¿Sabes lo que me ha costado convencer a tu secretaria para que me diera tu número? —Su todavía marido respondió con otra pregunta.

«Maldita sea». En las últimas semanas, había intentado en vano ponerse en contacto con ese adúltero para concertar una cita con el notario para el divorcio, y a Julian se le ocurría responder en el peor momento.

—Mira, ahora no puedo atenderte. Alma ha desaparecido, ella…

—Por eso te llamo —la interrumpió él—. Está conmigo. La he recogido.

—¿Qué? ¿Y eso?

—Ha estado a punto de congelarse. En vuestro edificio ha habido un apagón eléctrico y de calefacción.

—¿Y ella te ha llamado?

«¿A ti, precisamente?».

—No contestabas.

—¡Tonterías! —Echó un vistazo al móvil. «¡Oh, no!».

Un pequeño avión en la esquina superior derecha de la pantalla.

«¡Maldita sea!».

Al entrar en la oficina había puesto el teléfono en modo avión y no lo volvió a activar.

Olivia fue a coger su bolso, que había dejado sobre el mueble junto a la puerta principal.

—¿Cómo está?

—Bien, bueno, teniendo en cuenta las circunstancias. Ahora descansa.

—Vale. Voy a recogerla.

—¿Y adónde pretendes llevarla?

—En cualquier caso, lejos de ti y de tu harén.

Olivia sabía que no era la primera esposa que, en el séptimo año de matrimonio, era sustituida por un modelo más joven. Sin embargo, no conocía a ninguna que además hubiera tenido que aceptar que su marido se había enamorado de dos mujeres a la vez. Sina y Linda. Dos estudiantes atléticas apenas mayores de edad a las que obviamente no les importaba compartir un hombre. El de ella. En la cama que, en otros tiempos, fue la suya. En el lugar que había sido el hogar de su familia.

—Pásate por aquí y vemos qué hacer —dijo Julian con su sonora voz de agente inmobiliario; en el pasado le resultaba muy sexy, en cambio ahora solo le parecía arrogante.

—En quince minutos estoy ahí —dijo, aunque probablemente iba a necesitar más bien treinta para llegar al barrio de Kladow. Colgó, se

puso una blusa limpia, se cambió el abrigo por una chaqueta de invierno y abrió la puerta.

Y entonces se topó con un hombre armado con un cuchillo.

10

El hombre armado vestía de un modo demasiado liviano para el frío de invierno. La parka que llevaba era apenas más gruesa que una bolsa de plástico y las perneras de sus pantalones multibolsillo terminaban justo por encima de los tobillos. Como siempre, iba calzado con unos Crocs de resina sintética de color amarillo brillante. Al menos en invierno los llevaba con calcetines de lana gruesos.

Parpadeó aproximadamente el doble que Olivia mientras, con la mano libre, se rascaba el cuello, que ya presentaba un color rojo intenso a la izquierda, debajo de la oreja.

—¿Está usted sola? —preguntó él con voz ronca. Era extremadamente delgado y pálido, como si acabara de pasar una larga y grave enfermedad. Eso le daba un aspecto incluso peor que la última vez que se habían visto en la universidad.

—Elias, deje a un lado el cuchillo —dijo Olivia con voz firme. Elias Tudor, probablemente su alumno más inteligente pero también el más problemático, se quedó mirando su mano con asombro, como si en ese instante reparara en el arma por primera vez y no pudiera explicarse cómo había llegado hasta allí.

—¡Ah, eso! El cuchillo es para usted.

Se lo entregó con la hoja dentada apuntando hacia abajo.

—¿A qué viene esto? —preguntó ella mientras tomaba ese cuchillo del pan.

—¡Tiene que protegerse!

Elias miró por encima de su hombro, nervioso, como si alguien fuera a acercarse de forma sigilosa.

—Señora Rauch, está usted en peligro. ¡La están siguiendo!

—¡Sí! Es evidente que por usted.

Igual que su número de teléfono, solo había indicado su nueva dirección a personas muy escogidas. No, desde luego, a ese estudiante que, aunque superdotado, sufría también problemas de conducta y cuya inteligencia en la vida cotidiana a veces se le volvía en contra. Elias era rumano de nacimiento, pero había pasado su infancia con su abuela en Alemania. Había terminado el bachillerato con dieciséis años y a los dieciocho se había licenciado en Psicología con las mejores notas a la vez que estudiaba Informática en paralelo; sin embargo, en la cafetería de la universidad tardaba media hora en decidirse entre un bocadillo de salchicha de cerdo ahumada y un pretzel de mantequilla.

—¡Sí!… Mmm… Bueno… ¡No! —Elias se rascó aún con más fuerza.

—Últimamente llevo varios días buscándola para hablarle sobre mi nuevo enfoque. Creo que sería bueno que yo no descuidara bajo ningún concepto la *Canción de hielo y fuego*.

«¿*Juego de Tronos*?».

Por supuesto. Por si no bastara con Hannibal Lecter, Patrick Bateman y Dexter, ahora Elias pretendía analizar la obra ingente de George R. R. Martin para su tesis. Así no era de extrañar que llevara un año sin avanzar. Sin embargo, por otra parte, era precisamente el planteamiento de investigación que él proponía lo que a Olivia le parecía más emocionante de todos los trabajos que debía supervisar. Bajo el título «Asesinos de series de ficción en consulta real», Elias Tudor sometía a los asesinos en serie de novelas y películas a una evaluación psicopatológica forense. Con ello pretendía estudiar si un médico o psicólogo real consideraría que esos personajes de ficción necesitaban tratamiento.

—Elias, este no es ni el lugar ni el momento para una tutoría… —Olivia intentó librarse de él.

Él asintió con la cabeza y la siguió hasta el ascensor.

—Sí, es verdad. Disculpe. No he venido por eso. Es que al colarme

en la secretaría he encontrado una cosa.

Ella volvió la vista hacia él mientras pulsaba varias veces seguidas el botón de llamada del ascensor.

—Usted ha hecho ¿qué?

—No en persona. He jaqueado el ordenador de la universidad para descubrir su dirección.

Por supuesto. Claro. Es lo que se suele hacer para contactar con una profesora fuera de las horas de tutoría. Primero Julian, luego Elias. Al parecer, poco a poco todos los hombres a su alrededor iban volviéndose desafiantes.

—Oiga, ya hemos hablado en varias ocasiones sobre esas transgresiones suyas tan inadmisibles. Hasta ahora siempre le he protegido, pero esto no puede seguir así…

Elias volvió a asentir, sin que su mirada profunda revelara la mínima comprensión. Entretanto, se desabrochó la parka, debajo de la cual solo llevaba una camiseta fina. Entre el estómago y la pretina del pantalón llevaba una carpeta enrollada.

—He encontrado esto de aquí.

Sacudió el rollo ante ella como si fuera un director de orquesta blandiendo la batuta al son de una melodía que ciertamente solo él podía oír.

—No me deja otra opción. Voy a tener que llamar al servicio de urgencias psiquiátricas.

—No, no. Por favor, no. De hecho, no estoy causando ningún problema, al contrario, es al revés.

Se oyó un tin y las puertas del ascensor se abrieron. Elias la siguió al interior de la cabina.

—Escribe en tres portales con cuatro *nicknames* distintos.

—¡No entiendo nada!

—Lo siento. No es fácil. He tenido que dejar la medicación. Desde entonces me cuesta más expresarme, ¿lo entiende?

No, pero eso entonces no era importante. Más tarde ya lidiaría con Elias y sus problemas. Su doctorando estaba alterado, pero era inofensivo. No era un peligro ni para sí ni para los demás. Para Olivia esto significaba que su hija tenía prioridad.

—La vigilo de cerca, señora Rauch —dijo él en cuanto las puertas se hubieron cerrado y ellos empezaron a descender hacia la planta baja—. Desde que fue amenazada en la red. Estoy en deuda con usted. Siempre se ha portado bien conmigo. Incluso me consiguió el piso en la residencia asistida.

Del cual, al parecer, se había escapado. Aunque, era justo reconocerlo, tal cosa no era muy difícil. Martinsheim no era una institución cerrada, sino un centro único en Berlín y Brandemburgo especializado en estudiantes con trastornos de conducta. Personas como Elias, esto es, demasiado sanas para estar en un hospital psiquiátrico, pero demasiado frágiles como para afrontar sin apoyo psicológico la vida cotidiana en la universidad.

—Ahora le puedo devolver el favor y hacer algo por usted, señora Rauch.

Salieron juntos del ascensor. El vestíbulo del bloque de pisos era tan desangelado como su propio apartamento, pero por lo menos estaba iluminado. Olivia clavó la vista en Elias, aunque solo como medida de autoprotección. Al salir a la calle, solía fijar la mirada en un punto de la pared para no mirar sin querer el árbol de Navidad.

Señaló vagamente hacia la salida, en la dirección donde había aparcado el coche.

—Vamos, le acompañaré a casa. —Él vivía en Großbeeren, detrás de Zehlendorf, así que no le pillaba exactamente de camino, pero podía asumir ese desvío—. ¡Y una vez allí, vuelva a tomarse la medicación!

—No, gracias. Sus efectos secundarios son muy fuertes y no podría cuidar de usted. —Le puso la carpeta en la mano—. Aquí

tiene todo lo que he averiguado hasta ahora. En cuanto descubra algo nuevo, me pondré en contacto con usted.

Suspiró y, por un momento, Olivia lo vio tan triste que temió que fuera a echarse a llorar de pronto delante de ella.

—Preferiría que usted se llevara el cuchillo consigo. Necesita algo para defenderse.

Ella le asió la mano con delicadeza, pero él se la apartó de inmediato.

—Aprecio mucho su preocupación, pero las hostilidades sobre el pódcast han disminuido de forma clara, Elias.

Él desestimó ese comentario con un gesto con la mano.

—¿Ha leído todo esto? Espero que no. Es un total de veintidós mil cuatrocientas cinco reacciones en once portales.

—¿Y usted las ha analizado todas?

—Sí.

—¿Y ha detectado a una persona que ha hecho comentarios bajo cuatro apodos distintos?

Él asintió enérgicamente.

—Insultos. Infundios. Se ha esforzado por cambiar el tono, pero había algo que lo distinguía de todos los demás.

—¿Qué?

—Ese tipo conoce a su familia. Tiene información que no es pública.

Olivia había intentado mantener la calma, pero la voz nerviosa y llena de espanto de su alumno la inquietó en contra de su voluntad. Abrió la carpeta, que empezó a temblar entre sus manos.

Elias había recopilado varias hojas. Se trataba, sobre todo, de capturas de pantalla de Instagram, Facebook y Telegram. La mayoría mostraba además unos garabatos impetuosos. Junto a algunos de ellos se veían señales y palabras apenas legibles, escritas en letra diminuta. Cuatro comentarios estaban resaltados con rotulador

fluorescente.

—En esa casa hace falta un hombre que arregle las cosas y le prohíba a esa «profesora» que suelte tantas sandeces.

—Puta separada, sola, indefensa…

—¿Por qué no se ocupa de su hija?

—Alma está muy enferma y *ella*, de gira con la prensa.

Olivia, sin querer, se llevó la mano al corazón, que de repente le empezó a latir dolorosamente rápido.

Si las palabras fueran flechas envenenadas, esas se le habían clavado de un modo especialmente preciso, como disparadas por un francotirador cobarde refugiado en el anonimato.

—Pero ¿cómo… —Estaba estupefacta.

… ese troll malévolo podía estar al corriente de su situación familiar? ¿Cómo sabía que se había separado y que tenía una hija? ¡Maldita sea! ¡Si incluso conocía el nombre de Alma!

—¿Sabe usted quién ha escrito esto? —le preguntó a Elias.

—Aún no tengo el nombre. Pero la IP es de un ordenador gubernamental situado en Mitte.

—¿La Oficina de Adopciones?

Él asintió con la cabeza.

—Al parecer, ahí hay alguien a quien usted no le cae muy bien.

«Desde luego, incluso sé quién es». ¡Wallenfels!

Mientras el enfado de Olivia con el jefe de la oficina iba en aumento, Elias le planteó otro misterio.

—Eche un vistazo a esto.

Sacó de la carpeta un folio DIN A4. La fotocopia de la fotografía mostraba una casita situada ante un bosque en una colina nevada.

—Esto se envió sin ningún comentario desde la misma dirección que los otros mensajes sobre usted y Alma. ¿Reconoce el lugar?

Olivia, aturdida, se quedó un rato mirando aquella copia en tinta. Negó con la cabeza mientras recordaba la funcionaria que había salido corriendo del edificio gubernamental tras ella…

«¿Ha oído hablar alguna vez de la chica del calendario?».

—¿Ha jaqueado usted el ordenador de la universidad? —preguntó a Elias.

Él se encogió de hombros.

—Fue pan comido.

—¿Podría hacer lo mismo con la Oficina de Adopciones de Berlín?

11

Aparcó en el acceso para coches y llamó al timbre sin molestarse en comprobar si su llave aún funcionaba. De hecho, Olivia daba por hecho que Julian era demasiado perezoso para ocuparse de tareas como cambiar cerraduras, y —torpe como era para las cosas manuales— difícilmente intentaría hacerlo él. Por otro lado, ¿qué sabía ella con certeza sobre el que pronto sería su exmarido? Tal vez esa evidente crisis de los cuarenta que estaba atravesando no solo le había llevado a caer en brazos de dos compañeras de cama, sino también a hacer un curso de bricolaje. De ningún modo estaba dispuesta a ponerse en ridículo intentando entrar por la puerta con su llave para comprobar que la situación se había agravado un nivel más. Que el camino de vuelta a la vida en común que habían tenido en la casa unifamiliar de Kladow le estaba literalmente vedado.

«Por Dios bendito, abre de una vez…».

Tuvo que llamar una segunda vez al timbre antes de que se encendiera la luz del pasillo y Julian abriera la puerta. Olivia se había propuesto no ponerse sentimental, pero el olor que la envolvió la hizo sentir melancólica en una fracción de segundo. La calidez del suelo de madera del vestíbulo, la chaqueta de cuero colgada del gancho y, no menos importante, las notas de madera de su loción de afeitado desencadenaron un viaje al pasado. ¿Cuántas veces había cruzado esa puerta? Feliz, agotada, esperanzada, resfriada, triste, cansada y excitada. ¡Aquel umbral había sido testigo de tantas cosas! Julian llevándola en brazos para cruzarlo en su lluviosa noche de bodas; Olivia poniendo ahí una tirita de la Patrulla Canina en la magullada rodilla de Alma. Era aquí donde Julian le había quitado la etiqueta del vestido con el que ella —al borde del pánico por los

nervios— se había presentado a la defensa de su tesis. Invitados que habían enriquecido sus veladas, y transportistas que les habían traído allí muebles y obras de arte con los que habían hecho de su casa un hogar.

«¿Y ahora?».

Todo parecía como antes, cuando ella llegaba tarde a casa de la universidad. Julian la recibió con su sonrisa de dentífrico. Vestía la ropa de estar por casa que ella le conocía, y la recibió con los brazos extendidos, como si nunca hubiera pasado nada. Era como si él no viera el momento de enseñarle lo que había cocinado para ella en su ausencia.

—¡Ey! —dijo. Había adelgazado. Por supuesto. «Ha adelgazado por Hanni y Nanni».

¿Acaso llevaba maquillaje en la cara?

El muy vanidoso ocultaba sus ojeras con corrector para parecer más joven y lozano.

—¿Dónde está Alma? —preguntó Olivia, apartándolo a un lado.

Él señaló hacia arriba con el índice.

Al dirigirse hacia la escalera cometió el error de echar un vistazo al salón. De pie, frente al sofá en cuya rendija hacía casi exactamente cuatro meses ella había encontrado el móvil delator de su marido, estaban las dos fulanas por las que Julian en su momento se lo había comprado. Si aquella noche Olivia no se hubiera levantado a por un vaso de agua de la cocina, quizá aún entonces no habría descubierto el pastel. Pero en la quietud de la noche el aviso sonoro del mensaje entrante había resonado en el salón como si se tratara del pitido de una alarma. Nunca olvidaría cómo había sacado del sofá aquel móvil desconocido y había leído la pantalla de bloqueo.

Al principio, en un intento por protegerse, había querido pensar que esa foto de dos mujeres con los pechos desnudos intercambiándose besos con la lengua debía de ser un mensaje de

spam. Ni siquiera cuando leyó el texto que la acompañaba debajo —«Te estamos esperando, Julian»— quiso creerlo.

Ni tampoco cayó en la cuenta cuando su marido —al que despertó de inmediato— le confesó sin rodeos, aunque algo adormilado, que se había enamorado y que le habría gustado haber tenido antes el valor de confesárselo.

A decir verdad, todavía entonces Olivia no lo había entendido. De algún modo, habría entendido una aventura que a él le alimentara el ego. Pero ¿qué le había pasado para cambiar todo cuanto habían construido durante una década por dos fanáticas del fitness con uñas de colores neón que mascaban chicle y carecían de experiencia en la vida?

—¡Ey! —dijeron las dos a la vez. Al parecer ese era el nuevo saludo de la casa. Aunque por su aspecto eran completamente opuestas (Linda tenía el pelo corto y negro y le llegaba al hombro a Olivia; Sina era rubia, llevaba melena y era alta), ambas vestían como gemelas. Mallas negras, blusas blancas extragrandes y zapatillas deportivas de color rosa Barbie.

Olivia se las quedó mirando y no pudo contenerse.

—Vaya, ¿aún no estáis acostadas? ¿Es que mañana no hay cole?

—¡Olivia, por favor!

Ella se volvió hacia Julian, cuya sonrisa había desaparecido.

—¿En serio? —le preguntó—. A esas cuando compran tabaco en el súper, la cajera les pide el carné de identidad. Espero que tú también lo hayas hecho.

—¡Nosotras ya nos íbamos! —dijo Linda, llevándose al hombro un bolso de tela que o bien era una buena falsificación o un producto de diseño endiabladamente caro. Olivia habría apostado a que para saberlo bastaba con echar un vistazo al extracto de la tarjeta de crédito de Julian.

—¡Hasta pronto! —le susurró Sina a Julian.

Oyó a su espalda el intercambio de besos mientras se odiaba a sí misma al sentir cómo la sangre se le agolpaba en la cara.

«¿Por qué me avergüenzo del asqueroso comportamiento de mi marido?», pensó mientras subía la escalera. Era incapaz de dejar de buscar la culpa en sí misma, fiel al lema de los psicólogos: «En un problema siempre intervienen dos personas, pero solo hay una cosa que se puede cambiar: ¡uno mismo!».

Mientras anteriormente se había sentido inquieta, nerviosa, tremendamente furiosa y, a la vez, nostálgica, al entrar en el dormitorio infantil se vio envuelta en un mundo de sentimientos mucho más agradable.

Apenas entró en el cuarto de Alma, se iluminó una luz nocturna que estaba fijada al rodapié, a la altura de los tobillos. Bajo la luz del detector de movimiento, vio a Alma tumbada en la cama. Su postura le recordó a cuando era bebé: tumbada sobre un costado, con una pierna extendida y la otra doblada. El brazo izquierdo estaba doblado hacia atrás, como si hiciera estiramientos. Tenía el edredón de plumas caído.

Olivia se quitó las botas con cremallera (solía quitárselas abajo, en la entrada, pero en esta ocasión le había parecido que era un gesto demasiado familiar delante de Julian) y se acercó de puntillas a la cama. Sobre la mesilla de Alma había un cubo de plexiglás del tamaño de un cubo de Rubik con un holograma fluorescente flotando en su interior. Papá, mamá y Alma en un entrañable abrazo. Una foto en 3D de tiempos mejores. Alma había visto en la televisión un anuncio de ese cubo algo *kitsch* y lo había pedido para su sexto cumpleaños. Olivia se acordó de lo mucho que le había preocupado que su hijita pudiera hacerse daño con ese trasto pesado y de bordes puntiagudos, ya que el regalo le había gustado tanto que lo llevaba siempre consigo a todas partes. El «rompecráneos», así lo

llamaba Julian en broma. «Con eso no solo se pueden partir nueces».

En su precipitada mudanza Alma lo había olvidado. Pero ahora que lo había redescubierto, sin duda querría llevar-se consigo aquella monstruosidad tan *kitsch*; y entonces cada noche Olivia tendría que contemplar su pasado familiar fosilizado como si fuera ámbar en la mesilla de noche de su hija.

«Es igual». Lo más importante era que Alma fuera feliz. Y que recuperara la salud, algo que, por desgracia, en ese momento no parecía ser el caso. Estaba sudando. En la frente, arrugada por el esfuerzo, tenía unas gotitas finas de sudor. Olivia rebuscó en el bolso un pañuelo y secó suavemente la cara de Alma. Antes había comprobado con la mano que ya no tuviera fiebre, aunque los ojos le temblaban bajo los párpados y movía los labios nerviosa en sueños.

—Chis… —susurró Olivia acariciando con delicadeza el pelo corto y fino de Alma, que empezaba a asomar poco a poco después de la quimio.

La impotencia de no poder hacer nada más que estar ahí presente, en la penumbra, junto a su cama, acariciándola hizo que a Olivia se le llenaran los ojos de lágrimas.

—Chis… —susurró de nuevo.

Se inclinó hacia ella. Notó su aliento húmedo y cálido en la oreja, que para entonces casi rozaba los labios de Alma. Unos labios que apenas se movían.

De pronto —Olivia lo sintió más que lo vio— Alma abrió los ojos.

—¿Mamá?

Levantó la cabeza y parpadeó.

—¡Estoy aquí! —dijo Olivia con su voz tranquilizadora de terapeuta mientras le acariciaba el pelito corto con suavidad.

—Hacía tanto frío… —se disculpó Alma entre dientes mientras se

iba enderezando lentamente—. No contestabas al móvil, y papá…

—¡Está bien! Sigue durmiendo —ordenó Olivia suavemente—. Siento haberte despertado.

Sin embargo, Alma encendió la lámpara, que despedía una luz suave y cálida. Tendió los brazos hacia su madre. Como en otros tiempos, cuando todavía pedía un besito de buenas noches antes de que mamá apagara la luz y cerrara la puerta de la habitación, perfectamente consciente de que Alma entonces seguía leyendo cómics a escondidas bajo el edredón o escuchaba Spotify en la oscuridad. Pero esta vez no la soltaba. Se le aferraba como alguien que se está ahogando a un salvavidas.

—¿Mamá?

Su voz clara, siempre tan delicada, como papel de seda, sonó incluso más frágil esta vez.

—¿Sí, cariño?

—¿Por qué me has mentido?

Olivia supo al instante a qué se refería Alma. Durante años había luchado consigo misma, buscando el momento adecuado para contárselo. Había pasado noches enteras en vela hablando con Julian sobre si debían decirle la verdad y cuándo. Una y otra vez lo había ido posponiendo hasta que ahora ocurría el mayor de los desastres posibles y Alma planteaba directamente la pregunta.

—¿Por qué no me habéis dicho que soy adoptada?

Pum.

La pregunta resonó como la puerta de una caja fuerte al cerrarse.

Olivia cerró los ojos. En parte por vergüenza, en parte por rabia.

«Julian, ¿cómo has podido?».

Informar a Alma por su propia cuenta, sin consultarlo con ella, era una violación de su confianza mayor aún que su doble infidelidad.

—Cariño, porque eso no cambia nada. Yo soy tu madre. No importa si…

—No, sí que importa —replicó Alma, y con toda la razón del mundo—. Si no importara, no lo habríais convertido en un misterio.

—Tienes razón. La verdad es que nos daba miedo. —Olivia tragó saliva. De nuevo en ese maldito e interminable día se encontraba luchando contra el llanto—. De hecho, cielo, aún lo tengo. Ahora, en este momento.

—¿De qué?

—De que entonces ya no me quieras tanto. De que no puedas quererme como se quiere a una madre.

—Pero ¿por qué? —preguntó Alma con esa ingenuidad desconcertante que solo los niños son capaces de mostrar.

Ella se notó sal en los labios, señal de que había perdido la batalla contra el llanto.

—¿Estás muy enfadada conmigo? —le preguntó a Alma.

—No, pero me hubiera gustado escucharlo de ti y no de…

—¿De quién? —preguntó Olivia, aunque, por supuesto, adivinaba la respuesta.

—¿Hace falta que lo diga? —preguntó Alma con cara de culpabilidad.

Olivia adoptó entonces una expresión seria.

—¿Qué hemos dicho siempre sobre los secretos buenos y malos?

Alma puso los ojos en blanco.

—¡Pero mamáaaa! Si yo tenía tres años cuando me viniste con esa tontería.

—Pero sigue siendo importante. Los buenos secretos hay que guardarlos, pero los malos hay que decirlos.

Alma bufó como solo lo hacen los niños rezongones.

Olivia ladeó la cabeza, clavó sus ojos oscuros y aún cansados en su inteligente hija e insistió:

—¿Quién ha sido?

Ella contaba con que ella diría «papá».

—El abuelo Wilhelm.

—¿Cómo?

De pronto, el corazón de Olivia empezó a latir el doble de rápido.

Eso era imposible. Entre otras cosas, porque hacía tiempo que Wilhelm había muerto.

12

—¿Crees que esto guarda relación con su estado? —preguntó Julian.

Olivia se había quedado aún media hora junto a la cama de Alma esperando hasta que por fin la niña se sumió en un sueño inquieto. Luego había ido al salón y había informado a su futuro exmarido de la asombrosa afirmación de Alma.

—¿Quieres decir que padece alucinaciones? —Ella negó con la cabeza—. Nunca he oído decir que la leucemia provoque esquizofrenia. Pero, aunque así fuera, ¿cómo te explicas que esa visión del abuelo Wilhelm le cuente la verdad a su nieta?

A fin de cuentas, Alma había sido adoptada.

Julian se encogió de hombros.

—En esto tienes razón. Pero ¿de qué otra forma lo podría saber?

—No lo sé, pero desde luego no de un cadáver.

El padre de Olivia había muerto tres años atrás de un paro cardiaco repentino mientras dormía.

—Mañana hablaré con ella con calma —le dijo Olivia a Julian. Tanto sobre la adopción como sobre el supuesto revelador de secretos resucitado.

—Puedes quedarte en la habitación de invitados —le ofreció Julian, consciente de que ella no dejaría a Alma sola en su casa durante la noche.

—La cama está recién hecha con sábanas limpias…

Ella alzó la mano.

—Por favor, ahórrame los detalles de por qué.

—¡Estás ofendida, lo entiendo! —dijo él—. Con mi conducta te he avergonzado y te he puesto en evidencia ante tus amistades.

Ella se llevó el índice a la sien, como indicándole que había perdido la cabeza.

—Te equivocas por completo. Desde luego, si me hubieras dejado por otra, seguramente eso me habría hecho dudar de mi autoestima. Pero eso que dices es muy absurdo y se te vuelve en contra. Créeme, no hay nadie que no sienta lástima por ti, con ese complejo de inferioridad tuyo derivado de la crisis de los cuarenta, y que a la vez no me felicite por haberme librado de ese casanova afectado de pubertad tardía.

Él parecía realmente afectado; abrió la boca para decir algo, pero ella no le dio la oportunidad.

—Seguro que mañana la calefacción estará arreglada, ¡entonces me llevaré mi hija!

—¡También es mía! —protestó Julian.

—A la que no debes de querer tanto si eres capaz de abandonarla ahora, cuando nos necesita a los dos como nunca en la vida.

Por el modo en que él, por un instante, frunció las cejas, supo que le había asestado otro varapalo emocional.

—Pero, por si te sirve de consuelo —siguió diciéndole con un siseo —, ¡seguro que tus dos gatitas te llaman «papi»!

Él entornó los ojos con enojo. Su máscara se vino abajo y ella se dio cuenta claramente de que le había hecho daño.

Julian se levantó del sofá.

—Hoy no conectaré la alarma, por si Alma necesita que entre un poco de aire fresco —dijo como despedida.

«Como quieras», pensó ella mientras lo veía abandonar el salón.

Tal vez fuera un defecto profesional propio de agente inmobiliario que Julian creyera que una casa como es debido necesitaba un sistema de seguridad. De hecho, vivían en un barrio con uno de los índices de delincuencia más bajos de la ciudad. De haber sido por Olivia, nunca habrían instalado un sistema tan sofisticado. Con

sensores de rotura de cristales y detectores de movimiento que activaban al instante la alarma de un servicio de seguridad privado cuando, estando el sistema completamente activado, alguien entreabría siquiera una ventana. De hecho, incluso en el dormitorio había un botón del pánico conectado directamente a la policía.

«Cielos», la de veces que había tenido que indicar por teléfono la palabra clave al responsable de seguridad para anular la intervención que se ponía en marcha si, al levantarse por la mañana, olvidaba desactivar el sistema de alarma.

«Por lo menos ya me he librado de ese lío».

Olivia esperó a oír en el primer piso el cierre de la puerta del dormitorio conyugal.

Solo entonces volvieron a saltársele las lágrimas, y se sintió contenta de haber logrado contenerlas durante tanto tiempo.

Los ojos le ardían. Durante varios minutos permaneció paralizada en el sofá bajo la luz tenue de la lámpara de pie hasta que no necesitó llorar más.

Escuchó con atención el silencio de la casa, igual que solía hacer en otros tiempos antes de acostarse, cuando surgían ruidos nocturnos que pasaban desapercibidos durante el día. El gorgoteo de la tubería de agua, el zumbido del rúter del wifi en la habitación, el ruido de la nevera en la cocina. En otros tiempos, eso la calmaba. Ahora, el ruido ambiental de fondo la ponía nerviosa. Temía no lograr conciliar el sueño. Por eso hizo lo que había querido hacer todo el rato, antes de que el apagón anulara sus planes.

Olivia sacó el portátil del bolso, abrió Google y escribió «chica del calendario» en el cuadro de búsqueda.

El primer resultado que obtuvo fue el anuncio de un fabricante de porcelana de lujo que publicitaba accesorios de invierno. Una librería en línea se había hecho con esa expresión para anunciar calendarios de verano. Wikipedia ofrecía el resumen del argumento de una

comedia cinematográfica muy conocida. No fue hasta al cabo de diez minutos de buscar sin éxito en la lista de resultados cuando dio con una entrada que la agitó sobremanera. Aunque habría sido incapaz de explicar por qué, al cabo de dos frases supo que había dado con lo que estaba buscando. Y, recordando las palabras de la funcionaria de la Oficina de Adopción que le había salido al encuentro y le había preguntado si podría relacionar la expresión «chica del calendario» con Alma, empezó a leer el artículo:

> La «chica del calendario» es una leyenda urbana, esto es, un mito no basado en hechos reales, sino en una historia ficticia. Forma parte de la tradición de mitos como el de la canción de *The Wall* de Pink Floyd, según el cual el coro de niños entona un mensaje oculto que, al parecer, llevó al suicidio a un ingeniero de sonido, o el de la niñera que mientras está atendiendo a un bebé recibe varias llamadas de un número misterioso y que, cuando devuelve la llamada desde su móvil, oye un teléfono sonar en el piso superior del mismo edificio.
>
> Aunque «la chica del calendario» es un cuento moderno, una y otra vez sus numerosos seguidores, sobre todo en las redes sociales, sostienen que es la historia real de un crimen que, según parece, tuvo lugar hace años en un pueblecito en el bosque bávaro de Franconia…

13

Unos años atrás

Rabenhammer
Bosque de Franconia, Baviera

Valentina

Valentina Rogall se contempló en el reflejo de la puerta de cristal frente a la que se encontraba y se apartó de la cara un mechón rebelde de su espeso pelo castaño. Apenas un mes atrás, su rostro era más anguloso y duro. Para entonces había engordado un poco y sus rasgos eran más suaves. De hecho, su aspecto habría sido más saludable de no tener sus ojos oscuros y de mirada cansada tan hundidos. Sin darse cuenta, se acercó la mano a su cuello fino, tragó saliva y entró en la floristería.

Durante todo el día había tenido que luchar contra esa sensación, como si se le hubiera quedado una pastilla atascada en el esófago. De hecho, entonces ya no tomaba ningún medicamento, aunque aquel día le habrían venido de maravilla una Biodramina y varias Novalgina.

Pese a la sensación de náusea latente y del dolor que sentía en la cabeza y el abdomen, disfrutó del cóctel de fragancias con que la obsequió la pequeña floristería de nombre Ursels Blumen-Paradies. En consonancia con la época del año, el aroma especiado de las flores de Pascua y de las rosas de Navidad impregnaba el ambiente de aquella tienda modesta que llevaba una mujer sola. Un contraste agradable comparado con el hedor del aire viciado del tren

Interregio al que había estado sometida en el trayecto interminable hasta Rabenhammer, una mezcla de calefacción polvorienta y chaquetas húmedas de invierno.

—¡No me libro de nada! —refunfuñó desde el fondo de la tienda una mujer mayor que debía de tener más de sesenta años. Valentina supuso que sería la dueña del establecimiento.

Ursel dejó una revista de pasatiempos sobre el mostrador junto al que permanecía sentada en una silla plegable de jardín, y deslizó sus gafas de lectura sobre su voluminosa melena rizada y gris.

—¡Ha tenido suerte de que hoy esté tan mal del reuma!

—¿Cómo dice?

—Tan joven y sorda. Decía que hoy siento las articulaciones peor que si estuvieran metidas en una olla a presión. El de la carnicería de ahí delante, Heinz el Salchichas… —Ursel señaló desde el escaparate la carnicería situada al otro lado de la zona peatonal—, ese solo se queja de un dolor sordo. Chorradas. No tiene nada que decir. Para mí es un infierno. La cadera me quema más que la arena del Sáhara. Y las rodillas también. De no ser por eso, haría rato que me habría levantado y habría cerrado. Está cerrado.

—Oh, vaya. En internet dice que la floristería también abre los sábados.

—Pero solo hasta las once. Como la panadería.

Valentina levantó la mano con un gesto de disculpa.

Era una lástima que tuviera que abandonar tan pronto el clima agradable de aquella pequeña tienda por el frío cortante de diciembre. Al menos el invierno mostraba ahí una cara mucho más agradable que en la triste Berlín. Tras las intensas nevadas de los últimos días, el pueblecito se había convertido en un idílico paraíso invernal.

—Nada, nada —resopló Ursel—. Ya que está usted aquí, podrá gastarse un dinerito.

Se agarró al borde del mostrador y se incorporó con un gemido.

—¿De dónde es usted? —le preguntó a Valentina.

—De Berlín.

—La capital —bufó Ursel haciendo que sonara como una palabrota —. ¿De vacaciones?

—Por exámenes. Tengo que estudiar para la universidad.

—¡Ah! Así que pensó que sería bueno retirarse a un lugar aburrido como Rabenhammer para no distraerse con las tentaciones de la gran ciudad. Entiendo.

«Algo así».

—He alquilado una casa de vacaciones.

—Mira tú por dónde, una casa entera. —Ursel la escrutó tan fijamente que Valentina se sintió como si estuviera en medio de un escenario iluminada por los focos—. No se anda usted con chiquitas.

—Bueno, de hecho, solo es una vivienda de tres habitaciones con escalera —se justificó—. ¡Una verdadera ganga!

La florista frunció los labios.

—Vale. ¿Y ahora usted quiere alegrarse la estancia?

—La verdad es que está un poco desangelada. Tal como está le falta ambiente navideño. Sobre todo, cuando aquí todas las demás casas muestran un aspecto muy acogedor.

En su recorrido de la estación a su alojamiento, Valentina había pasado por delante de numerosos escaparates decorados con motivos navideños. A diferencia de Berlín, donde la mitad del vecindario consideraba de buen gusto estrellas de neón llamativas, trineos con renos de luces parpadeantes o los Papá Noel de plástico tambaleantes, los edificios de este rincón de Franconia estaban decorados con mucho más gusto, con materiales de madera natural, flores auténticas y velas que titilaban de verdad, sin necesidad de estar conectadas a la luz.

—¡Me gustaría esta corona de Adviento! —Valentina señaló un

modelo sencillo, con un descuento de diez euros, que estaba sobre una mesita auxiliar junto a un jarrón con ramas de acebo—. Y dos amarilis de flor roja.

Posó la mirada en una estantería con adornos navideños.

—¿Decoración para el árbol? —preguntó Ursel, limpiándose la mano en un delantal con manchas de agua de las plantas y tierra para luego señalar una caja de bolas de cristal rojas.

—No, gracias. Pero me quedaré con esta estrella de madera y algunas ramas de abeto. Ah, ¿tiene velas para la ventana?

—¿Cómo dice?

—He visto por aquí varias casas que tienen velas verdes en las ventanas.

—¡Ah, eso! Sí. Aquí es una costumbre de los fines de semana de Adviento. Aunque hoy en día solo lo hace la gente mayor. Antes se hacía en todas las casas. Pero no me queda ninguna de color verde. Solo tengo estas de aquí.

Ursel desapareció detrás del mostrador; por el ruido que hacía era como si rebuscara en una caja de restos de serie y reapareció con un velón oscuro en la mano.

—¿En negro? —preguntó Valentina con cierta vacilación.

—Un error de suministro —explicó la florista—. También yo le pregunté a Herbert qué hacer con eso. Pero, según él, por la noche no se ve distinta a una vela verde, y que eso también es navideño, así que me quedé con la caja a comisión. ¿Qué le parece? ¿Va a quedarse una?

Valentina asintió.

Después de que la florista le empaquetara la compra con habilidad y se la colocara en una bolsa de papel dispuesta para su transporte, acompañó a Valentina hasta la salida. No fue tanto por cortesía, sino para girar el cartel de bienvenidos a cerrado.

—¿Necesitará también un encendedor?

Valentina negó con un gesto.

—El casero es muy precavido. Ha dejado un paquete en la caja de fusibles, junto con una vela de emergencia por si se va la luz.

Un viento gélido le llevó un mechón de pelo por delante de los ojos.

La casita estaba, en efecto, muy bien equipada, tal y como había descubierto una hora atrás, al abrir y dejar la mochila antes de bajar a pie al pueblo por la colina. Vajilla, especias, papel higiénico, toallas, una linterna… Todo estaba perfectamente ordenado en la despensa, la cocina y los armarios del baño.

Incluso le habían dejado algunas latas de conserva.

—¿Dónde ha dicho que se alojaba? —preguntó la florista.

Valentina se encogió de hombros y pasó el peso de un pie a otro en el felpudo delante de la tienda.

—Aún no se lo he dicho. Pero me imagino que en un pueblo como este no hay secretos.

Ursel soltó una carcajada gutural.

—Supongo que podría decirse así.

—¿Conoce esa casita un poco inclinada en Tannensteig? La casa Waldpfad. Justo al borde del bosque, en la colina. —Señaló la zona peatonal en la dirección por la que había venido. Luego volvió a girarse y se encontró con la mirada de una desconocida. De un instante a otro, la vendedora había demudado el rostro. Era como si Valentina, además de haberle revelado su dirección, hubiera accionado también un interruptor que había apagado la sonrisa de Ursel.

—¿Allí?

Valentina asintió.

—¿Por qué…? ¿Qué…?

Fue como si la luz despierta que antes ardía en los ojos vivaces de Ursel hubiera sido remplazada por una furiosa llama de oscuridad.

«¿Habré dicho algo malo?». Valentina aún se lo estaba preguntando cuando notó algo húmedo y pegajoso en la mejilla. Y en la frente.

Una mucosidad viscosa le recorría los ojos y las comisuras de los labios.

—¿Acaba usted de…?

Valentina levantó la mano, se estremeció de asco.

—¿Acaso me acaba usted de…?

… «¿escupir?».

Gritaba, pero sus palabras quedaron amortiguadas por el traqueteo de la persiana, que Ursel bajó ante ella como si fuera una guillotina.

14

Actualidad

Olivia

Olivia se despertó sobresaltada. «¿Es posible despertarse por una sombra?». Eso fue lo primero que pensó. «¿Dónde estoy?», fue lo segundo.

Se había quedado dormida con el portátil en el regazo, que en ese instante empezó a flotar en el aire ante sus ojos, y saliendo así del modo de reposo.

Probablemente no había sido tanto la sombra de Julian como el hecho de que él le hubiera retirado el portátil del regazo para dejarlo sobre la mesita auxiliar junto al sofá.

—¿Qué haces? —preguntó con tono cansado.

La luz de la lámpara de pie seguía encendida. Julian iba descalzo y llevaba un pijama que ella no le había visto nunca. Se incorporó de un salto. El corazón le empezó a latir con fuerza.

—¿Qué le ocurre a Alma?

—Está bien. Duerme. —Él se pasó los dedos por el pelo, que se le había vuelto ralo—. He ido a la cocina a por un vaso de agua y he visto la luz. —Señaló el portátil—. ¡No quería que cayera al suelo como tu carpeta!

Ella asintió y confió en que él se iría, pero Julian se quedó quieto mirándola desde lo alto.

—¡Espero que tu interés en estas cosas sea por motivos profesionales!

Ella frunció el ceño con desconfianza. Antes de que pudiera decir

algo, él levantó la mano para tranquilizarla:

—Sí, lo confieso. He echado un vistazo al artículo que tenías abierto. No he podido pasar por alto el titular: «La chica del calendario: una historia de horror moderna y espeluznante». ¿De qué va eso?

Olivia no recordaba con exactitud el artículo con el que, al parecer, se había quedado dormida. Probablemente su contenido no difería en mucho del de otros artículos que había leído sobre el tema. A lo largo de los años, en internet la historia se había ido tratando según distintas variantes. La mayoría de los autores coincidían en que la chica del calendario era una joven que, en vísperas del cuarto domingo de Adviento, había dejado entrar en su casa a un asesino en serie psicópata que había jugado con ella al «calendario viviente de Adviento». Mientras algunos autores describían cómo el agresor había obligado a la mujer a abrir constantemente nuevas puertas, tras las cuales se ocultaban atrocidades cada vez más horribles, otros sostenían que el propio psicópata había «convertido» a su víctima en un calendario viviente de Adviento. Para ello el asesino le había infligido veinticuatro horripilantes heridas en el cuerpo.

Todo eso ella se lo podría haber explicado a Julian, pero Olivia estaba demasiado agotada para aguantar sermones. Y sin duda el que pronto sería su exmarido le echaría uno si ella tratase de hacerle entender que en aquel cuento morboso veía el último salvavidas que le quedaba a Alma. Por eso le mintió.

—Estoy preparando mi seminario sobre leyendas urbanas y mitos del terror.

—Entiendo —Julian se agachó a recoger la carpeta que Elias le había entregado a ella y que había caído por el suelo. Se había soltado una página, que ahora Julian sostenía a contraluz—. Así que esta es una de esas casas del terror de tus leyendas.

Olivia le arrebató con rabia la carpeta, aunque la fotografía de la

casita en el bosque quedó en manos de Julian.

—Me parece que ya has metido demasiado tus narices en mis asuntos.

Él frunció la vista con un gesto de concentración y se encogió de hombros.

—Si aquí se ha producido un crimen espeluznante, eso haría bajar mucho los precios de las propiedades de la zona —comentó con tono jocoso.

Olivia parpadeó confundida.

—Un momento. ¿Conoces la casa?

Julian negó con la cabeza. Le respondió al instante.

—La casa no. Pero ¿ves ese letrero?

Al pie de la colina, junto al camino de acceso a la casita, había un letrero de madera al que Olivia no había prestado atención hasta entonces.

—¡Pero si aquí no se ve nada!

La fotografía era tan borrosa que no era posible descifrar ni una sola letra de la madera, que posiblemente era un indicador para excursionistas.

—Y aun así, permite delimitar la zona donde se tomó la fotografía. —Julian señaló entonces un punto en el letrero donde, con mucha imaginación, se podía interpretar como la silueta de un bebé medio tumbado boca arriba y dando palmas—: Esto de aquí es un mapa.

—¿De dónde? —preguntó Olivia, que entonces recordó la frase del primer artículo que había leído antes de dormirse:

> Aunque «la chica del calendario» es un cuento moderno, una y otra vez sus numerosos seguidores, sobre todo en las redes sociales, sostienen que es la historia real de un crimen…

—No se trata de un lugar, sino de una región —respondió Julian,

que había hecho una fotografía de esa fotografía con el móvil y, al parecer, la había enviado a un buscador de imágenes de internet mientras Olivia repasaba mentalmente la primera entrada de Google sobre la chica del calendario.

… que, según parece, tuvo lugar hace años en un pueblecito en el bosque bávaro de Franconia…

Julian le mostró con gesto triunfal el resultado de sus pesquisas:

—¡Esa casa está, sin duda, en Baviera!

15

Unos años atrás

Casa Waldpfad, Baviera

Valentina

Todavía notaba esa saliva ajena. Aunque tenía la cara totalmente enrojecida tras habérsela restregado con una manopla durante varios minutos. En un primer impulso, tras esa agresión asquerosa en la floristería, Valentina había querido darse una ducha, pero en la casa aún hacía demasiado frío para ello. Pese a que el agua caliente funcionaba, el casero, por desgracia, no había precalentado el lugar con antelación.

Al dejar el equipaje, antes de su horrible paseo hasta el pueblo, había encendido los radiadores, pero su vivienda temporal distaba mucho de estar a una temperatura acogedora. Como no quería salir de una ducha humeante para entrar en un baño helado, por el momento se había limitado a lavarse a lo gato. Por eso, cuando se sentó en la cocina, seguía sintiéndose sucia.

«Para que luego alguien me diga que se va a ir a vivir al campo porque en las grandes ciudades hay demasiada gente que está mal de la cabeza».

Con todo, ese alojamiento temporal cumplía, en muchos aspectos, todos los requisitos de un retiro idílico: genuinamente pequeño, no muy lejos del centro del pueblo, con el camino rural abajo bordeando la linde del bosque, junto a un sendero estrecho, que

ascendía sinuoso por la ladera flanqueado de abetos majestuosos y cubiertos de nieve, al que la propiedad vacacional debía su nombre.

La casa Waldpfad, esto es, la casa del sendero de bosque, según se llamaba en internet, era la típica casa «con posibilidades». Valentina dudaba que en algún momento se hubiera podido describir como «lista para vivir» o «impecable».

Había varias señales de numerosas puestas a punto y renovaciones en intervalos distintos: el acogedor salón con chimenea presentaba un delicado parqué en espiga, mientras que, en las habitaciones del piso superior, que, en teoría, se habían renovado después, el suelo era vinílico. Las paredes blancas de la cocina estaban decoradas con estuco veneciano rugoso, muy común en los restaurantes italianos o los asadores argentinos. Tanto el dormitorio del primer piso como el pequeño estudio por el que se accedía a la azotea sobre el garaje lucían un papel pintado con efecto gotelé. De hecho, bien pensado, el garaje parecía haber sido incorporado a la casa con posterioridad, mientras que el granero frente a la entrada, con su estructura de aglomerado torcida y podrida, probablemente llevaba siglos allí.

Las malas lenguas tal vez describirían la casa Waldpfad como un lugar humilde y sencillo. A los ojos de Valentina, tenía un lustre que la hacía interesante y acogedora y le confería carácter y personalidad. Y, del mismo modo que ni siquiera el mejor carácter ni la personalidad más interesante poseen solo aspectos luminosos, también esta casa presentaba un punto oscuro. Valentina lo notó en cuanto entró, como una brisa breve y glacial que se sentía incluso estando ante una estufa caliente y crepitante.

Valentina intentó apaciguar su respiración deslizando lentamente la mirada por el paisaje nevado que se veía a través de la ventana de la cocina. Poco a poco, clavó primero la mirada en los tejados de los escasos edificios que ocupaban la pendiente a sus pies. Pequeñas

casas unifamiliares, como la que había alquilado, cobertizos, dos garajes y una panadería cerrada justo al lado del aparcamiento delante de la carretera rural, por donde en ese momento descendía un tractor. Junto con el arroyo medio helado que discurría en paralelo a la calzada, esa carretera marcaba el fondo del valle de aquella cadena de colinas boscosas que volvía a elevarse al otro lado de la carretera.

«Idílica» era probablemente la primera palabra que les venía a la cabeza a los turistas al atravesar esta zona.

«Solitaria» era la que se le ocurría a Valentina. Y esa sensación de aislamiento aumentó al oír el zumbido de su móvil sobre la mesa de la cocina.

«¡Llamada de Kathi!», le mostró la pantalla.

Suspiró agotada.

Su mejor amiga ya había intentado hablar varias veces con ella ese día y de buena gana habría ignorado de nuevo la llamada de Katharina, pero no quería inquietar demasiado a la pobre y que, en un acto impulsivo, empezara a remover cielo y tierra.

Respondió a la llamada.

—¿Diga?

—¡Por fin! ¿Qué te ha pasado?

—Todo va bien, sin problemas.

—Eso te lo puedes repetir cuantas veces quieras, yo te conozco mejor. Así pues, otra vez: ¿cómo te va?

—Bueno, ¿cómo se supone que debe irme?

Kathi se echó a reír, como si Valentina hubiera hecho una broma.

Asió la bolsa en la que había guardado la compra. Por la mañana, antes de partir de Berlín. El tren se había demorado una hora y ella había aprovechado el tiempo para pasar por la tienda de bricolaje.

—¿Algún síntoma?

—No.

Valentina sacó un rollo de cordón de sisal de la bolsa. «3 metros/no encerado», decía la etiqueta con el precio que ella rascó nerviosa con la uña del pulgar.

—¿Dónde estás ahora? —preguntó Kathi a continuación.

—En casa.

—¿Ah, sí? Entonces, por favor, abre la puerta y no permitas que siga tocando a rebato aquí fuera cinco minutos más.

Valentina oyó el chirrido sordo del timbre de casa por el auricular y se aclaró la garganta, avergonzada.

«Maldita sea». Kathi estaba en la escalera de su casa y Ole estaba de vacaciones. Para su salida a Rabenhammer ella había elegido expresamente la semana en la que todos los años él se iba al bosque de Turingia para «despejar la mente» haciendo excursiones.

—Solo quiero estar sola por un tiempo, ¿vale? —le dijo a Kathi.

—Lo entiendo, claro. Pero ¿te das cuenta de que lo que ahora necesitas es lo contrario a la soledad? ¿Está Ole contigo por lo menos?

—Estoy bien —dijo escurriendo el bulto—. De verdad.

Valentina se sujetó el teléfono entre el hombro y la oreja para así tener libres las dos manos. Las necesitaba para ex-tender ante ella los dos primeros metros del cordón de sisal sobre la mesa de la cocina, como si fuera una carretera serpenteante.

—No te preocupes.

Valentina juntó el cordón extendido en el centro formando así dos bucles a derecha e izquierda y creando la figura horizontal de un ocho, el signo del infinito.

—Me pones muy difícil ser tu mejor amiga.

—Por favor, no insistas. Hay un motivo por el que no te lo cuento todo.

—¿Estás diciendo que no piensas decirme dónde puedo dar contigo?

—¡No pienso hacerlo!

Valentina enrolló varias veces el extremo del cordón más largo y suelto en torno al punto central del ocho.

—¿No quieres tenerme a tu lado precisamente en estos momentos?

—Te quiero —dijo Valentina y colgó la llamada con su mejor amiga.

Dos o tres vueltas más y estaría listo.

Ahora solo había que tirar del lazo derecho para que el izquierdo desapareciera. El signo del infinito se había convertido prácticamente en su opuesto: un lazo de ahorcado.

16

Actualidad

Julian

¡No podía permitir que Olivia lo volviera a pillar!

Julian posó con cuidado el pie descalzo sobre el tablero de madera del suelo del salón para comprobar si crujía bajo su peso. Hasta que estuvo seguro de que no hacía ruido, no se atrevió a dar el siguiente paso. Poco a poco, con una lentitud exasperante, avanzó sigilosamente por el salón para no volver a despertar a Olivia de sus sueños inquietos en el sofá.

En su propósito la lluvia que se precipitaba contra las ventanas le era de ayuda. Una pantalla sonora que absorbía por completo los inevitables crujidos, chasquidos y el ruido de la respiración.

En su primera cita, Olivia le había contado lo mucho que le gustaba de niña aquel mal tiempo. Cuando estaba tumbada en la cama y oía el repiqueteo de las gotas, se imaginaba a un gigante esparciendo granos de arroz sobre las tejas del tejado. En la actualidad, según le había confesado apenas unos meses atrás, esa sensación tan agradable apenas era un vago recuerdo del pasado. Ya no pensaba en lo relajante que podía ser un buen libro; en casa, en la acogedora comodidad del hogar, cuando ante sus ojos el mundo se iba desdibujando mientras miraba por la ventana. En la actualidad, Olivia pensaba en sus pacientes, cuyo estado de ansiedad se aguzaba con cada trueno y se ensombrecía con cada relámpago.

Julian la comprendía perfectamente. En otros tiempos también

para él la lluvia de invierno había sido el complemento perfecto de una cálida estufa de azulejos. En la actualidad, solo le veía un presagio de resfriados y escalofríos.

«¿Y de muerte?».

Ya estaba junto al sofá. Por encima de ella. Observó su pecho, que subía y bajaba lentamente. Antes, tenía el portátil sobre el estómago. Ahora tenía la carpeta en cuya lectura ella se había vuelto a quedar dormida. Con cuidado, le apartó la mano izquierda que descansaba encima y cogió la carpeta. El portátil estaba sobre la mesita. Esta vez no cometió el error de quedarse en la estancia. Con el mismo sigilo con el que había llegado, salió con la carpeta y el portátil y se dirigió a la cocina; allí, bajo la luz mortecina de la campana extractora, se dedicó primero a hojear la carpeta.

Básicamente contenía fotocopias de publicaciones de redes sociales en las que unos troles anónimos insultaban a Olivia tachándola de mala madre. Julian comprobó con horror lo bien informada que estaba toda esa escoria. Incluso uno sabía el nombre de Alma.

Llamaban la atención las anotaciones a mano de Olivia, básicamente palabras clave anotadas en los márgenes.

Leyenda moderna — Hater anónimo — Alma

Primero Olivia las había subrayado y luego las había marcado enojada con círculos en torno a ellas. En la fotocopia de la fotografía de esa casa del bosque de Franconia, incluso había atravesado el papel con el bolígrafo al escribir encima: *chica del calendario* – Casa – Baviera – ¿Tiene eso algo que ver con Alma???

Abrió el portátil de Olivia. 2209. La fecha de su boda. Todavía no había cambiado la contraseña. En cuanto hubo introducido el pin se

abrieron varias ventanas en el navegador. Todos los resultados de búsqueda se referían a un único término:

CHICA DEL CALENDARIO.

Como agente inmobiliario, Julian estaba acostumbrado a leer en diagonal documentos extensos, como memorias, contratos de compra o solicitudes oficiales a fin de hacerse rápidamente una idea general de cada asunto. Entonces esa habilidad le vino como anillo al dedo para analizar los artículos, en buena parte dudosos, publicados mayormente en páginas web sensacionalistas pseudoperiodísticas y de aficionados.

En pocos minutos, había recopilado la información clave de los artículos acerca de la chica del calendario, una estudiante que, al parecer, había ido a un pueblecito de la Alta Franconia para preparar el primer examen estatal de Derecho y eso le había costado su salud mental o, tal vez, también su vida. Los periodistas no se ponían de acuerdo con ello.

La mayoría daba por sentado que «la chica del calendario» estaba muerta. Y que los sucesos que supuestamente habían tenido lugar la noche del cuarto domingo de Adviento estaban relacionados con una vela negra que la estudiante había colocado en la ventana de su cocina.

Y con ello había atraído a la muerte.

Una minoría era de la opinión de que la joven seguía aún con vida ingresada en un psiquiátrico. A partir de esta hipótesis surgían otras especulaciones. La más descabellada sostenía que todos los años, siempre en la noche del cuarto domingo de Adviento, un cuidador amable con la chica del calendario le abría en secreto la puerta de su celda. Y que entonces ella salía en busca de víctimas: hombres que maltrataban a sus esposas como había sucedido con ella misma; sádicos que encontraban un placer maléfico despojando a las mujeres de todo cuanto en su momento las había hecho especiales.

La chica del calendario arrebataba a estos perpetradores su alma hasta convertirlos en no más que una cáscara vacía. Listos para ser desechados como un calendario de Adviento, carente de valor para su dueño después de la Navidad.

«Maldita sea, Olivia. ¿Qué significa todo esto?».

¿Por qué se dedicaba a esa sarta de tonterías cuando su situación exigía que volcara toda su energía en salvar la vida de su hija?

Tras haber hojeado el último artículo, Julian se sintió devuelto a su época escolar cuando, sentado ante el examen de Matemáticas, era incapaz de resolver la ecuación escrita en el papel.

Leyenda moderna — Hater anónimo en internet — Alma

Pensativo, volvió a coger la copia ampliada.

«¿Por qué te interesa esta casa?».

«¿Desde cuándo las leyendas modernas te interesan también en tu vida privada?».

«¿Qué otras cosas hay que yo debería saber?».

De regreso al salón, las preguntas le daban vueltas en la cabeza como el conductor despistado que en una rotonda es incapaz de dar con la salida.

Con la máxima delicadeza de la que fue capaz, volvió a colocar la carpeta sobre el vientre de Olivia, que murmuraba de forma ininteligible en sueños. Mientras dejaba el portátil junto al sofá, se preguntó por enésima vez de nuevo si se le había pasado algo por alto. Algo que lo descubriera a él y a su plan. Sin embargo, ni sabía en qué asunto andaba metida su esposa ahora, ni veía indicio alguno que indicase que había sido descubierto ni de que ella lo hubiera desenmascarado.

17

Unos años atrás

Casa Waldpfad

Valentina

Valentina encontró un jarrón para las amarilis en un armario de la cocina y lo colocó en la ventana junto a la flor de Pascua. En el cajón de los trastos, que estaba junto al fregadero, había mondadientes, bolígrafos, varios folletos de servicios de reparto, gomas elásticas e incluso palillos de sushi desechables, pero no cinta adhesiva. Se acordó entonces de las tiritas transparentes que llevaba en el neceser y las usó para pegar las ramas de abeto y acebo directamente al cristal de la ventana.

«No es hermoso, pero es especial».

Colocó la corona de Adviento sobre la mesita.

Encendió tres de las cuatro velas con las cerillas que había en la caja de fusibles y al instante la embargó una agra-dable sensación de nostalgia. El chasquido de la cerilla al frotar en el raspador y el siseo que seguía al prenderse la llama la catapultaron a un pasado en que ella aún era una chica tranquila y despreocupada. El humo, que olió primero a algo metálico y luego a madera y azufre, le recordó a mamá y papá cantando canciones con ella en los fines de semana de Adviento, haciendo manualidades con castañas y horneando galletas.

«Antes de que mamá enfermara, y ella y la oscuridad se convirtieran en las mejores amigas».

Magdalena Rogall. Su madre, bondadosa, de voz siempre queda, siempre sonriente a pesar del sufrimiento y dolorosamente sensible a la luz. Al principio, a Magda solo le molestaba la luz de la mañana al despertar y, más tarde, el brillo de la pantalla del televisor o del móvil. Nadie se explicaba las causas de la fotofobia y no había remedio que ayudara a detener su avance o, por lo menos, a aliviarla.

Al final, su madre se pasaba el rato tumbada en una estancia completamente a oscuras, con las ventanas ensombrecidas por persianas opacas.

Valentina se habría echado a llorar de buena gana cada vez que entraba en ese dormitorio que rezumaba hedor a sudor y dolor y oía a su madre (¡en otros tiempos una famosa fotógrafa de la naturaleza!) gimiendo en la penumbra, intentando como tantas otras veces vislumbrar a su hija adorada. Pero Valentina se contenía y no dejaba traslucir su tristeza; se sentaba en el borde de la cama junto a su madre y empezaba a hablar. De los girasoles del jardín. De las mariposas que, besadas por el sol, revoloteaban delicadamente como plumas movidas por el viento. Y de los chaparrones de verano, cuyas gotas descomponían la luz desplegándola en los distintos colores. Trece años después de su nacimiento, Valentina y Magda habían intercambiado los papeles. La hija era la que contaba cuentos a su madre. La diferencia es que estos no iban de hadas, gigantes ni topos parlanchines, sino de lo que, en su momento, había hecho especial la vida cotidiana de la fotógrafa: el sol reflejado en un lago del bosque, la luz entre las hojas de un árbol en una avenida, o el resplandor dorado de la llama de una vela movida por una corriente de aire invernal.

Para Valentina, los días podrían haber discurrido así para siempre, con la rutina fija de abrir la puerta principal nada más regresar del

colegio, calentar el almuerzo que le dejaba preparado papá y llevárselo a mamá a la cama.

Pero entonces un día regresó de una salida escolar y se encontró con la cama de mamá vacía.

«Ayer se durmió tranquilamente», dijo su padre.

Valentina lo oyó, lo entendió, pero no lo aceptó.

Con la muerte de mamá, algo en su interior también murió. Valentina cambió, levantó un escudo en torno a ella y, como si fuera el caparazón de un caracol, se encerró en él. Dejó de hablar, no compartió con nadie el océano de dolor que se agitaba en su interior y empezó a autolesionarse. Los cortes en la piel eran como las rejillas de un respiradero. A través de ellas se escapaba el dolor. Pero trajeron consigo un sufrimiento nuevo y mucho mayor. Su padre estaba desbordado y su nueva novia, que se mudó demasiado pronto a la casa después de la muerte de mamá, no le era de gran ayuda. Se limitó a corroborarle que Valentina estaría mejor en un internado, sobre todo entonces porque el ascenso en el trabajo le obligaba a viajar más. El padre de Valentina había sido nombrado director de ventas de una empresa de accesorios para automóviles y se pasaba la vida viajando entre las fábricas de Alemania, China y el Sudeste Asiático; por eso también se podía permitir el costoso internado del castillo de Lobbeshorn. La novia de su padre le había aconsejado aquella institución, considerada un lugar de referencia para niños inteligentes, pero con problemas graves de conducta.

«¿No podría quedarme contigo, por favor?». Sin duda Valentina se lo había pedido a su padre miles de veces. Pero solo de pensamiento. Y en sus sueños. En realidad, ella cogía la cuchilla de afeitar sin decir nada y contemplaba la sangre deslizándose por su antebrazo.

El día de su despedida, junto a las puertas del internado, su padre

no se atrevió a mirarla fijamente a la cara cuando la dejó con estas palabras: «No hay otra opción. Créeme. Es por tu bien».

«¿Por mi bien?».

Valentina parpadeó varias veces seguidas y luego se llevó la mano a la nuca, que tendía a ponerse rígida cuando ella se sumía en pensamientos sombríos.

«En fin, papá. Si piensas que es por mi propio bien que me torturen…».

Valentina se apretó aún más los músculos del cuello y notó un escalofrío recorriéndole la espalda. No se había dado cuenta de lo concentrada que había estado mirando una de las velas de Adviento, cuya cera empezaba a volverse líquida. Se dio la vuelta rápidamente. Sabía que si seguía mirando la llama no podría detener el ataque de pánico.

Todo regresaría.

Primero el internado.

Luego Stella.

«Las veinticuatro puertas».

Finalmente, el miedo que iba en aumento con cada día del mes de diciembre. Con cada nueva puerta que habían tenido que abrir durante el Adviento. Con cada nueva crueldad que se escondía detrás de ella.

- ¡Arrancaos un mechón de cabello!
- ¡Tragaos los cristales rotos!
- ¡Matad ese conejo!

«Maldito pasado».

De la Navidad tenía los recuerdos más hermosos y los más terribles. Y no había forma de reactivar los agradables y eliminar a la vez los atroces.

Se apresuró hacia la cocina. Ya se había servido de todo lo que había comprado. Excepto por la vela negra, no le quedaba nada con que decorar la ventana. Estaba segura de que, vista desde fuera, su casa parecía más pobre que la mayoría de las del pueblo. Pero eso no tenía importancia. No pretendía ganar ningún concurso.

Valentina sopesó en la mano el velón que había comprado en la floristería. Era casi tan grande como el que le habían regalado por su comunión. Lo único que, claro está, le faltaba el versículo de la Biblia que su madre había elegido para ella.

«Dios es luz. Y no hay ninguna tiniebla en él».

Aplicado a su internado, el castillo de Lobbeshorn era, por tanto, un lugar sin luz y sin Dios. Sobre todo en periodo de permanencia.

Pocos días después de su llegada al internado, Valentina oyó contar lo que, en teoría, les aguardaba a los niños a quienes sus padres no recogían para las vacaciones. A los pocos que Stella «cuidaba» durante el periodo de «permanencia de los olvidados».

«Evita la ira de Stella. Si no, te quedarás en Lobbeshorn», murmuraban los alumnos mayores a los pequeños en el patio para asustarlos.

Contaban historias estremecedoras. Decían que la dirección del colegio despreciaba a los alumnos que no pasaban las vacaciones con sus padres. Al parecer, el hecho de que ni el padre ni la madre los quisiera tener en casa demostraba que esas «criaturas olvidadas» debían de ser insolentes. Retoños problemáticos a los que había que escarmentar y castigar por sus pecados. Con ese objetivo, en cuanto la mayoría del alumnado se iba para pasar las vacaciones, el internado pasaba a ser un lugar terrorífico para quienes permanecían en él. Sobre todo, en Navidad. En esa época del año, el castillo de Lobbeshorn se transformaba en un calendario

de Adviento aterrador: con veinticuatro habitaciones «decoradas», cuyas puertas los «olvidados» iban abriendo, como un calendario de Adviento. Solo que tras ellas no había ni chocolate ni juguetes, sino espantos cada vez mayores.

Valentina había descartado esos rumores como si se tratara de leyendas morbosas, majaderías.

Pero, de hecho, eran verdad.

Los escenarios terroríficos con que los mayores pretendían asustar a los pequeños se acercaban sorprendentemente al horror de la realidad.

«El castillo de Lobbeshorn ya es repulsivo en periodo escolar. Pero en vacaciones es un lugar temido incluso por el sol», le había dicho Ole. Eso fue después de la noche en que juntos habían tenido que abrir la puerta **3**.

«¡Por Dios, Ole! ¿Cómo logramos sobrevivir a eso?».

Ole era su compañero de pupitre desde el instituto. Era su único amigo, el mejor, y con él compartía muchos recuerdos. La primera vez que se cogieron de la mano. El primer beso. La fatídica noche en el gimnasio. La maldita caja de la píldora del día después.

«Ojalá no la hubiera tirado a la basura de la casa donde Henriette la encontró. No habría pasado nada de esto».

«¡El diablo tiene muchos rostros!», dijo Ole con un resuello tras la puerta **7**. El dolor le rebosaba en la mirada y en la voz.

Y, sin duda, el peor de ellos era Stella Großmuth. La directora del internado, con las mejillas hundidas y el aspecto de estar siempre cansada, la que había ideado ese monstruoso calendario de Adviento. Le seguía de cerca Andrea, un monstruo de labios carnosos y ojos oscuros de color avellana. Andrea no era miembro oficial del colegio. Tras ese tiempo en «permanencia», Valentina no había vuelto a ver a la mano derecha de Stella. La persona que

aguardaba detrás de cada puerta y les entregaba el sobre donde se decía en qué consistiría la siguiente «tarea del día» del horror.

- ¡Quitaos un diente!
- ¡Quemad algo de vuestro cuerpo!
- ¡Comed algo vivo!

El rostro de Stella y Andrea había quedado grabado para siempre en la memoria de Valentina. En cambio, solo recordaba de forma vaga la cara de sus numerosos encubridores. Los que habían mirado hacia otro lado, los compañeros de clase, así como, ciertamente, algunos profesores y empleados, como el conserje o la secretaria del colegio. La mayoría silenciosa. Aunque muchos sin duda sospechaban y seguramente sabían lo que ocurría en el castillo de Lobbeshorn, nadie se sintió responsable de intervenir. Pararle los pies a Stella. Denunciarla.

Tal vez por miedo a atraer la atención hacia ellos, las investigaciones quedaron en nada y el sádico sistema de abusos de Stella siguió perpetuándose.

Valentina era incapaz de reprochárselo a nadie. Cuanto más monstruoso era un crimen, menos probable era que se creyera a las víctimas. Lo que ellos habían sufrido era inconcebible; ¿quién en su sano juicio creería que algo así realmente había sucedido? De hecho, ni ellos mismos se habían atrevido a confiar en nadie, más por vergüenza que por cobardía. Era como si Stella no solo les hubiera arrebatado la juventud, sino también la energía para hablar de ello. Hasta entonces, ni Ole ni ella se habían sometido a terapia y en sus conversaciones rehuían el tema, de modo que lo que habían sufrido seguía cociéndose en su interior sin haberlo podido procesar.

Las veinticuatro puertas.

Las «tareas» escondidas tras ellas.

Las atrocidades que habían tenido que infligirse mutuamente. Estaban escritas en unas tarjetitas metidas en sobres en miniatura de color menta y se formulaban en rimas inspiradas en villancicos conocidos:

En Navidad, en la pastelería
reina la guarrería:
¿será el índice izquierdo o los pulgares?
¿Qué uña se largará de esos lugares?
En Navidad, en la pastelería…

Andrea les traducía el poema a un lenguaje sencillo cuando, como en esta rima, no entendían exactamente la orden concreta.

«Hoy el sacrificio por vuestros pecados es una uña. ¿Quién se presta a ello? ¿Quién la arrancará? Vosotros decidís. Pero hacedlo. Solo cuando hayáis completado la tarea podréis ir al baño y comer y beber».

Valentina sacudió la cabeza en un intento inútil por reprimir los atroces recuerdos del pasado. «Tranquila. Ya no estás en el internado. Estás aquí. En la casa Waldpfad. Todo va bien. Todo es como tú querías», se dijo para sus adentros para animarse.

Tuvo que aguardar un rato hasta que la mano le dejó de temblar y logró por fin encender la vela de la ventana de la cocina.

A continuación, Valentina atravesó el salón hasta el pasillo y abrió la puerta del cuarto de baño, que estaba situado frente al acceso al sótano.

El olor a suavizante y detergente inundó la nariz de Valentina. El cuarto de baño era sorprendentemente espacioso y, a diferencia de las demás habitaciones, tenía una altura de techo generosa.

«¡Perfecto!».

Además del retrete y de un lavamanos doble, había espacio para un conjunto de lavadora y secadora y una ducha a ras de suelo. Esta

estaba escondida en la esquina derecha de la estancia, tras una cortina plana con estampado de flores que hacía las veces de separador de ambientes.

Valentina corrió la cortina a un lado y miró hacia lo alto. Encima de la ducha había un tubo blanco de la calefacción que presentaba algunos puntos desconchados. Miró a su alrededor y vio un asiento blanco de plástico. Lo metió en la ducha, se encaramó a él y tiró del tubo. Comprobó si podría sostener su peso.

En cuanto vio que la prueba salía bien, Valentina se bajó del taburete y regresó al pasillo donde había dejado el nudo de ahorcado que ella misma había hecho.

18

Actualidad

Olivia

Olivia se restregó los ojos cansados; después de decidir que, después de todo, iba a descansar un poco, le sonó el móvil.

Confundida, se quedó mirando la pantalla. Primero se dio cuenta de que aún era de noche. Luego, que la persona que intentaba contactar con ella pasadas las dos de la madrugada no estaba entre sus contactos. Aunque solía no responder a llamadas de números desconocidos, Alma estaba registrada en todos los archivos de donantes del mundo y le habían dicho que era posible recibir un aviso positivo incluso a horas intempestivas.

—¿Dígame?

La esperanza se tornó primero en decepción para luego, en cuanto oyó la voz de Elias Tudor, convertirse de inmediato en un nerviosismo expectante:

—¡No va a creer lo que ha pasado! Tenemos que vernos de inmediato.

Su alumno hablaba como si, en las pocas horas que habían transcurrido desde su despedida, hubiera contraído un resfriado. Más que hablar, susurraba con la voz tomada.

—¿Está usted bien?

—No podría estar mejor —susurró él claramente animado.

Olivia sospechó que o estaba borracho o había tomado demasiados tranquilizantes. De ser así, no podía perder el tiempo con charlas triviales.

—¿Ha encontrado el expediente de adopción de Alma?

—¡No!

Olivia, que había cerrado los ojos por unos instantes pronunciando una oración silenciosa, suspiró decepcionada.

—Un momento, aguarde. Se trata de una información importante que nos ayudará.

—No entiendo.

Él se aclaró la garganta varias veces, como intentando suavizar su afonía.

—Entrar en el sistema ha sido un juego de niños. También en la base de datos correspondiente. Pero ahí ya no había nada. Y subrayo lo de «ya».

—¿Me está diciendo que alguien ha borrado el expediente?

Elias soltó una risita.

—Así es. Y además hoy mismo. Exactamente a las 18.04.

«Poco después de que yo saliera de la oficina», se dijo Olivia. Elias entonces confirmó su sospecha. Con un graznido de triunfo espetó:

—Al hacerlo, el bueno del señor Wallenfels ha dejado rastros digitales.

Elias se disponía a explicarle cómo había conseguido relacionar la eliminación del archivo con la cuenta del jefe de la oficina, pero Olivia no estaba de humor para explicaciones técnicas.

—Vale, es impresionante cómo lo ha conseguido, pero ¿hay algún modo de recuperar el expediente?

—¡No!

Poco a poco la lentitud con la que él iba soltando la información la iba irritando.

—Y entonces ¿por qué me llama en mitad de la noche?

—¡Porque hay una copia del archivo!

—¿En serio?

Ella enderezó la espalda.

—Wallenfels ha enviado a su correo electrónico privado el expediente de Alma. Apenas dos minutos antes de borrarlo.

—¿Y usted tiene esa copia? —preguntó ella, muy nerviosa. Olivia miró los garabatos de su bloc de notas, en el que había añadido, de modo inconsciente, las palabras clave «expediente borrado», «Wallenfels» y «correo electrónico».

—¡No!

«¿No?».

Ella clavó la vista en sus notas y pensó que esa era la sensación que debía de embargar a un científico especializado en terremotos cuando el sismógrafo de su centro de control registraba los primeros, aunque débiles, temblores de tierra. Todos los datos de que disponía eran demasiado extraños como para ignorarlos, pero no lo bastante significativos como para extraer de ellos conclusiones fiables.

—¿Y por qué deberíamos reunirnos de inmediato?

«¿En mitad de la noche?».

La voz de Elias cambió. Habló más bajo, en un susurro apenas inteligible.

—Chis… Espero que esté dormido.

El espanto dejó a Olivia sin aliento. De nuevo en su cabeza barruntó una sospecha y, de nuevo, en cuanto ella le planteó con temor la pregunta, Elias se la confirmó:

—Por Dios, ¿dónde demonios está usted?

—En casa de Wallenfels. Ahora mismo voy a su dormitorio.

19

La zona residencial de Lichtenrade, en la periferia sur de Berlín, recordaba los moteles de carretera estadounidenses. Barracones de madera de dos plantas, pintados de color rojo óxido y dispuestos en forma de herradura en torno a una gran zona de aparcamiento para que los residentes de las unidades inferiores pudieran aparcar sus vehículos justo delante de la puerta de su casa.

«El encanto de la ruta 66. Vivir donde otros pasan sus vacaciones», habría escrito Julian con el típico estilo de los anuncios inmobiliarios.

Aparcó frente al apartamento número 7 y encendió el calefactor de estacionamiento. De todos los extras de la miniván ese era el único que valoraba de verdad. Antes, cuando las temperaturas estaban claramente por debajo de cero, incluso Julian dejaba encantado su adorado coche deportivo y le tomaba prestado el coche. A Olivia aquel recuerdo le dolió y se propuso que, en cuanto pudiera, le pediría la llave de repuesto.

Cuando se apeó, activó el detector de movimiento de una farola exterior.

Elias había dicho que Wallenfels vivía en el número 19, la vivienda más alejada a mano derecha, en el piso superior. Sin embargo, solo llegó hasta la escalera, en cuyo primer escalón descubrió a su estudiante de doctorado con el cuerpo muy recogido. Estaba sentado en la oscuridad, con los brazos firmemente apretados en torno al torso, y temblaba.

—¿Qué ha pasado?

Elias levantó la cabeza poco a poco. Cuando le miró a los ojos,

sintió como si el lado oscuro de la luna se volviera hacia ella. La fría noche negra se reflejaba en su mirada.

Nunca sus dientes le habían parecido tan blancos, aun-que hasta entonces nunca los había visto en un contraste tan salvaje.

Elias tenía el rostro teñido de sangre roja, aceitosa y brillante.

—Por Dios, ¿qué le ha pasado?

—Estoy bien. Pero él…, él…

Elias se quedó con la boca abierta, como apático, incapaz de decir nada más.

«Dios mío, ¿qué habrá hecho?».

Olivia salió a la carrera y subió los peldaños de dos en dos.

La puerta del apartamento 19 estaba abierta. El piso, sorprendentemente espacioso, estaba muy iluminado; era como si, en vez de ser las dos y media de la madrugada, fuera la hora del desayuno.

—¿Hola? —exclamó Olivia y entró en el recibidor.

«Ordenado», se dijo mentalmente.

Flores frescas en el jarrón, una chaqueta solitaria en el perchero, las llaves del coche y de la puerta de entrada colgadas en el portallaves de la pared.

«Muy meticuloso». Incluso en esa situación, era incapaz de reprimirse y, por deformación profesional, buscaba de manera automática indicios externos que le hablaran del interior de una persona. Y casi nada proporcionaba tanta información sobre el estado mental de una persona como el modo en que esta organizaba el centro de su vida.

«Sensor de movimiento», apuntó mentalmente. Colgado como si fuera una casita para pájaros en la esquina superior derecha del pasillo, justo debajo del techo. Al poco, descubrió el panel de control del sistema de alarma en la pared entre el aseo de invitados y un

espejo. «Es el mismo modelo que el de casa». Error. «Como el de nuestra casa de antes».

En el dispositivo —que permitía activar y desactivar la alarma en distintas zonas, ya de forma total o parcial— lucía el adhesivo blanco y verde de una empresa de seguridad, algo que carecía de utilidad en el panel de control. Solía pegarse en la puerta de entrada al domicilio para que fuera bien visible para los ladrones y fueran conscientes de que, dado el caso, activarían una alarma que sería registrada por un centro de control de seguridad.

Olivia llevaba unos guantes finos de lana, que le dificultaron un poco la apertura de la tapa del panel de control sin tener que usar las uñas.

OFF/DESACT

La configuración que se mostraba en el visor permitía entender por qué Elias no había disparado ninguna alarma ni había aparecido tampoco ningún guardia de seguridad. Wallenfels no lo había activado, ni siquiera lo había puesto en modo nocturno, lo que permitía circular libremente por el piso, pero no abrir puertas ni ventanas.

Olivia era consciente de que el único motivo por el que hacía todas esas acciones y observaciones era retrasar lo inevitable. Acceder al lugar donde debía de haber ocurrido algo tan horrible como para que su estudiante estuviera encogido en la oscuridad de la escalera, cubierto de sangre y desesperado.

«¡Vamos, sigue!».

Olivia atravesó el pasillo, pasando por delante de la cocina y el salón. La alfombra gruesa amortiguaba sus pasos.

Bajó la mirada al suelo, donde las huellas oscuras de unos zapatos grandes apuntaban hacia la salida del piso.

«¿Elias?».

En las paredes había colgadas láminas de arte enmarcadas, de

esas que se pueden comprar en tiendas de muebles y centros de bricolaje. Artículos de quita y pon fabricados en serie, entre los que se intercalaban una y otra vez fotografías familiares. La serie empezaba con Wallenfels junto a un cochecito de bebé. A su lado había una mujer de aspecto exhausto, de pie, algo separada, a un lado, como si no tuviera nada que ver con su familia.

Conforme avanzaba por el pasillo, le vino el recuerdo de un cuadro que había visto en una galería de arte en el que el rostro retratado de un músico envejecía al pasar junto a la obra. El niño de las fotografías enmarcadas iba cambiando de igual modo. Se iba transformando: de niño pequeño con pijama de Marvel a colegial con aparato de ortodoncia y mochila hasta convertirse en un adolescente con bigotito. Olivia se detuvo ante la última foto, que (como las dos anteriores) solo mostraba al niño y a Wallenfels, sin la madre, y de nuevo fue consciente de que estaba intentando cobardemente demorarse con la contemplación de la fotografía de una entrega de premios de atletismo en lugar de asegurarse de que aquel olor que percibía no eran imaginaciones suyas. Olor a hierro, apropiado para el lugar frente a la puerta entreabierta del dormitorio donde las fibras de la alfombra parecían mucho más oscuras.

Como si alguien hubiera derramado vino tinto.

O sangre.

20

El rastro se extendía hasta la cama.

Olivia no se había desplazado ni un centímetro del charco, pero con los dedos enfundados en los guantes había abierto la puerta del dormitorio de par en par.

«Dios mío».

Si la desesperación tenía un olor, en la habitación de Wallenfels ella incluso notó su sabor. Una mezcla de sudor de una noche en vela, aire viciado y los efluvios lacerantes de heridas recientes, como los que se percibían en las habitaciones de hospital.

Tanto las lámparas de las mesillas como los focos del techo estaban encendidos, de modo que ninguna sombra piadosa habría permitido a Olivia ignorar lo que había ocurrido ahí.

«Un baño de sangre».

Imposible decir de qué color era la cama antes de que alguien hubiera sido asesinado en ella. Olivia dio por sentado que tenía ante sí el lugar donde una persona había exhalado su último suspiro agónico. Pero no podía estar segura por completo. La sábana, en efecto, estaba bañada en sangre, pero no había rastro alguno de cadáver. En su huida, el autor había dejado salpicaduras en la moqueta de color claro que iba de la cama hasta la puerta, el charco donde instantes atrás Olivia había estado.

Y de nuevo ahí había huellas de zapatos que, sin duda, eran de Elias al salir despavorido del piso. Para no hacer más huellas de sangre, bajó la cremallera de sus botas y se las quitó. Entró en el dormitorio en calcetines, poniendo mucha atención en pisar solo las zonas claras y sin manchas de la moqueta.

«Santo Dios». Horrorizada, se llevó la mano a la boca cuando

apenas estaba a un brazo de distancia de la cama.

De haber estado ella en un plató de cine, habría reprochado al equipo de producción haberse excedido en el diseño del decorado. Las manchas eran demasiado grandes, el desorden creado con la pantalla rota de la lámpara y la mesilla de noche volcada era excesivo. Tal vez el propio Wallenfels la había movido para alcanzar la caja blanca, del tamaño de un posavasos de cerveza, que había junto al cabecero de la cama.

Parecía un interruptor de la luz, excepto porque llevaba el mismo logotipo que el panel de control del sistema de alarma, lo que le hizo pensar que, como en su casa, aquel era un botón del pánico que, cuando se pulsaba, activaba una alarma silenciosa.

Al parecer, el jefe de oficina no había llegado a alcanzarlo. De lo contrario, la casa habría sido tomada por la policía mucho antes.

Olivia se volvió hacia la salida y habló en voz alta. Elias estaba de pie bajo el umbral de la puerta.

—Por Dios, ¿qué ha pasado aquí? —le increpó. Aquella situación la superaba por completo. Descargó toda su confusión, tensión y temor en cada palabra que lanzó contra Elias—. ¿Acaso ha perdido la cabeza? ¿Por qué se ha colado aquí? ¿Y qué ha pasado?

El estudiante negó con la cabeza y apartó a Olivia.

—No entiendo nada —se lamentó él con la mirada clavada en la cama manchada de sangre. Mientras hablaba, se apretaba las dos manos contra los oídos, como un niño pequeño miedoso que no quisiera oír discutir a sus padres.

Olivia retrocedió sin querer y volvió la vista hacia las ventanas mientras se preguntaba si podría arriesgarse a saltar desde el primer piso.

Miró a Elias, luego a la cama ensangrentada y a continuación, de nuevo, a su doctorando.

—Pero ¿has sido tú? —le preguntó atemorizada. ¿Acaso Elias

además de ser un tipo rarito era un psicópata? ¿Era posible que ella hubiera pasado por alto todas las señales durante tantos años?

—Es imposible —dijo él sin responder a la pregunta de ella. Habló con una voz afónica, como antes por teléfono, cuando había intentado hablar en voz baja para que Wallenfels no reparara en él.

—¡ELIAS! —gritó Olivia en un intento de sacarlo de la parálisis en la que parecía estar a punto de caer. Los movimientos de él cada vez eran más lentos, su voz cada vez más baja.

—¿De dónde ha salido la sangre de su cara?

Él negó con la cabeza.

—No me lo explico.

—No, no, no, a mí no me venga ahora con una amnesia disociativa. ¡Haga usted memoria!

—¡ES LO QUE HAGO! —replicó él con un grito; luego se tapó la boca con la mano—. Y no lo entiendo.

A continuación, pronunció una frase espeluznante; cuando la oyó Olivia deseó haberse tapado los oídos.

—¡Pensé en subirme a la cama con él!

«¡Santo Dios! Realmente es un psicópata».

—¡Ahí! —gritó él excitado señalando la cama con el dedo índice.

Ella no se atrevía a seguir su mirada y mantenía los ojos clavados en él.

—¿Querías ir a su cama?

—Sí. Ponerme encima de él. Para sujetarlo mejor.

Entonces, mientras Olivia pensaba cómo podía zafarse de Elias y alcanzar su coche sin que él la agrediera, él dijo una frase que, por un lado, fue todo un alivio. Aunque, por otro, aumentó aún más su confusión.

—Para el masaje cardiaco. Pero no sé bien cómo se hace. Y me ha dado miedo. Solo lo he tocado un instante. Sin darme cuenta, luego

me he pasado la mano por la cara, lo juro, ¡ha sido asqueroso! ¡Así que me he marchado y me he quedado fuera esperándola a usted!

Olivia lo miró boquiabierta.

—Un momento. ¿Me está usted diciendo que…?

Elias volvió a señalar la cama gesticulando de forma enérgica, y esta vez ella siguió con la vista hacia donde indicaba.

—Sí, eso es. Su cadáver entonces aún estaba aquí.

21

Unos años atrás

Casa Waldpfad

Valentina

Valentina se colocó la soga al cuello mientras regresaba al cuarto de baño.

El suelo del pasillo era de losas viejas de granito, y de ellas emanaba un frío que notaba incluso en las pantorrillas, a pesar de los gruesos calcetines deportivos que llevaba sobre las medias.

Volvió a encaramarse a la silla de plástico inestable. Los brazos le temblaban al pasar el cabo suelto de la soga por el tubo de la calefacción y luego lo enrolló varias veces.

«¡Cabe bien!».

Cuando estaba comprobando si la cuerda que llevaba al cuello podía abrirse y apretarse con facilidad, alguien llamó con insistencia a la puerta.

Valentina se detuvo y se preguntó si debía hacer caso omiso a esa visita inesperada, pero los golpes a la puerta no cesaban. Al contrario. Cada vez resultaban más apremiantes.

—¡Ya va, un momento! —gritó. Se quitó la soga del cuello, se bajó de la silla de plástico y corrió la cortina de la ducha tras de sí para ocultar la cuerda de la vista.

Con gesto nervioso se alisó el pelo, se dirigió a la puerta y la abrió.

Ante ella asomó un hombre mayor, que claramente ya había dejado atrás sus mejores años. Tal vez en otros tiempos su pelo

había sido negro y espeso, pero ahora solo se le veían unos pocos mechones grises mientras alzaba en silencio su sombrero de fieltro verde a modo de saludo. Es posible que alguna vez sus ojos hubieran sido azules y brillantes, pero ahora parecían apagados y mortecinos; Valentina se preguntó si el hombre sería capaz de ver algo sin sus gafas rayadas. De joven posiblemente había sido de una estatura imponente, pero ahora su espalda encorvada le impedía mirarla directamente a la cara. Con expresión adusta y apática, trató de vislumbrar el interior de la casa.

—¿Qué se le ofrece? —preguntó Valentina intrigada mientras que, como movida por un reflejo, le siguió la mirada; el recibidor estaba vacío, excepto por sus zapatos de invierno, que había dejado bajo la caja de los fusibles.

El anciano tosió en el pliegue del brazo y luego dijo con una voz sorprendentemente grave.

—Lo mío ya no tiene remedio.

—¿Cómo dice?

—¡Pero su caso es distinto!

Una ráfaga de viento glacial se abrió paso entre las perneras de los pantalones de pana del anciano, pasó junto a Valentina y penetró en la vivienda. Ella se estremeció y cometió el error de responder al extraño comentario de aquel desconocido.

—¿Qué quiere usted decir?

El viejo gruñó y enseñó los dientes como un perro agresivo antes de reprender a Valentina.

—¡Sé lo que ocurre en esta casa! ¡Lo que las mujeres traman aquí!

—No entiendo una palabra.

—Lo mejor es que se marche de inmediato. O, por lo menos, que cierre la puerta con llave y, en todo caso, que no encienda la vela.

—¿Cómo dice?

—Yo en su lugar la retiraría de la ventana antes de que sea

demasiado tarde.

Él metió el pie en la puerta. Valentina reparó en que llevaba dos zapatos distintos: un modelo Budapest negro con la punta abierta, y una bota de seguridad con puntera de acero. Era con esta última que ese ser estrafalario y perturbador le impedía cerrar la puerta.

Sin embargo, ella le apretó el pie con un gesto inequívoco.

—Discúlpeme, no quisiera ser grosera, pero me gustaría poner fin a esta conversación.

—¿Acaso la estoy asustando? Bien. Eso es lo que pre-tendía.

Él se pasó la lengua por los labios. A ella el corazón le empezó a latir más rápido.

—¿Se da cuenta de lo que ha hecho?

Ella negó con la cabeza, no tanto en respuesta a esa pregunta, sino porque no sabía cómo afrontar esa situación y librarse del viejo.

—La ventana. La ha decorado. Se ve. La puede ver cualquiera. ¡Es una invitación!

—¿A qué?

—Así pues, no lo sabe, ¿verdad?

Él sacudió la cabeza con vehemencia.

—Dios santo, no lo sabe. Usted…

—¿Hartmut?

Valentina se sobresaltó tanto como ese extraño visitante ante la voz femenina que parecía surgida inesperadamente de la nada. No había oído ningún paso y pasaron aún unos instantes antes de que asomara el rostro de la persona a la que pertenecía. Una mujer robusta, de cara redonda y cabello espeso de tono azulado. En lugar de abrigo, llevaba delantal y tenía las manos sucias de harina y masa. Por el olor que desprendía era como si acabara de hornear galletas de Navidad para aparecer por detrás de un abeto, entre el cobertizo y el garaje.

—¡Estás aquí, Hartmut! —Se volvió hacia Valentina—. Discúlpeme.

A veces mi padre se me escapa.

La vecina, a la que Valentina le calculó unos cincuenta y tantos años, señaló una casita más arriba en la ladera. Vislumbró además un sendero que unía ambas propiedades y que la mujer, obviamente, había tomado.

—Somos los Lackner. Vivimos ahí arriba. Me llamo Brigitta, pero todo el mundo me llama Gitte.

Le tendió la mano a Valentina, que, por reflejo, la tomó y se la estrechó.

—¿Acaso la ha molestado? No haga caso de lo que dice. Ya no está en sus cabales.

Le siseó a su padre algo que Valentina no entendió, como si se hubiera dirigido a él en otro idioma. Fuera lo que fuese, eso hizo que Hartmut se diera la vuelta sin despedirse y volviera a enfilar el sendero hacia lo alto.

—Hoy él no ha bebido lo suficiente —dijo la vecina apretando calurosamente la mano de Valentina, que se estremeció complacida ante ese calor repentino—. Por cierto, muy bonito. Le felicito. Hace mucho que no pasaba. Bien pensado, no había ocurrido nunca.

—Disculpe, ¿a qué se refiere? —preguntó Valentina, cada vez más confundida.

—Al calendario viviente de Adviento.

Gitte sonrió de oreja a oreja. Valentina vio que los dientes le brillaban, no así los ojos.

—Nos enorgullece mucho ser el único municipio de la región que aún conserva esta costumbre. Cada vez participa menos gente, ¿sabe? Hace años se consideraba de buena educación participar en el calendario viviente de Adviento y encender una vela verde en la ventana. Quien en el pueblo se negaba a dar a sus vecinos una señal de bienvenida era considerado un marginado. De hecho, se dice que en el pasado la gente solía abrir su casa todos los días para

ofrecer café y pasteles y cantar canciones de Adviento, y no solo los fines de semana como hoy.

«¡La vela! ¡Una señal de bienvenida!».

Poco a poco Valentina se fue dando cuenta de que en el confuso discurso de Hartmut no todo carecía de sentido.

«La ventana. La ha decorado. Se ve. La puede ver cualquiera. ¡Es una invitación!».

Se estremeció.

—Oh, Dios mío, no sabía nada de esto. Solo he venido aquí para estudiar, no para recibir visitas. Por eso solo he comprado lo esencial para mí.

—¿Está usted aquí sola?

—Sí.

—Entiendo.

Igual que antes Ursel en la floristería, la expresión de Gitte cambió. La sospecha se apoderó de su mirada al inclinarse a un lado para mirar más allá de Valentina, al suelo de piedra.

—Sola, ¿sí?

—¿Por qué lo pregunta?

Valentina se dio la vuelta con la sensación irreal de haberse convertido en el conejillo de Indias de un mago que hacía un truco de magia con ella.

«¿Cómo era posible?».

Hasta hacía apenas un instante, en la entrada solo había colgado su chaqueta de invierno. Por lo demás, el perchero de madera de la pared de la escalera estaba vacío.

En cambio, ahora, justo al lado de su chaqueta negra de pluma sintética colgaba un abrigo de cuero de color marrón oscuro forrado de borreguito. Era por lo menos tres tallas mayor que si fuera suyo, y era imposible no verlo, aunque solo fuera porque debajo de la

prenda se había formado un charco. El agua de la nieve fundida goteaba desde el dobladillo al suelo de piedra.

Como si su dueño lo hubiera colgado ahí tras una larga caminata por la nieve.

22

La sensación de ahogo había regresado. Era como si se hubiera tragado algo demasiado grande para su pequeño esófago. Y era peor con cada metro que Gitte recorría al alejarse mientras Valentina contemplaba el abrigo como si fuera un animal que amenazaba su vida. Dispuesto a abalanzarse sobre ella y estrecharla en un abrazo letal apenas ella se moviera un milímetro.

«Se me debe de haber pasado».

No cabía otra explicación. Ese abrigo manchado y desgastado, que olía a ambientador Febreze y a cuero mojado, debía de ser del propietario o tal vez de un inquilino anterior. Aunque eso no explicaba el charco de agua. Esto, en sí, debería haber llamado la atención de Valentina. Pero la alternativa a la teoría de que el abrigo se le había pasado por alto resultaba aún menos verosímil. Significaría que un intruso a) había logrado entrar, b) se había colado sigilosamente mientras ella hablaba primero con Hartmut y luego con Gitte, y que c) ninguno de ellos había dicho nada al ver a alguien colgar un abrigo pesado a espaldas de ella sin hacer ruido.

«De todos modos…».

Hartmut había mirado receloso detrás de ella varias veces. ¿Tal vez por eso Gitte se había marchado tan airada? ¿Porque había visto a un desconocido detrás de Valentina y, por lo tanto, había supuesto que le estaba mintiendo cuando afirmaba que estaba sola allí?

«Yo tampoco diría nada si en casa de mi nueva vecina alguien se deslizara por la casa silenciosamente».

Cerró la puerta principal.

La idea de que un extraño hubiera podido colarse sin ser visto hizo que Valentina se quedara quieta, petrificada. Se quedó mirando la

hoja de la puerta de madera de color marrón oscuro, repleta de señales de uso y de pronto le pareció que si giraba la llave y cerraba por dentro, sería como la puerta de una celda.

Por otra parte, Gitte le acababa de hablar de la costumbre del calendario viviente de Adviento. Seguramente pronto acudirían más visitantes a su casa, pues, al haber decorado la ventana, al parecer, había proclamado el fin de semana de puertas abiertas de Adviento. Pero a Valentina no le apetecía que la próxima vez se colaran en su salón sin avisar personajes tan extraños como Hartmut.

Salió de su estupor y cerró con llave.

Acto seguido, descolgó el abrigo del gancho. Estaba mojado y mucho más frío que la temperatura de la casa. Tocó el forro interior amarillento y al instante notó una picazón. Era como si tocara lana de vidrio, esa que en el internado se empleaba como aislante en los orificios que quedaban detrás de la calefacción.

Rebuscó en los bolsillos y tropezó con una máquina del tiempo en forma de un sobre de color menta del tamaño de una tarjeta de crédito, de los que se solían adjuntar con una tarjeta a los ramos de flores o a otros regalos.

«Evita la ira de Stella. Si no, te quedarás en Lobbeshorn».

En un segundo, aquel sobrecito minúsculo la catapultó a los peores momentos de su infancia, de vuelta al inter-nado.

Con dedos temblorosos, extrajo una tarjeta del sobre.

«Como entonces». Cuando iba a conocer la nueva penitencia. Aunque en esta ocasión la tarjeta estaba…

Vacía.

Sin texto, sin rima. Ninguna instrucción.

Miró nerviosa a su alrededor, como si el responsable de aquello estuviera cerca.

Tras asegurarse de que el abrigo no guardaba otros secretos más

allá de su mera existencia, lo colgó. Por el momento. Aunque verlo la abrumaba, fue presa de una gran urgencia.

Tenía la garganta seca. Sentía el cuerpo agitado, como si este fuera la cuerda percutida de un piano. La invadió una sensación de náusea y se llevó una mano al estómago.

Sabía que, si no se enfrentaba ahora a su nerviosismo, acabaría con un ataque de pánico. Y entonces sería demasiado tarde. Y sería incapaz de emprender cualquier acción decidida. Ahora era el momento. Tenía que asegurarse de que la casa Waldpfad no dispusiera de otro acceso. Que ninguna puerta trasera pudiera ser utilizada por gente con abrigos de cuero para quitárselos sin que ella los viera.

«¡Ahora!».

Antes de empezar la ronda de inspección, Valentina regresó al salón, donde había dejado la mochila. Era increíblemente ligera considerando su volumen y si resultaba demasiado pesada en caminatas prolongadas, podía llevarse como una maleta de ruedas. La había comprado para hacer un viaje por Sudamérica con Ole, algo que nunca llegaron a realizar. Ahora estaba repleta de lo estrictamente necesario para el poco tiempo que quería pasar aquí: ropa de muda, un chándal cómodo (que su madre habría bautizado como «ropa de andar por casa»), cosméticos y artículos de aseo, un par de zapatillas… y, por supuesto, el estuche de cuero donde guardaba sus útiles de escritura.

Su tamaño no era mayor al de un libro, estaba encuadernado en piel y llevaba cremallera. Lo abrió rápidamente e inspeccionó su contenido: bolígrafos y utensilios de pintura en el lado derecho (cera, tiza, rotulador, lápiz, tarjetas y sobres). No faltaba nada.

Valentina inspiró profundamente, rebuscó de nuevo en la mochila y sacó el neceser que había surtido con esmero para su estancia. Tenía casi el mismo tono de gris que la mochila y también era de

nailon impermeable. Para abrirlo, Valentina tuvo que desenrollarla por ambos lados, como si se tratara de la bolsa de instrumental de un cirujano. La visión de esos útiles plateados relucientes tuvo un efecto tranquilizador. Valentina notó bajo las costillas que el corazón ya no le latía como un caballo al galope. Y, aunque la sensación de opresión en la garganta no había desaparecido, le resultaba un poco más llevadera ahora que podía decidir con qué prefería defenderse: espray de pimienta, escalpelo o pistola.

23

Actualidad

Olivia

Elias y Olivia decidieron no examinar el piso de Wallenfels. Por un lado, para no dejar en la escena del crimen más huellas de las que ya habían dejado, pero sobre todo porque Olivia temía que el autor de todo aquello hubiera arrastrado al jefe de la oficina a la habitación contigua y los estuviera acechando en la oscuridad. La idea de ser atacada de repente desde otra estancia y encontrarse con un cuchillo en el vientre la paralizó por un momento.

Se quedó inmóvil ante la cama con las botas en la mano.

Repasó rápidamente las opciones que tenía y se dio cuenta de que solo había una.

«Por lo menos en el piso no hay adornos navideños», se dijo Olivia mientras con la mano libre se sacaba el móvil de la chaqueta.

El pensamiento era absurdo, pero le venía muy bien. Al menos su santafobia distrajo a Olivia por unos segundos de la atmósfera de muerte que ocupaba la estancia junto a ella y Elias. Y también el cadáver desaparecido.

«Invisible, pero, aun así, presente».

Tal vez una guirnalda de luces en la ventana o una rama de abeto sobre la cómoda habrían acentuado el ambiente malsano del dormitorio. La cama vacía bañada en sangre, la mesilla de noche volcada…, todo eso habría formado un bodegón aún más inquietante con el telón de fondo del Adviento.

Al menos Olivia ya no percibía el olor a hierro de la sangre, algo

que para ella era el único atisbo de esperanza en ese horror. Al parecer, era posible acostumbrarse incluso a la muerte.

—¡Eh!, ¿qué es esto? —le preguntó Elias cuando ella se disponía a desbloquear el móvil. El estudiante, que en el último minuto no había dicho palabra y que se había quedado mirando la cama completamente abrumado, le arrebató el teléfono de la mano—. ¿Qué pretende?

—¿Qué va a ser? ¡Llamar a la policía!

Olivia reclamó con un gesto a su doctorando que le devolviera el móvil.

Elias se llevó el dedo hacia su frente ensangrentada, como preguntándole si estaba loca y la miró de reojo.

—De ninguna manera. Y ¿qué dirá?

—Que busquen con urgencia a un hombre gravemente herido, posiblemente moribundo, que a todas luces ha sido víctima de un ataque brutal en su propia cama.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo explicamos a la policía nuestra presencia en la escena del crimen?

Elias señaló el baño de sangre que había en el centro de la estancia. Y luego, su propia cara.

Ella contempló su mano ensangrentada y suspiró:

—Lo siento, Elias. Pero este es su problema, no el mío. Usted es el que ha entrado aquí. ¡No yo!

Y además, había dejado huellas de pies y de manos por todas partes.

—No se preocupe, evidentemente no voy a dejarle en la estacada. Diré a la policía que le pedí que me ayudara a encontrar a los padres de Alma. Todo se arreglará.

«Si es que realmente dices la verdad».

—¡Está usted siendo muy corta de miras! —Elias se atrevió a contradecirla. Hablaba con un tono asombrosamente seguro de sí

mismo y no parecía nada asustado. De hecho, su siguiente argumento fue contundente—: No soy yo quien debería estar preocupado. No tengo ningún motivo para hacerle nada malo a Wallenfels. En cambio, para la policía usted sí que resulta sospechosa. A fin de cuentas, ayer por la tarde usted tuvo un encuentro con él.

«Cierto». Y además no fue nada cordial.

Si lo pensaba detenidamente, Olivia había llegado incluso a desearle la muerte. «Mierda». Desde luego, su despedida airada había sido tan sonora que en las oficinas cercanas habría testigos.

Daba igual. Aquí había tenido lugar un crimen. Tal vez la vida de Wallenfels dependía de que ellos ahora hicieran lo correcto.

—¡Devuélvame el móvil!

Elias desoyó la orden de Olivia.

—Escuche, señora Rauch. Es inútil. Si ahora llamamos a la policía, lo único que lograremos es que nos detengan, como mínimo, por allanamiento. Y entonces pasaremos la noche en comisaría sometidos a interrogatorios sin sentido. Eso no ayudará a Wallenfels.

Aunque Olivia comprendía la lógica de este razonamiento, no quería aceptarla.

—¿Y qué sugiere entonces? ¿Que huyamos como si no hubiera pasado nada? ¿Que abandonemos a su suerte a Wallenfels, que podría estar desangrándose vaya usted a saber dónde?

Su alumno se rascó la nuca y musitó unas frases en apariencia incoherentes que de nuevo le hicieron dudar de la cordura de Elias.

—Es una lástima que desde noviembre de 2022 ya no haya teléfonos de monedas. Creo que todavía queda una cabina en Lübars, pero eso está demasiado lejos, y quién sabe si ese cacharro de noventa años aún funciona.

—¿Qué está usted farfullando ahora?

—En otros tiempos podríamos haber hecho una llamada de

emergencia anónima desde una cabina telefónica. Hoy eso ya no es posible.

«¡Ah! De eso se trata».

—Y en los cibercafés suele haber cámaras, así que también será difícil informar al servicio en línea de la policía sin dejar rastro. Lo único que nos queda es comprar un móvil de prepago en una tienda de conveniencia. Acompáñeme.

—¡No!

Él la miró sin comprender.

—¡Esto me parece demasiado tiempo! —Olivia rodeó la cama y se inclinó—. Conozco algo mejor.

Dicho esto, pulsó el botón del pánico que conectaba directamente con la policía.

24

Unos años atrás

Casa Waldpfad

Valentina

Valentina eligió el espray de pimienta. El arma que mejor conocía para defenderse.

«Todavía es demasiado pronto para la pistola».

Era el último recurso. El instinto le decía que aún no había llegado el momento de armarse con ella. Pero también que no debía dejarla tan a la vista dentro de su mochila. Así pues, Valentina se acercó una silla en la cocina, se encaramó a la encimera y metió la pistola con la «bolsa de instrumental» en un armario suspendido junto a la nevera.

Se había jurado a sí misma que nunca más estaría indefensa. Nunca más sería una víctima abandonada a su suerte.

Esa era la lección que había aprendido de los terribles días en el internado antes de Navidad; las horas que alumbraron los recuerdos angustiosos que, como cicatrices sensibles a los cambios de tiempo, incluso entonces, pasados los años, le dolían con el mínimo factor desencadenante.

Por eso, tras el examen de acceso a la universidad, había participado con Ole en un curso de defensa personal, había realizado varias horas de prácticas en un campo de tiro en Storkow y, en un patio trasero de Neukölln, un turbio pero experto «entrenador en lucha callejera» le había enseñado a emplear un bote de ese espray

y no ser la primera víctima. De él había aprendido también que, en realidad, se debería llamar espray de pimentón. De hecho, el espray de pimienta debía su nombre a un error de traducción ya que en inglés la palabra *pepper* significa tanto pimienta como pimentón. Si el propietario de ese abrigo de invierno deambulaba sigilosamente por la casa, Valentina le arrojaría una dosis en la cara.

Antes de salir en busca del posible intruso, rebuscó otra vez entre la ropa interior de su mochila hasta que dio con las gafas de buceo. La única autoprotección eficaz en espacios cerrados.

«Qué suerte haber pensado en ello…».

La cinta elástica le tiró del pelo al colocarse las gafas. Le quedaban demasiado apretadas y sin duda le dejarían unas marcas espantosas, pero era preferible eso a andar a tientas por la casa con los ojos hinchados.

Valentina asió la lata negra de manejo fácil y en parte su tensión nerviosa se diluyó con una risa al ver su imagen reflejada en la vitrina junto a la puerta del salón.

Un personaje estrafalario deambulando por las estancias con un brazo extendido y con gafas de buceo puestas.

Primero entró en la cocina, aunque a través de la puerta abierta del salón ya se había dado cuenta de que un adulto solo podía esconderse allí si se encaramaba a la encimera. Pero, ahí, por supuesto, no había nadie, ni agazapado ni de pie. El cuarto de baño también estaba vacío. Igual que en las habitaciones de la planta superior, el dormitorio de techo bajo, el pequeño aseo y el estudio tipo buhardilla desde el que se podía acceder a la azotea sobre el garaje.

Valentina abrió la ventana que llegaba a ras del suelo. Las gafas de buceo se le empañaron de inmediato y se las quitó a toda prisa, temerosa de que el desconocido la atacara en ese mismo instante. Pero tampoco ahí había un alma. «Por suerte».

Resultaba tranquilizador que además no hubiera ninguna pisada en la capa de nieve intacta. Esta cubría la terraza como si fuera un glaseado.

Wir sind allein allein. Allein allein.[1] Mentalmente tarareó aquella melodía pegadiza de tiempos remotos en los que ella había sido incluso más desdichada que ahora.

Bueno. Era inevitable.

Tras haber abierto todos los armarios, mirado debajo de la cama, corrido todas las cortinas e incluso tras haber comprobado que la buhardilla estaba vacía, a Valentina solo le quedaba un sitio por revisar. El más obvio, donde ella menos se atrevía a ir.

«Pero no tengo elección».

Valentina cerró la puerta del patio, frotó el vaho del cristal de las gafas de buceo en los vaqueros, se las volvió a colocar y se puso en marcha.

Bajó la escalera hasta el acceso al sótano.

25

Ya el mero hecho de que hubiera un sótano era algo sensacional. Un prodigio de construcción en la zona, teniendo en cuenta además que la primera mención documentada de la casa Waldpfad era de 1905. Entonces no existían aún los martillos neumáticos, los taladros de percusión ni demás maquinaria pesada. Y, a pesar de todo, los obreros habían logrado excavar un túnel de forma alargada en los cimientos de granito de la ladera.

Valentina ya había abierto la puerta de madera que había frente al cuarto de baño y que en la primera inspección de la casa había confundido con la tapa de un registro empotrado. Era de un tamaño menor al de la puerta de la perrera donde el conserje del castillo de Lobbeshorn, que era un maltratador de animales, tenía atado con una correa corta a su gran danés durante todo el año, incluso en condiciones climáticas adversas.

La recibió un hedor a colada enmohecida, que llevaba mojada en la lavadora demasiado tiempo. Con una linterna (que también había traído de Berlín) iluminó los peldaños de granito. Llevaban a una bóveda. Descendió con cuidado. Ahí abajo, la linterna ya no le hacía falta porque por algún motivo, ahí —y no arriba, en la entrada— estaba el interruptor que encendía una bombilla polvorienta, la cual colgaba desprotegida pendida de un cable de aspecto peligroso.

Valentina echó un vistazo a la habitación y no pudo evitar que le viniera a la cabeza la voz de Ole. De las muchas frases juiciosas que le habían quedado grabadas se él, había una que recordaba especialmente.

«Si quieres saber con qué tipo de persona estás tratando, mira

tres sitios: el baño, el coche… y el sótano», le había dicho la primera vez que fueron a vivir juntos.

«El estado de estos tres sitios te dirá cómo está el cuerpo, el alma y el inconsciente de esa persona. Cuanto más ordenado esté el cuarto de baño, más atención presta esa persona a su cuerpo. Si va al túnel de lavado todos los domingos, su pensamiento además será estructurado».

«Ya veo. Y el sótano representa el inconsciente».

Ole había asentido.

«Entonces, si alguien acumula un montón de trastos inútiles en el sótano, ¿puedo tener la certeza de que en el inconsciente arrastra una gran carga emocional?», había inferido ella. Para su asombro, Ole había negado con la cabeza y dibujado una sonrisa.

«No, al revés. El ser humano es un ser emocional y suele establecer vínculos incluso con objetos inanimados. Por eso nos cuesta desprendernos de cosas que asociamos con un recuerdo. Así, es muy normal que nos apartemos de la vista objetos y nos limitemos a desterrarlos a la oscuridad del sótano con la seguridad tranquilizadora de no haberlos tirado a un vertedero. Así pues, no temas a la gente con sótanos semejantes a la antesala de un piso de tipo Diógenes».

«Entonces ¿a quién debo temer?», le había preguntado ella, molesta, y no por primera vez, con su modo de ser. Aunque al principio ella había admirado sus comentarios perspicaces, conforme ambos fueron haciéndose mayores le parecía cada vez más un sabelotodo.

«Ten miedo de los meticulosos. Los maniacos del orden. Te hacen creer que controlan el caos de la vida. Pero en su interior se debate una tormenta de pensamientos oscuros que buscan una vía de escape y están listos para liberarse con todas sus fuerzas».

Valentina nunca había cuestionado esa teoría osada de Ole, pero,

de ser cierta, el inconsciente de quien había dejado allí abajo sus pertenencias estaba sometido a una enorme tensión psicológica.

Nunca había visto un sótano tan bien organizado. Arriba, en el piso, todo estaba limpio y ordenado. Pero abajo, estaba todo impecable. En el suelo de cemento no había el menor resto de suciedad. Ni una mota de polvo en las cajas de plástico apiladas con precisión milimétrica ni en las estanterías de acero inoxidable pulido.

En la pared colgaba un plano enmarcado. Mostraba la vista de planta del sótano e indicaba las ubicaciones exactas de cada una de las cajas, maletas y cofres. Del marco colgaba una carpeta de tamaño DIN A4 con hojas asignadas a cada uno de los contenedores. Adornos navideños. Productos de higiene. Electrónica y cables.

Valentina abrió una caja y constató lo que ya sospechaba, que la hoja referida a cada caja enumeraba de forma exacta su contenido. Alguien llevaba un registro muy estricto de las existencias.

Lo único que desentonaba en aquel sótano inusualmente aséptico era el hedor. Olía a retrete público inservible que nunca hubieran limpiado. Cuando Valentina se acercó al botellero, la pestilencia era literalmente asfixiante.

Estaba vacío y era fácil apartarlo a un lado.

Al hacerlo, Valentina dejó al descubierto una trampilla esmaltada empotrada en el muro que, de no haber estado ya abierta, solo se habría podido abrir con una llave cuadrada. Tenía el tamaño de la puerta de un horno y opuso algo de resistencia cuando Valentina intentó abrirla.

Después de que, con cierta dificultad, lograra hacerlo, el olor a heces y orina se volvió más intenso.

Apretándose la boca y la nariz contra el pliegue del brazo mientras tosía, Valentina sacó la linterna e iluminó el orificio abierto en aquella pared sólida. Por un instante, percibió algo que la sobrecogió por completo y le dejó la mente en blanco.

Creyó que una criatura de aspecto humano se había apartado de ella arrastrándose rápidamente como una araña. Se quitó las gafas de buceo y se secó el sudor de la frente.

«¡Mierda, maldita sea!», exclamó al darse cuenta de que, en su alucinación, había cerrado la trampilla con tanto espanto que ya no podía abrirla con sus propias manos.

Iba a tener que subir al piso a buscar herramientas para averiguar con exactitud qué era lo que había descubierto. Aunque, ciertamente, no el modo como ese pesado abrigo de cuero había entrado en la casa sin que ella lo notara. La trampilla apenas parecía ser lo bastante grande para que en ella cupiera una prenda de ropa; era imposible que alguien pudiera pasar por ella y entrar en el sótano.

Psíquicamente agotada, Valentina cerró los ojos y recordó una cita de la psicóloga de la escuela, a la que en su momento había consultado en confianza, pero que (como tantos otros) no la creyó cuando le habló de los maltratos sufridos en el internado. Aunque la doctora Silby era una cabrona redomada, tenía razón al afirmar: «¡Solo vemos lo que sentimos!».

La vista era ciega a la realidad. De hecho, era el cerebro el que creaba las imágenes que creíamos ciertas. Y esta realidad dependía del estado emocional en que nos encontrásemos: en función de si estábamos contentos, tristes o ansiosos, veíamos en una figura solitaria apostada en la parada del autobús un compañero de charla, un alma gemela o una amenaza.

Valentina se sentía muy mal. Así pues, no era extraño que se le hubiera presentado un espejismo apestoso y atroz, que primero había podido oler y luego había visto. Y que ahora, desde que la trampilla se había cerrado, incluso podía oír.

Sobresaltada, abrió los ojos y levantó la vista hacia el techo del sótano.

No. Eso no era una ilusión acústica.

Sin duda, la criatura de la bóveda era producto de su imaginación. Pero esos ruidos que oía procedentes de ahí eran reales y la aterrorizaron casi tanto como en su momento las puertas de calendario del castillo de Lobbeshorn.

Y eso que, en sí, esos ruidos eran completamente inofensivos.

Pero procedían de arriba. De encima de ella.

¡Pasos!

Alguien con unos zapatos pesados estaba recorriendo la casa Waldpfad.

26

No era una persona sola. Por el ruido, en la planta baja había al menos tres. Valentina se apretó el puño contra el corazón, como si así pudiera obligarlo a latir más despacio. De hecho, sentir la contrapresión sobre su propio pecho la calmaba. La respiración se le apaciguó y el pitido en los oídos que se había desatado con las voces bajó de intensidad.

Se oía la voz de una mujer y dos hombres. Aunque hablaban entre ellos en voz alta y sin tapujos, mientras subía la escalera Valentina fue incapaz de entender ni una palabra de su conversación. La puerta de madera se había cerrado de golpe y la acústica del sótano era pésima. Valentina entreabrió un poco la puerta para hacerse una idea de la situación y al hacerlo dio contra los pies de alguien. Esa persona soltó un grito de sorpresa, revelando así que se trataba de una mujer. Se oyó también el ruido de un objeto al caer al suelo, seguramente algo que esa persona llevaba en las manos. Valentina vio trocitos de cerámica blanca y observó que un líquido oscuro se extendía en dirección a la escalera del sótano.

—¡Me cago en…! —jadeó la mujer agachándose—. ¡Qué susto me has dado!

«¡Vaya, y tú a mí primero!».

Frente a Valentina, todavía en la escalera y con la cabeza medio asomada, apareció un rostro pecoso, de forma ovalada, con unos ojos tremendamente azules y un mohín en los labios, que llevaba pintados de color morado y que abrió para soltar un gritito agudo: «¡Eh!». Valentina le olió su aliento a chicle cuando la chica, que debía de ser un poco más joven que ella, exclamó: «¡Ansgar, Bruno! ¡Ya la he encontrado!».

La chica tendió a Valentina una mano delicada en cuya muñeca colgaban varias pulseras de cuentas y colgantes. La intuición le decía que la joven no representaba ningún peligro, así que se agarró de ella y dejó que la ayudara a salir del sótano para acceder al pasillo.

—¡Puaj, espero por tu bien que ese no sea tu olor habitual, y que hayas pillado el pestazo de ahí abajo! —dijo la desconocida con una sonrisa descarada. Llevaba el pelo rubio platino, muy corto, tipo casco, y eso hacía que su cabeza hiciera pensar en una figurita de Playmobil.

—¡Mira que eres patosa, Camilla! —oyó Valentina a su izquierda. El pasillo era tan estrecho que la chica le impedía poder ver en dirección a la entrada—. ¡Ya veo que has ofrecido en sacrificio al dios del suelo nuestro vino caliente!

—Ya me gustaría verte a ti, Ansgar, si de pronto se abriera a tu lado una puerta secreta en la pared —gruñó Camilla. Hablaba muy deprisa, como si cobrara por soltar el mayor número posible de palabras por segundo—. Tu querido Bruno tendría que bajar corriendo hasta vuestra madriguera para traerte un par de pantalones limpios.

—¿Qué debo hacer?

La tercera voz habló. Se oía muy alejada; al parecer su dueño estaba en la sala de estar.

Valentina, que poco a poco había recobrado la compostura, pasó junto a Camilla y por fin vio a los otros visitantes.

Ansgar, que estaba junto a la escalera, era a todas luces el mayor de los tres, aunque seguramente su barba poblada le hacía parecer incluso mayor. Pelo castaño, media melena, bien cuidada, que caía algo ondulada sobre una chaqueta de cuero de piloto. Era alto y tan corpulento que la casa parecía demasiado pequeña para él. Valentina temió que, si no agachaba la cabeza, arrastrara la casa al moverse.

A la izquierda de él, en la zona de paso del pasillo al salón, estaba su antagonista visual. Bruno. Escuálido, pelo rapado, quizá algo más bajo que Valentina, daba la impresión de que a aquel canijo la casa Waldpfad le quedaba grande.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó Valentina.

—¡Hemos visto la vela en la ventana! —contestó Bruno disculpándose.

Valentina asintió nerviosa. Se lo había figurado. Gitte ya le había advertido sobre las visitas de Adviento. Pero no era eso lo que preguntaba.

—Lo que quiero decir es cómo habéis entrado aquí.

—Estaba abierta.

Ansgar señaló la puerta.

Valentina se acaloró. De pronto, se sintió tan cansada como tras una carrera intensa. Estaba agotada y hambrienta, pero demasiado débil como para irse a la cama o comer algo.

—¿Abierta?

«Imposible. Después de la visita de Hartmut y Gitte he cerrado la puerta. Estoy completamente segura».

—Bueno, que las puertas estén abiertas es un requisito básico para un calendario viviente de Adviento. —Camilla soltó una risa a su espalda—. Repito la pregunta: ¿tienes algo para limpiar esto?

Valentina se había abrumado tanto al saber que la puerta, al parecer, no estaba cerrada, que no había oído la pregunta la primera vez.

—Un recogedor, una escoba y un trapo irían de maravilla.

Ella hizo un gesto de rechazo.

—Ya lo arreglaré más tarde, tranquilos.

—No, no, nada de eso. De ningún modo.

Camilla habló con una rotundidad que Valentina se sintió

prácticamente como una niñita a la que su madre conminara a ordenar la habitación de inmediato y no más tarde.

—Hay tiempo. De hecho, habéis venido por el café de Adviento. No para ordenar.

Camilla suspiró.

—Lo siento, no quería ser grosera, eeeh… ¿Cómo te llamas?

Valentina dijo automáticamente su nombre.

—De acuerdo, Valentina. ¿Tú sabes algo de feng shui?

—Camilla, por favor, olvídalo —protestó Ansgar—. ¡No empieces con eso!

Todo indicaba que a menudo él había tenido que escuchar discursos sobre esa filosofía china, de tres mil años de antigüedad, según la cual en la vida era importante que hubiera un flujo de energía positiva. Según sus principios, al construir un edificio, pero a más tardar al decorar su interior, hay que tenerlo muy en cuenta para que nada perturbe la armonía entre el hogar y las personas.

A Ole le gustaba burlarse de esos crédulos que estaban convencidos de que el mero hecho de que la pared estuviera pintada del color equivocado o de que la orientación de la ventana fuera incorrecta alteraba el Qi y, en consecuencia, los moradores estaban siempre enfermos o sufrían una falta crónica de dinero.

«Colguemos una campanilla en la puerta y esperemos a ver —había dicho Ole—. Si en tres semanas dejamos de tener deudas, me quedaré convencido».

Esa era una de las pedantes afirmaciones de Ole con las que Valentina no podía estar de acuerdo de un modo incondicional. Aunque se tenía por una persona realista, no estaba tan segura de que no hubiera algo de cierto en esa sabiduría. Había cosas que no tenían una explicación científica. Como esa sensación que le sobrevino literalmente hacía algo más de un trimestre en su café favorito de Berlín. En el momento en que cruzó el umbral, Valentina

había presentido que estaba a punto de ocurrirle algo malo que le cambiaría la vida.

Debía de ser su visita número cien en dos años. Prácticamente todos los días laborables pedía en el mostrador un capuchino descafeinado y un bocadillo de pan de cuatro cereales. Nunca había tenido una sensación tan negativa al entrar en ese pequeño establecimiento. Ni había considerado nunca el aura que reinaba allí. Hasta que vio la mano. En el vaso de *latte macchiato*. En aquel instante, tuvo la sensación de que el cuerpo se le había helado. Empezó a temblar, se le encogió el estómago y donde hasta entonces había sentido la lengua, notó entonces un carámbano que le estallaría de inmediato en la boca si intentaba pronunciar una sola palabra. A Valentina le hubiera gustado echarse a gritar a todo pulmón al reparar en la identidad de quien se estaba tomando su café del desayuno tranquilamente.

—Yo creo en el feng shui. —Camilla interrumpió el flujo de pensamientos de Valentina, que mentalmente la había arrastrado a la deriva hacia el pozo negro de su pasado—. Podéis burlaros, pero yo lo percibo. En esta casa hay mucho Qi negativo. Energías oscuras. Y este charco de aquí, justo delante de una puerta al sótano, ¡cielos! Eso acaba con cualquier flujo. Fijaos, si no, en el aspecto de la mancha.

Valentina dirigió la vista al suelo, pero no alcanzó a ver lo que esa mujer de inclinaciones esotéricas intentaba hacerle comprender. Ni siquiera cuando esta se arrodilló y dibujó por encima con los dedos el contorno del charco de vino caliente.

—Es un pájaro.

—Mmm, si tú lo dices, pero…

—No es un pájaro cualquiera, Valentina. Es un cuervo.

—Camilla, por favor —gimió Ansgar desde la escalera.

—Y, además, es como un charco de color rojo sangre.

Levantó la mirada hacia Valentina, que entonces pensó en la visión de esa figura en la bóveda que le había parecido una araña y que se había alejado de ella a cuatro patas, a pesar de que el espacio era demasiado pequeño para eso.

«Vemos lo que sentimos».

—Lo siento, cariño. Es un símbolo de la muerte. Más obvio incluso que una calavera. Debo eliminarlo antes de que aquí suceda algo aún peor de lo que debió de ocurrir en esta casa en algún momento.

27

—¿Qué has querido decir antes? —preguntó Valentina, ahora de pie frente a los fogones de la cocina.

Ella y Camilla habían retirado los cristales rotos y el charco de vino caliente; ahora sus extraños invitados estaban sentados a la mesa de la cocina que tenía delante. Valentina se había disculpado por no haber estado al corriente de la tradición del calendario de Adviento viviente y haber atraído a sus invitados por casualidad con la vela de la ventana. Por eso ahora ni siquiera tenía galletas. Hasta donde recordaba, en el listado exhaustivo de existencias del sótano no había alimentos no perecederos. «Por suerte», de lo contrario habría tenido que bajar de nuevo. Y, si ahí arriba Camilla ya percibía energía negativa, mejor no saber cómo oscilaría su péndulo esotérico allí abajo. Por lo menos había encontrado un paquete de café de filtro en un armario de la cocina y ahora este gorgoteaba en la máquina.

—¿Qué te hace pensar que en esta casa pasó algo malo? —insistió ella en la cuestión.

—¡Error! ¡Craso error! —Bruno soltó una risa que le valió una mirada sombría de Camilla, algo que no le impidió seguir molestándola—. Acabas de abrir la caja de Pandora. Ahora ella te mandará mensajes de texto con sus chorradas *chop suey*.

—Se llama feng shui, animal. Tú más que nadie deberías estar de mi parte, ¿o acaso tus cuadros no se venden mejor desde que reorganicé los muebles de vuestro piso?

—Pura casualidad —murmuró Ansgar.

—¡Oh, que os den! ¿Qué vais a saber? En esta casa pasó algo. Lo contrario sería altamente improbable. A ver, ¿qué antigüedad tiene?

¿Ciento veinte años, tal vez? No es posible que aquí solo vivieran seres angelicales buenos y pacíficos.

—Eso no lo duda nadie. Lo único es que no se puede captar el pasado traumático de esta casa.

—Tal vez sea así para un analfabeto emocional como tú —dijo Camilla con tono provocador mientras le daba a Ansgar un empujoncito amistoso en la parte alta del brazo para suavizar el insulto. Volvió a dirigirse a Valentina—: Sea lo que sea, percibo mucho sufrimiento y pesar. En esta casa hubo enfermedad, dolor y muchas lágrimas. Me ofrezco para purificarla por completo.

—Pero no con eso que te fumas, por favor. —Bruno se rio y recibió también un empujoncito.

—Pero ¿de qué basura hablas? Detesto todo tipo de drogas. Te pido disculpas. —Se levantó y le quitó de las manos a Valentina una bandejita con tazas que pretendía servir en la mesa—. Debes de haberte llevado una impresión completamente descabellada de nosotros. Primero nos metemos en tu casa y rompemos la jarra de vino caliente y ahora discutimos como verduleras. Será mejor empezar de nuevo con las presentaciones.

Valentina comprobó con asombro que aquel trío peculiar que apenas le permitía meter baza y, sobre todo, su portavoz esotérica la distraían de modo agradable. Si no hubieran asomado por ahí, ella habría continuado con sus pensamientos siniestros preocupándose por viejos abrigos de hombre o por ese sótano apestoso.

Valentina repartió las tazas y colocó la jarra de café de cristal, ya llena, en el centro de la mesa, junto con las cucharas, el azúcar y un envase de leche.

Ansgar sirvió para todos mientras Valentina tomaba asiento de espaldas a la ventana navideña y la vela titilante.

—En el pueblo nos llaman los ABC —Camilla continuó hablando—. Por Ansgar, Bruno y Camilla. Bastante original viniendo de la gente

de por aquí. Y, por cierto, como habrás notado por nuestro acento (que no tenemos), no somos de aquí. Somos de «ahí arriba». Yo nací en Hamburgo. Bruno, tú eres de la península de Darß, ¿verdad? No importa. Ahora vivimos enfrente, ¿ves ese arroyo?

Señaló por la ventana de la cocina hacia la pendiente inclinada que descendía hacia la carretera. Valentina se giró por educación, sin fijar la mirada en ningún punto en particular.

—¿Al lado, subiendo la cuesta, junto a la antigua panadería? En la casa de detrás tengo un piso con jardín y ellos dos viven en el ático. Ansgar y Bruno llevan casados tres meses y, tía, fue la fiesta de boda más genial en la que he estado. ¿Alguna vez has estado en Ravello?

—Solo una pregunta, para que conste, ¿en cuántas bodas habías estado antes de la nuestra? —quiso saber Ansgar antes de que Valentina pudiera responder.

Camilla puso los ojos en blanco y se volvió de nuevo hacia Valentina.

—Ahora ya sabes por qué trabaja en un banco, el muy pijo.

Luego señaló a Bruno.

—Por lo menos ese hace algo artístico, como yo.

—Él hace fotografías —Ansgar se rio con simpatía—. Tú te dedicas a doblar alambre dental.

—Oye, guapo, que tienen que encajar con precisión milimétrica. ¡Eso es arte!

Le sacó la lengua a Ansgar y, a continuación, se volvió hacia Valentina:

—¿Y tú a qué te dedicas? Espera, espera, no. No digas nada. Déjame adivinar.

Camilla fue a agarrarle la mano y Valentina estuvo a punto de apartársela. No porque se sintiera incómoda. Al contrario: la inesperada ternura de ese contacto inofensivo la había sobrecogido

por un segundo. Hacía mucho tiempo que un desconocido no se le acercaba tanto con intenciones pacíficas.

—Uñas cortas. Ojeras profundas en las comisuras de los ojos. Trabajas en el sector sanitario. ¿Cuidadora, enfermera? ¿Muchos turnos de noche?

—¡Imposible! —protestó Ansgar—. Es universitaria. Ha venido aquí a estudiar durante las vacaciones.

—¿Ah, sí? ¿Y dónde están sus libros entonces? No veo ningún portátil sobre la mesa.

—¿Quizá trabaja en el piso de arriba? Acaba de llegar, Sherlock.

—Insisto en que se dedica a la atención sanitaria, Watson.

—¡Qué chorrada! Esta época del año es de emergencia completa. No se da vacaciones a nadie a menos que sangre por los ojos. Además, nadie se va solo de vacaciones a una zona tan solitaria.

—¿En cambio tú sí?

—Porque el banco me trasladó. Ya había impreso mi dimisión cuando conocí a Bruno en el mercado semanal. —Ansgar cogió cariñosamente la mano de su marido. Era como si una enorme excavadora de rueda de cangilones se cerrara sobre una castaña—. Por muy poco no nos habríamos conocido y yo habría regresado a Düsseldorf.

—Que sí, que sí… En fin, lo hecho, hecho está. Pero dime, Valentina, ¿qué te ha traído hasta aquí? *Shit*. No será mal de amores, ¿eh?

De nuevo ella fue a cogerle la mano; esta vez Valentina tuvo que apartarla, de no hacerlo no habría podido contener las lágrimas. Consiguió zafarse de sus dedos, pero no su mirada.

Valentina se quedó mirando muy fijamente los ojos de color azul caribe de Camilla y estuvo a punto de perderse tanto en ellos que casi se le escapa la verdad. Le faltó muy poco, había abierto la boca

y fruncido los labios, y estaba lista para decir «Estoy aquí porque…», pero ese momento se perdió por un estruendo.

—Creo que todos sabemos muy bien por qué está aquí esta persona. —Una voz retumbó en el salón de la chimenea, y esta vez fue Valentina quien estuvo a punto de dejar caer su taza al suelo por la impresión.

En la mirada del anciano que se acercaba desde el salón había un profundo desprecio.

—¡Y si la Navidad es sagrada para nosotros, la decencia nos impide a todos perder saliva hablando de la intención de esta mujer!

28

«Creo que todos sabemos muy bien por qué está aquí esta persona».

Su voz sonaba como si se arrojaran piedras contra un tejado de chapa ondulada. Cada palabra era dura, punzante, con un dejo que imponía respeto. Sin duda, en su larga existencia ese hombre la había empleado a menudo para dar órdenes. Tal vez fuera el dueño de una fábrica o un juez; en todo caso, era alguien que daba por sentado que todo el mundo se ponía de pie de un salto cuando entraba en una estancia sin saludar. El anciano se apoyaba en un bastón. Vestía un pesado abrigo azul oscuro, y un gorro de punto, que llevaba ladeado y era negro como el carbón, le abrigaba la cabeza, la cual descansaba sobre un cuello de una apariencia excesivamente estrecha; Valentina temió que, si aquel recién llegado asentía, el cráneo se le caería y rodaría hasta sus pies por la cocina. Fue solo al dar un segundo vistazo cuando reparó en la mujer mayor que él tenía a su lado y sobre cuyo hombro fino el anciano descansaba la mano libre, como si fuera un segundo apoyo. En todo caso, los años también habían hecho mella en ella. Valentina se preguntó cómo esa pareja se las había arreglado para subir hasta ahí. Y encima, con la bolsa enorme que acarreaba la mujer menuda.

—¡Que se entienda bien! De haber sido por mí, yo no habría venido. Pero la voluntad de Edeltrud, mi esposa, es de hierro.

Hizo un gesto con la cabeza hacia su esposa, que dibujó una sonrisa bonachona. Era evidente que intentaba compensar con amabilidad la conducta tosca de su marido.

—Dice que debemos honrar la fiesta.

Se apartó de Edeltrud, dejándola atrás al entrar en la cocina.

Valentina notó el olor a madera de su loción de afeitado. Resultaba incongruentemente agradable, como si ese anciano hubiera traído consigo el bosque del exterior. Se detuvo frente a los fogones. Una vez ahí, blandió el bastón en dirección a Valentina.

—¿Usted es la inquilina de mi casa?

«¿Mi casa?».

Valentina se levantó de la silla, alzó la barbilla con aplomo y decidió que no tenía por qué responder a las preguntas de ese viejo engreído que la miraba como si fuera un trozo de tierra en la punta de su bota.

—¿Es usted el propietario?

Aquello sería realmente sorprendente. En la agencia de viajes le habían asegurado que nunca vería al propietario. Todo debía estar acordado de antemano y se pagaba por adelantado. Precisamente en las reseñas de la casa este aspecto había sido valorado como algo muy cómodo por parte de inquilinos anteriores, elogiándolo como un argumento más a favor para quienes buscaban la soledad y no querían ser molestados.

—No en el sentido jurídico. —Edeltrud respondió por su marido, que frunció el ceño. Saltaba a la vista que no le gustaba que otra persona hablara por él, aunque fuera su propia esposa.

—Somos los Weigert, de Kirchweg. Es todo un detalle por su parte invitar al vecindario por Adviento. Va a tener que disculpar a mi marido. Bernhard vendió la casa Waldpfad. Hace años. Pero sigue muy apegado a ella y no le resulta fácil subir hasta aquí. Demasiados recuerdos…

—¡Pamplinas! De haber sabido que la convertirían en un antro, jamás me hubiera desprendido de la casa de mis padres. Habría…

Bernhard hizo una mueca como si se prohibiera a sí mismo seguir hablando, igual que con sus primeras frases había vetado a los demás presentes hablar del motivo de la estancia de Valentina.

«Todos sabemos muy bien por qué está aquí esta persona…».

—¿Qué quiere decir con eso del antro? —preguntó Camilla—. Somos Ansgar, Camilla y Bruno. Tenemos una especie de vivienda compartida justo enfrente, junto al arroyo. Eso no es muy lejos. Solo llevamos aquí un año, pero no hemos notado nada raro.

En su voz se percibió claramente un «por desgracia» nada disimulado.

—¿Cómo es posible no darse cuenta de eso? —preguntó Bernhard con una expresión que a Valentina le recordó a Klaus Kinski insultando a su público—. Fíjese a quién se le alquila mi querida casa. Nunca es a familias. Solo a mujeres. Y todas con un punto en común, que…

—¡Bernhard, te lo ruego! —le interrumpió su mujer—. No es el momento. —Edeltrud dejó la bolsa encima de la mesa de la cocina con una sonrisa dolorida y desenvolvió un pan de Navidad, un *stollen*, que estaba colocado en un plato, listo para servir.

—Lleva pasas sultanas y mazapán. Lo he horneado yo misma. Si tuviera usted cubiertos y platos, entonces…

Bernhard hizo caso omiso del nuevo intento de su mujer por disimular su grosería y fue más allá.

—Todas jovencitas, para nada tan feas como para no poder estar con un hombre. Y, en cambio, todas solteras, como usted…

Un pequeño ataque de tos le impidió seguir hablando. Se llevó a la boca la mano con la que instantes atrás había apuntado a Valentina.

—Bueno, ¿y qué tienen de malo las mujeres solteras? ¿Y cómo van a pecar si están solas? —Camilla aprovechó para polemizar. O estaba realmente interesada en obtener una respuesta, o solo pretendía irritar al hombre. «Seguramente ambas cosas», se dijo Valentina.

—¡Ellas no se corrompieron aquí! —gruñó Bernhard cuando se le pasó la tos—. Por suerte, estas paredes no han sido testigos de sus pecados. ¡Eso es algo que no puede decirse de la casa de ustedes!

—Clavó su mirada sin disimulo primero en Ansgar y luego en Bruno, que, lejos de dejarse provocar, sonrieron abiertamente y se cogieron de las manos de forma ostensiva. Bernhard sacudió la cabeza con disgusto. Eso fue la gota que colmó el vaso. Valentina decidió desafiar a esa persona tan desagradable.

—Muchas gracias por haberse tomado la molestia de venir a visitarme —dijo dirigiéndose a Edeltrud; a continuación congeló la sonrisa y miró directamente al anciano—: Pero creo que es mejor que usted y su arrugado culo regresen por donde han venido.

Alguien, Valentina no supo ver quién, tomó aire de forma audible. Camilla dejó oír una risita extraña, como si intentara reprimir una carcajada.

Por un breve instante, pareció como si el anciano ya no estuviera con vida y lo que quedara de él fuera solo de cera, sin movimiento alguno. Luego abrió la boca con rabia:

—¡Ya lo ves! —Bernhard blandió el bastón hacia su mujer—. Te lo dije y no me hiciste caso. Pero ahora ya lo has visto con tus propios ojos y has podido tratar con esta gentuza.

Y con un «Vamos, Edeltrud. Al menos hemos cumplido con nuestro deber cristiano», abandonó la cocina con su caminar pesado. Mientras que a su llegada había dado la impresión de que la usaba como una muleta, al marcharse sacó de un tirón a su esposa del salón para encaminarse a la salida.

—¡Por Dios! ¡Qué friki! —resopló Camilla en cuanto la puerta se cerró de golpe tras ellos.

—A mí su esposa me da pena —dijo Bruno mientras rompía con la mano un trozo de *stollen*—. ¡Mmm! ¡Tendrá mal gusto para los hombres, pero es excelente con el *stollen*! ¡Está delicioso!

Valentina, aún con la mirada clavada en la sala de estar que esa pareja acababa de abandonar, no estaba atenta a la conversación. Lo hacía todo de forma automática. Como si estuviera en estado de

shock, se dirigió a los armarios de la cocina, sacó platos y cubiertos y lo llevó todo a la mesa.

—Vamos, Valentina. No nos tengas en vilo. —Camilla se pasó la lengua por los labios de forma lasciva mientras daba unos golpecitos en la silla a su lado. Con un tono exageradamente malicioso en la voz dijo—: Siéntate aquí, niña mala, y confiesa. ¿Cómo y de qué modo has pecado?

—¿Qué? ¿Cómo dices? —preguntó Valentina, haciendo reír al trío. Seguramente creyeron que ella fingía, que no había atendido para evitar tener que dar una respuesta comprometedora, aunque, en realidad, no había entendido bien la pregunta. De pronto, sintió una presión en los oídos, como si se encontrara en un avión en pleno vuelo de aproximación. Las palabras de sus invitados le llegaban amortiguadas, como si vinieran de muy lejos.

—Lo siento, no sé dónde tengo la cabeza —admitió con franqueza y se sentó. Esta vez fue Bruno quien la tomó de la mano, con un apretón algo más firme que el de Camilla, pero igual de agradable y cariñoso.

—Oye, no te preocupes por ese viejales. Es de otra época y no merece que le dediques ni un segundo de tu vida.

—Por otra parte, te has quedado a gusto —alabó Ansgar.

Valentina sonrió, algo que le resultó dificilísimo. Si solo hubiera dependido de ella, habría abandonado aquella peculiar fiesta de Adviento y habría corrido al baño para echarse agua helada en la cara.

Para tranquilizarse. Hasta ser capaz de distinguir entre fantasía y realidad.

«¿Esto es cosa mía? ¿Por mi estado?».

«¿Acaso es un efecto secundario ver cosas que yo solo me figuro?».

Con todo, la aparición de ese anciano no era lo que ella quería

examinar a fondo. Había otra cosa que le ocupaba el pensamiento desde que él se había marchado. Una pequeña observación, más irreal que despertar de una pesadilla. Algo que había sentido más que visto. En el preciso instante en que Valentina había ofendido a Bernhard y este había abandonado enfurecido la cocina.

«La sonrisa».

Había cambiado. Por apenas una fracción de segundo. De avergonzada a satisfecha. De sumisa a diabólica.

«Pero quizá, quizá…, puede que yo me lo imaginara», se dijo Valentina.

«Tal vez ni siquiera haya visto el brillo diabólico en la mirada de Edeltrud cuando su marido le ha ordenado marcharse».

Apenas había terminado de elaborar ese pensamiento cuando el infierno se desató en la casa Waldpfad.

29

Actualidad

Olivia

Los asientos tapizados del área de servicio de la autopista recordaban los *diner* de Estados Unidos, algo que, de algún extraño modo, estaba en consonancia con el hecho de que Olivia hubiera tenido que huir instantes atrás de una vivienda inspirada en los moteles estadounidenses. Sobre las mesas de formica había incluso unas máquinas tocadiscos en miniatura, aunque eran simple decoración.

—He estado pensando —dijo Elias apretujándose en el banco delante de ella. Dejó la parka a su lado. Llevaba el cuello y las mangas de su jersey de invierno mojados. Era el resultado visible de su exitoso intento de quitarse la sangre de la cara y las manos en el baño de aquel establecimiento. Fue Olivia quien había tenido la idea de acercarse en coche hasta la gasolinera y el área de servicio de Mittenwalde, en la autopista A10. Por un lado, tenían abierto hasta tarde. Por otro, los lavabos estaban situados en la parte posterior, separados del resto del edificio. Habían aparcado justo delante y durante un rato habían vigilado la entrada a los aseos para asegurarse de que nadie más usaría el baño ni se sorprendería porque Elias pareciera el protagonista de una película de terror.

Visto en retrospectiva, el muchacho podría haberse escabullido sin más por la entrada principal, tal y como había hecho Olivia. Solo había un empleado y tenía la misma energía de las salchichas que

descansaban aburridamente dobladas sobre sí mismas en el calentador del mostrador.

El joven empleado no había levantado la vista del móvil cuando Olivia cruzó las puertas correderas del restaurante. Y, si ella no se equivocaba, tampoco lo había hecho cobrándole los dos cafés con los que ella se había retirado hasta la mesa más alejada al fondo para esperar a Elias.

—Y se me ha ocurrido una cosa —continuó diciendo el doctorando mientras miraba a su alrededor con desconfianza.

Considerando el número de camiones y tráileres que ocupaban el aparcamiento, el restaurante debería estar a rebosar. Sin embargo, aparte de ellos, solo había un camionero con una gorra de Volvo sentado en una mesa del rincón, fuera del alcance del oído, y sosteniendo cansado una bebida energética. Dada la escasa reacción que había demostrado cuando ella había entrado en la zona de restauración, posiblemente se había quedado dormido.

—Tengo un plan —dijo Elias.

—No me interesa —le espetó Olivia en un susurro—. Y ahora escúchame con mucha atención, porque solo lo diré una vez. Y sí, a partir de ahora voy a tratarte de tú. Viendo la locura con que te has comportado en casa de Wallenfels, estoy convencida de que aún tienes que madurar un poco para ser tratado como un adulto.

—¿Puedo decir algo un momentito?

—No. Ahora soy yo quien hace las preguntas. Y solo hay una que realmente me interesa: ¿Fuiste tú?

—¿Cómo?

—¿Le has hecho algo a Wallenfels?

—¿Yo? —Elias pestañeó repetidamente y levantó las manos, gesticulando sobremanera—. No, en absoluto. ¡Yo solo quería ayudar!

Gracias al experto en mímica Dirk Eilert, a cuyos seminarios Olivia

asistía para seguir formándose, sabía que no había un indicio único que permitiera reconocer a un mentiroso. Ni levantar la vista a la derecha ni tampoco rascarse la nariz, como se afirmaba en las películas de Hollywood. No existía una nariz de Pinocho que delatara. Reconocer a un mentiroso era mucho más difícil y exigía tener algunos conocimientos sobre los procesos que tienen lugar en el interior del cerebro humano. A grandes rasgos, era útil considerar cómo recitaba una persona el abecedario. A la mayoría de los adultos no les costaba nada hacer eso y marcar a la vez el ritmo con los pies, fruncir el ceño o parpadear repetidamente. Sin embargo, si se les pedía que recitaran el abecedario al revés, la mayoría ya no era capaz de hacerlo. Las expresiones faciales y la gestualidad desaparecían, como muy tarde, después de la X. La conclusión sencilla que se podía extraer de aquello era que todo cuanto no representaba un esfuerzo para las personas —como recitar el abecedario (¡o la verdad!)— no repercutía en su lenguaje corporal habitual. Sin embargo, en cuanto se tenía que hacer un esfuerzo mental, como recitar el abecedario al revés (o inventar una mentira), el cerebro era incapaz de concentrarse además en las expresiones faciales. El lenguaje corporal se congelaba.

Al responder, Elias había parpadeado varias veces y había gesticulado mucho mientras hablaba a borbotones. Más allá de su mirada sincera y clara, para Olivia aquel era el indicio más importante para creerle.

No había herido a Wallenfels ni tampoco le había hecho nada peor.

—Vale, vale. Te creo. Y eso que no entiendo lo que nos acaba de pasar.

—Yo…

—¡Silencio! No he terminado. Prepárate para oír un largo monólogo.

Elias asintió y agachó la cabeza como un perro castigado.

—Al no llamar a la policía me he convertido en tu cómplice. Y seguramente esta es la segunda idiotez más grande que he hecho en mi vida.

«Después de la idiotez mayor de pedirte que consiguieras para mí el expediente de adopción de Alma jaqueando la Oficina de Adopciones de Berlín».

—Como sabes, en casa tengo una hija enferma. Y en este momento ella me exige todo mi tiempo. Un tiempo que —como por una vez has constatado correctamente— no quiero pasar en una comisaría. Y aún menos, malgastarlo contigo en el área de servicio de una autopista. Por eso ahora nuestros caminos se van a separar. Ahora que ya no pareces Frankenstein, voy a pedir un Uber o un taxi o algo para que te recoja a estas horas de la noche y nos iremos a casa cada uno por su cuenta. Entonces vamos a interrumpir el contacto durante mucho tiempo. Al menos, hasta que tengamos la certeza absoluta de que no salimos en ninguna cámara de vigilancia y que nadie nos relaciona de ningún modo con la desaparición de Wallenfels. Entretanto, confiemos en que él, contra todo pronóstico, se recupere pronto sano y salvo.

Apoyó las manos en la mesa con intención de ponerse en pie.

—Vale —dijo Elias—. Pero antes ¿no vamos a echar un vistazo?

—¿Echar un vistazo a qué?

—A esto.

Tomó la parka que tenía al lado y del bolsillo interior sacó varias páginas A4 que llevaba enrolladas.

—He encontrado esto en la impresora de Wallenfels.

Olivia, intrigada, volvió a sentarse.

—¿Qué es? —preguntó mientras desenrollaba las páginas. Le bastó con un vistazo al título de la primera página de la copia impresa para obtener la respuesta.

En sus manos tenía el expediente de adopción de Alma.

30

O, por lo menos, una parte. Era demasiado fino, Olivia lo notó al desenrollar las hojas.

—¿Qué pone? —preguntó intentando averiguar si Elias ya había leído el expediente. Él se encogió de hombros.

—Aún no he podido leerlo. Solo me lo llevé porque usted me lo pidió de forma explícita.

—Entiendo.

En todo caso, decir «leer» habría sido demasiado pretencioso. En las escasas páginas apenas había letras o palabras, la mayor parte eran rayas y barras.

—¿Qué mierda es esta? —le bufó a Elias, agitando las páginas delante de sus narices como si su doctorando se hubiera encargado personalmente de tachar todas las líneas.

Apartó las tazas de café y extendió las páginas una junto a otra sobre la mesa.

—Me parece muy revelador —dijo Elias con gravedad.

—No me digas —comentó Olivia burlona, absteniéndose de hacer un comentario sarcástico. No quería ser injusta. No era culpa de él que ella se sintiera tan decepcionada. Por un breve instante, había tenido la esperanza de estar un paso más cerca de salvar la vida de Alma—. En estas páginas hay tanto texto tachado que no debería quedar tinta en la impresora de Wallenfels. Pero, por favor, siento curiosidad por saber qué conclusiones extraes de esto.

—El mero hecho de que se hayan querido ocultar tantas cosas ya me parece remarcable. Es como si el expediente de Alma fuera un documento de interés para la seguridad nacional. Uno diría que su

hija es una espía cuyo origen debe silenciarse; si no fuera porque tiene once años…

—Gracias por tenerlo en cuenta —dijo Olivia, aunque debía darle la razón a Elias.

—También llama la atención que ni siquiera el propio jefe de la oficina tenga acceso a un expediente sin censura —continuó Elias.

—Esto nos lleva a la pregunta de por qué lo imprimió. —Olivia hablaba más para sí misma que con su alumno y se acercó las páginas de nuevo.

«Curioso».

La fecha del escrito, del verano once años atrás, el nombre de la institución, la dirección, la persona de contacto y los números de extensión seguían legibles. De igual modo, la indicación del contenido, donde se enumeraban los principales elementos que componían el expediente que seguía: solicitud de adopción, carta de solicitud, informes oficiales, etcétera. Sin embargo, Wallenfels, lejos de imprimirlos, había pasado desde la portada directamente a la página siete a partir de la cual debían constar los datos referidos a la niña adoptada y a sus padres biológicos. Sin embargo, el apartado en el documento oficial en el que debía constar el origen y la historia de la vida de Alma había sido tachado, excepto por un puñado de frases.

Para Olivia, los pocos pasajes sin editar eran prácticamente jeroglíficos. Todos procedían de anteriores historiales médicos de la madre.

Así, en un momento dado se leía:

> ¡El médico responsable desea que le contacten y le pidan cita solo a través de la central!

Al lado había una nota manuscrita:

Dos páginas más adelante Olivia encontró un párrafo más largo e inteligible.

> La madre que concede la adopción, de 26 años, nombra a personas concretas en sus manifestaciones incoherentes. En primer lugar, a una mujer de nombre «Andrea» y a una tal «Stella». Al parecer, los primeros maltratos por parte de estas agresoras tuvieron lugar ya durante el periodo escolar. Palabra clave: calendario de penitencias. Diez años después, la paciente volvió a ser agredida por Stella y Andrea. Las investigaciones deben llevarse a cabo con extrema cautela.

—Interesante. La madre de Alma ya había sufrido abusos en el colegio —murmuró Olivia, leyéndole el pasaje correspondiente a Elias a petición de este.

—Eso resulta bastante improbable, ¿no? —le preguntó él—. Quiero decir, ¿eso de tropezar de nuevo con la misma piedra? ¿Primero en la escuela y luego una década después?

Olivia negó con la cabeza.

—Al contrario. De hecho, es muy probable. Si hubieras leído mi tesis, no te sorprendería. Hay numerosos estudios que tratan sobre el tipo de víctima. En este sentido, se ha comprobado que hay personas que corren más riesgo que otras de ser víctimas de delitos: personas ancianas, frágiles e indefensas, por ejemplo. A las personas que se prostituyen se las discrimina y se las tiene por inferiores solo por su profesión. El color de la piel excita a los racistas. Pero incluso la propia conducta, cualquier expresión de alteridad en la naturaleza, puede desencadenar impulsos arcaicos de violencia en los agresores.

Olivia señaló el expediente.

—Sobre todo en la escuela. La palabra clave es *mobbing*, acoso.

Ahí, el grupo dominante quiere imponerse sobre el extraño. —Suspiró—. Con frecuencia esto genera un círculo vicioso. A menudo la víctima que fue objeto de abusos en la escuela muestra sus heridas psicológicas a través de su postura, sus gestos inseguros o su limitada capacidad de comunicación, de modo que en ella las señales que permiten a los agresores detectar las presas fáciles son más fuertes.

Negó con la cabeza.

—No, no me parece nada extraño, en absoluto, que la víctima tropezara dos veces con la misma piedra, como tú dices. Probablemente le ocurre incluso con más frecuencia.

Olivia siguió leyendo.

Los párrafos siguientes volvían a ser irreconocibles. A continuación, se decía:

> Además, el estado de salud de la madre no permite que en el futuro la parte adoptante pueda ponerse en contacto con ella. Esta oficina es partidaria de estimar la solicitud con carácter de urgencia, ya que la capacidad jurídica de la madre biológica quedará en entredicho conforme avance el proceso, y eso daría lugar a un cambio en el procedimiento.*

—¿Incapacidad? —oyó preguntar a Elias.

Levantó la cabeza con desconfianza. Tenía el doctorando sentado ante ella y no había leído el párrafo en voz alta.

—Acabas de decir que no has tenido tiempo de echarle un vistazo, ¿no?

—Sé leer textos invertidos —dijo él sin más, con el mismo énfasis que si dijera «Sé atarme los zapatos».

La luz de unos faros iluminó el lugar como si fuera de día cuando una furgoneta Volkswagen de color gris plateado giró para entrar en el aparcamiento, justo delante del ventanal del establecimiento.

Olivia tuvo que entrecerrar los ojos un instante, hasta que se hubo apagado el motor, y eso a pesar de que el vehículo llevaba el faro derecho averiado y se iluminaba con la luz de posición.

—¿Usted nunca conoció a la madre biológica de Alma?

Olivia desvió la mirada hacia la furgoneta, cuyo conductor había apagado el motor, pero aún no había salido del vehículo.

—No. Entonces todo sucedió muy deprisa —dijo—. No había…

Vaciló. Podría haberle contado que apenas pasó un año y medio desde que Julian y ella presentaron la solicitud a la Oficina de Adopciones hasta que el tribunal de familia la aprobó y autorizó. Poco menos de dieciocho meses, durante los cuales la Oficina de Protección de Menores examinó su situación económica, el estado de su vivienda, sus ideas sobre la crianza de los hijos y su capacidad psicológica. En este último caso, se trataba sobre todo de determinar si desde el accidente de coche de su infancia Olivia ya había asumido psicológicamente su esterilidad.

Podría haberle dicho a Elias que todo había sido meticulosamente comprobado —su solicitud, los certificados de nacimiento y, por supuesto, su certificado de salud y de antecedentes penales— antes de superar la prueba oficial de capacidad tras numerosas entrevistas con trabajadores sociales y otros responsables en la toma de decisiones. Y que le había preocupado mucho ser descartada del grupo de posibles padres adoptivos por su fobia a Papá Noel. Aunque guardó silencio al respecto tal vez, se decía, en alguna de las reuniones se había notado su tendencia a sufrir trastornos de pánico. Hasta que un día sonó el teléfono. ¿Julian y ella aceptarían una adopción de incógnito? Esto significaba que no conocerían nunca a los padres biológicos, ni sabrían jamás las circunstancias concretas que llevaron a la adopción.

Le podría haber respondido todo esto a Elias cuando le preguntó, decirle incluso que a ella no le importaron en absoluto las

condiciones de la adopción, siempre y cuando pudiera cumplir su anhelo de tener un hijo, y además con un bebé que la aceptaría desde el principio como su verdadera madre y nunca lo cuestionaría.

Pero ¿por qué hacer eso?

Elias tal vez era su alumno favorito, pero no era ni su amigo ni su confidente, así que le respondió del modo más escueto posible.

—No, nunca ha habido contacto con la madre biológica de Alma, y poco a poco me voy dando cuenta de por qué.

Desvió la mirada hacia el exterior. No había reparado en si entretanto el conductor de la furgoneta se había apeado. Quizá había reclinado el asiento para dar una cabezada. El interior de la cabina estaba tan oscuro que no se veía a nadie.

—¿Y por qué? —preguntó Elias—. ¿De qué se está dando cuenta?

—Ayer Wallenfels me dijo que no podía revelarme el nombre de los padres biológicos porque eso podría poner en peligro la vida de la madre.

—¿Qué significa eso?

—Al principio yo tampoco lo entendí, pero ahora se me ocurre una cosa. Mira, aquí lo tienes, negro sobre blanco. —Señaló el párrafo—. La madre de Alma sufría graves problemas de salud, que once años atrás ya se consignaban en su expediente. ¿Y qué clase de problemas de salud pueden ser los que empeoran cuando tienes contacto con tu propio hijo?

A Elias no le costó nada responder a esa pregunta de primer semestre:

—Los psicopatológicos.

—Exacto. Y de entre ellos, ¿cuáles?

—¿Quizá la depresión posparto?

Olivia negó con la cabeza.

—Difícilmente. Aquí dice que cabía esperar un deterioro del estado mental hasta la pérdida de capacidad jurídica. Un pronóstico tan

perentorio sería tremendamente osado en el caso de una depresión posparto. Además, la DPP suele manifestarse de forma gradual y la mayoría de las mujeres habitualmente siguen siendo capaces de cuidar de su hijo. Alma tenía dos días cuando fue dada en adopción. Las causas de la enfermedad mental de la madre debían de existir antes del parto o bien haber sido desencadenadas por un intenso trauma durante el parto, que hay que diferenciar de la DPP habitual. En esta fase, el encuentro entre madre e hijo suele ser más peligroso para la criatura si, en casos tremendamente excepcionales, la madre alberga pensamientos de hacer daño a su bebé. Aquí, en cambio, parece que sería el bebé el que ejercería un efecto perjudicial en la madre. Y, por último, y esto es lo que más habla en contra, hasta ahora no he oído decir que una fase de este tipo dure once años.

De forma automática, Olivia había adoptado una actitud académica. Había levantado tanto la voz que el camionero de la gorra de Volvo se volvió hacia ellos.

—Entonces ¿cuál es su teoría? —quiso saber Elias, que, a diferencia de ella, casi susurraba.

—Ideas delirantes. La madre de Alma no ve a su hija como tal. Al contemplarla, se desencadena una visión horripilante que destroza a la madre.

Olivia reprimió un bostezo. Si no quería quedarse dormida al volante en el camino de regreso, iba a tener que tomar otro sorbo de esa imitación imbebible de café.

—Pero tal vez me equivoque, qué sé yo —dijo, agotada—. Para mí solo hay una cosa cierta: quiero encontrar a sus padres biológicos. Es muy improbable que alguno de ellos sea compatible, si es que siguen vivos, pero no quiero dejar piedra sin remover.

Cogió el móvil.

—¿Es necesario? ¿Por qué no puede llevarme en coche? —

preguntó Elias, que al parecer también era capaz de leer al revés las pantallas de los móviles. De todos modos, por el tamaño del logotipo de la aplicación de taxis, aquello tampoco era una hazaña.

—Me llevaría demasiado tiempo. Tu casa no me viene de camino y quiero llegar cuanto antes… —Olivia titubeó, incapaz de decir «a casa»— junto a Alma —terminó la frase.

Aunque eso significaba tener que regresar a casa de Julian. No quería volver a estar ausente cuando su hija despertara. Empapada de sudor, asustada, tosiendo sangre. Ya que no podía donarle células madre, sí podía proporcionarle al menos cariño y afecto. Además, seguro que Alma tenía muchas preguntas sobre la adopción que le había ocultado durante tanto tiempo.

«Tantas por lo menos como las que yo tengo sobre el resucitado abuelo Wilhelm».

Miró el reloj. 4.23. Cancelaría las clases de ese día y también las del resto de la semana. Tal vez lograría descansar bien en el sofá antes de que Alma se despertara, aunque lo dudaba. Los fragmentos del expediente de adopción no la dejarían dormir. En casa, Olivia se haría con una lupa para ver si descubría algo en la parte tachada del escrito.

—¿Y qué tiene de particular la nota a pie de página?

—¿Eh?

Olivia apartó la mirada del móvil.

—Ese asterisco al final de la frase. Creo que hace referencia a la nota a pie de página que he encontrado en la página once.

Olivia dejó el móvil y se acercó la hoja correspondiente. La impresora de chorro de tinta había ladeado un poco la hoja, por lo que la línea inferior no estaba completamente impresa. En esencia, consistía en una secuencia de números:

*95129

—¿Eso es un número de expediente? —preguntó Elias.

Olivia negó con la cabeza. Era demasiado corto y carecía de letras, caracteres especiales, barras o guiones. Ninguna administración que se preciara en Alemania tendría un identificador tan simple. Podría ser un código más bien. Tal vez un número de formulario.

Sobre la mesa su móvil dejó oír una vibración que parecía una avispa moribunda.

Mierda. El siguiente taxi dispuesto a aceptar esta carrera estaba a cincuenta minutos. ¿Sería capaz de abandonar a Elias ahí tanto tiempo? De nuevo, se reprochó con amargura que todo era culpa suya, por haberle incitado a ir a la casa de Wallenfels. Donde él antes… «Un momento».

Igual que en el dormitorio manchado de sangre del jefe de la oficina, de nuevo escrutó a su alrededor en busca de una escapatoria.

—¿Cómo has logrado entrar en ese piso? —preguntó con aprensión tras atisbar la señal de salida de emergencia situada junto a las máquinas tragaperras.

—¿En casa de Wallenfels? La puerta no estaba cerrada. Simplemente, he entrado.

Desconfiada, buscó establecer un contacto visual con él y procuró vislumbrar alguna desviación mímica de la conducta habitual de Elias. Pero su doctorando parpadeó tan rápido como siempre, y se pasó los dedos nerviosamente por el pelo cuando ella le hizo la siguiente pregunta, en ese momento importantísima, de la que no podría librarse tan fácilmente:

—¿Y por qué has entrado hasta el dormitorio? A fin de cuentas, con el expediente de adopción ya habías encontrado en el despacho todo lo que andabas buscando, ¿verdad?

Elias tragó saliva. Inclinó la cabeza. Volvió la mirada hacia el

camionero, que en ese momento se levantaba para dirigirse a los aseos.

En voz baja, como si alguien más pudiera oírlos, dijo:

—Porque oí los ruidos.

—¿Qué ruidos?

—Gemidos, un grito.

Olivia, nerviosa, se llevó un mechón de pelo detrás de la oreja.

—¿Wallenfels estaba gritando?

—No.

Vio que Elias tomaba por primera vez un sorbo de su café, que tenía que estar frío desde hacía rato. Sin embargo, la frase que él pronunció a continuación ella la sintió como si le arrojara una taza de líquido hirviendo a la cara sin avisar.

—No, Wallenfels no. ¡En su dormitorio la que gritaba era sin duda una mujer!

31

Unos años atrás

Casa Waldpfad

Valentina

Poco después de la salida teatral de los Weigert, el infierno estalló en la casa Waldpfad. La noticia debió de haber recorrido el pueblo como la pólvora. Los vecinos empezaron a acudir en masa atraídos por la ventana de la cocina.

Primero llegó una familia de cuatro miembros, de quienes Valentina solo logró retener los nombres de los dos niños (Elaina y Marek), que se dedicaron la mayor parte del tiempo a hacer carreras desde el pasillo subiendo por la escalera hasta la habitación de arriba y viceversa. Los padres trajeron zumo de manzana para los pequeños y ponche de huevo para los adultos. Este último le gustaba especialmente a la tía Gerbera («como la flor, pero más guapa», había dicho al presentarse), aunque hasta dos horas más tarde, cuando se despidió, Valentina no supo de quién era tía aquella mujer bien entrada en los sesenta. De hecho, le fue imposible averiguar de qué parte del pueblo procedía la mayoría de las personas que participaron en el calendario viviente de Adviento ni qué relación tenían entre sí. A diferencia del grupo del abecedario, no parecían ser amigos, pero la mayoría sí se tenía la suficiente confianza como para tratarse por el nombre de pila. Yuri, el panadero. Owe, el empleado de la gasolinera. Sarah, la dependienta de la tienda de esquí. Karl y Gustav, los dos hermanos, ambos

mayores de setenta años, que regentaban el café Heider en la plaza del pueblo; Gunther, de la fonda Gasthof Fels, y también Cem y su mujer Tina, que regentaban la única empresa de taxis del pueblo. Comieron el pan de jengibre y los bombones de Navidad que habían traído de casa, abrieron nueces y bebieron de buena gana el café poco cargado de Valentina. Lo único que nadie quiso probar fue la absenta que había traído Camilla. La botella verde de aguardiente de alta graduación se quedó en la nevera sin abrir. Pero eso no empañó el ambiente.

Incluso entonaron juntos varias canciones después de que Valentina lograra encender el horno con la ayuda de Cem.

Primero el famoso villancico «O du fröhliche», luego —a petición de los niños— «In der Weihnachtsbäckerei», la conocida canción moderna de Navidad.

Si esa fuera una muestra representativa de la población de Rabenhammer, aquel sería un lugar donde le gustaría permanecer más tiempo, se dijo Valentina, olvidando por un momento por qué estaba allí. Hasta que, de pronto, Elaina empezó a llorar desconsoladamente. La inocente niñita había descubierto algo que nunca debería haber visto.

Poco antes de que el drama adoptara su curso imparable, Valentina mantuvo una charla con Gert Tibelius. Él se presentó como médico de familia. Era de talla corta, regordete y llevaba bigote. Era el único que no se había quitado los zapatos en la puerta. A Gert entretanto ya se le habían secado las suelas, no así la garganta. Alguien había metido un pack de seis cervezas en la nevera. Él ya había disfrutado la mitad y, sin embargo, su sed de Pilsner no parecía saciada.

—¿Qué tal está? —preguntó a Valentina, con el cuarto botellín abierto en la mano.

—¡Bien, gracias!

—No es una pregunta de cortesía. Soy médico.

—Ya me lo ha dicho antes.

Él sonrió e hizo un guiño.

—Bueno, a mí me lo puede decir en confianza. —Habló en voz baja, aunque todo el mundo hablaba tan fuerte que era imposible oír las conversaciones de los demás. El calendario viviente de Adviento se había convertido en una fiesta. Los vecinos estaban muy juntos en el salón, la cocina y el pasillo. Valentina se dijo que debía abrir con urgencia una ventana; el ambiente se estaba volviendo sofocante, sobre todo a causa de la estufa de madera.

—Venga, vamos —dijo Gert y bebió otro sorbo—. Aquí lo sabe todo el mundo, solo que nadie se atreve a mencionar el elefante en la habitación.

—Espero que no esté usted aludiendo a mi peso.

Valentina intentó suavizar la situación con una broma. Saltaba a la vista que no sufría de sobrepeso. De hecho, un poco más de carne en las costillas le habría venido bien. Si cayera enferma, su cuerpo no tendría reservas suficientes para combatir un virus o una infección bacteriana.

—¿Así que no quiere hablar de ello? —Su tono de voz se volvió más insistente—. Permítame un consejo. Aquí todo el mundo finge una actitud amistosa. Pero, en realidad, solo han venido para hacerse una idea de la casa y ver si los rumores son ciertos.

—¿Qué rumores?

Él dio un gran trago a la botella de cerveza.

—¡Oh, vamos! ¿Cómo ha dado con esta casa? Me parece bastante inusual que una joven de la gran ciudad se desplace hasta aquí, en medio de la nada, y acabe precisamente en la casa Waldpfad.

Valentina dejó sitio para Ansgar, que se abrió paso a su lado para encaminarse hacia el pasillo con una taza de café.

—Tengo que prepararme para el examen estatal en Derecho.

Gert asintió.

—Sí, claro, esa es la versión oficial, por supuesto. Pero, no se ofenda, mi hijo también estudió Derecho. Los últimos meses antes de los exámenes estudió hasta caer rendido. Pero pocas veces solo. Cuando se retiraba, normalmente lo hacía con su grupo de estudio.

—A mí me gusta estar a solas —dijo Valentina mientras pensaba cómo zafarse de aquel médico insistente sin poner fin a la conversación de un modo demasiado brusco.

—Discúlpeme, no quería ponerla en un aprieto. Pero permítame una última pregunta: ¿cómo supo de este lugar? Que yo sepa, la casa Waldpfad apenas aparece en los sitios web de viviendas vacacionales. Uno tiene que saber lo que busca.

Si Valentina le hubiera confiado su secreto, le habría hablado de aquella agencia de viajes especializada en mujeres con un pasado muy especial. Y que estaba dirigida por quien tal vez fuera la peor persona que había conocido en su vida. Sin embargo, no tenía ningún motivo para revelar esa terrible verdad a un desconocido, así que se limitó a decir: «Una amiga me habló muy bien del lugar».

—¿De veras? ¿Sabe qué tiene eso de raro? —Saltaba a la vista que el alcohol no solo había vuelto locuaz a Gert, sino que, por desgracia, también había perjudicado su sentido de la distancia. En ese momento estaba tan cerca de ella que su bigote le rozó el lóbulo de la oreja cuando susurró—: Siempre son mujeres solas. Nunca son dos. Nunca vienen con su pareja. Y todas tienen la misma expresión en la cara que usted. Una mezcla de miedo, dolor y vergüenza.

En ese momento él hizo una breve pausa y fue precisamente entonces cuando Valentina oyó el llanto.

Elaina.

En el pasillo los invitados cedieron el paso a la niña en su recorrido del baño a sus padres, que estaban en la cocina.

Valentina supo al instante qué la había asustado tanto.

«Maldita sea…».

Lo había olvidado a partir del momento en que el anciano y algo confuso Hartmut había llamado a su puerta acompañado de su hija Gitte. Quienes habían utilizado el baño lo habían pasado por alto porque, a diferencia de Elaina, no habían apartado la cortina de flores para meterse en la ducha a jugar al escondite.

Por eso la pequeña fue la que descubrió el lazo de ahorcado que colgaba del tubo de la calefacción.

32

Después de aquel incidente, los invitados apenas tardaron diez minutos en marcharse. De un modo exageradamente educado, con palabras de elogio y agradecimiento, con deseos y bendiciones para el Adviento y la promesa de regresar si al día siguiente había una vela encendida en la ventana.

Valentina no estaba segura de que se hubieran creído la excusa que improvisó: «No tengo ni idea de qué será esta cuerda. Debe de ser una broma macabra del anterior inquilino. ¡Yo también la veo por primera vez!».

Sin embargo, los invitados se apresuraron a recoger los envases y platos con los que habían traído la comida para compartir, agarraron sus chaquetas y abrigos y se calzaron. El médico fue quien más se demoró, pero al final también él se encontró en la puerta despidiéndose de Valentina.

—¡No creo que esa soga sea de la mujer que estuvo aquí antes que usted! —dijo Gert, con la lengua entumecida por la bebida—. Yo examiné sus heridas. No me dio la impresión de que estuviera cansada de vivir. Al contrario. Estaba muy contenta de haber escapado de esta casa.

—¿A quién se refiere? —Aunque quería librarse cuanto antes del doctor, Valentina no pudo dejar de formular la pregunta.

—A la inquilina anterior. Se cayó por la escalera porque algo la había asustado sobremanera. Pero no me dijo qué. ¿Usted lo hará?

—¿El qué?

Se la quedó mirando como un jugador de ajedrez mira a su oponente antes de hacer el último movimiento decisivo.

—Contarme lo ocurrido si se diera el caso de que necesitara mi

ayuda en los próximos días.

Dicho esto, Gert se marchó sin más, desapareciendo en la fría oscuridad con una cerveza en la mano.

Valentina cerró la puerta y apoyó la cabeza contra el cristal frío mientras, con los ojos cerrados, escuchaba su propia respiración.

«Maldita sea».

¿Lo había fastidiado todo? ¿No sería mejor renunciar al plan y anularlo? Dudas enormes, como rocas, pesaban sobre ella amenazándola con aplastarla.

«Valentina, tonta. ¿En qué andabas pensando?».

Ahora en el pueblo la conocía todo el mundo y se hablaría de ella. Si la situación empeoraba, en algún momento vendrían a buscarla, o tal vez incluso llamarían a los servicios de urgencias psiquiátricos, y entonces…, ¡adiós plan!

Con un gesto de rabia, pegó un puñetazo al marco de madera a la altura de la cabeza, y la puerta se sacudió ruidosamente.

Volvió a abrir los ojos, se giró hacia el perchero y, al inspirar de nuevo, reparó en ello.

Miró de nuevo la puerta principal. Giró sobre sí misma. Y lo examinó todo. Primero la planta baja, el pasillo, y después todas las habitaciones. Se asomó incluso al acceso al sótano, aunque era absolutamente improbable. Tras la segunda inspección, Valentina ya no tenía ninguna duda.

«¡Ya no está!».

El pesado abrigo de cuero marrón con forro de borreguito de color claro había desaparecido. No estaba en ninguna estancia, ni tampoco colgado en el perchero, en el que ahora solo estaba su propia chaqueta negra de plumón artificial.

Pero no fue eso lo que de nuevo desencadenó su instinto de huida.

El abrigo podía haber desaparecido. Y en teoría era incluso

concebible que alguien entre los invitados lo hubiera olvidado en una de sus visitas anteriores y lo hubiera recuperado entonces. O que un vecino servicial lo hubiera reconocido como perteneciente a un amigo y quisiera devolvérselo. Sin embargo, con el tiempo que hacía, era impensable que alguien hubiera regresado por la ladera nevada con un solo zapato.

Y, sin embargo, allí estaba, en el pasillo de la casa que, supuestamente, ya habían abandonado todas las visitas: una única bota inmensa, de cuero liso y brillante. Recién pulida, como preparada para el día de san Nicolás.

Aunque fue un gesto absurdo, casi ridículo, Valentina fue incapaz de resistir el impulso. Cogió la bota pesada, que olía a cera de abejas y, como no se atrevió a meter la mano en la caña, le dio la vuelta.

«¡Cielos!».

Aunque prácticamente contaba con ello, no fue capaz de reprimir un grito agudo cuando algo se desprendió del interior de la bota y le cayó a los pies.

Lo recogió.

El sobrecito menudo de color menta que se encontraba en el bolsillo interior del abrigo de cuero. Sin embargo, en el tiempo transcurrido entre desaparecer de una prenda y reaparecer en otra, había cambiado.

Ahora en el anverso destacaba el número **1**. Escrito con rotulador grueso de color rojo burdeos, como el que ella había traído consigo.

Con el trazado anguloso de entonces. En Lobbeshorn.

«¿Esa es mi letra?».

Valentina rasgó el sobre por un lado a causa del nerviosismo con que lo abrió. De él extrajo una tarjetita, que también, como por arte de magia, se había transformado. De una hoja en blanco había

pasado a ser un documento escrito con minúsculas letras de imprenta.

«¿Esto es real, o se trata de nuevo de otra visión terrorífica, como esa sombra del sótano apestoso?».

Al palpar los bordes de la tarjeta con el pulgar se hizo un pequeño corte. El sabor de la sangre al llevarse el dedo a la boca fue un catalizador adicional de la máquina del tiempo que la catapultó aún más rápidamente al pasado.

Se sintió como si volviera a tener dieciséis años, cuando fue obligada por primera vez a abrir un tipo de calendario de Adviento muy especial. Uno que no contenía ni chocolate ni pan de jengibre ni gominolas, sino oscuridad, temor y dolor. Y cuyo contenido se anunciaba detrás de cada puerta siempre con un poema. Unos versos parecidos a los de la tarjeta que ahora sostenía ante sus ojos con manos temblorosas:

Puerta 1:

Si estás leyendo esto, ya es tarde.
Soy aquel que ya no va a marcharse
Antes de que el orden se restablezca,
contigo me quedo, por encargo de ella.

Ni día a día,
ni hora a hora.
A mi propio ritmo
te notifico

qué puertas abrirás
A qué sacrificios te someterás.
Por tu delito, por tu pecado,
batirte a ti misma es obligado.

¿Quieres superar esta noche?
¿Aunque agónica y ensangrentada,

pero respirando, viendo y liberada?
Busca entonces, de inmediato, como sea,
la puertecita número 2.

Valentina se mordisqueó los dedos de la mano derecha. Eso le impedía echarse a gritar. Pero eso no borraba los recuerdos atroces de entonces, diez años antes.

33

Diez años antes

Castillo de Lobbeshorn

Todo el mundo lo llamaba «el barracón», sin más. Los alumnos, los profesores e incluso los padres, en las escasas ocasiones en las que estos hacían referencia a la construcción de piedra gris y húmeda, que se alzaba tras un bosquecito de abedules, algo apartada del edificio principal. Hasta bien entrada la década de 1950 había funcionado como un hospital; entonces, albergaba la zona conocida como de «permanencia».

Cinco estancias, cada una del tamaño de un aula, sin duda con más de veinticuatro puertas, considerando también armarios y mesas. Y eso sin contar las ventanas con barrotes. Estas, igual que la puerta principal y la de salida de emergencia estaban cerradas. No había escapatoria para los dos únicos «huéspedes» en permanencia, Ole y Valentina. Ni modo alguno de hacerse oír en ese barracón. ¿Quién los oiría? Había días en que llegaba hasta allí el ruido de las obras del edificio principal. Sin embargo, ellos nunca veían carpinteros, techadores ni demás operarios. Excepto Andrea, nadie más se acercaba a ellos. Ese día, la mano derecha de Stella les había traído una caja de zapatos de cartón y, tras colocarla en el suelo de la sala que usaban como dormitorio, por primera vez se había marchado de inmediato.

Estaba delante de ellos. Negra, con un trazo hecho con rotulador de color plata. Como siempre, había un sobrecito de color menta

justo al lado del número, que en esta ocasión se encontraba en la tapa de la caja. ¡Un **8**!

«¿Llevamos ya siete pruebas?», se preguntó Valentina mientras se frotaba el lugar de la cabeza donde ahora le faltaba un mechón de pelo. «Desde la puerta número **5**».

Mientras estaban despiertos, no había hora en que no pensaran en escapar. En la zona de acceso, el barracón disponía de un sistema de doble puerta. Tras pasar la puerta exterior, esta se cerraba y entonces se desbloqueaba el acceso a la segunda. En su origen, aquel vestíbulo servía para que al entrar y salir del edificio en invierno no escapara mucho calor. Ahora, Stella empleaba las puertas dobles como una esclusa. En cuanto Andrea había entrado en el edificio, volvía a cerrar la puerta exterior. Al parecer, su perro guardián solo disponía de la llave de la puerta de acceso interior.

—¿Qué pone? —preguntó Valentina, aunque, de hecho, no quería saberlo. Ole, que había abierto el sobre, leyó la tarjeta en voz alta:

> *¡Oh feliz! ¡Oh santificado*
> *teléfono de gracia.*
> *Una llamada tienes concedida.*
> *¿A quién vas a llamar?*
> *Elige, elige tu libertad.*

Se miraron por un instante, desconcertados; luego, Valentina apartó la tapa de la caja de zapatos.

Sobre un papel de seda arrugado, como si fuera un regalo, había un objeto oscuro en cuya superficie de cristal se reflejaba su imagen.

—¿Eso es un móvil? —preguntó Ole con asombro.

—Sí.

Y, además, no uno cualquiera. Cuando lo sacó de la caja, Valentina se dio cuenta de que era el suyo.

Habían tenido que entregar sus teléfonos a Stella; ahora ella volvía a tener el suyo en la mano.

La pantalla se iluminó en cuanto ella pulsó el botón lateral.

En la esquina superior derecha de la pantalla brillaba el icono rojo de la batería. Solo quedaba un tres por ciento de batería.

—¡Llama a la policía! —le imploró Ole.

Asintió, estaba tan excitada como él. Para ella estaba claro que Stella estaba jugando con ellos y que pretendía tenderles una trampa, probablemente ambas cosas. Pero quizá, en su delirio de omnipotencia, había errado el cálculo y en realidad les estaba poniendo en bandeja de plata la oportunidad de ser rescatados. Valentina decidió asumir ese riesgo y marcó el 110, el número de emergencias de la policía.

La decepción se impuso al instante.

Nada. Ni siquiera el tono de llamada.

Valentina miró la pantalla.

—No tenemos red. Solo el wifi de la escuela.

—Yo no sé avisar a la policía por internet —dijo Ole, restregándose el pelo nervioso.

Ella le miró inquieta.

—¿Crees que al intentar llamar a la poli desde el 110 hemos agotado nuestra única oportunidad?

Una llamada tienes concedida.
¿A quién vas a llamar?

Los dos clavaron la vista en la puerta, inquietos por si Andrea regresaba en cualquier momento y les arrebataba el móvil.

—Ni idea —dijo Ole—. Inténtalo otra vez.

Habló con un tono de voz que era media octava más agudo de lo habitual.

«Aún queda un dos por ciento de batería».

Valentina se lo pensó un momento y llamó al contacto al que había enviado su último SMS.

La conexión tardó muchísimo en establecerse, pero al menos lo oyó sonar. Y entonces, al fin, alguien contestó, poco después de que Ole le hubiera pedido poner el móvil en manos libres.

—¿Papá?

Ruido atmosférico, crepitaciones. Y luego:

—Valentina, ¿eres tú?

«¡Gracias a Dios!».

Ole le hizo una señal eufórica con el pulgar hacia arriba.

—¡Papá, te lo ruego! —Valentina contuvo la respiración mientras hablaba. Sentía una inmensa presión en el pecho—. Tienes que venir a ayudarnos. La directora está desquiciada. Nos está maltratando.

—¡Un momentito, cariño! —oyó decir Valentina a su padre para darse cuenta al segundo siguiente de que no se dirigía a ella—. Adelántate a la playa. Yo traeré la crema solar.

«¡Cielos!». Su padre no estaba en Alemania. Probablemente, ni siquiera en Europa. En esta época del año, la zona de baño más próxima donde hacía falta crema solar estaba, por lo menos, a seis horas en avión.

—¿Qué pasa, Valentina? —preguntó él, tras haberse comunicado a todas luces con su nueva novia.

«Uno por ciento de batería».

—Nos está maltratando. —La voz de Valentina se quebró—. Nos obliga a hacernos daño entre nosotros y a realizar penitencias del calendario. Te lo ruego, papá.

—¡Para! ¡Para! ¡Para! —Su padre se aclaró la garganta—. Valentina, sé que tienes una imaginación desbordada. Eres una maestra inventando historias. A mamá le encantaba. Pero conmigo no funciona, yo soy realista. Así que, por favor, ¡dime la verdad!

—¡¡¡ES LA VERDAD!!! NOS OBLIGA A BAÑARNOS EN AGUA HELADA, A ARRANCARNOS EL PELO A MODO DE PENITENCIA POR…

Valentina se puso a toser.

—¡Ay, Valentina! —oyó decir a su padre—. La directora, la doctora Großmuth, ya me ha avisado de que me llamarías. Pero yo apoyo por entero sus medidas disciplinarias.

—Pero ¡eso no son medidas disciplinarias! ¡Está loca y…!

Percibió un cambio en la línea y se dio cuenta de que ya no tenía sentido terminar la frase.

«¡Fin de la batería!».

La pantalla estaba tan negra como la sensación de desesperanza que se apoderó de ella.

Al borde de las lágrimas, se desplomó en uno de los colchones de aire que ella y Ole usaban como cama.

—¡Mierda! ¡No puede ser verdad! —exclamó dejando oír su frustración, su rabia, su decepción y toda su desesperación—. ¿Cómo es posible? ¿No me cree? Mi propio padre…

Ole se sentó a su lado, la abrazó y le hizo volver la cabeza hacia él como si quisiera besarla.

—Konerak Sinthasomphone —susurró.

Valentina no sabía que aquellas palabras eran un nombre de persona. A sus oídos, le pareció un hechizo siniestro con el que su amigo intentaba mantener la maldad lejos de ellos.

—Era un chico de catorce años —comenzó a decir Ole—. Un hombre adulto lo atrajo a su apartamento y una vez allí lo sometió administrándole somníferos. Después de violarlo, ese psicópata le hizo un orificio en el cráneo.

Valentina negó con la cabeza.

—¿Por qué me cuentas esto?

Le rogó a Ole que parara, pero el relato fue a peor.

—El hombre entonces inyectó ácido clorhídrico en el cerebro del

chico por ese orificio. Su intención no era matarlo, sino convertirlo en un zombi. Un cadáver viviente, sin voluntad, y así poder abusar de él a su antojo. Tras lobomotizar al muchacho, el hombre salió a comprar alcohol. En ese rato, Konerak logró escapar. Se quedó sentado en la calle, desnudo, frente a la vivienda de ese monstruo. Baboseando, sangrando, arrastrando las palabras. Los vecinos ya habían llamado a la policía. ¿Sabes qué ocurrió después?

Valentina cerró los ojos.

—¿Qué tiene eso que ver con nosotros?

En vez de responder, Ole continuó con esa historia atroz.

—Los agentes lo acompañaron de vuelta al piso de su asesino. Una vez allí, él volvió a inyectarle ácido clorhídrico en el cerebro y lo mató.

—¿Esto pasó de verdad?

Valentina cayó en la cuenta y abrió los ojos. ¿Acaso en esta historia podía encontrar la respuesta a por qué su propio padre no acudía en su ayuda?

—En un thriller psicológico nadie se lo creería —dijo Ole, asintiendo—. ¡Pero sí, es verdad! En el mundo mucha gente conoce el nombre del autor de ese crimen: Jeffrey Dahmer. En cambio, casi nadie sabe el nombre de la víctima.

«Konerak Sinthasomphone».

Ella se tapó la boca con la mano.

—¿Tú crees que Stella es como Dahmer?

«¿Un asesino en serie perturbado?».

Una bolsa de plástico llevada por el viento invernal chocó contra el cristal de la ventana, permaneciendo allí un momento hasta que la barrió una ráfaga violenta.

«Ni siquiera la basura quiere permanecer cerca de nosotros», se dijo Valentina con amargura.

—No sé de lo qué son capaces Stella y Andrea —respondió Ole—.

Solo sé que nadie creerá lo que nos hacen. Ni ahora ni más adelante.

«Como Dahmer en su momento». Valentina tuvo el mismo pensamiento que Ole expresó en voz alta antes de poner fin a su horrible relato con las siguientes palabras:

—La magnitud del horror superaba la imaginación de los policías. Cerraron los ojos ante la verdad porque era increíble. Prefirieron creer al asesino cuando les dijo que simplemente su amigo, mayor de edad, había bebido demasiado. Si los agentes hubieran echado un vistazo en el dormitorio del piso, que despedía un olor putrefacto, habrían encontrado el cadáver de otra víctima que llevaba allí varios días descomponiéndose.

Valentina se estremeció de asco. Pero había comprendido.

Si le hubiera dicho a su padre que un compañero la acosaba y abusaba de ella, tal vez la habría escuchado. Pero al contarle la verdad, había perdido su credibilidad. Que ella estuviera en las garras de una directora de escuela perturbada era tan inconcebible que ni su propio padre podía considerarlo cierto. Stella sabía que la petición de auxilio que tan perversamente le había anunciado antes al padre de Valentina sería inútil.

«¡No hay nada que hacer!».

Por primera vez, el horror que escondía la puerta **8** no consistía en un dolor físico. La directora les infligió una cruel herida psicológica al mostrarles lo solos, desamparados y abandonados que estaban. De un modo pérfido, Stella les había hecho comprender por qué se podía permitir dejarles el móvil. Y, al mismo tiempo, había demostrado por qué tantas víctimas no denunciaban a sus hostigadores a la policía.

«¡Cuánto más monstruoso es un crimen, más fácil resulta cometerlo!».

Y, como si esa verdad tan desasosegante necesitara más pruebas,

Valentina oyó que, al exterior, en la entrada, una llave giraba de nuevo.

Andrea había regresado.

Con la intención de abrir una nueva puertecita del horror.

34

Diez años después

Casa Waldpfad

Valentina

¿Quieres superar esta noche?
¿Aunque agónica y ensangrentada,
pero respirando, viendo y liberada?
Busca entonces, de inmediato, como sea,
la puertecita número 2.

Valentina se sacó del bolsillo del pantalón el espray de pimienta. Mientras duró la visita de la mitad de los habitantes del pueblo, había sentido el frasco contra la ingle. Esa presión en sus vaqueros ajustados la había tranquilizado y le había dado seguridad en presencia de tantos desconocidos. Ahora, minutos después de que los últimos invitados se hubieran marchado, no le bastaba con llevar encima un arma de defensa personal. Necesitaba tener el espray agarrado en la mano, sentir el dedo sobre el pulsador negro.

Iba a tener que prescindir de las gafas de buceo. Estaban abajo, en el sótano; se las había dejado ahí cuando oyó a Camilla y sus amigos en el pasillo. De ningún modo estaba dispuesta a descender de nuevo a la catacumba. Al contrario.

Entró en el salón y vio su mochila en un rincón junto al sofá. Por la cremallera abierta asomaba la punta de una camiseta como la lengua de una boca gritándole: «¡No lo lograrás! ¡Está fuera de tu alcance!».

«Tienes razón», pensó como hablando con esa boca imaginada. De buena gana habría recogido sus cosas y se habría largado. Cualquier cosa por salir de ahí.

Pero Valentina regresó al pasillo sin saber por qué. En un gesto de enfado, apartó la bota a un lado de una patada.

Maldita sea, un simple zapato. Pero bastaba para mostrarle su exceso de confianza.

Mierda, mierda, mierda.

Tres meses de preparativos. Cientos de horas de planificación y charlas y muchas más lágrimas. Y todo, para nada.

«¡No puedes escapar de tu pasado!», le oyó decir a Ole. Pero eso exactamente era lo que quería hacer en ese instante. Correr hasta la estación. Tomar todo aquel largo y helado camino de vuelta. A pie, daba igual. Y coger el próximo tren a casa, dondequiera que esta estuviera.

Esta reacción de huida no era en absoluto paranoica, aunque, hasta el momento, apenas le habían hecho nada. Sin embargo, sabía lo que le esperaba. Ya había vivido algo parecido en otra ocasión. Bajo otros presagios, en condiciones distintas, pero, en el fondo, había empezado del mismo modo.

Valentina se quedó mirando su chaqueta. Todo en ella la instaba a agarrarla. Ponérsela. Abrir la puerta.

«No volver la vista atrás…».

Entonces sonó el móvil. Kathi.

¿Destino? ¿Casualidad?

«No, no, no».

Si contestaba, todo terminaría. Si hablaba entonces con Katharina, nada la podría detener y regresaría a casa sin haber logrado nada. Se arrojaría en brazos de Kathi, se echaría a llorar y se lo contaría todo. Todo lo ocurrido. Y todo lo que aún estaba por suceder.

Colgó el teléfono a su mejor amiga y tuvo una idea.

No estaba en condiciones de hablar con Kathi. Pero sí con Ole. Tenía que confesárselo a él.

Cerró los ojos. No necesitaba mirar para marcar su número. Tenía el patrón de la secuencia de dígitos grabado en su mente, de tantas veces como lo había marcado. Sonó tres veces, y entonces le oyó decir con su tono de voz inteligente y comedido: «Esto es un contestador. Ya sabes lo que hay que hacer».

Volvió a abrir los ojos.

Entonces vio el número. Ya su mera visión le provocó un dolor físico, como si en el ojo le hubiera entrado un grano de arena ardiente. Tuvo que parpadear varias veces seguidas, entrecerrar los ojos y esperar un rato hasta que pudo volver a mirar a través de las lágrimas. Seguía allí.

Un número.

¡El **2**!

> *¿Quieres superar esta noche?*
> […]
> *Busca entonces, de inmediato, como sea,*
> *la puertecita número 2.*

¡Había dado con ella y ni siquiera la había buscado!

Abatida y tras haber abandonado cualquier esperanza, se quedó mirando la salida, que representaba literalmente la segunda puerta de un calendario de Adviento ideado para ella por una mente enferma.

Como entonces. En el internado.

Por el lado interno del cristal de la puerta, pintado con la línea sinuosa de un rotulador negro se leía:

2

El extremo inferior de la cifra acababa con un trazo enérgico como

una flecha.

«No, no como». Era una flecha.

Una indicación del camino que seguir. Señalaba el marco de la puerta. La parte superior derecha. Siguiendo la prolongación de la línea, esta indicaba otro sobrecito pegado ahí con cinta adhesiva.

Era exactamente igual al que había encontrado primero en el abrigo y luego, dentro de la bota. De nuevo rasgó el sobre para abrirlo, y de nuevo se encontró con un ominoso mensaje en la tarjeta que contenía.

Puerta 2

Eh, ¿al exterior pretendes escapar?
¡De la muerte, Holleri!
Allí las trampas no verás.
Quédate dentro, o enseguida morirás.

Leyó el texto una, dos veces y cuando oyó un penetrante tono sinusoidal en el oído derecho se dio cuenta de que aún estaba conectada al buzón de voz. Miró la pantalla. No tenía conexión. Era evidente que la línea se había interrumpido por rebase de tiempo.

¿Ese poema psicótico de Adviento solo lo había leído en su mente, o acaso lo había dicho en el buzón de voz?

Tal vez.

Puede.

«Ojalá».

Entonces él sabría lo que estaba ocurriendo. Pero esa información, de por sí, a él no le bastaría para ponerse en marcha y acudir a ayudarla.

Valentina pulsó el botón de rellamada y regresó rápidamente a la cocina. Mientras, con el móvil asido entre el hombro y la nuca, esperaba que se activara el buzón de voz, apoyó una rodilla en la encimera. Con la mano libre, fue palpando los armarios de la cocina.

Nada.

Solo polvo y un cable suelto.

«¡No! No, no, no…».

Se aupó hasta sostenerse con ambas piernas en la encimera para poder verlo con sus propios ojos.

¡En efecto! La pistola que había guardado allí había… desaparecido.

Junto con su bolsa de instrumental.

Valentina se tambaleó. Tuvo que agarrarse al asa de un armario de la cocina para no caer al suelo.

Entonces oyó la señal que daba inicio a la grabación de voz.

—¿Ole? Soy yo de nuevo, Valentina —dijo con un gemido tras recuperar el equilibrio—. Tienes que venir de inmediato, por favor. Si oyes esto, cancela tu periodo de descanso. Ya sabes dónde estoy. Todo está saliendo mal. Ya sé que no querías que lo hiciera. Tenías razón. Está ahí.

Todo el cuerpo le empezó a temblar y tuvo que hacer una pausa.

Agotada, confusa y tremendamente asustada, se dejó caer al suelo.

—Por favor. No sé qué hacer —siguió diciendo.

¿Acaso ahí fuera le aguardaba una trampa?

¿O tal vez ya había quedado atrapada dentro de una?

Logró no echarse a llorar; de hecho, su voz iba adquiriendo firmeza con cada palabra, a pesar de que ella se sentía cada vez más débil mientras decía:

—Por favor, Ole, ven a ayudarme. Lo he conseguido. Está en la casa. Pero está siempre a un paso por delante de mí.

35

Actualidad

Olivia

Habían regresado en el coche de Olivia. Ella había abandonado la idea de pedir un taxi para Elias, y lo estaba llevando en coche a casa. La última observación que él había hecho le había encendido todas las alarmas.

«No, Wallenfels no. ¡En su dormitorio la que gritaba era sin duda una mujer!».

Apenas su alumno hubo dicho eso, ella se levantó de un salto y prácticamente lo arrastró fuera del área de servicio hasta el aparcamiento donde tenía el coche.

—Vale, otra vez, desde el principio.

Tras incorporarse al carril derecho, Olivia empezó a circular a velocidad constante, a unos cien metros de separación de una autocaravana.

—¿Qué tipo de mujer era la de la casa de Wallenfels?

—No lo sé, no la he visto. De todos modos, he supuesto que él había tenido una visita femenina.

—¿Por qué?

—En la cocina había dos copas: una con manchas de carmín. Delante de la cama había unos zapatos de tacón alto. De esos con la punta descubierta. ¿Cómo se llaman?

—¿*Peeptoes*? ¿Me estás tomando el pelo?

La autocaravana que tenían delante tomó el desvío a la derecha en el cruce que acababan de pasar. Tal vez para ir al hotel enorme y

luminoso de la autopista B69, que parecía tener más habitaciones que el Adlon, ese hotel junto a la Puerta de Brandemburgo.

—¿No ha visto los zapatos, señora Rauch? ¿Las braguitas tampoco?

—¿En serio?

—Sí. Estaban en el suelo, junto a la cama. También había un pijama de hombre.

—No he reparado en nada de eso —replicó, aunque era consciente de que aquello no era una objeción por su parte. Tras el impacto de la primera impresión del campo de batalla en el dormitorio, no había sido capaz de atender a detalles como copas, zapatos o bragas.

—Entonces ¿dices que del piso de Wallenfels han desaparecido dos personas?

Aquello podía explicar la gran cantidad de sangre. Tal vez el agresor había sorprendido a Wallenfels en plena faena y había provocado dos víctimas.

«Primero, Wallenfels y luego…».

En ese instante pasaron junto al anuncio publicitario de una gran cadena de hamburgueserías que animaba a tomar el desvío a la derecha antes de llegar al siguiente cruce de la autopista. Para Olivia, a quien no le gustaba lo más mínimo la comida rápida industrial, aquello era más bien un aviso para no hacerlo.

—¿Está casado? —le preguntó a Elias.

—Sí, por lo menos es lo que pone el expediente. Un hijo. Matthias. Mayor de edad.

Olivia, sin querer, recordó las fotos familiares colgadas en la pared, donde, a partir de un cierto momento, la mujer desaparecía del lado de Wallenfels.

Se colocó en el carril de la siguiente salida, Ludwigsfelde, para tomar la B101.

—¿Conoces el camino desde aquí? —le preguntó.

—¿Va a dejarme aquí colgado?

Elias miró con aprensión por la ventanilla del copiloto, hacia un campo oscuro que se encontraba a su derecha.

—¡Qué va! Es solo que no sé cuál es tu dirección exacta. Yo solo sé llegar a Großbeeren.

Vio que él dejaba oír un suspiro de alivio, pero negó con la cabeza.

—No.

«No». Cómo no, quien probablemente fuera el más dotado de entre sus alumnos superdotados era incapaz de dar con el camino hasta su casa desde la vía de acceso principal de su localidad.

—Pero ¿tu dirección la sabrás, eh? —preguntó ella sin más. Cuando él empezó indicándole el código postal, sonrió para sí.

—14979 Groß…

—En mi GPS basta con indicar la calle y el número y…

De pronto, al disponerse a accionar la pantalla táctil del navegador de a bordo, se quedó paralizada con el dedo índice derecho suspendido frente a la línea de introducción de la dirección de destino.

Tuvo que hacer un enorme esfuerzo para moverlo. Era como si necesitara toda su energía para reconsiderar la idea que acababa de asaltarla.

—¿Elias? —dijo con la boca seca.

—¿Qué ocurre? —preguntó él, vacilante. Debió de notar algún cambio en ella, algo que además se puso de manifiesto cuando Olivia, sin darse cuenta, empezó a aminorar la marcha.

—Léeme otra vez la nota a pie de la página once —dijo mientras encendía la luz del interior de la cabina del coche.

—95129 —respondió Elias al momento, sin necesidad de consultar de nuevo las páginas.

«Cinco dígitos. No es un número de expediente. Ni tampoco es un código, solo es…».

¡Un código postal!

—¡Bingo! —exclamó Olivia con una carcajada tras teclear los números en el campo de entrada de su GPS. A esas alturas, avanzaban tan despacio que incluso un ciclista aficionado les habría podido adelantar sin grandes dificultades. Ante ellos asomó un apartadero y ella llevó el vehículo hasta allí.

—¿Qué se supone que vamos a hacer aquí? —preguntó Elias.

—¡Pensar! —contestó Olivia mientras se debatía con una nueva avalancha de pensamientos que era preciso controlar.

—¿Echamos un vistazo por allí? —preguntó Elias. Señaló entonces la pantalla del navegador—. Me refiero a allí. Al lugar que usted ha introducido.

Olivia sacó el móvil. Tecleó RABENHAMMER. El pequeño pueblo que el GPS había dado como resultado de introducir el código postal.

—Ni idea. Ni siquiera sé dónde está exactamente.

—¿Qué le interesa saber de esa pequeña localidad situada en el bosque de Franconia? —preguntó Elias.

Ella volvió la cabeza hacia la derecha, como impelida por un resorte. Boquiabierta, escuchó cómo su estudiante de doctorado empezaba a recitar, a todas luces de memoria, un artículo de la Wikipedia.

—Unos doscientos cincuenta habitantes, seiscientos veinte metros sobre el nivel del mar, una popular zona para practicar senderismo, así como deportes de invierno en Baviera. Situada al noreste de Franconia.

«¡Dios mío!».

Hablaba con un tono de voz de lo más normal. Su rostro juvenil no reflejaba ninguna emoción.

Olivia sintió que se acaloraba, aunque eso no lo podía achacar a la calefacción, que seguía a pleno rendimiento. El temor que se apoderó de ella de pronto fue como un puñetazo en las tripas, con

todas las secuelas físicas derivadas de ello. Se le encogió toda la zona por debajo de las costillas. Necesitaba gritar y, a la vez, era presa de las náuseas. «Escapar» era su único pensamiento, y estuvo a punto de no conseguir desabrocharse el cinturón de seguridad, abrir la puerta y salir precipitadamente del coche.

—¿Adónde va? —exclamó Elias.

—¡Ni te me acerques! —le gritó.

—Pero ¿qué ocurre?

—Tú, tú… —Estaba demasiado aterrada para dar una explicación.

Si el miedo fuera un plato, el suyo se nutría con dos ingredientes: el primero se lo había proporcionado su doctorando al decir «bosque de Franconia»; el otro era «Baviera». La región de donde provenía una leyenda que, según la atemorizada compañera de trabajo de Wallenfels, guardaba relación con la adopción de Alma.

«¿Ha oído hablar alguna vez de la chica del calendario?».

—¡Largo! —le espetó Olivia a gritos a su alumno, que también se había apeado del coche. No había ningún vehículo en kilómetros a la redonda. Nadie a quien acudir si él ahora desenfundaba una pistola.

Elias, que se había metido en su vida privada, la había esperado en casa de Wallenfels cubierto de sangre y le había entregado el expediente en el área de servicio de la autopista. Porque estaba tramando algo. Ella no tenía claro qué podía ser. No sabía qué papel desempeñaba él, de quién dependía o si movía los hilos de algo.

Pero que supiera tantas cosas sobre un lugar completamente desconocido de Baviera, cuyo código postal figuraba en una nota a pie de página en el expediente de adopción de Alma no podía ser una coincidencia.

«Hoy no. Ni aquí ni ahora».

Ante ella apareció la imagen de la casa en el bosque que un trol había publicado en su canal de redes sociales. Mostraba un poste indicador con un mapa. Julian había identificado la región:

«¡Esa casa está, sin duda, en Baviera!».

¿Y quién le había llamado la atención sobre esta foto? Después de que él, en teoría, hubiera analizado todos los mensajes de odio del linchamiento digital que se había desatado tras su desafortunada intervención en un pódcast.

«Elias».

—¿Y tú cómo lo sabes? —le espetó ella a gritos. Por suerte Elias no se había acercado; de lo contrario se habría visto obligada a salir corriendo por el campo a oscuras.

—Una vez fui de excursión con el cole a Schwarzenbach am Wald, en el distrito de Hof. Tenía que hacer una presentación y me aprendí de memoria todas las localidades de la zona.

—¿Y esperas que me trague esa mierda? —gritó Olivia.

—Sí. Lo hago en todos los lugares donde voy de vacaciones.

Fue lo último que él dijo antes de que estallara el caos.

Primero ella oyó el ruido de un motor.

Debía de estar aún a cuatrocientos metros, pero la distancia se acortaba cada vez más conforme el coche iba aumentando la velocidad.

«Por Dios».

Aunque estaba oscuro, Olivia distinguió el color y la marca del coche. Era una furgoneta Volkswagen de color gris plateado. Con el faro derecho roto que solo iluminaba con la luz de posición, se aproximaba a toda velocidad.

36

—Se nos está echando…

Le faltó apenas una palabra para terminar la frase. Pero Olivia ya no tuvo ocasión.

Ni siquiera tuvo un instante para darse cuenta de que la furgoneta VW se dirigía directamente hacia ella.

Cuando, siendo una niña, oyó explicar que una avalancha de nieve había provocado una víctima mortal en una pista de esquí, se había preguntado por qué el desdichado no había intentado girar a la derecha o a la izquierda, esto es, apartarse del radio de aquel rodillo mortal. Más adelante, la primera vez que fue a esquiar, se dio cuenta de que no había tiempo suficiente para tal cosa. Cuando una fuerza letal se abalanzaba sobre una persona con todo su poder, no había opción. Ni a un lado ni hacia delante.

Como en ese momento, cuando la furgoneta se precipitaba hacia la derecha, contra el apartadero, con el motor rugiendo de forma salvaje, como disparada por una catapulta.

Olivia perdió unos segundos preciosos durante los cuales Elias, en cambio, ya había echado a correr. ¿Él había gritado algo? ¿Tal vez le había dirigido una última palabra? No lo sabía.

Una fracción de segundo después, Olivia logró salir del estupor hipnótico que le habían provocado aquellos dos faros iluminados de forma desigual.

Se dio la vuelta. Supuso que en cualquier momento saldría precipitada, con la espalda rota, en dirección al campo hacia el que corría.

Detrás de ella estalló una cacofonía.

Un bramido, chirridos, crujidos.

Oyó el choque de metal contra metal; un estallido de cristales.

Volvió a girarse, por puro reflejo, no pudo evitar mirar atrás, a pesar de que con ello perdía milisegundos preciosos. Supo así que su situación era más desesperada incluso de lo que había temido, pues ahora había dos coches precipitándose hacia ella.

La furgoneta. Y su propio coche.

La miniván debió de recibir el impacto del conductor homicida y salió despedida a un lado.

Olivia intentó apartarse de un salto. Pero tropezó y cayó al suelo, que estaba duro como una piedra. Tenía los sentidos tan aguzados que incluso en esa situación percibió el olor de la nieve y de la tierra del campo.

«Así pues, no voy a morir en el apartadero, sino en un campo de remolachas de Brandemburgo», se dijo.

—¡Alma! —gritó. No estaba dispuesta a que su último pensamiento en la tierra fuera tan banal, debía ser para su hija.

Acurrucada contra el suelo, se maravilló de lo mucho que el tiempo se podía alargar ante la perspectiva de la muerte. Tenía la impresión de que habían transcurrido varios segundos y su columna aún no estaba rota, ni su cerebro había salido exprimido fuera del cráneo bajo los neumáticos del vehículo atacante.

Notó un airecillo; con los ojos cerrados, sintió que una sombra se deslizaba a su lado, abrió los párpados y se dio cuenta de que tropezar había sido lo mejor que le podía haber pasado. Delante de ella los dos vehículos se habían separado formando una V. De haber logrado hacerse a un lado con un salto, uno de ellos la habría aplastado.

Así, su coche golpeado se deslizaba lentamente hacia la derecha, mientras que la furgoneta Volkswagen se precipitaba a su lado en dirección al campo con el motor rugiendo. Y así siguió avanzando, hasta que, frenada por varios surcos, como baches, se estampó

contra un puesto elevado de caza. Se oyó un estruendo fuerte, un crujido. Olivia, todavía en el suelo, oyó cómo la madera se quebraba y también el ruido del metal al romperse. La furgoneta se alzó en vertical, como un caballo de rodeo sobre las patas traseras, y mientras el puesto elevado se venía abajo como un castillo de naipes, el coche era sepultado bajo los escombros de las tablas de madera.

Olivia se incorporó y miró a su alrededor.

—¿Elias? —gritó, pero no conseguía verlo por ningún sitio ni tampoco respondía.

Se acabó de levantar con dificultad y contempló la furgoneta desde cierta distancia. La tapa del maletero se había abierto de golpe. Como las luces traseras seguían prendidas, parecía como si una boca ensangrentada la estuviera contemplando fijamente.

—¿ELIAAAS?

Ninguna respuesta aún.

El estudiante había desaparecido y, por alguna razón, eso la enojaba. En situaciones de estrés excepcionales Olivia tendía a sufrir arrebatos de cólera. Era una de las cosas que había descubierto sobre sí misma al hacer autoanálisis durante sus estudios en la universidad. En una ocasión, cuando todavía estudiaba, un grupo de jóvenes la había rodeado para intentar robarle el bolso en Alexanderplatz. Ella, sin dudarlo ni un instante, identificó primero al más fuerte de la pandilla, le propinó una bofetada y luego una patada en la entrepierna. El agresor cayó de rodillas sin decir palabra y sus acompañantes huyeron como alma que lleva el diablo. No fue hasta que llegó a su casa cuando Olivia se dio cuenta de la suerte que había tenido y de lo mal que podría haber acabado aquel arrebato de furia ciega si ella se hubiera cruzado con la persona equivocada.

El diagnóstico de su profesor en la universidad era que tenía una

especie de válvula psicológica de desbordamiento que, cuando era sometida a presión, se activaba liberando agresiones que ella creía largamente olvidadas en su infancia.

Y entonces, poco antes de las cinco de la madrugada, bajo la oscuridad invernal de un campo a las afueras de Großbeeren, volvió a desbloquearse. Fue como si la rabia desatada la espoleara haciéndola correr cada vez más deprisa. Hacia el puesto de caza derribado y la furgoneta destrozada que tenía debajo. Sabía que era una imprudencia y que estaba poniendo en peligro su vida al acercarse, desarmada y sin ayuda, en plena oscuridad, al vehículo cuyo conductor había intentado matarla instantes antes. Pero no podía evitarlo. La amígdala cerebral, el sistema de alarma del cuerpo, se había hecho con el control y le impedía la toma de cualquier decisión sensata.

—¿Quién eres?

Olivia se oyó dirigiéndose a gritos al conductor, aún invisible, de aquel coche letal. Poco antes de alcanzar su destino, volvió a tropezar, a un metro de la portezuela cerrada del conductor.

Siguió avanzando a cuatro patas y no pudo evitar echarse a reír. De nuevo, una reacción imprudente, pero por un momento se había preguntado cómo le explicaría a Julian esa situación absurda; luego recordó que Julian ya no era el hombre en quien ella confiaba, y le entraron ganas de llorar, lo cual hizo crecer aún más su rabia. Esa ira por sobrevivir, febril y completa, diez mil veces más potente que aquella vez en Alexanderplatz. Jamás había creído que aún podía ser más intensa. Pero entonces abrió de un tirón la puerta del conductor, que no estaba atascada, y pudo abrir sin impedimentos y contempló el volante. El asiento del conductor. La cabina solo presentaba unas abolladuras a causa de un madero, pero, por lo demás, estaba intacta. Le asaltaron dudas sobre su propia cordura.

«¿Nadie?».

¿No había nadie a quien ella pudiera identificar, sacar de ahí violentamente y pedirle explicaciones?

Olivia no creía lo que veían sus ojos. ¿Cómo era posible?

Era como si el coche hubiera sido teledirigido.

No había ni rastro del conductor homicida.

Pero el motor seguía en marcha y el salpicadero estaba iluminado. En la radio del coche sonaba flojito el villancico «Last Christmas», precisamente. Olivia habría querido taparse los oídos y gritar, pero el visor de la pantalla de a bordo se lo impidió.

Tenía la respiración entrecortada, jadeante. El vaho de su aliento daba contra el visor iluminado. La imagen se parecía a la que había visto por última vez en su coche. También aquí estaba activada la pantalla del navegador.

«No puede ser. Esto no es real».

Por primera vez en su vida, creyó que estaba sufriendo las alucinaciones que tan a menudo le habían descrito los pacientes que las padecían.

Los Wham! parecían cantar más fuerte, la respiración se le aceleró aún más, y eso no tenía tanto que ver con santafobia, sino…

… con la dirección. 95129 Rabenhammer.

Eso es lo que se leía en la parte inferior derecha del primer sector de la pantalla. En blanco sobre azul oscuro. Junto con la indicación del tiempo de trayecto restante: 3 horas y 14 minutos.

Alma — Chica del calendario — Elias — Bosque de Franconia — Wallenfels — Rabenhammer

«Todo esto no puede ser una coincidencia».

La ira de Olivia se aplacó.

Solo quería marcharse de ahí, regresar junto a su hija, alejarse de ese lugar que cada vez parecía más siniestro. Por un breve instante su santafobia se impuso sobre el caos emocional en que estaba sumida y arremetió contra ella sin piedad.

Y no fue la única.

Olivia sintió además que la oscuridad en torno a ella se volvía cada vez más densa y profunda, como cuando de noche las nubes aparecen de pronto ante la luna. Entonces alguien accionó una palanca. El crujido le recordó el del viejo interruptor de la zona del lavadero, en el sótano de su casa; solo que el ruido ahora era más seco, como si un objeto le golpeara el cráneo.

Alguien la fotografió, y el flash le dolió y fue demasiado intenso. Poco antes de darse cuenta de que tal vez su subconsciente acababa de tomar el que podría ser su último retrato antes de la muerte, se hundió en una nada vacía de sueños.

37

Unos años atrás

Casa Waldpfad

Valentina

Eran las 19.44 y por supuesto seguía prendido. El velón negro apenas se había consumido y la cera goteaba lentamente. La llama, de color dorado amarillento, se agitaba con la corriente de aire provocada por el mal aislamiento de la ventana de la cocina, que se abría a un paisaje invernal que resultaba casi *kitsch*.

Volvía a nevar. Unos copos espesos, como plumas, caían sobre las ramas de las píceas de hoja perenne del bosque de Franconia. La mayoría de las coníferas de los jardines estaban decoradas con luces de Navidad. En la oscuridad de la noche, sus luces centelleaban como estrellas brillantes en el cielo nocturno.

Hermoso con familia.

Triste en soledad.

Espantoso si uno sabía los recuerdos que desencadenaba en Valentina.

«Mis años de escuela. El internado».

La mayoría de los vecinos se habían esforzado para que sus jardines y casas resplandecieran bajo el espíritu navideño. Las ventanas estaban decoradas. Belenes iluminados, flores de escarcha y estrellas de Navidad hechas a mano. Todo engalanado, como la ventana de Valentina. Solo había una diferencia.

No había ninguna ventana en que prendiera una vela.

«Solo en la mía».

Valentina se acercó más al cristal; su rostro se reflejó en él con una claridad aterradora. Ella habría preferido no ver sus ojos hundidos en las cuencas. Ni su cabello desgreñado y mate cayéndole sobre los hombros.

Extendió la mano izquierda sobre la llama. La fue bajando poco a poco y esperó a que cambiara la sensación. A que el calor agradable pasara a ser una molestia incómoda y, finalmente, una quemazón insoportable.

El dolor era como casi todas las cosas en la vida: antes de mejorar debía empeorar.

Por una vez, aquel no era un aforismo de Ole. Era algo que ella había aprendido en Lobbeshorn.

«Puerta **17**».

Primero en la piel se levantaban unas ampollas y pronto empezaba a doler tanto que uno llegaba a desear arrancarse la mano. Hasta que era demasiado tarde y el dolor permanecía para siempre, incluso cuando hacía tiempo que el fuego se había apagado. Días y semanas durante los cuales aquel dolor insoportable de la herida, primero de un rojo atroz y luego purulenta, se convertía en un escozor que gobernaba todos los sentidos. Y seguía así hasta que, en algún momento, la costra caía dejando una cicatriz fea y abultada, testigo eterno del tormento soportado.

La herida de Valentina aún no había alcanzado, por mucho, ese nivel. La piel seguía estando demasiado lejos de la llama para eso. Pero la distancia se iba reduciendo. Con la mirada fija, fue bajando la mano un milímetro cada vez en lugar de agarrar por fin la mecha con el pulgar y el índice y apagar la llama. Se obligó a seguir soportando la temperatura, consciente de estar castigándose.

Por su estupidez.

Por su arrogancia presuntuosa. Por la insensatez de creer que

sería capaz de enfrentarse sola a la encarnación de su pesadilla e incluso vencerla.

«¡Qué tonta e insensata eres!».

De todos modos… ¡La primera parte de su plan descabellado había funcionado!

No estaba sola.

Valentina había atraído a su antagonista.

A la casa Waldpfad.

Exactamente tal y como le había sugerido Ole. Tres meses atrás en su café preferido había visto al monstruo: la doctora Stella Großmuth. La antigua directora del internado. Estaba sola, sentada a una mesa de café circular de hierro forjado; se había inclinado sobre un periódico desplegado, sin saber seguramente que estaba siendo observada. Codos huesudos apoyados sobre la mesa, el rostro, con las mejillas hundidas, oculto tras unos mechones rizados grises que le caían por delante. Pero Valentina la reconoció enseguida.

Para ello solo necesitó ver la mano de Stella. El anillo de sello con el escudo de armas del castillo de Lobbeshorn: un águila volando ante un puente levadizo elevado. Ella todavía lo llevaba, y eso que el internado había sido clausurado hacía años. Las circunstancias causaron una auténtica conmoción en todo el país y salieron repetidamente en los medios de comunicación, como símbolo del estado catastrófico y ruinoso de los centros educativos alemanes.

Por desgracia, dos años después de la graduación de Valentina, el internado no había saltado a los titulares por los maltratos infligidos a los pupilos, como en su momento ocurrió con el colegio de Odenwald. La institución fue clausurada por contaminación grave. Plomo en el agua de boca y amianto en el tejado.

«Aaah…».

El dolor de la quemadura era casi insoportable.

Valentina apretó los dientes con empeño y clavó la mirada en la

solitaria casa vecina, que estaba varios metros ladera abajo completamente a oscuras.

Sabía que, por una vez, sus ansias por sentir el dolor eran un mal que no tenía su causa en Lobbeshorn. Tras la muerte de su madre había empezado a arañarse la piel. Desde entonces, el dolor aguzaba sus sentidos. La ayudaba a pensar con más claridad.

Y claridad de pensamiento era algo que en estos momentos necesitaba desesperadamente.

«¿Qué se supone que debo hacer?».

«¿Quedarme aquí sentada, sobre la trampa que yo misma he escogido?».

¿O precipitarse hacia lo que, según le habían anunciado, le aguardaba fuera?

En esta ocasión, Ole no era de ayuda. Por lo general, comprobaba el correo tres veces al día cuando se iba de vacaciones. Sin embargo, esta vez no había reaccionado ante su llamada ni se la había devuelto, y eso la preocupaba enormemente. Igual que el silencio amenazador que se había apoderado de la casa Waldpfad en los últimos quince minutos.

«¿La calma que precede a la tempestad?».

Valentina no había encontrado más indicios. Ni abrigos ni zapatos en la entrada. Ni cifras escritas en sobres o puertas; ninguna tarjeta con rimas amenazantes y diabólicas. No había oído pasos en el piso de arriba, ni arañazos, rasguños o gemidos. Ni procedentes del desván ni del sótano, que aún no había examinado del todo y en el que por el momento no pensaba aventurarse.

Sin embargo, no cabía duda de que no estaba sola. «Según lo previsto».

Contaba justamente con eso.

Había hecho todo lo posible por atraer hacia sí el objeto de su venganza, Stella Großmuth. La había seguido desde el café hasta su

nuevo lugar de trabajo, situado en la calle Güntzelstraße del barrio de Wilmersdorf.

ProBonita
Agencia de viajes para mujeres
en situaciones vitales difíciles

Así rezaba el letrero de la tienda ubicada en el antiguo edificio de viviendas y oficinas por donde Stella había desaparecido. Valentina buscó entonces la empresa en Google y no dio crédito a lo que encontró.

«ProBonita».

Era imposible. Inconcebible, de hecho. La nueva ocupación de Stella era como si se hubiera encargado la dirección de un refugio para mujeres a un asesino en serie de tendencias sádicas.

Igual que en su momento esa psicópata había sabido ocultar sus demenciales «métodos pedagógicos», había dejado muy claras sus estrictas creencias a todos los visitantes de la escuela. No era ningún secreto que Stella consideraba asesinato incluso el uso de preservativos. ¿Los abortos? No eran admisibles en ninguna circunstancia, ¡ni siquiera si la pobre mujer había sido violada!

¿Y ahora se dedicaba a organizar «estancias reparadoras» para mujeres que habían pasado por un aborto? ¿Viajes a lugares donde las mujeres podrían «recuperar su bienestar físico y mental después de esa traumática intervención»? Eso decía la página de inicio de la web de ProBonita.

«¡Inaudito!».

Tres días después de haber coincidido en el café, Valentina acudió a las oficinas de ProBonita y se sentó ante la que en otros tiempos había sido su torturadora. Estaba segura de que Stella la reconoció de inmediato, pero no lo dejó entrever. Las dos actuaron como si no

se conocieran. Valentina mintió con descaro: dijo que tenía que estudiar y ganarse la vida y que, por motivos profesionales, se había sometido a un aborto en Holanda a las catorce semanas de gestación, esto es, mucho más allá del momento en que tal cosa habría sido posible legalmente en Alemania. Valentina estaba convencida de haber logrado provocar a Stella («quien, según la página web de ProBonita, ahora se hacía llamar Eva, ¡qué apropiado!») con esa historia. Con todo, la antigua directora del internado se las arregló para no descubrirse ni dejar entrever su enojo. Sonrió con dulzura y recomendó a su nueva clienta que se tomara un descanso en la casa Waldpfad.

—¡Allí encontrará otra vez la calma!

Por supuesto. «¡Alimaña despiadada!».

Ole se lo desaconsejó vivamente:

—¿Te crees que, si vas allí, Stella te seguirá?

Exacto.

Así había sido.

Valentina se había informado; sabía, por supuesto, la reputación que tenía la casa Waldpfad en la zona. Por qué allí solo iban mujeres solas «de vacaciones».

Por qué Bernhard Weigert había llamado «antro» a esa casa.

Se imaginaba por qué la florista, que seguramente era creyente devota, le había escupido a la cara: porque también para ella el aborto era un pecado imperdonable.

Valentina se había preparado a conciencia para el viaje al bosque de Franconia: había comprado una soga de la que quería ver colgada a Stella, como en otros tiempos Ole se había colgado del techo en el dormitorio del internado.

«Puerta **23**».

Creía estar preparada. Para vengarse de Stella.

Pocas veces se había equivocado tanto.

Y es que no había tenido en cuenta una cosa: ¡el calendario de Adviento viviente! Valentina no sabía lo que había provocado al colocar la vela en la ventana. Había dado por supuesto que Stella se presentaría ahí en la oscuridad de la noche. De forma clandestina. No contaba con que fuera a aparecer a plena luz del día. Que se colara en la casa disimuladamente aprovechando el ajetreo de las visitas inesperadas de Adviento.

Que de pronto alteraría las reglas y dictaría el curso de los acontecimientos. Que iría incluso más de un paso por delante y que era evidente que estaba decidida a repetir el horror de antaño.

«¿Y ahora qué?».

Valentina había estado muy confiada. Se había creído capaz de enfrentarse a ese diablo del pasado. Pero ahora tenía que reconocer que no tenía la fuerza suficiente para derrotar a una oponente que, con el paso de los años, al parecer, no había perdido ni un ápice de su superioridad.

«Maldita sea, Valentina, contrólate», se reprendió mentalmente.

Sentía la mano sobre la vela encendida como si fuera una parte del cuerpo que ya no le pertenecía, pero surtió efecto. Poco a poco, ese dolor le procuró la claridad que necesitaba.

—Vale, bien. Tienes buenos motivos para tener miedo —dijo para infundirse valor—. Pero no debes huir. No tienes que esconderte. ¡Cíñete al plan! Sabías que sería una rival dura. Estás lista. A pesar de todo. Pasa a la siguiente fase. Ahora vas a…

«¡Dios!».

El espanto le recorrió todo el cuerpo.

—¡CIELOS!

Un objeto oscuro había golpeado con la ventana y la había sobresaltado.

«¿Una rama? ¿Un pájaro?».

Con el susto, ella no había podido ver qué era, pero fuera lo que

fuese logró apartarla de la ventana y, con ello, de la vela, y ella lo interpretó como una señal. A fin de cuentas, eso había tenido lugar en el instante en que ella había decidido sacudirse de encima la parálisis que le provocaba el miedo.

«¡El plan! ¡La venganza! ¡Cíñete a él!».

No iba a rendirse. Estaba dispuesta a enfrentarse a Stella dondequiera que la estuviera esperando. Fuera lo que fuera lo que le hubiera preparado.

Se dio la vuelta rápidamente y atravesó el salón para volver al pasillo. Al hacerlo aprovechó para restregarse la mano herida en los vaqueros, como si eso sirviera de algo. Sin embargo, era incapaz de controlarse. Por culpa de esa insensata mortificación que se había autoimpuesto, ahora la mano izquierda había devenido una llama de fuego que ardía con más intensidad cuanto más se alejaba de la vela.

«Agua», su primer pensamiento práctico. Se apresuró hacia el baño con la intención de echarse agua helada en la mano durante unos minutos, pero al cabo de unos pasos se detuvo, como hipnotizada.

Tal vez tuviera el cuerpo paralizado. Pero sus pensamientos se sucedían a toda velocidad.

«¿Acaso antes lo pasé por alto?».

¿O había estado todo el tiempo allí desde que los invitados se habían ido?

Ese signo escrito a mano.

En la puerta.

La del baño.

Rojo sangre en madera blanca.

El número **3**.

A continuación, oyó la

38

Risita.

Adorable si salía de labios de un niño.

Molesta si la soltaban los testigos de una desgracia.

Aterradora si provenía de baño cerrado en una casa donde no debería haber nadie.

«Excepto yo».

Valentina se armó de valor y apretó la manija de la puerta del modo más silencioso y lento posible. La risita sonó con más fuerza. Justo cuando ella notó que la puerta estaba cerrada por dentro y que su intento de abrirla no había pasado desapercibido.

«Por parte de Stella».

Su risita en *staccato*, entrecortada y quebradiza, sonaba como si, en el baño, una fumadora empedernida tosiera dentro de una lata metálica.

Valentina retiró de inmediato la mano derecha, como si ahora también se la hubiera quemado. La manija recuperó su posición con un fuerte chasquido que resonó por la casa como un disparo.

Pensó en su pistola.

«¿Yo tendría el valor de disparar a ciegas a través de la madera laminada?». ¿Agujerear el número **3** hasta vaciar el cargador y, con suerte, acabar con cualquier vida que pudiera haber en el aseo?

Aunque lo dudaba, era inútil darle vueltas a ello porque la pistola había desaparecido, al igual que todo su valor y confianza.

Valentina retrocedió un paso y se quedó mirando la cerradura, que por fuera era idéntica a las de los retretes de los lavabos comunes del castillo de Lobbeshorn. En caso de emergencia (o para gastar una broma a los compañeros), por fuera se podía meter un

destornillador o una moneda en la ranura horizontal, girar entonces la cerradura interior y dejarla en posición de apertura.

«No tengo monedas. Ni herramientas. Y además no tengo ninguna intención de entrar ahí».

Visto de otro modo, Stella estaba atrapada allí dentro.

El baño solo tenía una pequeña ventana con barrotes por fuera. Era imposible que un adulto pudiera salir por ahí.

Valentina se sacó el espray de pimienta de los vaqueros y pensó si había alguna posibilidad de cerrar la puerta desde fuera y encerrar a Stella. No se le ocurrió nada.

No había ningún mueble que pudiera moverse y, como la puerta se abría hacia dentro, no tenía sentido colocar una silla debajo de la manija.

Vale, ¡en ese caso solo había una opción!

«¡Largarse!».

Cualquier otra cosa carecía de sentido.

Valentina estaba asustada, agotada, herida y desarmada. Sin contar, claro, con el espray de pimienta, pero resultaba ridículamente insuficiente. Era como pretender ir a la guerra con una pistola de agua.

«Yo me largo…».

¡RAS!

Dio un respingo.

De camino al perchero, llegó a creer en un primer momento que la decisión que había pensado tenía un equivalente en el mundo exterior. Como en una tira cómica donde el dibujo de un rayo indica la ocurrencia genial del protagonista. Lo único es que, en su caso, lo que confirmó que su decisión de escapar de la casa Waldpfad era correcta fue un sonido.

Aquel ¡RAS! sonó un poco como el chasquido de una manija al

recuperar su posición. Pero un poco más fuerte, más intenso, más desgarrado.

Valentina se detuvo y se dio la vuelta cuando ya tenía un brazo metido en la chaqueta; entonces vio qué había provocado ese ruido.

La ranura de la cerradura se había girado.

El baño ya no estaba cerrado.

La puerta se movió. Se abrió un poco hacia dentro.

Valentina observó que de ahí no salía luz alguna. En su lugar, algo se desprendió de la oscuridad. Salió volando, literalmente, hasta caer sobre el suelo de piedra. Rodó hasta los pies de ella y una vez ahí giró sobre su propio eje.

Su pistola se detuvo con el cañón apuntándola directamente a ella en el momento preciso en que se volvió a oír esa risita.

39

Actualidad

Olivia

—La cu es el uno, el dos es la uve doble, la e es el tres y la u con diéresis es igual a cero.

El estruendo venía de todas partes. De dentro y de fuera.

Se había visto atrapada en una vorágine que parecía haberse desatado tanto dentro como fuera de su cuerpo. Con un esfuerzo casi sobrehumano, Olivia logró abrir los párpados, algo que al instante demostró ser un error. Solo vio una punta de luz suave, pero para ella fue como si un taladro romo le perforara el nervio óptico.

«¡Señor!».

De inmediato apretó los ojos con fuerza, pero con eso solo logró acelerar el proceso. Era como si hubiera cerrado el acceso a una caldera y los chispazos hirientes que se agitaban en su interior no pudieran escapar de ahí. Los huesos del cráneo de Olivia eran como bandas elásticas para ellos, donde rebotaban e incrementaban así su intensidad y velocidad.

«Maldita sea, es como si tuviera que sostenerme de pie sobre la cabeza con la peor migraña de mi vida».

Para empeorar todavía más su situación, oía un zumbido constante y sentía como si una pistola de masaje le apuntara directamente a la sien haciéndola vibrar.

Se llevó las manos a la cabeza y se la fue palpando. Desde los ojos (aliviaba sentir el tacto de los dedos fríos), pasando por el

nacimiento del pelo y hasta un enorme chichón que tenía en el cogote. Entonces recordó:

«El trayecto en coche con Elias. El apartadero antes de llegar a Großbeeren».

«La furgoneta VW precipitándose a toda velocidad hacia ellos».

«Nadie en el vehículo siniestrado».

Tan solo «Last Christmas» en la radio… y Rabenhammer en la pantalla de navegación.

Y luego… negrura.

Hasta que se había despertado. Sumida en absolutamente lo contrario a la oscuridad y oyendo una voz familiar junto a ella.

—La r es cuatro, cinco es t y la z no cuenta.

Olivia temía volver a abrir los ojos. ¿Y si ahí fuera la luz era tan deslumbrante como en su cabeza? ¿Y si una mirada fugaz bastara para quemarle la retina para siempre y cegarla en una fracción de segundo?

—La u es el seis, la i, el siete, y el ocho es la letra O.

Por otra parte, no estaba sola. Había alguien cerca de ella, y al menos él se atrevía a abrir la boca sin que le quemara la lengua. Lo que decía se entendía bien, aunque lo que musitaba para sí parecía carecer de sentido.

—Once letras, pero solo diez números. ¡La zeta no cuenta!

Esa voz, que le resultaba extrañamente familiar, sonaba como si estuviera en trance. Como si el hombre recitara una oración cuyo significado solo él podía comprender.

«La cu es el uno, el dos es la uve doble, la e es el tres y la u con diéresis es igual a cero».

«Vale, lo intento».

Olivia parpadeó. Una, dos veces. Las imágenes a su alrededor se mostraron como si fueran instantáneas: sus rodillas ante un trozo de plástico negro de forma curvada; debajo, una tapa con asa; a la

derecha, una puerta con compartimento que contenía una botella de agua.

Los ojos le lloraban, pero de momento el dolor era soportable siempre y cuando su respiración se mantuviera superficial.

Poco a poco, fue apartando la sien derecha de lo que para entonces ya reconocía como el cristal de una ventanilla.

Estaba sentada en un coche. «Un momento», no en uno cualquiera. El suyo. En el asiento del copiloto. Justo a su lado, al volante del monovolumen estaba…

—¿Elias?

Cuando ella habló, él dio un respingo y, por consiguiente, soltó un instante el volante. A su lado, se oyó el bocinazo de un coche que en ese momento les estaba adelantando.

—Lo siento, lo siento —se disculpó, nervioso, el estudiante.

Olivia no supo ver con quién y por qué se disculpaba: si con el conductor del coche al que se había acercado peligrosamente, o con ella, su profesora, a la que evidentemente acababa de secuestrar.

—¿Adónde diablos me llevas? —preguntó, contenta de que la excitación del momento la distrajera de su dolor unos segundos.

—Eh, nosotros… Espera… —Elias agarró el volante con tanta fuerza que los nudillos le sobresalieron como cúpulas blancas—. Tranquila —siguió diciendo—. El coche está abollado, el parachoques cuelga por la parte trasera derecha y creo que una de las puertas está atascada. Pero va de maravilla.

Entonces Olivia recordó que, poco antes de que apareciera ese conductor descontrolado, ella se había apeado del vehículo porque había sentido miedo de su alumno.

«¿Ahora también?».

En su estado, era incapaz de responderse a esta simple pregunta.

—Yo solo he visto el coche, señora Rauch. Era evidente que nos quería atropellar. He salido corriendo al otro lado de la carretera, y

me he adentrado en un bosquecillo. Cuando por fin me he atrevido a salir de nuevo, la he buscado a usted y me la he encontrado inconsciente en medio del campo. Justo al lado del puesto elevado de caza, o como se llame eso.

Hizo una mueca despectiva. Puede que incluso sonriera un poco.

Olivia se figuró que Elias no lloraba la pérdida de una estructura construida para matar animales. Él era vegano y perdía por completo la cabeza por los animales. En una de sus escasas conversaciones de índole personal, le había revelado que se había criado en la casa de su abuela. Ella le prohibía tener animales domésticos y le obligaba a comer carne todos los domingos. Esa era una de las razones por las que, desde que él se fue de la casa, solo mantenía contacto esporádico con ella.

—¿Has visto a alguien cerca de la furgoneta? —le preguntó Olivia.

—No. Y ese coche descontrolado tampoco estaba.

—¡Repítelo!

Elias, nervioso, se pasó los dedos por el pelo.

—Solo salí del bosque cuando vi las luces traseras. El conductor debió de atacarla a usted; la dejó inconsciente y luego se largó.

«Y además literalmente», se dijo Olivia, maravillada de que el vehículo aún estuviera en condiciones de circular tras haber chocado contra el suyo y luego haberse estrellado contra el puesto elevado. Por otra parte, esa estructura debía de estar bastante carcomida. La cabina del conductor apenas había resultado afectada, ni siquiera los airbags se habían abierto.

—Entonces la traje hasta su coche y me puse en marcha.

—¿Adónde vamos? —De nuevo repitió su pregunta acerca del destino de su viaje, «que desde…».

Miró la hora.

Eran las 7.46 de la mañana. Había pasado casi dos horas y media inconsciente.

Dirigió la siguiente mirada al indicador de combustible. Estaba a dos tercios. Olivia había llenado el depósito el día anterior y el coche no consumía mucho combustible. Junto a la carretera se percató de un letrero. Área de descanso Parforceheide. Eso significaba que estaban abandonando la ciudad en dirección a Potsdam por la A115. Lo que, a su vez, solo podía significar…

—¿Acaso hemos estado yendo en círculo durante las últimas horas?

—Ni idea. No me he fijado. —Elias la miró—. Mi terapeuta dice que, en situaciones de estrés, debo entrar en modo alfa. Eso significa…

—Sé lo que significa —dijo recordándole a su doctorando su experiencia como profesora universitaria de Psicología. El estado alfa se daba justamente entre el sueño y la vigilia y en él la mente humana era capaz de rendir con la mayor eficacia. Cuando las ondas cerebrales oscilaban entre ocho y catorce, la persona estaba despierta, pero a la vez era capaz de acceder a toda la información del subconsciente. La mejor manera de entrar en ese estado era dejar vagar el pensamiento. Por ejemplo, tomando un baño, cocinando, dando un paseo, escuchando música o, como claramente era el caso de Elias, circulando en coche por un tramo de carretera que no exigiera mucha concentración.

—Así pues, he estado conduciendo y reflexionando para ponerme en modo alfa —dijo Elias.

Olivia abrió la guantera y, por suerte, encontró el paquete de ibuprofeno de 800. Aún quedaban dos en un blíster de ocho. El resto se los había tomado semanas atrás, después de una endodoncia. Se tragó una pastilla con dos tragos de la botella de agua de la puerta.

—¿Así que has estado pensando, Elias? ¿Y no se te ha ocurrido llevarme a casa? ¿O tal vez a la policía, a un hospital o a otro lugar lógico?

Solo levantó un poco la voz, pero aquello bastó para que las ondas de su cabeza adoptaran de inmediato la frecuencia de un martillo neumático, la cual debía de situarse en torno a los cien mil hercios.

—Yo, bueno, no. Me he despistado, lo siento.

—¿Despistado? Alguien ha intentado matarnos. Me ha dejado inconsciente de un golpe y se ha dado a la fuga. Y eso fue un poco después, te lo recuerdo, de que nosotros huyéramos de una escena del crimen llena de sangre. ¿En una situación así, qué cojones puede despistarte?

—El expediente. El expediente de Alma. Lo he vuelto a repasar mentalmente. He dado con un patrón.

—¿Un patrón?

—¿Se acuerda de la frase: «¡El médico responsable desea que le contacten y le pidan cita solo a través de la central!»?

Ella inspiró profundamente.

—Qué, no… Sí, sí, puede.

—Al lado había la nota escrita a mano: üürpeüewirü.

—¿Y?

—¿Reconoce el patrón?

Olivia apuró el último sorbo de agua de la botella.

—Yo lo único que reconozco ahora es que quiero ir cuanto antes a casa. Con mi hija.

Elias asintió.

—Por supuesto, claro. Con mucho gusto, en un minuto. Voy a tomar la salida siguiente y daré la vuelta. Pero antes le voy a pedir que abra su móvil.

—¿Y eso?

—Se lo ruego. Lo entenderá en un momentito.

Olivia suspiró:

—¡Vaaale!

Se alegró al comprobar que conservaba aún el teléfono en la

chaqueta, que tenía sucia por la caída en medio del campo. El nivel de batería de su móvil era similar al del depósito de combustible del coche. Miró la pantalla.

Ninguna llamada perdida. Ningún mensaje de texto.

Julian, por suerte, no entraba en la oficina hasta las diez, así que ella aún tenía tiempo de recoger a Alma en casa de él.

—Abra una función para la que pueda disponer del teclado —le pidió Elias—. Correo electrónico, navegador, da igual.

Ella abrió el bloc de notas.

—¿Y ahora?

—Alterne rápidamente entre teclados.

—¿Cómo?

—En la parte inferior izquierda. Pulse el botón 123 y, a continuación, toque el botón en el que ahora pone ABC. ¿Qué ocurre?

—El teclado va cambiando —respondió restregándose los ojos; eso no le generaba un gran alivio, pero era algo.

—Exacto. En función de si usted quiere escribir letras, números y caracteres especiales.

—Muy bien, vale, ¿qué estás intentando decir con eso?

—Que es un ingenioso sistema de descodificación.

—Quieres decir…

«La cu es el uno, el dos es la uve doble, la e es el tres y la u con diéresis es igual a cero».

Se acordó de la conversación que Elias había mantenido consigo mismo mientras ella recuperaba la consciencia.

Él tenía razón. Para codificar una frase, bastaba con cambiar de modo de teclado. La letra superior izquierda en la vista de letras era la letra cu. El número situado en la parte superior izquierda en la vista de números era el uno.

—¡Q equivale a uno!

—Veo que lo ha entendido.

—¿Y qué se obtiene? —preguntó Olivia, impaciente.

«üürpeüewirü». ¿Esa secuencia en apariencia confusa de caracteres podía esconder algo realmente significativo?

—Así es. Me he dado cuenta porque en alemán la u con diéresis es muy habitual. Al cambiar de teclado, esta ü pasa a ocupar el número cero. La erre está en el cuatro. En este sistema de codificación hay que ignorar la zeta porque hay once letras, pero solo diez cifras…

—¡Te lo ruego! —suplicó Olivia—. Dentro de mi cabeza hay unos bailarines de claqué que están usando mis neuronas como trampolines. ¿No puedes decirme el resultado, sin más?

—üürpeüewirü en números es 00493032740.

—¿Un número de teléfono de Berlín?

—¡Del Park-Klinikum! —corroboró Elias mientras ponía el intermitente para adelantar a un Smart.

—¿Has llamado allí?

—Y no solo allí. Y sí, he concertado una cita en su nombre.

—¿Cómo dices?

Olivia notó que la pastilla empezaba a surtir efecto. El dolor disminuía, pero su confusión iba en aumento.

—¿Has pedido una cita en el hospital para mí?

—Sí, claro —respondió Elias, como si eso fuera la cosa más natural del mundo—. La nota del expediente indica que dice que el médico responsable desea ser contactado a través de la central. Y 00493032740 es el número de la centralita de una clínica privada.

La sal de la carretera que levantaba el vehículo que tenían delante obligó a Elias a accionar el limpiaparabrisas.

—El expediente de Alma se abrió hace once años —le recordó Olivia—. De eso hace más de una década.

—Sí, pero no sabemos la fecha de la última revisión. Tal vez haya estado ahí recientemente.

«La chica del calendario…».

Tomaron una salida que desembocaba en una rotonda.

—De todos modos, seguro que allí nos podrán indicar si fue trasladada a otro centro.

«O al cementerio».

—¿Con quién estoy citada?

—Con el servicio de urgencias psiquiátricas de agudos. El único sitio donde es posible ser atendido fuera de turno antes de Navidad. Incluso como paciente privada.

«No solo antes de Navidad», se dijo Olivia. En Alemania había muchas personas esperando en vano obtener una plaza para terapia y se veían obligadas, a menudo durante meses, a luchar de forma desesperada contra sus demonios internos.

—¿Y tú crees que entraremos allí sin más, preguntaremos por una paciente que once años atrás tuvo un bebé que luego dio en adopción, y que los médicos allí romperán al instante el secreto médico y nos dirán su nombre? Y eso suponiendo que estemos en el lugar correcto.

—Algo así, sí.

Olivia iba a negar con la cabeza de forma enérgica, pero pensó a tiempo en el daño que eso podría causarle.

—Antes has dicho que habías llamado a otros sitios —dijo recordando algo que Elias acababa de decir como de pasada.

—¡Ah, sí! Es increíble —le respondió él emocionado—. De hecho, es casi imposible.

—¿Qué?

—Bueno, yo creo que será mejor que lo escuche usted misma —dijo Elias activando el altavoz del teléfono y pulsando la opción de rellamada después de colocarlo sobre la mano de Olivia.

40

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarle?

Olivia dejó caer la mandíbula inferior como si la hubiera llevado sujeta por un resorte que, de repente, se hubiera destensado.

«¡Imposible!». Recordó entonces algo que su padre le había dicho muchos años atrás: «Existe una palabra horrible, Olivia. Cuando la oyes, te embruja la mente y, si no consigues sacarla de ahí, corres el peligro de que te destruya los sueños. ¿Sabes cuál es?».

Lo recordaba todo. Estaba en su habitación infantil, sentada en el regazo de su padre, que acababa de contarle un cuento inventado por él sobre un gigante que se enamoraba de una ratoncita.

«¡Dios, cómo me gustaba eso!».

El olor de su intensa loción de afeitar; sus mejillas rasposas, en las que volvía a asomar la barba apenas unos pocos minutos después de afeitarse; la voz cálida y grave con la que a ella le encantaba dormirse.

«¡Es la palabra "imposible"!», le había explicado.

Ella había asentido con la cabeza y se había acurrucado en brazos de papá sin entender lo que él intentaba decirle.

«Nunca creas a quien intente convencerte de que lo que quieres de la vida es imposible. ¿Me lo prometes?».

Lo prometió. Pero no le sirvió de nada. Años más tarde, lo oyó de labios del ginecólogo al que consultó después de que su primera menstruación fuera muy dolorosa: «Me temo que es imposible, Olivia».

Con estas palabras supo, a los trece años, que por culpa del accidente no iba a poder tener hijos.

Desde entonces, esa maldita y despiadada palabra de cuatro

sílabas parecía definir toda su existencia:

«Es imposible que pueda dar a luz».

«Es imposible salvar a Alma sin un donante».

«Es imposible que me revelen la identidad de sus padres biológicos».

Y era absolutamente imposible oír esa voz a través del altavoz del móvil, después de que Elias marcara el número de un teléfono fijo de Berlín.

—¡Buenos días! ¿En qué puedo ayudarle?

«Imposible».

Conocía esa voz. El sonido agradable de una persona muy desagradable, una con unos brazos demasiado grandes y un corazón demasiado pequeño.

Olivia se aclaró la garganta sin saber qué decir. Sin saber si debía decir algo.

—¿Hola?

—Sí, mmm, hola, ¿con quién hablo? —preguntó a pesar de que lo sabía.

—Con el Departamento de Educación, Juventud y Familia del Senado de Berlín, Departamento de la Oficina de Adopciones. Mi nombre es Wallenfels, ¿de qué se trata?

«Wallenfels…».

Elias pulsó un botón en el volante y puso fin a la conversación. Ella lo miró, perpleja. La expresión en su rostro le dijo que tampoco él podía explicárselo.

—Por eso le he dicho que era mejor que lo oyera usted misma —le dijo Elias—. Mientras dormía, he estado examinando los últimos informes policiales en internet. Esta noche no consta ni un solo intento de asesinato en Lichtenrade, ni una riña con navajas, ni siquiera en los distritos cercanos.

—Pero ¿y la sangre? Toda esa sangre en la cama y… —Circulaban

por la autopista conocida como Avus hacia el centro de la ciudad. Olivia apartó la mirada de las luces traseras de un vehículo de la Bundeswehr en las que había intentado concentrarse, y miró a Elias —. Pero tú has dicho que te inclinaste sobre él y que estaba muerto, ¿no?

—¡Eso es lo que creí! —Elias suspiró—. Estaba muy nervioso. No soy médico.

«No. Pero ¿sí, tal vez, un mentiroso?».

Lo contempló de soslayo y sintió que el miedo regresaba a ella.

«Alma. Wallenfels. La chica del calendario. La furgoneta VW». Nada de eso podía ser casualidad.

¿O era ella la que quería que no lo fuera?

Como profesora de Psicología en la universidad, sabía que el cerebro rechaza las coincidencias. Aceptarlas significaría reconocer que todos nosotros somos juguetes del destino, incapaces de tomar las riendas de nuestras vidas. Curiosamente, esto era cierto sobre todo con los acontecimientos negativos. Muy poca gente cuestionaba que le tocara la lotería. Sin embargo, si un virus paralizaba el mundo, resultaba inconcebible que se hubiera transmitido a los humanos de forma casual por un tentempié de murciélago mal cocido en China. En este caso, detrás tenía que haber un plan. Los motivos nos proporcionaban seguridad. El azar siempre nos recordaba lo imprevisible y, por lo tanto, nuestra propia condición de mortales, algo a lo que nadie quería enfrentarse.

Por ello, Olivia no podía descartar la posibilidad de que ella anhelara dar con alguien que moviera los hilos, un instigador; tal vez así, con su ayuda, al desenmascararlo, podría salvar a Alma. Puede que eso la llevara a otorgar a la fuerza un contexto lógico a todos los acontecimientos aparentemente inconexos de las últimas horas:

- La leyenda de la chica del calendario.

- Su padre fallecido, que desde el más allá le había revelado a Alma su condición de adoptada.
- El baño de sangre en el dormitorio de Wallenfels y…

… la furgoneta Volkswagen de color gris plateado con el parabrisas roto y la parte delantera abollada, cuyo capó estaba atado con una cuerda elástica.

Exactamente el modelo que en ese instante tomó junto a ellos la salida de Dreilinden. Mientras ellos continuaron por la autopista de la ciudad en dirección a la torre de comunicaciones.

41

Unos años atrás

Casa Waldpfad

Valentina

El borde inferior de la puerta del baño rozó con las baldosas cuando Valentina, pistola en mano, la empujó con el pie.

En el techo, la luz estaba apagada y hacía rato que el sol ya se había ocultado tras el ventanuco. De pie, a la luz de la lámpara del pasillo, se sintió como una actriz a la que todo el mundo contempla en el escenario, pero que solo puede vislumbrar siluetas oscuras entre el público. A lo sumo.

En el primer momento, Valentina no atisbó nada vivo ante ella. Ningún cuerpo; ninguna silueta; ni siquiera una sombra que sugiriera la presencia de un ser que respirara.

Lentamente empezaron a mostrarse los contornos del lavabo, el inodoro y la cortina de la ducha. Sin fijar la vista, con el arma apuntando a la nada, Valentina palpó el interruptor de la luz del cuarto de baño, que recordaba que quedaba a su derecha, a la altura del hombro.

Se oyó un chasquido y entonces todo adquirió lo que su madre habría llamado una «luz migrañosa».

«Así se debía sentir mamá cuando yo, al entrar en el dormitorio, dejaba la puerta del pasillo abierta demasiado rato».

El baño parecía vacío. Excepto por el zumbido del fluorescente que

acababa de encenderse, no se oía nada. Ni una risita, ni una respiración.

No había rastro de la persona que había abierto la puerta y le había arrojado la pistola. Solo había un lugar posible en el que Stella pudiera estar: en la ducha, detrás de la cortina corrida. Justo delante de ella.

«Un, dos, tres, al escondite inglés, sin mover las manos ni los pies».

A Valentina le vino a la cabeza la divertida ocurrencia de un cómico que en una ocasión preguntó a su público: «Una pregunta para los que en las habitaciones de hotel echan siempre a un lado la cortina de la ducha para asegurarse de que no hay un asesino en serie escondido tras ella: ¿cuál es exactamente vuestro plan si, en efecto, entonces os salta encima un asesino pertrechado con un hacha?».

Buena pregunta. Valentina no tenía ningún plan. Solo un arma (que parecía cargada, de tan pesada como la notaba en su mano); un arma, sin embargo, que el propio monstruo risueño le había entregado (lo cual hacía sospechar que le habían quitado las balas y que su peso eran imaginaciones suyas).

Hizo acopio de valor. Apartó la cortina y… dio un respingo, incluso soltó un grito. Aunque lo sabía de antemano. Aunque se había dado cuenta de que no había otra opción. Que ahí, y solo ahí, se escondería alguien. Sin embargo, cuando vio sus sospechas confirmadas, no pudo evitar que el terror le recorriera el cuerpo. De forma súbita, intenso como una descarga eléctrica, y que se intensificó al echar un segundo vistazo. Y es que, aunque contaba con la presencia de un intruso, no estaba en absoluto preparada para la imagen que se le presentó.

—¿Qué demonios…? —se le escapó.

La persona, que de ningún modo podía ser Stella (era demasiado ancha de hombros para eso), no estaba agazapada en la ducha

dispuesta a saltar sobre ella. Estaba sobre la silla de plástico que ella antes había utilizado como escalón. Con la cabeza en la soga que Valentina había hecho.

—Aquí estás, por fin. Supongo que la soga era para mí, así que me he tomado la libertad de probármela.

«¡Andrea!».

No cabía duda.

No era Stella, era Andrea. La despiadada mano derecha de la directora del internado. Los años habían pasado, en las sienes su pelo corto era más fino, y su piel morena, más clara, pero reconoció a Andrea de inmediato. Fuerte como antaño, y, como siempre, con la ropa demasiado ceñida. Igual que entonces, jersey de cuello alto y vaqueros ajustados, unas prendas que hacían que sus brazos y muslos parecieran envasados al vacío.

—¡Muy bien hecho! La soga cabe perfectamente.

Si Valentina necesitaba aún otra prueba más sobre a quién tenía delante, la acababa de obtener.

¡Esa voz!

La arruga del entrecejo, la de la ira, estaba más marcada, las sombras bajo ella eran más profundas, pero el tiempo no había hecho mella en su voz. Seguía sonando como si le hubieran pasado una lima de uñas sobre todas las cuerdas vocales. Sonora, seca. Áspera como la corteza podrida desprendida de un árbol reseco.

«Las normas son simples: abrir las puertecitas del calendario y cumplir con la tarea del día», les había dicho Andrea en una ocasión. Ese día, diez años después, oyó esa misma voz preguntándole divertida: «¿Pretendías drogarme primero y luego colgarme? ¿Cómo lo habías pensado, Valentina?».

«Sí, algo así. Como entonces. En la puerta **23**», pensó Valentina.

Cuando Stella les había ordenado ponerse la soga al cuello.

Andrea se echó a reír. La silla de plástico crujió peligrosamente

bajo el peso desacostumbrado. Puede que fuera ese ruido desagradable el detonante para Valentina, o puede que ni siquiera hubiera un único factor desencadenante de lo que hizo a continuación: de forma intuitiva, sin pensarlo, movida por una rabia ciega y muy concentrada.

Entró corriendo en el baño, a toda prisa, tomó impulso y propinó un golpe con todas sus fuerzas a la pata delantera derecha de la silla, sobre la que descansaba la mayor parte del peso.

De nuevo se oyeron unos crujidos, esta vez mucho más fuertes y procedentes de dos puntos a la vez.

Por un lado, porque la pata de la silla no solo se dobló, sino que se rompió por completo y salió despedida por la estancia. Pero, sobre todo, porque un cuerpo no precisamente grácil, de ochenta y cinco kilos, ahora colgaba en el techo, pendiendo de una soga del tubo de la calefacción que crujía por el peso. Andrea pataleaba con ambas piernas. Intentaba agarrarse a la soga que tenía encima de la cabeza con las manos y auparse, mientras el nudo le apretaba cada vez más el cuello.

Valentina apartó la vista. Nunca había visto morir a una persona. Era atroz, incluso si esa persona merecía la muerte.

«Espera, ¿qué es eso?».

Mientras intentaba agarrar la soga por encima de la cabeza y auparse por ahí, a Andrea se le había caído algo de la mano.

Valentina se agachó y lo cogió.

De nuevo, un sobre. Del mismo tipo que los dos que ya había abierto. También esta vez contenía una minitarjeta. Esta vez la caligrafía era más descuidada, las palabras parecían escritas a toda prisa, nada que ver con el largo poema del sobre número dos, que tenía una letra de imprenta bien clara. La rima era más corta; su contenido, más cruel:

Jingle Bells, Jingle Bells,
tengo a Ole en mi poder.
El armario del espejo abre ya,
o no lo verás jamás.

«¿Ole?».

«¿Mi mejor amigo? ¿Mi primer y único hombre? ¿Mi novio en las garras de este monstruo?».

Valentina se giró. Se volvió hacia el lavamanos. Se asustó al ver su imagen demacrada en el espejo de la puerta de ese armario suspendido, del tipo de los que su padre llamaba Allibert.

Sin embargo, detrás de ella, aún peor que los ojos inyectados en sangre y las mejillas hundidas de Valentina, estaba Andrea. Tenía la cara hinchada como si hubiera sufrido una reacción alérgica potencialmente mortal. Su piel estaba muy roja y sus movimientos parecían congelados. La soga le obturaba las arterias y, por tanto, le impedía recibir oxígeno. La lucha desesperada de Andrea por sobrevivir iba acompañada de ruidos guturales, resuellos y ahogos; si lograba sobrevivir a esa noche, Valentina sabía que esos ruidos serían, a partir de entonces, la banda sonora más habitual de sus pesadillas.

«Dios mío, que pase rápido», se dijo, y abrió de un tirón el armario del espejo. Entonces soltó un grito de espanto ante lo que cayó del interior y fue a parar al lavamanos, justo delante de ella. Un dedo índice.

Cortado de forma limpia, justo a la altura del hueso metacarpiano. Al no sangrar, el contraste con la porcelana blanca le daba la apariencia de ser un artículo de broma hecho de cera.

«¡Señor, que no sea cierto! ¡Haz que me despierte y pueda reírme de esta pesadilla!».

Ese deseo no se cumplió. Valentina estaba plenamente consciente y sabía a quién pertenecía ese dedo. Lo había reconocido de

inmediato, por la uña negra y tullida de Ole, la cual nunca había vuelto a crecer bien después de someterse a la tarea de la puerta número **19**.

Se giró mientras gritaba:

—¿Qué le habéis hecho? ¿Dónde está?

Andrea resolló como antes, pero esta vez a Valentina aquello le sonó como una risita. Como si el diablo de su infancia siguiera burlándose de ella en su agonía.

Jingle Bells, Jingle Bells,
tengo a Ole en mi poder.
El armario del espejo abre ya,
o no lo verás jamás.

Volvió a mirar la tarjeta y, a continuación, el dedo sin sangre y pálido del lavamanos.

«Maldita sea». ¡No había duda! ¡Por eso él no le había devuelto las llamadas!

Ole estaba en poder de este monstruo. Y si Andrea moría y se llevaba a la tumba el secreto de su paradero, él se pudriría en algún lugar, sin que nadie lo encontrara.

—¡Mierda! —masculló Valentina en voz alta. Mentalmente iba repitiendo la palabrota en un bucle infinito.

«¿Por qué se me ocurrió invocar a fantasmas del pasado?».

Ole estaba en lo cierto. Habían sobrevivido a Lobbeshorn, ¿de qué serviría vengarse? Pero ella no había querido escucharle y ahora él tenía que pagar por la obcecación de ella.

—¡Aaah!

La rabia que antes le había hecho patear la silla arremetió entonces contra ella misma.

Todo en ella se negaba a salvar de la horca a la persona que había querido ahorcar, pero no tenía elección. El riesgo de que Ole muriera

desangrado en algún lugar y ella no pudiera encontrarlo sin la ayuda de Andrea era demasiado alto.

«Pero ¿cómo voy a descolgar de la horca al monstruo que merece morir?».

A Andrea le urgía sentir el suelo firme bajo los pies. Pero Valentina acababa de romper la silla, y no tenía fuerza suficiente para aupar a la mujer y quitarle peso a la cuerda.

Finalmente, venció su reticencia y agarró a Andrea por los pies. Se dejó caer. Aunque empleó todo el peso del cuerpo, el tubo de calefacción era demasiado estable. Se dobló un poco, pero no cedió de forma significativa ni, desde luego, se desprendió de la pared. A pesar de la doble carga.

«Dios mío, ¿qué se supone que debo hacer?».

Deseó que la pistola que llevaba en la mano se transformara en un cúter.

«Aunque, ¡un momento!».

«¡La pistola!».

Andrea apenas sacudía las piernas, y las fuerzas la abandonaban a cada segundo que pasaba. Sin embargo, Valentina se tomó su tiempo. Respiró con toda la calma y del modo más uniforme que pudo; apuntó con el cañón y disparó. Una vez. Dos. A la tercera atravesó la soga y Andrea se desplomó.

Cayó hacia abajo y hacia delante a la vez, sepultando con su peso a Valentina, como si fuera un árbol talado.

Con gran esfuerzo, ella se apartó el cuerpo inmóvil a la vez que lo giraba sobre su eje. Aflojó la soga. Buscó el pulso en la carótida de Andrea.

«Nada».

Se puso de rodillas llena de asco. Entrelazó los dedos, le colocó ambas palmas sobre el pecho e inició el masaje cardiaco. Apretó los dientes. Ignoró el dolor de la quemadura en la palma de la mano.

«No puede ser verdad».

«¡Estoy salvando la vida de mi mayor enemigo!».

Y, además, con éxito. Andrea tosió y abrió los ojos. Después, siguió el puño.

A Valentina le pareció que recibía el golpe de una plancha. Al fuerte golpe le siguió un dolor punzante. Tuvo la sensación de que detrás de los ojos estallaban fuegos artificiales; abrió la boca para proferir un grito agudo, pero no pareció que de ahí brotara ningún sonido, solo una nube negra, envolvente e impenetrable, en la que fue hundiéndose. Cada vez a más y más profundidad, hasta que a su alrededor todo se desvaneció en una nada negra como un pozo de carbón.

42

Actualidad

Olivia

El teléfono de Olivia sonó en cuanto se hubieron sentado en la sala de espera. Tenía la mirada clavada fijamente en un calendario de pared con la vista nocturna de unas montañas para no perder la cabeza con el arbolito navideño de plástico que había junto a la puerta.

—¿Dónde estás?

«Julian».

A pesar de aquel saludo tan brusco, su expareja logró sonar amable.

Ella volvió la vista hacia Elias, que en ese momento estaba haciendo una fotografía con el móvil a una pegatina que había en la pared con un código QR. Seguramente, para utilizar el wifi gratuito del hospital.

Estuvo a punto de espetarle: «Esto no es asunto tuyo», pero eso no solo habría sido descortés, sino también erróneo. A fin de cuentas, no solo había abandonado la casa de Julian, sino también a Alma.

—Estoy en el Park-Klinikum —respondió ella con sinceridad al no ocurrírsele ninguna razón para no decírselo.

—¿Te pasa algo? —preguntó él preocupado.

Su preocupación agradaba y molestaba a Olivia a partes iguales. Una y otra vez se daba cuenta de lo mucho que echaba de menos a Julian y de lo bien que le sentaba sentir que ella no le era

indiferente. Por otra parte, era consciente de que se engañaba a sí misma si quería ver en ello un indicio de aproximación. Más allá de que difícilmente podría perdonarle su doble traición, era muy probable que el interés que él demostraba no fuera más que un reflejo de todos los años de matrimonio vividos.

—Estoy bien. Resulta difícil de explicar, pero confía en mí. Estoy buscando a la madre de Alma.

—¿Crees que tiene algo que ver con esa chica del calendario?

—Es posible, sí.

—Bueno, eres una persona adulta, vivimos separados, no quiero convencerte de nada. Pero ha pasado algo.

—¿Alma?

Se le aceleró el pulso.

Le alivió oírle decir:

—Está bien. Por lo menos, dadas las circunstancias. Ahora se está duchando. Pero necesito verte.

—¿Cómo? ¿Ahora?

—Cuanto antes.

—¿Señora Rauch?

La empleada en la recepción del departamento de psiquiatría estaba bajo la puerta sosteniendo un portapapeles y le dirigía una sonrisa profesional. Según la placa de identificación, se llamaba Barbara Klein. A la vista de su estatura —medía sin duda un metro noventa con zapatos planos—, era absolutamente inapropiado.[2]

Elias se guardó el móvil y fue a levantarse, pero Olivia le indicó que se quedara ahí sentado.

Para lo que iba a ocurrir, quería estar sola.

—¿Julian? Escucha, te llamo en cuanto me hayan atendido.

—Pero ¿quién te va a atender?

Interrumpió la llamada con Julian y siguió a la señora Klein por un pasillo con paredes decoradas con fotografías en blanco y negro de

lugares emblemáticos de Berlín. Entre la Puerta de Brandemburgo y la antigua Sala de Congresos, Barbara llamó a una puerta entreabierta para cederle el paso a Olivia después de que un hombre exclamara «¡Adelante!» con voz amable.

Ella lo conocía, igual que cualquiera en el país que se dedicara profesionalmente al alma humana.

El doctor Martin Roth era tal vez el psiquiatra más reconocido de Alemania. Y quizá la única persona que disponía de una información capaz de salvar a Alma.

43

La consulta del doctor Roth parecía cualquier cosa menos el despacho de un médico jefe. En las paredes no colgaban certificados ni diplomas, solo había garabatos hechos por manos infantiles con rotuladores y lápices de colores. Roth simplemente había colgado un marco vacío alrededor de algunos dibujos, de tal forma que aquel pez de trazo torpe con un globo en la boca daba la impresión de ser, en realidad, una obra de arte moderno.

—¡Por favor, tome asiento!

Sobre el escritorio frente al que se sentó se apilaban las carpetas y manuales de presencia obligada. No había ningún objeto personal, salvo tal vez el colorido ramo de flores que se balanceaba amenazadoramente cerca del borde del escritorio y con pinta de ser uno de esos ramilletes que se compran a toda prisa en una gasolinera cuando uno se olvida del día de la Madre o de San Valentín.

—Gracias por concederme la cita —dijo Olivia al médico, al que, por su rostro juvenil y su piel tersa y completamente imberbe, le habría calculado a lo sumo treinta y tantos años. Por los congresos, en los que ella había asistido a sus ponencias, sabía que esa eminencia era considerablemente mayor.

—Me temo que esto no es una cita. —Él sonrió amablemente—. Solo siento curiosidad.

Apartó el jarrón a un lado para poder verla mejor.

—¿Por mí?

—Por saber cómo está Alma.

Olivia se quedó sin aliento. Al llegar a recepción, había confesado la verdad. Que ella no tenía ninguna urgencia, pero su hija, sí. Que

necesitaba dar cuanto antes con los padres biológicos de Alma con la esperanza de encontrar en ellos al donante de médula ósea que tanto necesitaba. Y que tenía razones para creer que su madre había sido o seguía siendo tratada en aquel centro.

El doctor Roth, por tanto, ya había sido puesto en antecedentes, solo había algo que él no debería haber sabido.

—¿Cómo sabe el nombre de Alma?

Ella no se lo había dicho a la señora Klein.

El médico le sonrió.

—¡Ups! —dijo con un guiño, dándola a entender que tenía razón. Había, por tanto, una conexión entre la madre de Alma y ese hospital psiquiátrico, y el director quería ayudarla sin incumplir su secreto profesional.

»La verdad, hace tiempo que esperaba que alguien viniera aquí con preguntas. Internet está repleto de blogs, pódcast de crímenes reales y teorías de la conspiración. Por eso me sorprende que nadie antes haya preguntado por la chica del calendario.

Si el doctor Roth se hubiera puesto a entonar «Jingle Bells», Olivia no habría reaccionado con menos intensidad. Empezó a sudar, nerviosa, se le aceleró la respiración y le tembló la mano que tenía ante la boca.

«Yo tenía razón. La chica del calendario existe. Y existe una conexión directa con Alma».

—¿Soy la primera en preguntar por ella?

—Sí.

—¿La puedo ver?

—¡Oh! Me temo que me he expresado mal. Contaba con preguntas sobre la chica del calendario, porque los rumores en internet corren rápido como la pólvora. Pero con eso no pretendía decir que yo personalmente tenga a mi cargo a esa posible paciente.

Ella suspiró. Y comprendió.

El doctor Roth estaba haciendo malabarismos con su trabajo, posiblemente incluso con su habilitación. Se le notaba que él disfrutaba adoptando caminos poco habituales. No era alguien acomodaticio, que se ciñera a cumplir su trabajo según las normas y que se amoldara de manera incondicional. Los dibujos en las paredes de su consulta eran testimonio de aquello. Pero, desde luego, tampoco era alguien dispuesto a traicionar los valores fundamentales de su profesión por una colega que se presentaba sin avisar en su despacho.

—Sé que no puede darme acceso —dijo—. Ni a sus archivos ni a sus pacientes. Pero me bastaría con que me dijera si hay algo de cierto en la leyenda de la chica del calendario.

Él se encogió de hombros con un gesto de pesar.

—Por principio, no me interesa la veracidad de las historias de miedo carentes de base científica.

—¡Por favor, ayúdeme!

Roth suspiró. Adquirió una expresión profundamente triste.

—Lo siento. Yo también soy padre.

Esas palabras le recordaron a Olivia las que había dicho la compañera de trabajo de Wallenfels delante de la Oficina de Adopciones.

«Yo también soy madre».

El psiquiatra se dio la vuelta y contempló el parque nevado de la clínica desde la ventana.

—En una ocasión tuve un paciente que durante muchos años creyó que había perdido a su hija para siempre. Conozco el dolor que siente, señora Rauch.

De nuevo volvió a mirarla profundamente a los ojos.

—¡Ayúdeme, se lo ruego!

Él exhaló profundamente. Durante un rato no dijo nada. Luego, sorprendentemente, cambió de tema.

—¡Leí su tesis!

Olivia estaba asombrada. Como psicóloga, estaba acostumbrada a que los psiquiatras —sobre todo en el caso de figuras famosas como el doctor Roth— menospreciaran a quienes no eran médicos y consideraran la psicología una disciplina sanitaria de segunda categoría.

—Su estudio fue inspirador para mí.

—Eso es muy amable.

—No, es la verdad. La pregunta que usted planteaba sobre hasta qué punto la violencia modifica las ondas cerebrales me llevó a realizar mis propias investigaciones. Hay, en efecto, casos en que las experiencias atroces en la infancia llevan a sobrescribir las sinapsis e incluso a formar células nerviosas nuevas.

Ella se restregó las manos, nerviosa. Todo aquello resultaba muy emocionante, y probablemente muchos colegas habrían dado su meñique por mantener una conversación como aquella con Roth, pero en ese instante a ella las explicaciones científicas no le interesaban en absoluto.

—La violencia abre nuevos caminos en la mente y, tal y como usted lo explica, señora Rauch, puede hacer que la antigua víctima sea incapaz de desviarse de ese camino.

—Y que luego ella misma se convierta en una criminal —añadió ella con la esperanza de acortar su monólogo.

Él asintió.

—¡Sin embargo, solo estoy de acuerdo con usted en casos excepcionales!

«La bondad es la norma. El mal, la excepción».

Olivia asintió. Ahora entendía por qué el doctor Roth era tan accesible. La consideraba en pie de igualdad como una colega científica. Con todo, eso a ella no le daba ninguna ventaja respecto al motivo de su visita.

—Doctor Roth, me siento muy honrada, y en otras circunstancias me gustaría mucho poder departir profesionalmente con usted, pero el tiempo apremia, mi hija…

Él alzó la mano.

—Como ya le he dicho, no puedo ayudarla a verificar leyendas modernas. Pero tal vez, ya que está usted aquí, podría llamar su atención sobre un caso que me ha ocupado mucho en los últimos tiempos y que toca tangencialmente a su campo de especialidad, la psicología de la víctima.

La miró a los ojos.

Olivia entendió.

Igual que aquella funcionaria de la Oficina de Adopción, también él quería darle una pista sin incumplir su obligación de secreto profesional.

«Yo también soy padre».

—Actualmente tengo una paciente que dio a su bebé en adopción al poco de dar a luz. De eso hace unos once años.

«Alma».

Olivia asintió. Guardó silencio, sumida en una tensa expectación.

—Durante su época escolar, ella misma había sido víctima de unos abusos tremendos. Más adelante, según parece, cayó en las garras de un sádico.

«La chica del calendario».

—Detecté alteraciones neurobiológicas en el cerebro de esa paciente. Pese a ello…

—¿Qué?

—Pese a ello, ha conseguido desarrollar su libre albedrío.

—¿Qué quiere decir?

—Ella cumplía todas las condiciones para convertirse en una delincuente. Incluso entonces, hace once años. Pero entregó a su bebé.

—¿Acaso mentalmente no estaba en condiciones de cuidarlo? —preguntó Olivia.

—Ese no fue el motivo que la llevó a hacerlo. La paciente entonces aún estaba en plena capacidad jurídica; de lo contrario, no habría podido firmar los documentos de la adopción.

—¿Qué la llevó a renunciar a su hijo?

—Ya conoce la respuesta. Usted misma lo ha estudiado, señora Rauch.

Olivia se quedó pensando. Miró a su alrededor en el despacho, dejó vagar la mirada hacia el exterior y, de pronto, lo vio todo tan claro e inmenso como el tilo desnudo del jardín del hospital.

—Tuvo miedo de sí misma —dijo—, miedo de convertirse en una delincuente. ¡Dio a su hijo para no caer en la tentación de maltratarlo del mismo modo que antes la habían maltratado a ella!

Roth asintió y se puso de pie.

Olivia vio con asombro cómo él sacaba el ramo del jarrón, lo dejaba secar un instante y luego se lo entregaba.

—¿Qué se supone que tengo que hacer con eso?

—No quiero robarle más tiempo. Son…

Roth miró su reloj.

—Falta poco para las diez. La ronda matutina está a punto de empezar. ¿No se pasará a visitar antes un momentito a su madrina en la unidad once?

44

Unos años atrás

Casa Waldpfad

Valentina

Valentina había perdido el conocimiento en otras ocasiones. La primera vez que ella recordaba tenía siete años, cuando se cayó de un manzano del jardín de casa al intentar coger una pelota de bádminton que había quedado prendida en la horquilla de una rama. Tres años después, casi el mismo día, por una apendicectomía. Más tarde, en Lobbeshorn, de manera involuntaria y con más frecuencia. Y cada vez —independientemente de si el desmayo había sido inducido de forma intencionada o accidental—, al principio, tras despertarse, estaba atrapada en un espacio intermedio de consciencia, un estado difuso entre el sueño y la vigilia, del que tenía que luchar con fuerza para salir y regresar al presente.

Esta vez era distinto.

Esta vez se despertó de golpe, como si fuera una máquina cuyo interruptor de encendido alguien hubiera accionado.

Únicamente sentía una leve presión debajo de la frente y se notaba la lengua seca, pero ni estaba ofuscada ni tenía problemas de equilibrio.

«Por desgracia».

De haber podido elegir, Valentina habría deseado ahorrarse un rato más las impresiones que la afectaron. A primera vista, todo parecía inofensivo y tranquilo, y eso precisamente era lo inquietante.

Primero estaba el hecho de que no llevaba esposas, ni bridas de cables en los tobillos. Nada.

De haber sido Andrea, Valentina habría aprovechado el tiempo que estuvo inconsciente y la hubiera atado.

En lugar de eso, se despertó en el salón de la casa Waldpfad, con las piernas cuidadosamente tapadas con una manta de lana, la cabeza apoyada en el respaldo derecho de un cómodo sillón orejero y con la mirada orientada a la estufa. Andrea se había sentado ante ella y le sonreía amistosamente. Aunque no se veía la pistola por ningún lado, Valentina supuso que estaría a mano, bajo un cojín del sofá.

—Vaya, ¿de vuelta a la vida? —susurró Andrea en cuanto ella abrió los ojos.

Entre Valentina y Andrea había una mesita auxiliar por cuyo espacio competían un plato con trozos de *stollen* de un dedo del grosor y dos tazas de té llenas.

—¿De qué va esto? —preguntó Valentina. La respuesta la dejó sin el habla que acababa de recuperar.

—Quiero disculparme.

Valentina levantó los brazos para comprobar si acaso le colgaban de una cuerda invisible, pero podía moverlos sin problemas. Tan solo sentía las muñecas algo entumecidas, como si se le hubieran dormido, así que empezó a frotárselas.

—¡Lo siento mucho!

—Déjate de tonterías —dijo Valentina.

—Exactamente así es como yo lo veo —replicó Andrea, frotándose la zona del cuello donde la soga más le había apretado, dejándole unas marcas rojas—. Fue una tontería por mi parte, pero fui incapaz de resistir la tentación de irritarte. Perdón, solo fue una broma. Pero sí, tienes razón. No más tonterías en el futuro. Te lo juro: ni me colocaré ninguna soga al cuello ni tampoco pienso arrojarte ningún

arma. A partir de ahora, nos vamos a tomar las cosas un poco más en serio por aquí.

—¿Qué pretendes?

—Primero y, ante todo, ganar tiempo. De hecho, aún no sé exactamente cómo se supone que debemos proseguir. A diferencia de ti, yo no tengo un plan.

Valentina parpadeó como si le hubiera entrado una mota de polvo en el ojo.

—Pero, lo dicho, hasta que no sepa qué hacer contigo, aprovecharé el tiempo para pedirte disculpas.

—¿Para qué? —Ella se atrevió a alzar la voz—. Has hecho tantas cosas mal que necesitarías unos años para confesarte.

—A mí eso me parece un poco exagerado.

—¿Exagerado? —Valentina soltó una risa atormentada—. Eres una persona enferma. Perversa. Sádica. De niños, te encantaba maltratarnos. No sé qué fue antes. ¿Fue el delirio religioso el que te llevó a cometer esas fechorías? ¿O, ya a toro pasado, tratas de justificar tus crímenes con tu creencia enfermiza?

—Te equivocas.

El sofá crujió cuando Andrea desplazó su peso y se inclinó en dirección a ella.

—En primer lugar, no sufro ningún delirio religioso. Yo no soy como Stella. Ella se creía esas chorradas de la Inmaculada Concepción, la Resurrección, la conversión del agua en vino y esas cosas. Le venía del padre. El tipo era un matón, tanto en casa como en el bar. Un narcisista de los de manual, para encerrar. Un académico respetable por fuera, pero podrido por dentro, como un pez al sol devorado por gusanos. Escoria. Se le ocurrió eso del calendario de penitencias y lo aplicó a su hija.

La voz de Andrea cambió, se volvió más grave, más masculina.

—«Estos calendarios de Adviento timoratos son un sinsentido,

Stella. El Redentor vino al mundo para salvarnos. Pero nadie que recibe dones a diario necesita ser salvado. Si quieres prepararte como es debido para el nacimiento de Jesucristo, deberás sufrir durante veinticuatro días, hasta Nochebuena. Nada de obsequios en forma de chocolate o pan de jengibre».

Andrea se aclaró la garganta y recuperó su tono de voz normal.

—Más adelante, Stella hizo suyas estas imbecilidades. Por Pascua solía peregrinar a Roma. Siempre con la esperanza de que le concedieran una audiencia con el papa. Incluso estaba convencida de que llevaba sangre italiana en las venas, aunque lo cierto es que sus antepasados eran polacos. Tal vez inhalara demasiado incienso en esos viajes, qué sé yo.

Valentina logró llevarse un dedo a la frente con expresión de desprecio.

—¿Y cuál es tu justificación? ¿También me vas a venir con el cuento de la lagrimita por la desventurada infancia que tuviste?

—Para nada. Jamás alegaría circunstancias atenuantes —respondió Andrea chasqueando la lengua—. Sí, yo también sufrí maltrato en la niñez. Pero eso nunca lo utilizaría como excusa. No creo que la maldad sea algo que se transmita de generación en generación como un testigo en una carrera de relevos. Eso significaría que uno podría remontarse hasta el origen de la humanidad, hasta una especie de big bang del horror. Eso desafía cualquier probabilidad. Para ser como soy ahora, posiblemente todos mis antepasados deberían haber sido matones, asesinos y psicópatas.

Andrea se rio al ver la expresión de Valentina.

—Veo que te sorprende que lo admita, pero sí: tengo problemas mentales. En eso tienes razón: soy una persona perversa. Tengo claro que lo que os hicimos en la escuela fue enfermizo. Aunque —Andrea asió la taza de té que tenía delante, Valentina vio el destello del cañón de la pistola en la ranura del sofá— nunca fui una persona

violenta. No os golpeé, ni siquiera os grité. Yo solo aguardaba detrás de las puertas y os entregaba los sobres.

—¿Solo? Nos chantajeabas.

Solo cuando se completaba la «tarea» del calendario a Ole y a ella se les permitía ir al baño y se les daba algo de comer y beber.

Al llegar a la puerta **17** se negaron a seguir, pero las privaciones estuvieron a punto de volverlos locos.

—Bueno, comprendo que sientas ira hacia mí. Pero entonces yo básicamente también era una víctima, como tú. Porque a mí Stella tampoco me habría dado de comer si no hubiera cumplido con mi misión.

—¡Eso no es excusa! —dijo Valentina.

—Es lo que digo —respondió Andrea—. Esta confesión no me hace mejor. El cómplice es tan culpable como el inductor. Puede que incluso peor. Las dictaduras no serían posibles sin gente como yo. Los perpetradores de escritorio, como Stella, rara vez se ensucian las manos.

Valentina miró más allá de la cabeza de Andrea a través de la ventana que daba al jardín trasero. Una luz única y fría procedente de la iluminación externa de un vecino brillaba como una estrella solitaria.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó.

—Empatía.

—Estás mal de la cabeza.

Andrea se rio.

—Sí, ya lo he dicho. Pero es posible que no conozcas el significado de esta palabra de origen griego. La mayoría de la gente confunde empatía con compasión, pero en realidad solo significa capacidad de identificarse con el otro.

—Lo entiendo, pero…

—Magnífico. Por lo tanto, sabes que no te estoy pidiendo

comprensión. Solo quiero que te pongas en mi lugar. Como un experto en perfiles de asesinos o un psiquiatra con un enfermo mental. No quiero que apruebes mis actos, pero sí que los entiendas.

—¿Y para qué servirá eso?

—Para satisfacer mi lujuria.

Andrea se lamió el labio superior con un gesto lascivo y en su voz dejó oír un extraño ensimismamiento.

Sin duda, un psiquiatra habría sido capaz de diagnosticar un trastorno grave de la personalidad con solo oír el tono impasible de su voz.

—Sí, Valentina, lo sé, es enfermizo. No sé por qué. Pero para mí es más divertido matar a una persona si sé que me entiende y que conoce mis razones.

45

Detrás de Valentina, una pila de leños encendidos se replegó sobre sí misma con un sonoro deslizamiento. No se giró. Tenía demasiado miedo a perder de vista a Andrea. Además, debía admitir que las estrambóticas y disparatadas teorías que soltaba le parecían morbosamente fascinantes.

—Desde mi punto de vista, todo lo que tiene que ver con la religión me parecen chifladuras que la gente se inventa para no venirse abajo al darse cuenta de que nuestra existencia carece de sentido y que tras la muerte no vamos ni al paraíso ni al infierno, sino a la nada.

Valentina tragó saliva, y se planteó, casi sin querer, qué era peor: un loco llevado por una falsa creencia o un ateo demente.

—¿Quieres saber en qué creo yo?

Dejó esa pregunta retórica sin responder.

—Te lo diré: en la familia.

Una corriente de aire hizo temblar las ventanas de madera.

—La única religión verdadera que existe es la fe en la familia. ¿No te parece? Es lo único que importa. Cualquier cosa más allá de la familia no importa. Todo lo que está dentro importa.

Andrea, con aire absorto, sonrió.

—Imagina un vagabundo que vive bajo los puentes de Berlín. Todos los días pasas con el coche junto a él. Sabes que, más pronto o más tarde, un invierno morirá de forma miserable. Pero, en cuanto doblas la siguiente esquina, deja de importarte. Pensar en él no te quita el sueño mientras te acurrucas en tu cálido edredón de plumas. Porque no es de tu familia. Y lo mismo con las mujeres secuestradas de las noticias, el niño ahogado en la piscina de los

abuelos, los hombres de las trincheras en todo el mundo. Pueden ser unas buenas personas, adorables tal vez, pero no para ti. Emocionan, si lo consiguen, solo por un instante. Porque no son miembros de la familia. A la inversa, en la familia suele haber malas personas. Gilipollas del más alto nivel. Como mi padre, un cabrón que ojalá muera pronto de su enfermedad. Pero a la hora de la verdad, cuando alguien la amenaza, la familia se une. Da igual cuántas veces se le haya deseado la muerte o algo peor.

El monólogo parecía haber finalizado, así que Valentina formuló la única pregunta que le había surgido al oír todo aquello:

—¿Y qué tiene eso que ver conmigo?

—Estás amenazando a mi familia.

«Dios mío». Valentina abrió los ojos cuando cayó en la cuenta.

—Pretendías atraer a Stella hasta aquí. Le mentiste. Le hablaste de un supuesto aborto.

—¿Stella es tu madre? —preguntó Valentina.

Andrea asintió riendo.

—Lo es. La que en su momento fue directora del castillo Lobbeshorn, y más tarde directora general de ProBonita, una falsa agencia de viajes con la que atrae a mujeres pecadoras que luego envía a lugares como la casa Waldpfad. Las pobres creen que aquí encontrarán paz y tranquilidad, pero esta casa dispone de una entrada secreta por el sótano para que gente como yo pueda colarse sin ser vista y así convertir la estancia de sus moradoras en una pesadilla, como castigo por su aborto. —Andrea dibujó una sonrisa torcida—. De todos modos, con las personas que han venido aquí antes que tú nos contentamos con una puesta en escena de miedo: estanterías volcadas, una ducha poniéndose en marcha en mitad de la noche. En una ocasión permanecí de pie junto a la cama del piso de arriba hasta que la chica se despertó y saltó de la cama gritando

presa del pánico. Al caer por la escalera sufrió una conmoción cerebral y tuvo que ir al médico.

Valentina se quedó mirando a Andrea con incredulidad. Entonces, como si la niebla se hubiera disipado ante sus ojos, lo vio. Los ojos marrones, la nariz, un poco respingona, que siempre había dado a Stella una imagen arrogante. Y, finalmente, esa mirada fría y despectiva que a Valentina se lo decía todo. Andrea y Stella tenían una relación de parentesco.

«¿Cómo no me di cuenta antes?».

Stella era de la familia. Esa era la religión por la que Andrea estaba dispuesta a matar.

—Vale, y ahora que lo entiendo, ¿vas a dispararme?

La respuesta provocó más temor a Valentina que un simple sí.

—Estoy en un dilema, chica. Mi madre me ha enviado aquí en su lugar. Ella solo quiere asustarte. Pero yo sé que eso no bastará para alejarte de nuestra familia de forma duradera.

Andrea se inclinó hacia delante y sacó el estuche de Valentina de detrás del cojín del respaldo del sofá.

—¡Ahora conozco tu plan asesino!

Valentina relacionó el sonido de la cremallera del estuche al abrirse con la imagen de una herida violentamente desgarrada por una cicatriz reciente.

No dijo nada. Mantuvo una respiración superficial, luchando de nuevo contra un ataque de pánico.

—Qué diligente has sido, bonita —murmuró Andrea sacando los sobres. Pequeños, de color menta, de esos que a veces se adjuntaban a ramos de flores u otros regalos—. Veinticuatro. Tuvo que llevarte mucho tiempo hacer tantas rimas.

Para Valentina era como si la acabaran de abofetear. Por supuesto, hacía tiempo que se había dado cuenta de que Andrea había ido repartiendo por la casa las tarjetas que ella había escrito y traído de

Berlín. Con todo, eso la hacía sentir descubierta, impotente y humillada contra su voluntad. Le habría gustado hundir la cabeza entre las manos, pero no podía apartar los ojos de las tarjetas en miniatura que Andrea había sacado de ahí.

—¿Me perdonas por haberlas utilizado antes que tú? La tentación de presentarte tus propios poemas en las puertas uno y dos era demasiado grande. Como coger uno de los sobres de repuesto para el abrigo. Solo para la puerta número **3** tuve que pensar rápidamente en algo por mi cuenta. Ninguno de tus versos tenía que ver con Ole.

Valentina sudaba mucho más de lo que sería normal por su proximidad a la estufa, la voz de la locura seguía sonando en su oído.

El temor por sí misma solo era superado por el que sentía por Ole.

—¿Qué has hecho con él?

Andrea desestimó el comentario con un gesto de la mano.

—Mejor hablemos de ti. ¡Qué idea tan brillante tuviste! Felicidades. Querías atraer a mi madre hasta aquí y matarla, ¿verdad? Entonces, tras dispararle, apuñalarla, ahorcarla o lo que fuera, habrías distribuido todas esas tarjetas por ahí. Habrías pintado paredes, ventanas, puertas y quién sabe qué más con uno de esos rotuladores tuyos. Para que luego, cuando la policía te encontrara cubierta de sangre, creyera que habías caído en las garras de un asesino en serie demente. —Andrea se rio—. Me quito el sombrero, lo admito. Reelaborar el calendario de penitencias de Stella. Hacerte tú misma las marcas de estrangulamiento con la cuerda, herirte con este bisturí y echarle a mi madre la culpa de todo. No te creía con tanta imaginación.

«Ni yo a ti con ese odio infinito. Pensaba que solo eras un peón al servicio de ella. Pero eres mucho más. No es Stella, sino tú la araña que atrae a su víctima a la tela. Stella estaba enferma, pero nunca

quiso matar; tú, en cambio, disfrutas y te regodeas viendo cómo tu víctima se retuerce antes de matarla».

Valentina pensaba todo esto cuando Andrea retomó su monólogo.

—Como chica del calendario te habrías convertido en una leyenda morbosa. Y nadie habría puesto en duda la culpabilidad de mi madre. Torturó a tantos niños entonces, en Lobbeshorn. Aunque nunca hubo una denuncia oficial, los rumores persisten de un modo obstinado. Se podría poner la mano en el fuego. En cuanto mamá muriera y eso saliera en los titulares de la prensa, todas las víctimas silenciosas habrían aparecido y confirmado tu versión.

Valentina dio un respingo cuando Andrea dio varias palmadas en forma de aplauso.

—Bravo, querida. Qué lástima que ahora yo te esté fastidiando los planes.

—¿Por qué sigo con vida?

Valentina planteó la pregunta más importante de todas.

—Como he dicho, estoy en un brete. Mamá no quiere que mueras. Es lo que te digo: cree en esas chorradas. Ella entonces quería de verdad castigaros por vuestros pecados, pero nunca cometería el pecado mortal del asesinato. Y a mí también me prohibió incumplir el quinto mandamiento. —Andrea suspiró—. Pero, sabes, entonces en Lobbeshorn yo era joven y tenía a mi madre cerca todo el rato. Con el tiempo he crecido. Me he emancipado. Ya no tengo que acatar las normas de Stella.

—¿Y eso qué significa?

—Ya no le encuentro sentido a hacer caso de las imbecilidades de mi madre y no le tengo miedo. Por eso: sí, Valentina, voy a matarte. El problema es que aún no sé cómo disimularlo. Aún no tengo una estrategia de salida tan ingeniosa como la que se te ocurrió a ti.

Eso era. La respuesta.

Por eso no estaba atada.

«Por eso aún no me ha disparado. Andrea no sabe qué hacer con mi cuerpo, y hasta entonces debo permanecer lo más ilesa posible».

La araña había venido con el plan de enseñarle lo que es el miedo durante otra noche cruel. Pero ahora que sabía que Valentina había querido matar a su madre, eso no le bastaba. Valentina tenía que morir. La única pregunta era ¿cómo?

—Si te mato, los forenses demostrarán que fui yo. Encontrarán la conexión y les bastará como motivo. Así que lo tengo jodido. Lo mejor sería un suicidio. A ver, oficialmente tú has abortado, los asistentes al calendario de Adviento viviente han visto la soga que has colgado. Mmm. Eso encajaría. Lo único es que no sé cómo lograr que lo hagas sin que se me implique. Pero seguro que pronto se me ocurre algo.

Andrea se rascó en actitud pensativa la sien con el cañón de la pistola.

—¡Ah, por cierto! —Andrea formó un abanico en una mano con todos los sobres del estuche de Valentina—. He contado que has preparado veinticuatro cartas. Pero, si no recuerdo mal, mamá solo os hizo atravesar veintitrés. La puerta veinticuatro se reservaba para la llegada del Redentor.

Valentina negó con la cabeza.

—No, te equivocas. También tuve que abrir la puerta número **24**.

«La peor de todas».

—Ah, sí. Me has picado la curiosidad. ¡A fin de cuentas yo no estaba allí! ¿Qué pasó entre bastidores?

Valentina rememoró aquello; el recuerdo era tan terrible que estuvo a punto de echarse a llorar.

46

El verano tras la puerta 23

Lobbeshorn

Valentina

—¿Por qué? —preguntó Valentina, atreviéndose a mirar directamente a Stella Großmuth por primera vez desde que ese día la directora había llamado a la puerta de su habitación.

La directora se había puesto un vestido, llevaba los labios pintados de rojo a juego y se había recogido su cabellera gris de un modo impresionante en una operación que le debió de tomar mucho tiempo. Además, olía a perfume floral recién aplicado, como si tuviera una cita amorosa y no solo se dispusiera a acompañar a Valentina en taxi hacia un destino desconocido.

—¿Por qué qué, hijita?

—¿Por qué nos ha hecho esto?

—¿De qué hablas?

—Lo sabe perfectamente. Me refiero a las veintitrés puertas.

No había habido una puerta veinticuatro.

Las «tareas de penitencia» ideadas por Stella y controladas por Andrea habían finalizado al cabo de veintitrés días; el día anterior a Nochebuena.

Con la soga.

Colgaba tras la última puerta. Una cuerda anudada en un lazo de ahorcado y enrollada en una viga del techo.

Ay, horca de Navidad,

uno de vosotros se tendrá que colgar…
¿Quién de ella hacerlo querrá?
Son tres minutos, y no más.
Ay, horca de Navidad,
uno de vosotros se tendrá que colgar…

De haber sabido que, por el momento, esa era la última tortura, tal vez Ole y Valentina se habrían negado. Pero creían que aún quedaba otra puerta, y la ración de agua del día anterior ya había sido escasa. Ninguno de los dos habría podido soportar otras veinticuatro horas de sed. Así pues, mejor la soga.

Tras una breve discusión, Ole se sacrificó. Como tantas otras veces, para proteger lo que amaba.

Fue él quien se puso la soga al cuello. Ella empezó a contar. Ciento ochenta segundos. Solo al cabo de tres minutos ella podría quitársela y reanimarlo. Afortunadamente, lo logró, pero Ole nunca volvió a ser el mismo. Ella logró que el corazón le latiera y los pulmones funcionaran. Pero lo que había nutrido sus ganas de vivir desapareció para siempre. Ole tenía diecisiete años cuando dejó de reír.

—Sigo sin entender a qué te refieres —repitió la directora sentada en el asiento trasero junto a Valentina. Hablaba en voz baja, como de costumbre. En esta ocasión, tal vez porque le preocupaba que el taxista la oyera.

—¿Por qué Ole y yo tuvimos que hacernos daño mutuamente?

—Ah, eso —dijo Stella con despreocupación, como si Valentina hubiera preguntado por qué los viernes había siempre pescado en el comedor de la escuela. No se lo negó. Al contrario. Llegó incluso a corroborar el uso de la tortura diciendo—: ¿No os lo expliqué el primer día en mi despacho?

Stella puso la mano sobre el vientre abultado de Valentina. Una

plancha de hierro al rojo vivo no habría podido ser más incómoda.

—Encontré la caja del medicamento. La píldora del día después.

«Tras nuestra noche de amor en el gimnasio».

Dios, de eso hacía apenas unos pocos meses y ella tenía la sensación de que había pasado media vida. Por aquel entonces, Ole y ella acababan de cumplir dieciséis años. Ahora, en cambio, eran ya una pareja de ancianos destrozada.

—Sí, pero la píldora del día después no funcionó —dijo Valentina. Del ojo derecho le cayó una lágrima.

—Por suerte. Si hubieras matado al bebé, tu penitencia habría sido mucho peor.

«¿Peor aún?».

Valentina dudaba de que tal cosa fuera posible sin que uno de ellos, o incluso ambos, perdieran la vida.

O los tres.

Apartó la mano de Stella de su barriga. A partir del séptimo mes había sido imposible disimularla ni siquiera con ropa holgada, y desde entonces ella era la comidilla del colegio. Pero, al parecer, nada de eso había llegado a oídos de su padre. ¿Y cómo? Solo mantenían contacto telefónico, ya que él, desde su ascenso, viajaba constantemente.

Valentina se acarició el vientre con movimientos circulares y disfrutó de la reconfortante sensación. Durante la primera parte del calendario de penitencias, había maldecido al bebé que llevaba en su vientre. Pero luego había caído en la cuenta de que esa criaturita era la menos culpable de todo el horror que ella tenía que padecer. La culpa era solo y exclusivamente de la locura de Stella, y eso no tenía nada que ver, en absoluto, con la religión. Al contrario. Las teorías y los actos de la directora del internado eran una ofensa blasfema para todos los creyentes. A partir del momento en que Valentina se había dado cuenta de eso, aumentó su preocupación por el perjuicio

que podían causar al nonato esos tormentos diarios. Por eso, en la medida de lo posible, Ole había tenido que asumir la mayor parte de las tareas.

—¿Dónde estamos?

Valentina miró por la ventana. Una callejuela de una ciudad algo mayor, a unos veinticinco minutos en coche de Lobbeshorn.

El sol la deslumbraba por la ventanilla lateral. Estaba sudando, no solo a causa de la temperatura, sino también por su situación en general. Últimamente se acaloraba incluso al atarse el cordón de los zapatos.

De pronto, el conductor, que llevaba un buen rato buscando los números de las casas, detuvo el vehículo.

Stella le entregó un billete de cien euros, esperó el cambio y un recibo y se apeó.

—Fantástico —dijo mientras se estiraba con los brazos cruzados detrás de la cabeza, como después de hacer un viaje en coche de una hora. Luego le indicó a Valentina que la siguiera hasta un edificio situado al otro lado de la calle.

—¿Adónde me lleva? —preguntó Valentina.

Miró la casa con espanto. Era un espléndido día de verano, pero ese bloque de viviendas era como el más frío de todos los inviernos. Con su revoque gris, su fachada picada y las contraventanas torcidas, era el único edificio sin renovar de toda la calle. En la entrada no figuraba ningún nombre ni rótulo de empresa.

Valentina sintió un nudo en la garganta. Se le humedecieron las palmas de las manos. El miedo prendió en su interior como el fuego de una chimenea ante una corriente de aire.

«¡No, por favor, no!».

Ella contaba con que por fin podría ir a que la viera un ginecólogo. Estaba embarazada de nueve meses y no le habían hecho ni una ecografía. Ni revisiones ni nada.

—¡Ven!

Una escalera pequeña y desgastada conducía a una puerta principal de madera que, a juzgar por los diversos desconchones, como mínimo llevaba cuatro capas de pintura.

Stella subió y llamó al timbre.

Igual que en un bar, en la puerta había una mirilla, pero estaba cerrada y no se abrió ni siquiera tras llamar varias veces al timbre.

«Por desgracia».

Valentina deseó poder abrirla con sus propias manos. Arrancarla con sus propias manos y golpear a Stella en la cabeza. Una vez, dos veces, hasta que, al menos, quedara inconsciente y ella pudiera escapar. A pesar de su gran barriga y de los pies hinchados, que hacían de ella una presa fácil.

Pero, por supuesto, no hizo nada de eso, sino que siguió con la mirada clavada en la puerta como hipnotizada.

En la mirilla empotrada en ella.

Y en lo que se había escrito ahí con tiza.

Un número.

24

Entonces se abrió la última puerta del perverso calendario de Adviento de Stella.

47

Actualidad

Olivia

—¿Unidad once?

—Sí.

—¿El doctor Roth no ha sido más concreto? —preguntó Elias.

Las puertas del ascensor del Park-Klinikum se abrieron y entraron en un pasillo de hospital que olía a detergente de limón.

Olivia se encogió de hombros. Por un lado, Roth le había dado más información de la que contaba recibir. Sin embargo, visto el gran número de habitaciones posibles, no podía entender cómo la indicación imprecisa del médico jefe sobre el número de unidad le sería de alguna ayuda.

Según el plano del hospital, la unidad once comprendía los servicios de neurología y psicoterapia. Sin una indicación concreta Olivia difícilmente podría preguntar por su «madrina». Ni siquiera el ramo de flores de gasolinera chorreante de agua que le había dado Roth le era de ayuda.

—¿Cómo lo hacemos? —preguntó Elias.

El pasillo dobló en un ángulo de noventa grados. A diferencia de sus botas de invierno, al andar sobre el linóleo las zapatillas Crocs de resina sintética de Elias no chirriaban en absoluto.

—Yo… —Estaba a punto de decir «no tengo ni idea», cuando de pronto supo exactamente dónde estaba la madre de Alma.

—Claro. Ya lo entiendo —musitó Olivia sin ton ni son. La excitación

le hizo sudar a pesar de que las claraboyas del pasillo estaban abiertas y una brisa fresca se colaba entre silbidos por ellas.

—¿Qué entiende? —preguntó Elias—. Oh…

Habían seguido avanzando dos pasos más y entonces él también lo vio. A unos diez metros delante de ellos, un guardia de seguridad con el uniforme de una empresa de seguridad privada estaba sentado en una silla de metal, mirando con aburrimiento su teléfono móvil.

—¿Cree usted que…?

Olivia asintió. «¿Qué podía ser si no?». Eso no era una casualidad.

Roth había dado con un modo de llevarla hasta su objetivo sin tener que romper su secreto profesional. El médico jefe sabía que ella sacaría las conclusiones correctas. Quienquiera que estuviera en esa habitación necesitaba a todas luces un guardaespaldas en la puerta.

«Si ahora le dijera un nombre, pondría en peligro la vida de la madre», le vinieron a la mente las palabras que Wallenfels había dicho el día anterior.

«Maldita sea, ¿y ahora qué hago?».

Rápidamente tomó a Elias de la mano y le indicó que la acompañara de regreso al otro lado de la esquina, fuera del campo de visión del guardia. Vio entonces una puerta con el letrero «Facility Management». Como era de esperar, tras ese nombre grandilocuente se escondía un simple cuarto de la limpieza, con unas estanterías hasta el techo provistas de rollos de papel higiénico, productos de limpieza, bayetas, bolsas de basura y otros utensilios.

—¿Cree que ese está ante la habitación de la paciente que buscamos?

—Estoy convencida.

—¿Y por qué está bajo vigilancia?

—¿Te he hablado de la chica del calendario? —preguntó Olivia,

que en efecto no estaba muy segura de haberle dicho nada de eso a Elias en las últimas horas. Por lo que recordaba, solo le había hablado de la leucemia de Alma y le había explicado por qué estaba tan desesperada por encontrar a sus padres biológicos.

—¿La chica del calendario? —repitió Elias sin saber a qué se refería.

—Es esa leyenda moderna que habla de una joven que once años atrás sufrió una experiencia espantosa en una casa del bosque de Franconia.

Le resumió rápidamente la historia. Le habló del calendario de Adviento viviente y de cómo entonces un psicópata había hecho un muy mal uso de esa tradición.

—Se dice que aquella noche la chica del calendario tuvo que abrir veinticuatro puertas. Y que sufrió veinticuatro heridas. Aunque solo fuera cierta una parte de esta historia, en esa casa se hicieron cosas terribles. Meses más tarde, dio a luz a un niño y lo dio de inmediato en adopción.

—¿Es esto verdad o una ficción?

—El médico jefe me acaba de confirmar de manera indirecta que no solo se trata de una historia de miedo inventada. Creo que la chica del calendario existe de verdad. Y que está aquí, en este hospital.

Elias resopló suavemente entre sus dientes torcidos.

—¡Qué fuerte! Pero, dígamelo otra vez, ¿por qué vigilan a la madre biológica de Alma?

—La pregunta más bien debería ser: ¿quiénes son los padres del bebé?

—¿Insinúa usted que…?

—Exactamente. Veinticuatro puertas. Veinticuatro heridas y maltratos. ¿Y si uno fue una violación?

«Y a saber de quién»…

El expediente de adopción solo mencionaba a Stella y Andrea como autoras de un delito. Sin embargo, era posible que detrás de una «puerta de calendario» acechara un hombre contratado por esas psicópatas.

—Entonces el padre de Alma sería…

«Un psicópata, un sádico, un violador».

Olivia no se atrevía a decirlo. Pero esa hipótesis era la que tenía más sentido.

—Alma fue concebida en una noche de espanto. Una noche que se suponía que su madre no sobreviviría. Tal vez ella lograra escapar, tal vez ese criminal era un perturbado. En cualquier caso, el asesino aún no había acabado con ella.

—Así que, según su teoría, por eso ahora fuera de su habitación hay un guardia de seguridad sentado. ¿Por si el asesino regresa para matar a la chica del calendario?

«O a Alma». Otro pensamiento que Olivia no se atrevía a expresar en voz alta: si Alma era la hija de un violador, a este no le interesaría ofrecerse como donante de médula ósea. Al contrario, Alma, con su ADN, era la prueba viviente de su culpabilidad y la preferiría muerta antes que viva. Eso además explicaría también por qué la chica del calendario dio al bebé en adopción inmediatamente después de dar a luz. Si el asesino lograba dar con ella, la criatura, al menos, estaría a salvo.

—Tiene lógica —dijo Elias, casi como si hubiera estado escuchando los pensamientos de Olivia—. Pero ¿no ha pasado ya demasiado tiempo?

Olivia asintió. Aquella objeción estaba justificada.

Era imposible que la chica del calendario hubiera estado bajo vigilancia constante durante más de once años. Era mucho más probable que las preguntas de Olivia acerca de los padres de Alma en la Oficina hubieran levantado tanta polvareda que desde

entonces el hospital había considerado necesario aumentar las medidas de protección. Pensó en el baño de sangre en casa de Wallenfels y en su experiencia cercana a la muerte con la furgoneta Volkswagen en el campo cerca de Großbeeren. Todos los indicios corroboraban su teoría. Ella había despertado a los fantasmas del pasado y posiblemente había conjurado una tragedia en el presente.

—¿Y si usted estuviera equivocada? A ver, de hecho, no hacemos más que encadenar una hipótesis descabellada sobre otra —inquirió Elias.

Olivia asintió.

—Solo hay una forma de averiguarlo —repuso ella—. Tengo que distraer al guardia y entrar en la habitación de la paciente.

48

Su plan se basaba en confiar en su intuición y en su capacidad como psicóloga empática. Esto significaba que no tenía un plan concreto.

Elias y Olivia avanzaron a la vez. El guardia solo levantó la vista cuando se detuvieron justo delante de él y, por lo tanto, frente a la habitación 1113.

—¿Les puedo ayudar? —preguntó él guardando la distancia profesional.

Su espesa barba no lograba ocultar que apenas era mayor que Elias, como mucho estaba en la veintena. Llevaba unos pantalones grises de franela con pliegue y una camisa de color azul claro con una americana oscura en cuya solapa estaba bordado el nombre de la empresa de seguridad Secura.

—Me gustaría ver a mi madrina —dijo Olivia.

Agitó el ramo de flores, del que se desprendió una flor de tulipán que lentamente cayó al suelo.

El vigilante la miró con el mismo aburrimiento con que instantes atrás ojeaba anuncios de eBay en su móvil.

—Lo siento —dijo sin sentirlo ni levantarse—. Nada de visitas.

«Y así ha confirmado que en esta habitación hay una mujer».

—¿Y eso desde cuándo? Vengo aquí una vez al mes. ¿Qué está pasando aquí? ¿Por qué de pronto mi madrina está bajo vigilancia?

Pero mister Secura se limitó a encogerse de hombros.

Olivia notó que Elias miraba a su alrededor para asegurarse de que seguían estando solos en el pasillo. Más atrás, frente a la escalera, debía de haber una sala común; se oían risas y el tintineo de unas tazas. En cualquier momento, alguien podría asomar al pasillo e interesarse más por ellos que ese aburrido guardia de seguridad.

Alguien a quien no poder engañar haciéndole creer que visitaba a menudo a la paciente de la habitación 1113.

—Escúcheme. Solo quiero ver a mi madrina un momento. Si le parece que soy un peligro, compruebe antes que no lleve armas o algo parecido.

Levantó los brazos hacia arriba como si estuviera en un control de seguridad del aeropuerto.

El hombre negó con la cabeza.

—Imposible. No se me permite dejar entrar a nadie.

—¡No le creo! —protestó Elias—. Seguro que cuando viene el personal sanitario o los de la limpieza les deja pasar, ¿verdad?

El vigilante suspiró, como si estuviera tratando con personas obtusas con las que resultaba inútil cualquier explicación. Sin más respuesta, volvió a acercarse el móvil a la cara para desbloquearlo.

—¡Se lo ruego!

Olivia le agarró suavemente del brazo, pero el hombre se levantó de su asiento como si lo hubiera mordido.

—¡No vuelva a tocarme! —siseó mostrándoles el teléfono como un cura que, con un crucifijo en la mano, pretendiera ahuyentar a un vampiro—. Si no, pediré refuerzos y haré que los echen.

Olivia y Elias dieron un paso atrás a la vez; al hacerlo ella le mostró las palmas de las manos abiertas en un gesto de disculpa.

—No volverá a ocurrir. Lo siento. De verdad. ¿Me permite hacerle una última pregunta antes de irnos?

—¡No!

—¿Para cuándo? —preguntó ella sin hacerle caso.

—¿Cómo dice?

La miró como si fuera una mosca molesta.

—Su retoño. Usted va a ser padre, ¿verdad?

La transformación fue asombrosa. Incluso a Olivia siempre le sorprendía cómo cambiaba la expresión facial de una persona

cuando se daba con la cuestión clave. Los vendedores con talento sabían por intuición lo que los estudiosos de la conducta habían analizado en numerosos estudios: para alcanzar el objetivo y lograr que la otra parte hiciera alguna cosa que básicamente no quería, era preciso dar con algo que conmoviera emocionalmente al oponente.

Era obvio que al guardia de seguridad no le importaba su trabajo aburrido y mal pagado. No así su familia.

—¿Cómo…?

Contempló la pantalla del móvil que les había mostrado hacía un instante. Por primera vez, en los ojos del hombre apareció un atisbo de sonrisa. Acababa de mostrarles el anuncio de una silla de coche para recién nacidos.

—Mary está embarazada de veintitrés semanas —dijo con el mismo orgullo que Olivia sentía por haber encontrado un modo de acercarse a él.

—¿Ya han escogido nombre?

—Aún no sabemos si llamarlo Fritz o Friedrich.

—¡Qué bonito! —Ella sonrió—. ¿Lo tienen ya todo listo para la habitación de bebé?

Él resopló agotado.

—Ya me gustaría.

Adivinar eso no era difícil. En Berlín, las empresas de seguridad competían entre ellas por los precios más bajos con ofertas a pérdida a fin de asegurarse los contratos. Considerando los precios desorbitados de los artículos para bebés, mister Secura iba a tener que pasarse un mes ahí sentado solo para comprar el cochecito.

—Se me ha ocurrido una idea —sugirió Olivia—. ¿Sería usted tan amable de vigilarme esto?

Ella le entregó el billetero.

Tanto Elias como el guardia fruncieron los ojos con suspicacia.

—Será solo mientras entro a ver cómo está mi madrina. Dentro

hay exactamente cien euros —dijo mientras mostraba al vigilante cuatro billetes de cien euros del billetero, y luego los metía de nuevo —. Confío en que no se perderán.

49

Él se lo pensó, pero no por mucho rato. Olivia conocía esta reacción por un experimento psicológico que ella misma había realizado. En un seminario, había preguntado a sus alumnos si le cortarían la mano a su compañero de pupitre si con ello pudieran salvar la vida de un desconocido en cualquier parte del mundo.

Hubo varias respuestas divertidas, y todas ellas aludieron al dinero que se debería ofrecer para ello. Sin embargo, al repreguntar de forma más concreta, públicamente nadie se declaró dispuesto a perjudicar a un conocido a favor de un desconocido.

Olivia entonces reformuló su petición:

—Piensen ahora en la persona más cercana a ustedes: su madre, su padre, su pareja, su hijo o hija, su novio o su novia. Imagínense que la persona más importante de su vida está condenada a morir. Y ahora yo les aseguro que esa persona sobrevivirá solo con una condición: que ustedes mutilen a su compañero de pupitre. ¿Quién de ustedes lo haría?

Todos vacilaron. Pero, al final, no hubo mano que no se alzara.

Cuando un asunto giraba en torno a la familia propia o la elegida, casi siempre el fin justificaba los medios. La gente hacía cosas que sabía que estaban mal, que eran injustas o incluso ilegales. Y quienes solo se sentían obligados a cumplir con sus obligaciones por imperativo contractual, pero no moral, eran los más rápidos en romper las normas si con ello podían obtener una ventaja para su propia carne y sangre. Igual que mister Secura.

—Solo cinco minutos. Pero este pájaro se queda fuera —había dicho señalando a Elias. A continuación, cerró la puerta tras ella.

«Ya estoy aquí».

La habitación tenía lo habitual para una persona enferma. Una cama hospitalaria con asidero por encima del cabecero, una mesilla de noche con ruedas y bandeja desplegable, un televisor colgado del techo y armarios empotrados de color ocre.

Olivia penetró en la habitación y sin querer se frotó la nariz. Olía a desayuno y a gel de ducha. La habitación era pequeña, por no decir diminuta, así que a Olivia le bastó con un vistazo para comprobar que no había nadie allí. La cama de hospital, de altura regulable y con colchón sanitario, estaba desocupada, igual que la silla de ruedas negra con radios plateados que había frente a la ventana.

—Hola, ¿me oye? —preguntó al oír un ruido tras la puerta del baño, a su izquierda. Al parecer, la paciente estaba lo bastante bien como para ducharse sin ayuda.

Olivia colocó el ramo en un jarrón vacío y tomó en la mano un marco de fotos que había sobre la mesilla de noche.

La fotografía mostraba a quien muy posiblemente era la ocupante de esa habitación. Una mujer en una silla de ruedas y mirando por la ventana, justo ahí mismo. Olivia se preguntó quién la había colocado ahí, sobre todo porque no era muy favorecedora. El estado de la paciente, de la que solo podía ver un perfil, era tan desolador como su imagen.

El cabello del mismo tono gris desleído que el muro de hormigón del edificio de enfrente. Unos ojos tan apagados como el sucio cielo invernal que se cernía sobre el hospital.

Era imposible calcular su edad. Las manchas en las manos, el cuerpo demacrado que se adivinaba en las muñecas y en la clavícula bajo el camisón indicaban que se trataba de una mujer mayor. Tal vez su enfermedad, evidentemente grave, la había envejecido con la misma rapidez que el consumo de drogas a un yonqui.

Olivia devolvió el marco de fotos a su sitio y contempló la cama deshecha. A los pies de la cama había un portapapeles.

Valentina Rogall. Olivia leyó el nombre en la columna superior del informe médico.

—¿Quién eres? —preguntó en voz baja mientras echaba otro vistazo a la foto.

«¿La chica del calendario?».

«¿La madre de Alma?».

Sacó el informe de su soporte y empezó a leer.

Ya con las primeras líneas, los ojos se le llenaron de lágrimas.

Era muy posible que, después de una búsqueda breve, ya hubiera llegado a su destino. Todo hablaba en favor de ello. Los indicios del expediente de adopción, las pistas del doctor Roth. Era probable que la mujer de la ducha fuera la madre de Alma. Tal vez era la chica del calendario. Pero la demoledora verdad que Olivia conoció en ese instante fue que daba igual. No importaba.

«No hay remedio».

Olivia habría arrojado de buena gana el portapapeles por la ventana. Había dado con la madre biológica de Alma en apenas unas horas. Y, sin embargo, no había logrado nada.

¡Ni lo más mínimo!

«Puta mierda».

Incluso en el caso de padres sanos había pocas probabilidades de que fueran compatibles con sus hijos. Pero esa mujer era todo lo contrario a una persona sana. Ya solo el pastillero de la mesilla de noche lo confirmaba. Siete compartimentos, cada uno etiquetado con un día de la semana. Repletos como si fueran envases de los caramelos Tic Tac. Por la forma y el color, Olivia reconoció el haloperidol y la paroxetina que el informe mencionaba. Por supuesto. Se lo podría haber figurado. Cualquiera persona sometida a tratamiento psiquiátrico hospitalario durante tanto tiempo debía de estar bajo los efectos de un potente cóctel de fármacos. Sin

embargo, una cosa era contar con ello y otra, completamente distinta, era comprobarlo con los propios ojos.

«Mierda».

Olivia se echó a llorar. Por Alma. Por una oportunidad perdida.

«¡Por mi hijita, tan pequeña y condenada a morir!».

Aunque alguna vez Valentina Rogall hubiera sido compatible, ya no era una opción como donante de médula ósea para Alma. El estado de su sangre era demasiado malo a causa de los muchos años tomando antidepresivos y otros fármacos psicotrópicos. Ningún hematólogo en Alemania se plantearía hacerle un trasplante.

Mientras pensaba si, en estas circunstancias, ella sería capaz de soportar un encuentro con la madre de Alma, o si tal vez era mejor marcharse antes de coincidir personalmente, posó la mirada en la almohada. A diferencia del resto de la cama, había sido sacudida y estaba colocada justo en medio del colchón. Encima tenía una hoja de papel DIN A4 doblada por la mitad. Estaba escrita a mano y parecía una carta.

Olivia cogió el papel… y empezó a leer con un espanto creciente.

Apreciado doctor Roth:

Muchas gracias por su competente tratamiento durante estos últimos años. He hecho grandes progresos desde que fui trasladada a su clínica. Ya me puedo vestir sola, doy paseos más largos y la medicación no me deja tan aletargada. Estoy tentada de decir que por desgracia. Es usted un psiquiatra excelente. Sé que su intención era buena. Sin embargo, fue un error sacarme del encierro y concederme privilegios. Sigo albergando fantasías violentas. Pensamientos de asesinato. Su tratamiento no ha cambiado eso. Lo lamento. He dejado pasar demasiado tiempo sin hacer nada. Ver a ese vigilante ridículo delante de la habitación ha sido como una llamada de atención para mí.

Ya no puedo esperar más. Me voy. Al lugar donde estuve a punto de morir hace once años. Y donde hoy espero acabar con la razón de esta vida destrozada que tengo.

Que la vida le trate bien.

VALENTINA ROGALL

50

«¡Santo Dios!».

Olivia bajó el papel. Tomó aire. De repente, en esa pequeña habitación le sobrevino una sensación de asfixia; de buena gana habría salido corriendo de ahí, pero, al mismo tiempo, darse cuenta de que estaba a punto de perder la carrera más importante de su vida la paralizaba.

«¿Cómo he podido estar tan ciega?».

Roth se lo había puesto en bandeja de plata.

«¿Qué la llevó a renunciar a su hijo?», le había pregunta-do ella.

«Ya conoce la respuesta. Usted misma lo ha estudiado, señora Rauch».

Cuántas veces en clase había exhortado a sus alumnos a abandonar el pensamiento rígido y sin matices y a no pensar con clichés como: pobre víctima frente a agresor malvado.

Prácticamente todos los agresores habían sido víctimas. Y cada víctima llevaba dentro a un posible agresor. Como Valentina Rogall. Tal vez en una ocasión la chica del calendario logró romper este círculo, dando su hija en adopción y protegiéndola así de ella misma. Pero eso no había logrado aplacar su impulso de hacer daño a alguien.

Olivia tuvo que admitir, con espanto, que se había equivocado por completo. El vigilante de ahí fuera no estaba allí para proteger a Valentina, sino para evitar que ella matara a sus maltratadores.

A Stella. O a Andrea.

O, si existió, al violador de Valentina.

«Al padre de Alma».

Olivia, de pronto, salió de su parálisis y dio un salto hacia el baño,

abrió la puerta de un tirón y vio lo que suponía: una ducha vacía solo llena de vapor.

Valentina Rogall había desaparecido.

—Gracias —dijo Olivia minutos después, mientras mister Secura le devolvía el monedero con una mirada de complicidad. Ella cerró la puerta de la habitación 1113.

—Después de ducharse, mi madrina se ha ido a la cama; está agotada y dice que no quiere que la molesten en un rato.

Se despidió de él confiando en que su voz no la traicionara. Alguien que la conociera le habría notado un temblor indefinido en la voz.

«Largo. Fuera de aquí».

Olivia tuvo que contenerse para no salir corriendo por el pasillo hacia los ascensores. Solo cuando tuvo la certeza de que el guardia de seguridad ya no la veía, aceleró los pasos hasta llegar sin aliento junto a los ascensores. Allí se dio cuenta de dos cosas: que aún tenía en la mano la carta de despedida de Valentina Rogall al doctor Roth.

Y que no veía a Elias por ninguna parte.

51

Unos años atrás

Casa Waldpfad

Valentina

Esta vez fue distinto. Valentina tardó más rato en liberarse de los tentáculos de la inconsciencia. Con los ojos entreabiertos, palpó a su alrededor con la sensación de tener que liberar el cuerpo y la mente de una pegajosa tela de araña.

No recordaba haber perdido de nuevo la consciencia, pero sentía un escozor intenso en la nuca. Al llevarse la mano ahí, notó dos protuberancias, como picaduras de garrapata. En una de las pequeñas heridas tenía una costra de sangre que se rascó, y entonces supo lo ocurrido.

Valentina ya había sufrido el disparo de una táser una vez en el pasado, en la puerta **6** de Lobbeshorn. Entonces se acordó: Andrea se había tomado tiempo para pensar. Para pensar en cómo matarla sin que la policía ni la fiscalía albergaran sospechas.

«¿Qué hora es?».

Entrecerró los ojos y miró el jardín trasero desde la ventana del salón. En la calle estaba muy oscuro, algo que, en esa época del año, podía significar cualquier cosa. Primera hora de la tarde, última de la noche. Lo único que podía descartar era que el amanecer fuera inminente.

Oyó un ruido detrás de ella y se giró. Lo hizo lentamente porque no solo el cuello, sino todo el cuerpo sufría aún las consecuencias de

la descarga eléctrica que debía de haber recibido del arma aturdidora.

La araña que la tenía atrapada en la casa Waldpfad estaba de cuclillas ante la estufa abierta. Valentina olió algo que le recordó el regaliz. Anís, hinojo, pero también percibió el olor a neumáticos de una bicicleta. La araña sostenía en una mano la botella verde de absenta que los ABC habían traído consigo y en ese instante estaba volcando su contenido sobre un montón de leños en el cual…

«¡Oh no! ¡Qué horror…!».

Valentina se llevó la mano a la boca. Notó el sabor de la bilis. El estómago se le revolvió al darse cuenta de lo que Andrea quería quemar allí.

El dedo de Ole estaba colocado con esmero sobre los troncos, como una varilla de mikado.

—¡Basta! —exclamó Valentina con voz ronca.

Andrea se dio la vuelta.

—¡Ah, ya estás aquí de nuevo! Siento estos métodos tan groseros, pero tenía que mantenerte callada y tener tiempo para pensar. Atarte me parecía demasiado trabajo para mí. Bueno, por suerte, he traído esto.

Valentina vio como la araña se sacaba del bolsillo del pantalón un arma de electrochoque, pequeña pero a todas luces muy eficaz.

—Y ha merecido la pena.

Andrea hablaba como si la lengua le pesara. No arrastraba las palabras, pero no cabía duda de que había bebido. Al parecer, mientras ella había permanecido inconsciente, a Andrea la absenta no solo le había servido para encender el fuego.

—Se me ha ocurrido una cosa. No tan ingeniosa como tu plan, pero no está mal. Levántate. Te lo enseñaré.

Valentina no tenía suficiente energía para obedecer la orden que Andrea le había formulado. Estaba, literalmente, muerta de

cansancio. Lejos de sentir las rodillas fuertes, le parecía que eran de gelatina. Supuso que, en cuanto se levantara del sillón orejero, se le doblarían. Para su asombro, encontró fuerzas para ello. El cañón de la pistola que, de pronto, pasó a apuntarla la acabó de convencer.

—¡Mira!

Sirviéndose del arma como si fuera un puntero, Andrea señaló al cristal de la estufa, que estaba ennegrecido por el fuego. En el hollín había escrito, claramente visible, el número **19**.

—¿Dónde está Ole? —preguntó Valentina. El cerebro le había empezado a funcionar a medio gas. Los recuerdos de las cosas importantes estaban regresando.

—Exacto. Esta es la pregunta correcta. Es mi modo de presionar —respondió Andrea y, para asombro de Valentina, sacó un teléfono móvil—. Ahora harás exactamente lo que yo te diga. Te va a parecer completamente extraño y estrafalario, pero no tienes elección. Solo si obedeces mis órdenes, por insensatas que te parezcan, Ole sobrevivirá y yo lo liberaré.

52

Actualidad

Olivia

—Olivia, por tu voz no pareces estar bien. ¿No piensas decirme qué ocurre?

Aunque lo odiaba, debía reconocer que eso la hacía sentir bien. Ya solo oír la voz de Julian le daba sensación de seguridad.

Y en la última media hora había aumentado su necesidad de protección. Al menos desde que Elias, en ese momento su única persona de contacto, había desaparecido. Su alumno no la había esperado ni junto al guardia de seguridad ni en el coche. Olivia no había querido perder tiempo buscándolo. Quería estar lo más lejos posible cuando se descubriera la desaparición de Valentina, por la misma razón por la que había huido de la vivienda de Wallenfels. Una paciente desaparecida implicaría largas horas de investigación y ella se convertiría en la principal sospechosa. No disponía del tiempo que eso exigía, y Alma menos aún. De modo que había montado en su miniván y se había puesto en marcha de inmediato. Por la A115 de regreso a la A9 en dirección a Múnich.

—¿Por qué has pedido una cita en el Park-Klinikum, cariño? —preguntó Julian, y ella, de nuevo, se echó a llorar.

«¿Cariño?».

Le hablaba con familiaridad. Como antes.

Durante años, él había sido su primera persona de contacto por la mañana y la última antes de ir a dormir. Amante, amigo y mentor, todo a la vez. A menudo bastaba con que él la escuchara. No

necesitaba que él le diera consejos inteligentes, ya que a ella ya se le ocurrían; Julian sabía crear una atmósfera de bienestar que le permitía calmarse y organizar sus ideas.

¿Por qué había acabado todo? ¿Por qué él había echado por la borda esa relación especial que tenían?

Olivia carraspeó varias veces antes de responderle:

—En un momento lo hablaremos largo y tendido. Pero, Julian, antes dime: ¿cómo está Alma?

—Bien. De hecho, muy bien. Se ha levantado y se ha preparado los cereales.

—Genial, ¿puedo hablar con ella?

—Por supuesto, en un momento.

Lo oyó toser y luego dijo:

—¡Pero antes tengo que hablar contigo!

—Vale, ¡dime!

—Por teléfono no.

—Estoy en el coche…

—¡Ya lo oigo!

—… y tengo un largo trayecto por delante. Solo tienes que decirme qué pasa.

—¿Adónde vas?

—Si te lo digo, querrás detenerme.

—¿Eso también tiene que ver con la chica del calendario?

—Sí, me parece que la he encontrado. Se llama Valentina Rogall.

—Déjame adivinar, ¿y ahora vas a su encuentro?

Olivia oyó al fondo el repiqueteo de un teclado. Probablemente Julian estaba buscando el nombre en internet.

—No exactamente.

—¿Qué quieres decir?

—En realidad, acabo de visitarla. Estaba en tratamiento hospitalario en el Park-Klinikum de Berlín.

Olivia le resumió de forma escueta cómo había dado con Valentina Rogall gracias a la ayuda de Elias, y le explicó por qué la chica del calendario no era apta como donante de médula ósea a causa de la cantidad de psicofármacos que tenía en la sangre.

—Además, se ha ido. Ha huido.

—¿Y eso?

Olivia se preguntó si debía hablarle de la carta de despedida de Valentina, de la que se desprendía que la madre de Alma estaba dispuesta a vengarse.

Optó por suavizar un poco la verdad. Si Julian averiguaba que iba en pos de una posible asesina, movería cielo y tierra para detenerla. Por ello le contó una verdad a medias:

—Está regresando al lugar donde todo empezó. Me imagino que quiere volver a la casa donde, once años atrás, pasó esa noche espantosa.

—¿Para qué?

—Creo que quiere vengarse.

—¿De quién?

«¿De Stella? ¿De Andrea? ¿De un violador?».

—Tal vez del padre de Alma. —Ella mencionó una de las posibilidades.

—¿Y qué te hace pensar que él está allí?

—Ni idea —admitió—. Confío en que la madre biológica de Alma sepa más que yo y me conduzca hasta él.

«Antes de que lo mate y elimine de este modo a otro donante potencial de médula ósea».

Aunque, en muchos sentidos, era poco probable que…

Atravesó un puente y tuvo que sujetar el volante con más fuerza porque su vehículo quedó expuesto a ráfagas de viento laterales.

—¿De verdad confías en eso? —preguntó Julian con tono pensativo.

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque si estuvieras en lo cierto… —Él dejó la frase en suspenso, sin terminar—. A ver, aunque lo encuentres, ¿cómo pretendes lograr que un sádico psicópata y violador se someta a un trasplante de médula ósea por Alma?

«Y eso suponiendo que los valores sanguíneos coincidieran».

—No tengo ni idea —respondió Olivia con frustración—. Lo único que sé es que no puedo descartar nada cuando se trata de la vida de nuestra hija.

—Bien, ¿y ahora adónde vas exactamente?

—A Rabenhammer.

Olivia llevó la mano al asiento trasero, donde antes había dejado la carpeta que Elias le había dado horas atrás, cuando ella había ido a casa de Wallenfels en mitad de la noche. Ahí dentro estaba la foto de la casa junto al bosque que quería encontrar en el bosque de Franconia.

—¿Dónde se supone que está eso? —preguntó Julian comprensiblemente.

—En Baviera. Tenías razón. La casa de la foto está en Franconia. Más concretamente, sospecho que está en el distrito de Schwarzenbach.

—¿Qué te hace estar tan segura?

Se quedó pensativa. La respuesta de verdad sería: ¡porque todo encaja de un modo absolutamente demencial! Ese mensaje de odio de la casa del bosque enviado por alguien que sabía de Alma y de su enfermedad. Su ubicación en el bosque de Franconia, la zona donde surgió la leyenda de la chica del calendario. El código postal en el expediente de adopción lleno de tachaduras por confidencialidad. La ruta programada en el GPS de la furgoneta Volkswagen que había estado a punto de matarla.

—Es una larga historia, pero todo, literalmente, apunta…

… «en la misma dirección», iba a decir, pero de pronto se sintió demasiado desconcertada para terminar la frase. Al llevar la mano atrás, había dado con la chaqueta de invierno de Elias. Se la había dejado en el asiento trasero. ¿Era posible que, con un tiempo tan horrible, él se hubiera escapado abrigado solo con un jersey?

Eso no tenía ningún sentido.

¿Y si le había ocurrido algo en la clínica y ella lo hubiera abandonado allí?

«Pero ¿qué podría ser?».

—Vale, ¿qué era eso tan urgente que tenías que hablar conmigo? —cambió de tema.

—Que ya sé cómo Alma supo de su adopción —dijo Julian.

—¿Cómo?

—¿Sabías que está en TikTok?

—¡No!

Olivia no permitía que Alma utilizara las redes sociales a una edad tan temprana por temor a que quedara expuesta a malas influencias. Todo indicaba que su preocupación estaba totalmente justificada.

—Abrió a escondidas un perfil con el que chatea con otras personas acerca de su enfermedad. De hecho, hay una restricción de edad para intercambiar mensajes privados, pero ella la ha esquivado con un truco. Cariño, por eso no te quiso decir de inmediato quién es el abuelo Wilhelm.

—¿Y quién es?

—Es una cuenta falsa. Alguien le envió un mensaje directo con la fotografía de perfil de tu padre.

—Joder, ¿quién haría algo así? Un momento…

El nombre de su marido desapareció de la pantalla del salpicadero. En su lugar apareció el de Elias.

«¡Gracias a Dios!».

—Un momentito, Julian —dijo ella, y lo dejó en espera para atender la otra llamada.

—Por Dios, ¿dónde te habías metido?

—En problemas —respondió Elias sin aliento. Hablaba como si estuviera subiendo por una montaña cargado con maquinaria pesada —. Pero ahora sé que Valentina no fue violada. Hemos seguido una pista totalmente equivocada.

53

—¿Y cómo lo sabes?

—Tengo el historial médico de Valentina Rogall. El completo, el de los últimos once años.

—¿De dónde lo has sacado?

Elias parecía estar sentado dentro de una caja de hojalata. Tenía la voz más aguda y se oía una ligera reverberación.

—Mientras usted estaba en la habitación, yo me he colado en el consultorio del doctor Roth, que estaba haciendo la ronda. Hacerme con el informe ha sido pan comido.

—¿Cómo has sabido qué buscar?

A Olivia le gruñó el estómago, lo que le recordó que no había comido nada desde el almuerzo del día anterior.

—Lo tenía sobre la mesa. Identifiqué a Valentina por el número de unidad y de habitación.

—¿Qué pone?

—Es demasiado largo. Me lo he llevado.

—¿Has hecho qué?

Un cartel anunciaba una estación de servicio a cinco kilómetros. Olivia se preguntó si su depósito y su estómago podrían aguantar otros setenta y ocho kilómetros hasta la siguiente.

—Ahora mismo aquí hay alarma general. Valentina ha desaparecido, aunque posiblemente eso usted ya lo sabe. Están peinando todo el hospital. Roth aún tardará un buen rato en darse cuenta de que también su historial ha desaparecido —dijo con tono confiado, aunque luego suavizó sus palabras con un «ojalá».

—¿Dónde estás tú? —le preguntó a Elias.

—Estoy en una especie de sótano para la calefacción. No tengo

mucho tiempo para analizar el informe y la cobertura es microscópica, solo hay en una esquina. Pero como le he dicho, una cosa sí he descubierto: aquella noche Valentina no pudo ser violada.

—¿Por qué no?

Olivia se puso tan nerviosa que ni siquiera se había dado cuenta de que estaba perdiendo velocidad. Detrás de ella, un conductor le hizo una señal de enojo con las luces y ella aceleró.

—¿Se acuerda de aquel párrafo legible en el expediente de adopción que Wallenfels se imprimió, ese que mencionaba a una tal Andrea?

—Vagamente, pero sí.

—Durante los primeros días, hubo interminables sesiones de terapia en las que Valentina explicó repetidamente que esa Andrea ya la había maltratado cuando iba a la escuela. Esa mujer habría actuado por encargo de su madre, Stella. Ella fue quien acechó a Valentina hace once años en la casa Waldpfad de Rabenhammer.

—¿Esas mujeres tienen apellido?

—Negativo. Hasta ahora solo se habla de Andrea o Stella.

Olivia dejó oír un suspiro de frustración.

Una vez más se confirmaba que su investigación la había llevado a conclusiones correctas. La chica del calendario existía y era la madre de Alma, y la casa donde había sido torturada estaba efectivamente en Rabenhammer. Pero saber todas esas cosas era inútil. Aquello no alargaría la vida de Alma ni un segundo.

Era para echarse a llorar. Cuanto más se acercaba a la verdad, menos esperanzas le quedaban.

—¿Y en el informe no hay nada que apunte hacia el padre de Alma? —le preguntó a Elias mientras se pasaba nerviosamente los dedos por el pelo.

—Sí. Precisamente por eso la he llamado. Hay una nota de la que

se desprende que Valentina Rogall no fue violada. No, al menos, en Rabenhammer.

A Olivia se le secó la garganta. El corazón le empezó a latir más deprisa.

—¿Qué dice la nota?

Elias carraspeó y entonces dijo:

—Valentina ya estaba embarazada cuando fue a la casa Waldpfad.

54

Unos años atrás

Casa Waldpfad

Valentina

«Ahora harás exactamente lo que yo te diga. Te va a parecer completamente extraño y estrafalario, pero no tienes elección. Solo si obedeces mis órdenes, por insensatas que te parezcan, Ole sobrevivirá y yo lo liberaré».

Valentina se acarició el vientre, todavía insospechadamente plano, mientras las palabras de Andrea le resonaban en su cabeza.

—¿Por qué debería creerte? —preguntó ella.

—Oh, será mejor que no. Ya sabemos que soy una persona cabrona, perturbada y sádica. ¡Pero con sentido de la familia!

«Y con una pistola en la mano».

Valentina se pudo figurar entonces por qué ante un pelotón de fusilamiento los condenados a muerte cavaban su propia tumba. La vida era hermosa. Incluso cuando resultaba espantosa. Mientras uno respirara, había esperanza. Y la esperanza, la peor traidora de cuantas existen, te volvía obediente. Hasta la muerte.

Andrea señaló de nuevo el **19** en el cristal de la estufa.

—He estado mirando tus tarjetas y he intentado imitar tu letra. Me llena de orgullo. Este trazo me ha salido perfecto, ¿no te parece? Vamos, ven.

Valentina salió al pasillo la primera, tal y como se le había

ordenado. Inmediatamente vio un **5** del tamaño de la palma de la mano en la puerta blanca de la caja de fusibles.

—De hecho, con anterioridad marqué la puerta de entrada con el número 2, para asustarte. Lo mismo que ese 1 que metí en la bota. Eso fue para divertirme. Pero, lo prometido: no más tonterías. A partir de ahora, todo tendrá sentido.

Andrea se echó a reír y la obligó a subir al dormitorio por la escalera. Al llegar arriba, Valentina tenía la sensación de encontrarse en una zona montañosa con poco oxígeno. Sentía una opresión inmensa en los pulmones que fue en aumento cuando vio la cama doble.

Tenía las sábanas recién puestas y marcadas con el rotulador rojo de su propio estuche. A la derecha, un **9**. En el lado izquierdo de la cama, un **17**.

Andrea se rio con orgullo.

—He puesto números por toda la casa: ventanas, puertas, cristales, armarios. Del uno al veinticuatro. Todo el calendario de Adviento. Y he repartido las tarjetas con tus rimas.

—¿Y para qué va a servir todo esto?

«¿Por qué la araña ejecuta mi plan? Esto no tiene ni pies ni cabeza».

—Espera y verás. Solo es la primera parte de mi estrategia. Lo que ahora seguirá es brillante.

En el exterior, se oyó el ruido de un camión circulando por la carretera. Valentina se imaginó al conductor escuchando en la radio una narración de suspense, sin saber que acababa de pasar junto a la escena de un crimen de verdad.

—¡Mira aquí!

Andrea se acercó mucho a Valentina y le puso el móvil frente a la cara.

—Desbloqueado.

La araña soltó una risa y le indicó con el gesto que se sentara en la cama, a su lado.

—¿De qué va esto?

—Pondré el altavoz. Ni te imaginas a quién vamos a llamar ahora tú y yo.

55

Actualidad

Olivia

Olivia llegó a Rabenhammer presa de un dolor punzante en el estómago, cuya intensidad solo era superada por el taladro percutor que sentía en la cabeza. Aquellos retortijones se los había provocado un bocadillo de salami envuelto en plástico; la única comida que se había permitido en una parada que hizo para repostar en un área de descanso. El café amargo con el que había regado esa cosa salada había hecho el resto.

El dolor de cabeza era, por un lado, consecuencia del accidente, pero también se podía achacar a todas sus cavilaciones. La mayor parte del tiempo lo había dedicado a pensar en cómo obtener del modo más rápido y discreto posible la dirección exacta de la casa del bosque.

Su mal estado de ánimo no cambió ante el paisaje fabuloso que la acompañó tras abandonar la autopista A9 en Naila y tomar desde ahí la B173.

Unos imponentes bosques de abetos cubiertos de nieve bordeaban ambos lados de la carretera, recién despejada, que desde hacía un buen rato tenía a su lado un arroyo de aguas cristalinas.

Cuando Olivia pasó junto al letrero que anunciaba Rabenhammer, en el salpicadero del coche se iluminó un pictograma electrónico. Según ese símbolo, se había quedado sin líquido limpiaparabrisas, que ella había utilizado durante todo el trayecto para retirar la sal de la luna del coche. No era supersticiosa, pero le costó no interpretar

como un mal presagio que en ese preciso momento se mostrara una señal de advertencia.

Redujo la velocidad a los treinta kilómetros preceptivos; en parte, porque la sinuosa calle que atravesaba el centro de la ciudad no permitía ir más rápido, a menos que uno quisiera arriesgarse a chocar contra una de las casas construidas junto a la carretera. Pero, sobre todo, porque buscaba una cosa.

Eran poco antes de las dos de la tarde, mediodía, por tanto; así que contaba con que encontraría las calles desiertas. Como residente de una gran ciudad, Olivia nunca había entendido por qué en las zonas rurales los bares y restaurantes cerraban justo cuando la mayoría de la gente quería almorzar.

Cruzó los dedos para encontrar algún establecimiento de comida abierto. Para obtener información tenía que acudir a un sitio donde los lugareños se reunieran con regularidad.

Sus oraciones fueron escuchadas.

El establecimiento estaba situado en una curva cerrada, junto a la calle principal. Olivia ya vio de lejos el letrero iluminado con el escudo del *land*, justo al lado de la entrada.

Gasthof Fels.

Perfecto. Parecía como si el revestimiento de pizarra de la fachada hubiera sido extraído recientemente de alguna de las rocas de pizarra próximas. Placas grises en las paredes, tejas grises en el tejado y dos rocas erráticas a derecha e izquierda de la puerta de entrada.

Olivia pasó una vez por delante con el coche, dio la vuelta en la rotonda y aparcó en el patio trasero, que estaba señalizado como aparcamiento para los clientes. Ahí había una segunda entrada que conducía a una sala polivalente de estilo rústico y en la que no había nadie; seguramente era donde se celebraban bailes, bodas y eventos de este tipo.

En la siguiente puerta a la izquierda estaba la zona de bar y restauración. Ahí dentro el calor era sofocante. Olía a cerveza, cerdo asado y detergente.

En la barra, una rubia treintañera, sola y solitaria, estaba limpiando las copas. Con su corte de pelo corto, el aro en la nariz y el piercing con piedritas brillantes en el entrecejo, Olivia la habría tomado más bien por una camarera de discoteca. Su aspecto aburrido encajaría a la perfección en un bar de moda de Prenzlauer Berg.

Lejos de darse cuenta de la presencia de Olivia, tenía la mirada fija en la televisión. Esta estaba colgada en la pared opuesta a la barra, un poco inclinada bajo el techo, de un modo parecido a la de la habitación de Valentina Rogall. En ese momento se estaba emitiendo un concurso.

Olivia miró a su alrededor.

Como era de esperar, la zona de restaurante estaba convenientemente decorada. En las mesas había servilletas de colores con ramas de abeto, y las ventanas estaban decoradas con estrellas de escarcha pintadas con espray. A Olivia lo que más la atormentó fue el árbol de Navidad iluminado que había junto a la entrada. Antes de que su fobia la paralizara, apartó rápidamente la mirada y se centró en contar los clientes que había.

Cuatro.

Había tres hombres jugando a las cartas en una mesa redonda. El cuarto hombre, que a pesar del calor no se había quitado la chaqueta acolchada de trekking, estaba sentado en una hornacina sin ventanas pasando el dedo sobre el borde del vaso de cerveza casi vacío, como si con ese gesto pretendiera emitir un sonido.

«Vamos, quien no arriesga, no gana», se dijo Olivia; se acercó un taburete y se sentó frente a la mujer rubia.

—Buenas.

—Buenos días.

Olivia pidió un té de hinojo o salvia para el estómago y la respuesta que obtuvo fue una cara de asombro, como si acabara de preguntar cómo ir a la playa. Finalmente, acordaron un vaso de agua sin gas. Cuando la joven se lo sirvió, Olivia probó suerte y le enseñó la copia de la fotografía de la casa del bosque.

—¿Sabría decirme cómo puedo llegar hasta ahí?

La camarera alzó las cejas, que llevaba recién depiladas.

—¿Por qué quieres saberlo?

—¿La conoce?

—¿Conocer? —La camarera soltó una risa—. Todo el mundo la conoce. —Bajó la voz—. ¿Eres de la prensa?

—No, no. Yo…

Olivia se preguntó si contarle la verdad, pero entonces la mujer empezó a sonreír con complicidad.

—Eh, eh… ¡Yo a ti te conozco!

—¿Cómo? No, imposible. Es la primera vez que vengo por aquí.

—Que sí, que sí… Tengo buena memoria para las caras. Yo he visto tu foto. En el periódico. Tía, sí, tú la liaste muy gorda con esa teoría de que «los creyentes son enfermos mentales».

«Cielos».

Olivia puso los ojos en blanco. Era increíble. Al parecer, ese maldito pódcast sobre fanatismo religioso le había reportado una fama dudosa incluso en aquel pequeño rincón de Alemania.

La camarera sonrió con aprobación y le tendió la mano por encima de la barra.

—Camilla.

Olivia se la estrechó de forma automática y le dijo también su nombre de pila.

—¿Es que investigas el caso de la chica del calendario desde el punto de vista religioso?

«La chica del calendario».

Olivia sintió un hormigueo en el brazo, como si una horda de hormigas estuviera pasando por encima. Era evidente que todos los habitantes de Rabenhammer conocían la leyenda.

—No exactamente —Olivia esquivó la pregunta.

La rubia se inclinó hacia delante y bajó la voz en tono confidencial:

—Has venido al lugar adecuado. Tal vez yo fuera la última persona que vio con vida a esa pobre muchacha.

El hormigueo se intensificó.

—¿Estuvo usted en su casa?

—Con toda la banda de los ABC, sí.

—¿Los ABC?

—Ansgar, Bruno y yo, esto es, Camilla. Mis colegas. Aunque hace tiempo que se marcharon de aquí. Soy la única que mantiene el fuerte. Debería haberme ido también, por lo menos cuando cerró el laboratorio donde trabajaba. Yo, de hecho, soy técnica dental. Da igual. Fuimos al calendario de Adviento viviente de su casa. Ella había puesto una vela en la ventana, y eso significaba que estabas invitado a ir. Tía, era pedazo rara. Todavía me acuerdo de la soga colgando en el techo del baño: un auténtico lazo de ahorcado. Dijo que era de la anterior inquilina. Bueno, digamos que quisimos creerla. A mí me pareció que andaba algo perdida, pero para nada echa polvo, no sé si me explico. Soy buena juzgando a la gente. No creo que quisiera hacerse daño. De ser así, nos habría echado a todos de casa y no habría dejado entrar a nadie. Pero tenía algo, un aura, lo noté. Se notaba que había un plan. Tramaba algo. —Camilla se encogió los hombros y adoptó una expresión autocrítica—. Uf, cariño, debería tranquilizarme. Cuando nos dijeron que aquella noche la policía y los bomberos habían tenido que asegurar la casa, me reproché que no hubiésemos vuelto a pasar por allí para ver cómo estaba. Pero, en fin, ahora ya no se puede hacer nada. Me

gustaría saber si sigue con vida. Pero se dice que la casa estaba vacía. Apenas unas horas después de que todos celebrásemos ahí el Adviento. Y, hasta el día de hoy, nadie ha vuelto a saber nada de esa mujer. Por supuesto, una cosa así alimenta los rumores… Un momento, el jefe. Vuelvo enseguida…

Lo que Olivia no había conseguido, es decir, interrumpir el torrente de palabras de Camilla, lo logró la voz grave de un hombre llamándola por su nombre desde la cocina.

Con la foto de la casa Waldpfad que le había dado Olivia en la mano, la camarera desapareció por la puerta batiente de la zona de la cocina.

Olivia esperó hasta que las dos mitades de la puerta dejaron de oscilar. Como, al cabo de un minuto, Camilla seguía sin volver, se dio la vuelta en el taburete para mirar la televisión.

El concurso estaba en una pausa o tal vez había terminado. En ese momento, había un anuncio de un medicamento para el dolor de cabeza.

«¡Qué bien me vendría eso a mí ahora!», pensó Olivia. Y entonces se atragantó con el último sorbo de agua.

«No puede ser…».

Se levantó.

En el anuncio, dos «amigas» aparentemente elogiaban entre ellas las virtudes del medicamento. Se reían y se abrazaban. Luego se las veía arreglándose para una fiesta.

«Pero si son…».

Olivia estaba tan concentrada que dejó de ser consciente de lo que la rodeaba. Solo tenía ojos para esas dos esbeltas y atléticas mujeres de anuncio que ahora reían y daban círculos en la pista de baile de una discoteca.

Linda y Sina.

«Hanni y Nanni».

La doble aventura de su marido.

—¿He oído decir que te has perdido? —A su espalda oyó la voz amenazadora y grave del propietario del establecimiento.

«Pues claro, ambas son dos apasionadas del fitness. ¿Por qué no iban a salir en un anuncio?», pensó, y luego se volvió hacia el hombre, que ahora estaba detrás de la barra en vez de la mujer.

—Hola, eh, bueno, ¡muy buenos días! —le dijo al hombre entrado en carnes, de unos cincuenta y tantos años, cuya barba les hacía la competencia a las cejas.

—¡Creo que ya va siendo hora de que te marches! —dijo con brusquedad. En sus ojos brillaba una hostilidad indisimulada, lo cual intimidó a Olivia.

No había ni rastro de Camilla.

—Mi empleada me ha hablado de tu pódcast. ¿Acaso te crees que puedes entrar aquí y abrir de nuevo viejas heridas? Lo creas o no, aquí somos una auténtica comunidad.

—Y no lo niego en absoluto…

—A diferencia de ti, nosotros tenemos valores. Creencias y costumbres que cuidamos. Somos una comunidad que nos protegemos ante sujetos como tú que vienen aquí para causar problemas.

Dio dos pasos a un lado y abrió una trampilla de la barra para acercarse a Olivia.

—Durante años bichos raros como tú nos invadieron. Diciendo porquerías y mentiras sobre nosotros. Luego el asunto se calmó, y así es como debe seguir.

—¡Eh, oiga! Suelte eso.

Él la había agarrado por el cuello de la chaqueta y ahora la empujaba bruscamente hacia la salida.

—Y ahora será mejor que vuelvas de inmediato al agujero de la capital del que has salido.

Olivia intentó zafarse. Estaba a pocos pasos de la puerta por la que el dueño del establecimiento la quería obligar a salir cuando esta se abrió de golpe.

Un hombre entró en el restaurante. Llevaba una chaqueta térmica de plumón de color rojo brillante con capucha.

—Hola, Gunther, ¿qué ocurre? —dijo saludando al propietario del establecimiento.

El hombre parecía cansado, como salido de una larga noche rascándose el pelo castaño grisáceo a causa de un problema irresoluble. El aliento le olía a cerveza, aunque aún no había tenido ocasión de pedir nada. Había una tristeza oscura en sus ojos que, por la experiencia profesional de Olivia, solo conocían las personas que habían sufrido un revés duro en la vida.

—¡Gracias por venir! —dijo el hombre, que obviamente lo había hecho venir—. ¡Esta mujer está causando problemas!…

—¡No hago tal cosa! —protestó Olivia.

—Ya me encargo yo, déjala —dijo el recién llegado en voz baja. Era evidente que ese hombre tenía autoridad para que el casero dejara de agarrarla por el cuello de la chaqueta.

—Es una plumilla de la prensa —dijo—. Ha preguntado por la casa Waldpfad. Ya sabes lo que eso significa. ¡Tú más que nadie!

Los dos hombres se miraron profundamente a los ojos; entonces el quinto cliente del local pronunció una frase que hizo que Olivia prefiriera seguir en las garras del dueño de aquel establecimiento.

—Déjamela a mí, ¿quieres? Yo me encargo.

Acto seguido, sacó a Olivia al frío de la calle asiéndola todavía con más fuerza.

56

—¡Suélteme!

El aguanieve que les golpeaba la cara en el exterior del restaurante era menos desagradable que el agarre férreo del desconocido. Aunque era más o menos de la misma altura que ella y tenía una complexión similar, era mucho más fuerte.

—En un instante —dijo el hombre con una voz inesperadamente tranquila y agradable—. En cuanto no haya nadie mirando por la ventana.

Ella quiso girarse y eso hizo que él la agarrara con más fuerza del brazo.

—¡Ni se le ocurra! Vista al frente y sin rechistar.

Igual que una madre brusca llevando a rastras a un hijo llorón, él se llevó a Olivia por la calle principal.

Junto a ellos pasó un vehículo circulando a una velocidad excesiva. Si, con aquel tiempo de perros, su conductor hubiera prestado atención a los transeúntes, probablemente los habría tomado por una pareja caminando muy juntos.

—Créame —dijo—. Gunther y todos los de ahí dentro ahora mismo tienen la nariz apretada contra el cristal esperando que me la lleve a la comisaría.

«¿A comisaría?».

—¿Usted es policía? —preguntó Olivia esperanzada.

Al hablar su aliento creaba nubes con el aire frío.

—No, guarda forestal —dijo él. Fue solo al cabo de un rato que el hombre soltó una risita divertida, y de este modo le mostró que ese comentario era solo una broma. Poco después, tomaron la curva

para entrar en el aparcamiento del Gasthof Fels. En cuanto llegaron ahí, él, por fin, la soltó.

—Disculpe si la he agarrado con demasiada fuerza. Y sí, soy policía, aunque hoy es mi día libre. Gunther me ha llamado a mi número privado.

Le mostró la placa. Estaban justo debajo de una faro-la exterior. En el documento, del tamaño de una tarjeta de crédito, se leía Roman Strachnitz. La fotografía coincidía con él.

El agente se apartó un mechón de pelo mojado de la frente, pero no se puso la capucha de la chaqueta, seguramente porque con esa enorme prenda roja no podría oír nada.

—Puede que Gunther sea de la vieja escuela, pero tiene razón. Debería usted marcharse. Aquí los fisgones no son bienvenidos.

Olivia se disponía a decirle que no era periodista cuando el policía reparó en el penoso estado del vehículo de ella.

—¿Ha sufrido un accidente?

Ella asintió con la cabeza al recordar la furgoneta Volkswagen que había estado a punto de matarla y sintió un mareo.

—¿Acaso ahora me van a multar por llevar mal los faros traseros?

—No si emprende de inmediato el camino de vuelta.

El policía fue a despedirse, pero ella le retuvo.

—¿Qué quiso decir el dueño del restaurante cuando afirmó que usted más que nadie sabe lo que significa la casa Waldpfad?

Strachnitz sonrió con melancolía y supo reprenderla sin parecer antipático.

—¡Eso no le incumbe!

—Vamos. No soy periodista. Soy madre.

—¿Qué quiere decir con esto?

—Mi hija Alma tiene leucemia. Y estamos buscando desesperadamente un donante de médula ósea.

—¿Aquí? ¿En Rabenhammer?

Ella asintió. Temblaba a causa de la temperatura, pero sobre todo también por el tema.

—Le parecerá una locura, pero es posible que la chica del calendario sea la madre de Alma.

Él volvió a reír.

—Señora, está en lo cierto. Parece una locura.

Se preguntó si era conveniente dar a conocer el secreto, y no encontró ninguna razón para no hacerlo.

—Y hay muchos indicios que sugieren que podría estar dirigiéndose hacia aquí.

El policía ladeó la cabeza como si le acabara de entrar aguanieve en la oreja y preguntó con suspicacia.

—¿Por qué ahora?

—Se ha escapado del psiquiátrico y ha dejado una carta de despedida. En ella dice que quiere regresar al lugar donde estuvo a punto de morir once años atrás.

—¿Y para qué?

—Para matar.

Strachnitz abrió los ojos con asombro.

—¿A quién?

Olivia se encogió de hombros.

—Puede que espere encontrarse con el hombre que estuvo a punto de asesinarla entonces. O la mujer.

—¿Qué quiere decir con eso?

—En el informe médico se afirma que una tal Andrea la había torturado y había estado a punto de matarla por encargo de una tal Stella.

—¿Una mujer? —Strachnitz se echó a reír—. ¿Y cómo se supone que esa persona podría ayudarle a encontrar un donante de médula ósea para su hija?

Bien visto. Ese hombre no solo era policía, sino que además tenía

una mente rápida.

—En nada. Solo espero conocer a Valentina y preguntarle por el padre de su hija.

—¿Y quién es esa Valentina?

Strachnitz suspiró. Miró las llaves del coche que llevaba en la mano y luego un BMW, a dos plazas de distancia del coche de ella, en el que, sin duda, preferiría estar sentado antes que permanecer ahí de pie con ella.

—Valentina Rogall. Es el nombre de la chica del calendario.

Strachnitz se pasó los dedos por el pelo, que ahora llevaba empapado a causa de la lluvia.

—Esto es una solemne tontería. La chica del calendario es una leyenda.

—No, no lo es. Existe. Hace once años estuvo aquí, en Rabenhammer, en la casa Waldpfad y ha pasado los últimos años en el Park-Klinikum en…

—¡CÁLLESE DE UNA VEZ! ¡NO QUIERO OÍRLO!

Ese grito airado pilló a Olivia tan desprevenida que el espanto la dejó sin habla.

Él alzó la mano derecha, con la respiración entrecortada.

—Lo siento, lo siento. Por favor, discúlpeme.

Todavía nervioso, pero también avergonzado, se apartó de ella y abrió el coche con el mando a distancia. Luego abrió la portezuela y se volvió de nuevo hacia Olivia.

—Lo siento, de veras. No pretendía gritarle. Ya ha oído a Gunther. Llevo once años cargando con eso. Me destrozó la vida.

—Aguarde.

Olivia se aproximó. El aguanieve le había humedecido el pelo y lo había vuelto pesado, lo cual para ella era un alivio. El frío le empezaba a mitigar el dolor de cabeza. Tal vez fuera también la

adrenalina que liberaba su cuerpo al sentir que de nuevo iba bien encaminada.

—No soy periodista. No hablaré con nadie de nada de lo que averigüe aquí y ahora.

Se acercó un poco más. Miró fijamente a los ojos de Strachnitz. Vio a una persona con una profunda necesidad de confiar en alguien, pero que a la vez se debatía consigo misma por miedo de cometer un error irreparable. No era la primera vez que viendo a un paciente era capaz de saber lo que pasaba. En ese policía había algo que necesitaba salir con desespero. Puede que hubiera ido a terapia y fuera consciente de la batalla que se estaba librando en su interior. Tal vez había sentido el efecto curativo de la conversación y quería repetirlo. Sin embargo, era demasiado inteligente y experimentado para confiar en una completa desconocida. Tenía que proporcionar un empujón racional a la necesidad emocional que él tenía de abrirse. A diferencia de ese vigilante de seguridad, tan desapegado de su profesión, en este caso podía apelar a su deber como agente de policía.

—Se lo ruego, es por mi hija. Por su vida. Tiene que ayudarme.

Él suspiró. Llevó la vista hacia el vacío, más allá de ella y golpeó varias veces el techo de su coche con la palma de la mano.

—¿Por qué demonios tuve que estar yo allí cuando entró la llamada de la pizza?

—¿La pizza? —preguntó Olivia.

Él se quedó pensativo un rato, luego se encogió de hombros y señaló la puerta del copiloto con la barbilla.

—Suba al coche. Se lo contaré. Aunque sospecho que luego lo lamentaré.

57

Unos años atrás

Valentina

—Central de emergencias de la policía, ¿con quién hablo?

Valentina clavó la vista en el móvil, que se encontraba entre ella y la araña, sobre la cama, en cuyo borde ambas estaban sentadas.

«Como unos amigos llamando a un conocido suyo».

«Solo que a mí, entretanto, me están apuntando a la cara con una pistola».

Andrea la animó con un ademán de cabeza y sonrió con sarcasmo, como si en lugar de una llamada de emergencia estuvieran haciendo una inofensiva broma telefónica.

—Sí, hola, quisiera pedir una pizza —dijo Valentina.

Así lo habían acordado.

Minutos atrás Andrea le había contado su «plan brillante» con una sonrisa enajenada.

«¿Quieres que pida una pizza?».

«Sí».

«¿A la policía? Pero ¿por qué?».

«¡Espera y verás!».

—Señora, ha marcado usted el número de emergencias de la policía —dijo el agente con el tono de enojo que era de esperar. Tenía un leve acento de Franconia, que seguro que se volvería más marcado si lo enfadaba más aún.

—Eso, eso. Con salami y queso.

Cumplió así la segunda orden que la araña le había dado. A partir

de ahí debería improvisar.

El policía al otro lado de la línea vaciló.

—Entiendo… —dijo. Su voz entonces adoptó de pronto un tono tenso, como si se hubiera enderezado en su asiento—. ¿Está usted en peligro en este momento y se siente amenazada?

—Sí.

Andrea levantó el pulgar. Valentina recobró la esperanza. ¿Acaso ese monstruo psicópata había perdido la cabeza por completo? Tal vez la araña se había bebido el último sorbo de cordura con la absenta de Camilla y, en su enajenación, le permitía solicitar ayuda.

Pero ¿por qué hacerlo de un modo tan complicado?

«¿Por qué no gritar simplemente "¡Vengan a la casa Waldpfad!" en el auricular?».

Andrea se lo había prohibido expresamente, pero al final todo acabaría en lo mismo. «¿O tal vez no?».

El agente de la central avisaría a un coche patrulla y pondría en marcha una actuación si la conversación seguía por ese derrotero.

—¿Y no está sola? —preguntó.

—Eso es —improvisó ella.

—¿Hay más de un agresor?

—No. Solo una pizza.

Otra amplia sonrisa. Otra señal con el pulgar arriba.

—Vale. Lo está haciendo muy bien. ¿La persona que está con usted va armada?

Valentina contempló a la araña, que tenía los ojos muy abiertos y brillantes. Andrea susurró de modo incluso poco audible para Valentina: «Tamaño XXL, por favor». Ella lo repitió.

Así prosiguió la llamada de emergencia.

El agente le preguntó si estaba herida y de qué gravedad; le pidió su dirección y su nombre, y Valentina respondió en cada ocasión con lo que Andrea le decía con gestos o señas. La que probablemente

fue la llamada de emergencia más extraña de todos los tiempos terminó con la instrucción de que el repartidor dejara la pizza delante de la puerta y que encontraría el dinero debajo del felpudo.

«¿Y ahora?».

Aquel empático e inteligente policía al otro lado de la línea la animó y le prometió que la ayuda estaba en camino. Luego, obviamente para evitar que se interrumpiera la comunicación le pidió a Valentina que repitiera la siguiente frase: «No hay problema, espero a que contacten con el repartidor».

También ella obedeció en este punto, pero al parecer Andrea no quería poner fin a la conversación, así que tapó el móvil con una mano y le susurró:

—Dile que tu amigo Ole tiene mucha hambre. Que no puede esperar».

«¿Ole?».

—Un momento, aguarde. También debo decirle…

«¡Oh, Dios!».

A Valentina se le cayó el alma a los pies. Las lágrimas le empañaron la mirada.

En ese instante cayó en la cuenta. Tal vez, de no haber estado tan nerviosa y desesperada, si no hubiera permanecido inconsciente dos veces tan seguidas, lo habría visto venir. La dimensión inimaginable de ese plan diabólico.

«¡Qué estúpida he sido!».

«Con esta llamada acabo de cavar mi propia tumba».

Una tumba para dos. En la que Ole ya se estaba pudriendo.

—No, no. No lo haré. —Se atrevió a rebelarse.

—¿Hola? ¡Oiga! ¿Sigue usted ahí? —oyó preguntar al policía por el altavoz.

Entonces sintió la corriente de aire. Ella contaba con que sería la de la bala de una pistola, pero, de alguna manera, la araña se las

arregló para sacar primero con disimulo una hoja de afeitar del bolsillo y luego, con ese mismo gesto, le seccionó la garganta.

Valentina gritó. De un modo espantoso.

No porque fuera a morir. Sino porque se acababa de dar cuenta de lo que había hecho.

Hacía tiempo que Ole había muerto. Por supuesto. De haber estado vivo, su declaración habría podido echar por tierra el plan de Andrea, que consistía en responsabilizarlo del crimen. Para evitarlo, Andrea, sin duda, se había asegurado de que el cuerpo del muchacho desapareciera bajo los cimientos de alguna obra y no volviera a ser visto jamás. Y ahora la araña la mataría a ella y culparía de su asesinato a Ole. Al que ella acababa de traicionar. Su único amigo. El único hombre con el que había estado.

Aunque ella no hubiera revelado el nombre de forma explícita al agente, los investigadores no tardarían en considerarlo sospechoso.

- La víctima no había podido hablar con libertad durante la llamada de emergencia.
- El asesino tenía que conocerla si le permitía encargar una pizza.
- El asesinato solía ser un crimen pasional.

Y la única relación que ella había tenido en la vida hoy habría desaparecido para no volver nunca más.

En efecto. Era un plan brillante.

Seguro que Andrea había dejado pistas que presentaban a Ole como un delincuente mentalmente perturbado. Al interrogar a la antigua directora de la escuela, esta aprovecharía para cargar sobre Ole los rumores en torno al tiempo de permanencia de los olvidados de Lobbeshorn.

«¡De casta le viene al galgo! Sus padres ya eran delincuentes convictos. Pasaron muchos años en la cárcel. Y Ole también mostró

tendencias criminales desde el principio. Ya en el internado intentó someter a Valentina. Ella dependía de él y él la trataba como a una esclava. Le imponía tareas cada vez más radicales que ella estaba obligada a cumplir. Desde el principio esa fue una relación tóxica que acabó de un modo trágico». Valentina casi podía oír las mentiras que Stella contaría a los investigadores.

«¡Qué pérfida!».

Andrea había garabateado en las puertas y había distribuido los sobres con las tarjetas rimadas para volver en contra de la propia Valentina lo que esta había planeado para matar a Stella.

«Pasaré a la historia de las leyendas modernas como la chica del calendario, que esta noche fue torturada y asesinada por su novio. Y lo más triste es», pensó Valentina, mientras notaba cómo Andrea la metía dentro del cajón de la cama, «que yo he escrito mi propia esquela».

58

Actualidad

Olivia

—Yo estaba por la zona cuando entró la llamada de la pizza.

Estaban sentados en el coche de Strachnitz, en el aparcamiento del Gasthof Fels, con el motor en marcha.

El agente de policía bajó el parasol y sacó de ahí con la mano derecha un cigarrillo sin filtro. Olivia supuso que iba a encenderlo, pero lo cierto es que solo lo utilizó para calmar su nerviosismo y entretener los dedos. Ella observó fascinada cómo lo movía en la mano, parecía un batería haciendo girar la baqueta.

—La llamada de la pizza, así la llamamos. —Él prosiguió su relato —. Una joven llamó al 110 y encargó una pizza. El agente se dio cuenta enseguida de que la mujer no podía hablar con libertad y dio aviso. Yo respondí a la llamada. Junto con Samira, mi compañera. Después de todo aquello ella pidió el traslado, tuvo suerte, y ahora está trabajando por la zona del Sarre.

—¿Qué pasó entonces?

—Es mejor no saberlo.

—Se lo ruego.

Él se pasó los dedos por el pelo con gesto nervioso.

—Entramos. Había escritos por todas partes. Números, notas. Hallamos poemas. Y un dedo.

—¿Un dedo?

—Dentro de la estufa. Y no solo eso. Subimos por la escalera. Al llegar arriba, en el dormitorio, lo examiné todo y luego abrí la cama.

Era una de esas en las que se puede levantar el colchón y se muestra el cajón de la cama. Y ahí dentro, mejor no recordarlo…

Se llevó la mano al cuello.

—¿Qué?

—Dentro yacía una mujer. Cubierta de sangre. Se abalanzó sobre mí. Llevaba en la mano una hoja de afeitar… Me dio aquí.

Con un parpadeo nervioso Strachnitz señaló un punto por encima de la nuez.

—La única explicación que le encuentro es que el agresor —que usted cree que fue esa mujer llamada Andrea— se dio cuenta de que, en lugar de una pizza, la chica había llamado a la policía, y que entonces le seccionó la garganta. Seguramente creyó que la herida era mortal. Así que la metió en el cajón de la cama y, al hacerlo, se le cayó la hoja de afeitar o el cuchillo que había utilizado para herirla. Cuando abrí la cama, la chica, aterrada, entró en pánico. Seguramente pensó que su agresor había vuelto y atacó en supuesta defensa propia.

—¿Y entonces qué? —quiso saber Olivia.

—Bueno, pues nada.

—¿Qué quiere decir?

—Después de eso me tuve que comer el perro.

—No lo entiendo.

—Pues ya somos dos. —Strachnitz se rio con amargura—. Recuperé la consciencia al día siguiente, en el hospital. Mi padre estaba junto a mi cama. Él, que en paz descanse, era policía, como yo. Y me dijo que un perro me había atacado.

—¿Cómo?

—Sí. Dijo que allí no había habido ninguna mujer. Ni números, ni poemas, ni dedo en la estufa. Que todo eso era invención mía. Pero no. Lo vi con mis propios ojos. Y esto de aquí —Strachnitz se volvió

a señalar el cuello— tampoco es la mordedura de un perro callejero. Esto es de una cuchilla.

Volvió a hacer girar el cigarrillo con los dedos, pero esta vez se le escapó y cayó al suelo.

—Estuve tres meses en rehabilitación y luego pude volver al trabajo.

—Según usted, ¿qué cree que ocurrió en la casa Waldpfad?

Él asintió con la cabeza. Tenía la mirada clavada al frente.

—Bueno, claro, le di muchas vueltas, por supuesto. Estuve investigando. Hice algunas averiguaciones. Me obsesioné con la cuestión. Durante un tiempo fui incapaz de hacer otra cosa.

Tragó saliva.

—Por supuesto, hubo filtraciones. Primero, las habladurías en el pueblo y luego, bueno, ya sabe. Es posible que yo mismo iniciara la leyenda de la chica del calendario. De hecho, Gunther debería echarme a mí del pueblo, no a usted. Da igual, no logré averiguar nada en concreto. Y hasta el día de hoy, nadie ha contado la verdad de lo ocurrido. Pero con los años he desarrollado una teoría.

—¿Y cuál sería?

«Por favor, ahora no me vengas con que estabas drogado y que tu padre tenía razón y que todo fueron invenciones tuyas», pensó Olivia. A fin de cuentas, él le acababa de gritar que lo de la chica del calendario era solo una fantasía. Era evidente que solo lo había dicho porque en ese momento lo único que había querido era poner fin cuanto antes a la conversación.

Entonces empleó una expresión que probablemente resumía lo que pensaba de verdad:

—Protección a la víctima.

—¿Y con esto usted quiere decir…?

—Que la chica del calendario consiguió escapar de su agresor, pero tenía miedo de que el hombre regresara.

La miró de soslayo y luego volvió de nuevo la vista hacia la pared de pizarra más allá del parabrisas.

—Lo siento, siempre creí que había sido un hombre. Su novio Ole, con el que había ido al colegio, sería quien mejor encajaría con el perfil. Lleva once años desaparecido. Así que no se lo tome a mal si me refiero al agresor en masculino.

—Entonces ¿dice usted que tiene una teoría? —insistió Olivia con voz suave. Sabía que las personas que querían contar algo en confianza veían perturbado su discurso de forma innecesaria con preguntas largas o incluso con observaciones propias.

Strachnitz asintió.

—Mi teoría. A mí me parece que mi padre lo arregló todo con el fiscal para que el agresor no regresara y diera caza para siempre a sus víctimas: la mujer y el bebé.

—¿Alguna vez le planteó a su padre esa teoría?

Se rio.

—Sí, pero mi padre no se fue de la lengua. Para él yo no era lo que se dice alguien de confianza, no sé si entiende lo que quiero decir. Pero bueno, tampoco hizo mal al no contarme sus secretos. Entonces yo ya bebía y frecuentaba a diario el local de Gunther. Además, durante aquel servicio no estaba completamente sobrio. Por otra parte, como habrá observado, soy un bocazas. Visto en perspectiva, entiendo que él no quisiera que me fuera de la lengua. Pero, por responder a su pregunta: no, mi padre nunca me lo confirmó de modo explícito. De todos modos, cuando le planteé mi teoría de la «protección a la víctima» me miró con respeto por primera vez.

Strachnitz puso en marcha el motor, algo que Olivia interpretó como una invitación a marcharse. Abrió la puerta del acompañante, salió al frío de la tarde, que ya había oscurecido bastante, y volvió a

cerrarla de golpe. Mientras el policía ponía la marcha atrás, ella dio un golpecito en el parabrisas y él bajó la ventanilla lateral.

—¿Sí?

—Soy psicóloga.

Él sonrió.

—Lo suponía. Usted sabe escuchar.

Ella sacó su monedero.

—Tome. Por si hay alguna otra cosa que necesite contar.

Strachnitz cogió la tarjeta de visita y la examinó con la luz de la pantalla del ordenador de a bordo.

—Vaya, pero si es incluso profesora universitaria. —Chasqueó la lengua con gesto apreciativo—. La enmarcaré, señora Rauch.

—Hablo en serio. Llámeme si necesita algo. O envíeme un correo electrónico.

—Lo tendré en cuenta.

Se quedaron mirándose fijamente un poco más de lo normal. En el momento en que él apartó la mirada, ella hizo de tripas corazón y le preguntó:

—¿Podría usted tal vez acompañarme allí?

—¿A la casa Waldpfad?

Ella asintió. Con Strachnitz a su lado ella se sentiría mucho más segura.

—Así los dos nos podríamos convencer de los aspectos veraces de la leyenda. Tal vez la chica del calendario acabe apareciendo. Y eso quizá podría ser el principio del fin de su trauma.

Él se llevó la mano al cuello con un gesto probablemente involuntario, sonrió de forma amable, pero negó con la cabeza.

—Buen intento, señora Rauch. Pero no, de ningún modo. Ya se lo he dicho, durante un tiempo estuve obsesionado con el tema. ¿Sabe? Cuando enfilé el camino hasta la casa con Samira, vi esa vela encendida. Un velón negro que había en la ventana de la cocina.

Entonces no le concedí importancia. Pero luego eso me persiguió en mis sueños. Durante mi fase maniaca, pasaba por delante de la casa casi a diario. ¿Y sabe lo que me daba miedo?

—Encontrar una vela negra encendida en la ventana de la cocina.

Ella lo dijo a modo de afirmación, no como pregunta.

Él asintió.

—Exacto. Así que la respuesta es no. Definitivamente, no pienso acompañarla hasta allí. Como todos los días, esquivaré esa parte de Rabenhammer con la esperanza de que la chica del calendario, si de verdad existe, también lo haga. La verdad: esa vela me sigue aterrorizando.

Subió la ventanilla lateral, dio marcha atrás y salió del aparcamiento con las ruedas derrapando.

59

Unos años atrás

Andrea

La tarea ya estaba hecha. Valentina ya tenía el cuello abierto. Aquella sabandija estaba dando sus últimos suspiros.

«Rápido. Muy rápido».

Para la huida, Andrea había utilizado el acceso secreto, el camino a través de la fosa séptica del sótano. La casa Waldpfad no se había conectado a la red de alcantarillado hasta principios del nuevo milenio. La fosa donde se habían acumulado las heces durante más de un siglo seguía bajo el garaje, ante la bóveda subterránea. Muy pocos sabían del túnel, que por una parte conectaba con la bóveda subterránea y, por otra, con la salida al pie de la ladera, muy cerca del camino. Si uno soportaba el hedor bestial y la compañía inevitable de las ratas durante el camino, ese era el mejor atajo para entrar y salir sin ser visto. Bastaba con llevar siempre un ambientador Febreze para neutralizar los olores. Además, el riesgo de ser visto por un transeúnte a esas horas, casi medianoche, era prácticamente nulo. Y así fue como ocurrió.

«¡Soy un genio!».

Apenas dos minutos después de acabar con Valentina, Andrea ya había alcanzado el vehículo de huida. Estaba aparcado desde la tarde del día anterior en el terreno más bajo de la pendiente, en el cobertizo de la única casa deshabitada. Las puertas heladas crujieron con estrépito en esa noche estrellada. Andrea arrancó el motor a toda prisa, cogió la bolsa de deporte con la muda y empezó

a cambiarse la ropa. Entonces se oyó un crujido. Luego, un chasquido fuerte y ruido estático.

Fantástico. Todo iba según lo previsto.

60

Actualidad

Olivia

«Así deben de sentirse las personas que sufren distorsión perceptiva», se dijo Olivia, tras aparcar el coche y contemplar el paisaje que se le abría tras el parabrisas.

Le resultaba muy difícil aceptar como real lo que veía. Hasta el momento, aquella imagen solo se le había presentado en forma de fotografía. Ahora, la casa del bosque se había vuelto una realidad. Por eso Olivia tuvo la sensación de ser un elemento vivo que hubiera saltado dentro un paisaje fotográfico.

«Es de verdad. He llegado a mi destino», se dijo. Había apagado el motor y contemplaba el poste indicador de madera con la forma de la silueta de la Alta Franconia con la que Julian había podido ubicar el lugar en el bosque de Franconia.

Tras la visita al Gasthof Fels, encontrar la dirección exacta fue un juego de niños.

La casa Waldpfad, tal como la había llamado Camilla en el restaurante, salía tanto en Google Maps como en Apple Maps.

A Olivia le sorprendió que esa pequeña urbanización de apenas una docena de casas siguiera formando parte de Rabenhammer, teniendo en cuenta lo lejos que estaba del centro del pueblo. Tuvo que conducir un buen rato por la carretera antes de que el GPS le mostrara la bandera de destino.

Aunque Olivia había puesto al máximo la calefacción, cuando salió del coche se sentía como si fuera un bloque de hielo. Lo dejó

aparcado al pie del camino, en un aparcamiento de grava junto a la carretera.

Difícilmente la miniván habría podido subir sin cadenas la cuesta que llevaba hasta el edificio oscuro que había justo antes del bosque.

«Bien, pues…».

Miró el móvil. Las 15.33. Oficialmente, aún faltaba una hora para la puesta de sol, pero era evidente que el sol no se había enterado de eso y había desaparecido tras un espeso manto de nubes. Estaba tan oscuro que la mayoría de los vecinos habían encendido la iluminación exterior.

«Por desgracia.

Dondequiera que mirara, Olivia veía árboles de Navidad con luces, renos centelleantes y papanoeles luminosos. Lo único que no alimentaba su santafobia era el lugar adonde iba. «Por suerte», la casa Waldpfad estaba a oscuras.

«¿Habrá llegado ya?», se preguntó Olivia.

No había ningún coche en el aparcamiento, pero probablemente, en su estado, Valentina Rogall no había venido conduciendo. De Berlín a Hof había tren y una línea de autobús. En ese caso, Olivia podría haberse adelantado.

«Siempre y cuando yo haya interpretado correctamente la carta de despedida de Valentina y ella haya venido aquí».

Para matar.

Olivia se estremeció.

Una fina llovizna seguía acompañando a los incontables copos de nieve que danzaban como polillas frente al indicador iluminado de la zona de senderismo. Olivia tenía que resguardarse los ojos del aguanieve con ambas manos para poder hacerse una idea del sendero empinado que tenía delante.

Solo había siete casas en aquel lado de la carretera, y todas ellas

tenían la chimenea encendida. Excepto una situada al final del camino.

La casa Waldpfad.

Olivia iba avanzando paso a paso, procurando hundir bien los pies en acumulaciones de nieve profundas. Aunque tal cosa le humedecía el calzado, por otra parte, al menos tenía un punto de apoyo.

Además, resultaba más cansado, así que al poco rato entró en calor.

Percibió el olor a fuego de chimenea, el de la leña recién encendida, y se detuvo un instante para disfrutar de esa agradable sensación un poco más intensamente. Dobló la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. Se concentró en su respiración, que se le había acelerado apenas al cabo de unos pocos pasos, e inspiró el aire húmedo y perfumado.

«Adelante», se dijo para animarse a abrir los ojos. Entonces, lo vio y un escalofrío le recorrió la espalda.

En otras circunstancias, esa visión no le habría resultado en absoluto perturbadora, ni siquiera aterradora.

La ventana de la cocina.

Con la vela negra.

Y su llama titilando agitada por la corriente de aire.

61

Esa vela encendida era la única señal de vida en un edificio que, por lo demás, agonizaba.

Pese a la mala visibilidad y la escasa iluminación, era evidente que la casa Waldpfad había visto tiempos mejores.

De ser una pieza musical, aquello sería una elegía. Tenía la verja del jardín medio arrancada, las ventanas destrozadas y la chimenea derrumbada y fría en un tejado al que, sin duda, le faltaban muchas tejas.

Olivia, cuyos músculos al alcanzar la entrada le ardían como fuego, dudaba de que alguna vez alguien se molestara en podar aquel jardín cubierto de maleza, retirar las pintadas de la puerta del garaje o reparar la puerta principal rota.

Al ir a dar el primer paso por el pasillo, le sonó el móvil, que establa empleando para iluminar el camino. Olivia necesitó un instante espantoso para darse cuenta de que no había activado ninguna alarma. De hecho, antes de reconocer su propio tono de llamada, pasó unos instantes preguntándose quién instalaría un sistema de alarma antirrobo en un edificio en ruinas.

«Número desconocido».

No atendió a la llamada. Nunca lo hacía con llamadas de números ocultos, y menos entonces, cuando necesitaba emplear toda su concentración en no abofetearse y gritarse a sí misma con enojo: «¿Te has vuelto loca? ¿Cómo te metes al anochecer en una casa en ruinas en medio de la nada persiguiendo una quimera imposible en vez de estar en casa cuidando de tu hija enferma?».

Incluso en sus pensamientos evitaba llamarla «enferma terminal».

Alma estaba enferma, a la espera de recibir una cura, que en principio solo requería dar con un donante de médula ósea.

«¿Cuyo nombre y dirección esperas obtener de una persona psíquicamente enferma?».

«Puede que incluso la propia Valentina sea compatible. ¿Y si la medicación no la ha perjudicado tanto?», se dijo Olivia para sus adentros.

«A fin de cuentas, alguien que anuncia que se dispone a ejecutar una misión asesina está, sin duda, sano. ¡Mucha suerte esperando a la chica del calendario!», se burló su voz interior juiciosa a la que, cómo no, no le faltaba razón. Olivia ni siquiera tuvo que emplear sus propias habilidades terapéuticas consigo misma. Ya el sentido común le decía que ella era un manojo de nervios emocionalmente trastornado que habría seguido al flautista de Hamelín hasta la Antártida si aquello significara la más mínima oportunidad para Alma.

Olivia contempló la caja de fusibles rota. Cables, enchufes, metal. Unos ladrones se habían llevado todo lo que tenía algún valor ahí. El salón estaba tan vacío como la cocina. Donde antes debió de haber muebles empotrados, la cocina o el frigorífico, ahora solo había paredes sucias y suelos desiertos.

Tan solo la vela negra desentonaba en ese cuadro desolador. Verla titilar junto a la ventana resultaba inquietante y esperanzador al mismo tiempo. Alguien debía de haberla encendido, y no hacía mucho rato, porque solo parecía estar consumida en una cuarta parte.

—¿Valentina? —Olivia se atrevió a pronunciar el nombre de la chica del calendario mientras subía por una estrecha escalera al piso superior.

Dio un respingo cuando el móvil empezó a sonar otra vez. De nuevo, otro número oculto. Se disponía a volver a rechazar la

llamada cuando recordó que los responsables de la DKMS le habían dicho que tenía que estar localizable a cualquier hora del día o de la noche.

—¿Sí? —preguntó con voz trémula. Y, de nuevo, la esperanza se convirtió en una esquirla de cristal cortante que le ocasionó un nuevo corte sangriento en el corazón cuando oyó quién insistía tanto en contactar con ella.

—¿Señora Rauch? Le habla Strachnitz.

El policía.

«Mierda».

O no. «Tal vez era algo bueno». Al menos ya no estaría tan sola mientras recorría las estancias vacías del primer piso.

—Me estaba preguntando si estaría usted a punto de cometer una gran estupidez.

Como no supo qué responder a eso, Olivia guardó silencio de camino a una habitación que, por las marcas que había en el suelo, en su momento debió de tener una cama doble.

—¿Sigue usted ahí? —preguntó Strachnitz.

—Sí.

—Ha ido a la casa.

—Usted ya lo sabía.

Oyó ruido de tráfico al otro lado de la línea. Así pues, él seguía en su coche. Sonaba más tenso que antes, cuando había descargado su alma.

—Por eso estoy llamando. Debería marcharse. Hay algo que usted no sabe.

—¿Qué es?

—La casa de Waldpfad fue conectada al sistema de alcantarillado muy tarde. Durante mucho tiempo se usaba una fosa séptica. Una vez al mes venía un camión que aspiraba los residuos que no se habían filtrado.

—No entiendo lo que…

—Pues bien, esa fosa nunca se rellenó. Ahora está vacía. Y alguien creó un acceso a través de ella desde el exterior hasta el sótano. ¿Entiende lo que quiero decirle?

—Que hay una entrada secreta —murmuró Olivia.

Y que, por ello, en cualquier momento ella podía convertirse en víctima de un ataque potencial.

En el momento en que se dio cuenta de eso, oyó un disparo en el piso de abajo. Olivia soltó un grito y se giró tan rápidamente hacia las escaleras que se mareó.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Strachnitz.

—Ni idea. Creo que solo ha sido el viento.

No. Estaba segura de ello ahora que iluminaba la entrada abajo desde el rellano superior. La puerta principal volvió a sonar con el mismo estruendo que antes había confundido con un disparo.

—Así pues, ¿todo bien?

—Sí.

—Vale, pues en ese caso lárguese, ¿me ha entendido? Antes de que ocurra algo.

—De acuerdo —le mintió y bajó la escalera.

Oyó el sonido de una llamada entrante y le pidió a Strachnitz que aguardara un momento en la línea.

—¿Elias? ¿Qué ocurre?

—Es de locos. Agárrese. Bueno, mejor siéntese, porque le juro que va a alucinar de verdad.

62

Parecía como si su estudiante de doctorado acabara de subir corriendo una montaña. Estaba sin aliento y agotado.

—¿Qué ha descubierto?

—¡No se lo va a creer!

Olivia se detuvo frente a una puerta detrás de la cual supuso que estaba el baño.

Su alumno empezó a hablar precipitadamente.

—Estábamos equivocados. Todo el mundo se equivocó. Incluso los médicos que entrevistaron a Valentina al principio. Es Andrea. Estuvo siempre mal en los informes. Durante años Valentina guardó silencio y solo se abrió cuando el doctor Roth la sometió a tratamiento.

—¿Y ahora sabemos quién es ella?

—No es ella. ¡Es ÉL!

—¿Y eso?

—Lo dicho. Me había equivocado —dijo Elias. Tenía la voz quebrada por la excitación—. Lo tengo ante mí, en blanco y negro. Todo tiene sentido. Es un hombre. ¡Andrea es un hombre!

—¿Qué demonios quieres decir con eso? —preguntó ella a Elias mientras abría la puerta del baño. La nariz se le inundó con un olor metálico y nauseabundo. La luz de la luna que penetraba por una claraboya caía sobre unos azulejos sucios. Vio una taza de váter destrozada, trozos de un lavamanos roto y algo que la paralizó de horror. Bajó el móvil, incapaz de hacer nada.

«Ayuda», pensó, incapaz de apartar los ojos de la hoja de afeitar. Reluciente y plateada en medio del charco de sangre, junto al brazo con la muñeca seccionada perteneciente al cuerpo de una mujer cuya edad no podía determinarse bajo la luz del teléfono móvil. Pero

Olivia la reconoció. Entre otras cosas, por su pelo, que era del mismo tono gris desvaído de la pared de hormigón que la mujer había estado contemplando durante los últimos años desde su silla de ruedas a través de la ventana del hospital.

«Valentina Rogall». La chica del calendario.

Sin embargo, descubrir que tenía ante sí un cadáver no fue, ni de lejos, tan horripilante como lo que había en el baño junto a la fallecida.

Un hombre arrodillado junto al cadáver, de un aspecto aterradoramente familiar para Olivia, a pesar de que hasta ese momento le había dado la espalda.

—¡Andrea es un hombre! —oyó gritar una vez más a Elias en el auricular que ella seguía teniendo junto a la oreja. En ese instante ella lo reconoció sin ninguna duda.

—¿Julian? —preguntó ella y, movida por el instinto, dio un paso atrás cuando su marido se volvió lentamente hacia ella con las manos ensangrentadas y se puso en pie.

63

Se quedaron mirándose fijamente durante un rato. Varios segundos. Demasiados. Olivia logró poner fin a la conversación con Elias y retomar la comunicación con Strachnitz, aunque no sabía si el policía seguía en la línea.

«¡Socorro!» fue lo único que pudo gritar en el auricular, porque su marido le quitó el móvil al momento. Ella entonces reparó horrorizada en que la sangre de Valentina no solo estaba en las manos de Julian, sino que además le manchaba el rostro hundido y flaco.

—¡Alma! —gimió Olivia.

Tenía un montón de preguntas para su marido…

«¿Qué haces aquí? ¿Qué has hecho con la chica del calendario? ¿Por qué tú mismo pareces un cadáver?».

… pero la primera y más importante era sobre su hija.

—¿Qué has hecho con ella?

Julian miró el cadáver en el suelo como si este le pudiera dar alguna respuesta, y luego dijo:

—Nada. No he hecho nada.

—Pero ¿qué demonios estás haciendo aquí? ¿Qué significa esa sangre en tu cara?

Sin darse cuenta, negó con la cabeza, lo cual provocó como efecto surrealista la voz imaginaria de Elias en su oído proclamando cada vez más fuerte: «Andrea. Es. Un. ¡Hombre!».

«¿Mi marido?».

¿Era posible? ¿Julian tenía algo que ver con la leyenda, aparentemente cierta, de la chica del calendario?

«Valentina ya estaba embarazada cuando fue a la casa Waldpfad».

—Te lo puedo explicar todo —dijo Julian tendiéndole la mano; fue entonces cuando ella se dio cuenta de que se había ido alejando cada vez más de él y que ahora se encontraba en el umbral del pasillo.

Súbitamente, él dio un paso rápido hacia delante e intentó agarrarla por el brazo. Olivia se dio la vuelta. Por un breve instante se preguntó si conseguiría correr hasta alcanzar la salida, pero entonces reparó en la puerta diagonalmente opuesta a ella.

«Esa fosa nunca se rellenó. Ahora está vacía. Y alguien creó un acceso a través de ella desde el exterior hasta el sótano».

Con la esperanza apremiante de no caer en una trampa, Olivia intentó abrir la puerta tras la que sospechaba que estaba la salida del sótano. Pero fue en vano. Estaba cerrada.

«¡No!». ¡Un momento!

¡Solo estaba atascada!

Presa del pánico, Olivia tiró de la manilla de la puerta para ponerse a salvo de esa persona en la que ya no confiaba desde hacía meses y a la que ahora apenas reconocía como el hombre con quien había estado casada.

Se arriesgó a echar un vistazo por encima del hombro para calcular el tiempo que tenía antes de que él se le viniera encima. Pero Julian acababa de sufrir un ataque de tos de modo que no estaba en condiciones de seguirle los pasos. ¡De momento!

De pronto se oyó un crujido y la puerta cedió. Primero, un centímetro, luego otro, y finalmente se abrió con tanta rapidez que Olivia estuvo a punto de perder el equilibrio.

Se quedó mirando una escalera que conducía a una sala abovedada subterránea y oscura. Durante la apertura, había tenido la sensación de que la manilla se había aflojado en su mano. Eso le dio una idea que la animó mucho.

Olivia volvió a agarrar la manija de la puerta y la sacudió con todas

sus fuerzas.

—¡Estás cometiendo un error! —oyó gritar a Julian detrás de ella.

El ataque de tos ya se le había pasado. Salió del baño arrastrando los pies, respirando con dificultad.

«¡Vamos, vamos, vamos!», se gritó Olivia en su mente y cuando, en el último segundo, iba a darse ya por vencida y echar a correr hacia la puerta principal, se obró el milagro.

La manilla se soltó. Le bastó un último tirón y se quedó con ella en la mano.

«Aleluya».

Julian todavía estaba a un paso. Pero…

—¡AAAH!

Lo iba a conseguir.

«Sí, sí, sí».

En un instante se deslizó a la sala abovedada y le cerró la puerta del sótano en las narices. En el último segundo.

64

—¡Sal de ahí! —gritó él aporreando desde fuera la puerta que ahora los separaba. Estaba hecha con tablones toscos y sin tratar. Al no tener la manilla, Julian no podía abrirla. No, al menos de un modo simple. Por otra parte, el panel parecía lo bastante resistente como para que no pudiera derribar la puerta de una patada.

«Ojalá».

Temblorosa, completamente agotada, Olivia bajó a tientas dos escalones y se dio un golpe en la cabeza.

«Maldita sea».

No tenía teléfono móvil, ni linterna, ni cerillas. Nada con que apartar esa oscuridad que apestaba a orina y moho. Para no romperse los huesos, no le quedó más remedio que quedarse sentada en un frío escalón de piedra.

Julian seguía golpeando la puerta con los puños desde el otro lado.

—Olivia, te lo ruego. Puedo explicártelo todo. Cara a cara.

—¡Ni en sueños! —gritó ella—. ¡No hasta que me digas lo que está pasando!

Silencio. Por un momento, no oyó sonido alguno. Julian, al parecer, debía de haberse quedado sin fuerzas. Ya no aporreaba la puerta del sótano. En vez de eso, parecía ahora como si deslizara la espalda contra ella, exhausto, como para tumbarse ahí delante.

De pronto se hizo un silencio tal que Olivia llegó a oír los latidos de su propio corazón y la respiración entrecortada de Julian. Todas esas sensaciones fueron sustituidas por una sensación brusca de entumecimiento cuando Julian rompió su mutismo y dijo en voz baja:

—Nunca me perdonarás lo que he hecho, Olivia.

65

—¿Qué? —le preguntó ella—. ¿Qué demonios has hecho?

—¡Nada ilegal, lo juro! —dijo el hombre al que había dejado hacía meses a causa de sus mentiras.

»Me imagino lo que estarás pensando —le oyó proseguir desde el otro lado de la puerta—, pero te juro que no le he hecho nada a esa mujer del baño. No la había visto en mi vida. Ya estaba muerta cuando he llegado.

—¿Y esperas que me crea eso?

—Cielos, pero ¿qué piensas de mí? Además, no habría tenido tiempo de hacerle nada. Seguramente he llegado un poco después que tú. ¡Tengo el coche aparcado junto al tuyo!

«¿Después de mí?». Eso querría decir que Julian debió de colarse en la casa mientras ella hablaba por teléfono en el piso de arriba. ¿Eso era posible?

—¡Tienes su sangre en tu cuerpo!

—Es mía —repuso él ante el asombro de ella—. ¡Me sangra la nariz!

—¿Esperas que me lo crea? —Negó con la cabeza—. De todos modos, ¿qué se te ha perdido aquí?

—¡Tú! —Le oyó suspirar—. Después de que me hablaras de Rabenhammer, te he venido siguiendo en coche para confesarte una cosa.

Las largas pausas con que iba interrumpiendo las frases evidenciaban lo difícil que era para él decir en voz alta lo siguiente:

—He hecho algo malo, Olivia. Algo imperdonable.

Esas últimas palabras quedaron ahogadas de nuevo por otro ataque de tos. ¿Le dolía alguna cosa? A Olivia le vinieron a la cabeza

el anuncio de medicamentos que había visto en el Gasthof Fels. Hanni y Nanni, las actrices.

Nada tenía sentido. Especialmente las palabras que Julian dijo a continuación.

—Tenía tanto miedo, Olivia.

—¿De qué?

—De no llegar a tiempo.

—¿Qué dices?

—Si ya lo ves. Soy incapaz de pensar con claridad. ¡Estoy enfermo!

«¿Algo mental?».

Olivia cerró los ojos y se tapó la boca con la mano. Volvió a pensar en Alma. ¿Le habría hecho algo a ella también? ¿Era posible? ¿Era posible que Olivia, como experta, hubiera pasado por alto en su marido un trastorno de personalidad tan profundo que le hacía capaz de cometer crímenes terribles?

—¡Por favor, deja que te lo explique!

—No vas a tener mucho tiempo para eso —dijo ella—. La policía está a punto de llegar. Cuando me quitaste el teléfono estaba hablando con ellos.

—Lo siento, lo hice como un reflejo —se disculpó—. ¡Vi el espanto en tus ojos y quise explicarme antes de que hablaras con alguien más!

Su voz parecía infinitamente triste.

—Te lo ruego, abre la puerta. Ya así es muy duro para mí, pero ¿no poder mirarte a los ojos? ¡Aquí, en esta casa infernal carente de alma!

Ella siguió en silencio.

Él volvió a toser.

—Vale —suspiró y después de que ella como respuesta no le hubiera dado nada más que su silencio durante lo que le pareció una

eternidad, él comenzó su chocante confesión—. Puede que incluso sea mejor que no puedas verme cuando te lo cuente.

66

—Hace medio año fui a visitar al doctor Hamadeh —dijo Julian, y su monólogo adquirió un rumbo que no auguraba un buen final—. Por precaución. Te dije que todo estaba bien. Pero era mentira.

Olivia cerró los ojos. Los apretó con fuerza y confió en que al final acabaría acostumbrándose a ese entorno y que al menos podría reconocer algo en la oscuridad.

—Tengo un páncreas que parece un trozo de pizza podrida.

Volvió a abrir los ojos. Al hacerlo se apagaron los destellos que ella misma se había provocado al apretarlos. La palabra que resumía las explicaciones de su marido se le clavó como una garrapata: carcinoma de páncreas. Una de las expresiones con peor pronóstico de todas.

—No te creo —dijo Olivia con tono apagado.

¡Eso era una chorrada! Se lo contaban todo. Nunca había habido secretos entre ellos. ¿Y ahora él le había ocultado una cuestión tan vital como esa?

«Tonterías».

—¿Y qué motivo tenías para ocultármelo?

Él suspiró apenado.

—¿Acaso no te lo imaginas? Nuestra hija está luchando por vivir. Y ella, a diferencia de mí, todavía tiene una oportunidad. En mi caso es inútil. Hamadeh me ha dado unos seis meses. No quería desperdiciar ese tiempo siendo una carga para vosotras.

Olivia se quedó pensando. Por esa época, Julian había empezado a cambiar. Había adelgazado. Ella había creído que era para complacer a sus amantes.

—¡Eso es mentira!

—Ojalá lo fuera.

Ella se arrastró un escalón más hacia arriba.

—¿Vas a decirme ahora que me has seguido hasta aquí para confesarme que querías darte un último revolcón antes de morir y que por casualidad te has encontrado el cadáver de la chica del calendario? ¿Y pretendes ahora que yo te dé la doble absolución? Ah, no, espera, la triple absolución. ¿Por Hanni y Nanni y por no contarme lo de tu cáncer de páncreas?

—Ah, Olivia. —Nunca en la vida había oído a nadie pronunciar su nombre con tanta nostalgia—. Nunca tuve una aventura. Desde que nos conocimos solo has estado tú. Y, tal como están las cosas, nunca habrá nadie más.

¿Qué estaba diciendo?

—Pero ¿Linda y Sina? —preguntó pese a conocer la respuesta.

—Son actrices. Las contraté para mi espectáculo de despedida.

—¿Para que yo te dejara?

—Para que me odiaras.

Oyó que Julian se movía al otro lado de la puerta. Su voz se volvió más próxima, probablemente había vuelto la cabeza hacia ella.

Con un gesto intuitivo, ella llevó la palma de la mano contra la madera.

—Cariño, para que mi muerte te resultara más llevadera. Que pensaras: «Que suerte haberme librado de ese idiota. No voy a llorar mucho esta pérdida».

¿Por eso a ese tipo desesperado se le había ocurrido el engaño más estúpido e imperdonable de todos?

«¡Tonterías!».

Oyó que Julian se sorbía la nariz. Adoptó un tono de voz más suave.

—Me contaste que dijiste que el momento en que tu padre se sentó junto al lecho de muerte de tu hermano pequeño fue el peor

de tu vida. No quería que tuvieras que pasar de nuevo por otra batalla inútil que acabara otra vez con la muerte de alguien a quien querías.

A Olivia le pareció oír «o eso espero».

—Esto son majaderías —dijo ella—. Tú quieres a Alma, ¿verdad?

—¡Más que a mi vida!

—¿Y no querías pasar tus últimas horas en la tierra junto a ella?

—Pero de ningún modo quería que fuera testigo de mi decaimiento. El dolor. Los espasmos. La lucha contra una muerte sin sentido a la que ella misma podría enfrentarse. Y que no puede ganar si la visión de su padre moribundo le arrebata toda su fuerza de voluntad. Por eso tuve que pensar algo para que ambas os mudarais de inmediato.

—¡No, no, no!

Olivia notó en los labios la sal de las lágrimas que de repente le recorrían las mejillas. Golpeó la puerta con el puño.

—¡No, no, no! —repitió su mantra desesperado e inútil, mientras cada vez sus golpes se volvían más fuertes.

—¡Gilipollas redomado, idiota!

—¡Lo sé! —oyó a Julian llorando al otro lado de la puerta—. No tengo ninguna excusa, excepto que mis intenciones eran buenas. Tras el diagnóstico de Hamadeh me quedé en estado de shock. Más incluso que ahora al hallar el cuerpo. Yo estaba desesperado, por completo fuera de mí. Entonces me vino a la cabeza ese programa de comedia que veíamos los dos en Netflix. A ti ese humor te parecía demasiado vulgar, pero hubo un comentario que nos hizo reír a los dos. ¿Te acuerdas?

«Estar muerto solo es duro para los demás. Uno mismo no lo siente», aseguró el cómico, para luego añadir: «¡Con la idiotez pasa lo mismo!».

—¡Morir no tiene que ver conmigo! Eres tú quien va a sufrir mucho

tiempo después de mi muerte. Yo quería ahorrarte eso. Creí de verdad que te estaba haciendo más fácil que me olvidaras.

Ella apretó la mano contra la puerta todo lo que pudo. Le hubiera gustado apretar hasta atravesarla.

—Pero ¿sabes una cosa? No funciona.

Le oyó sollozar. Casi lo podía ver, sentado en el suelo al otro lado de la puerta, con el maquillaje con el que había intentado borrar los signos visibles de su enfermedad corrido; cómo su confesión iba avanzando mientras los hombros se le contraían:

—Te echo tanto de menos, Olivia. A las dos. Cuando trajiste a Alma de nuevo a casa y nos sentamos en el salón. Tú en el sofá, Alma arriba, en su cuarto, nuestra fotografía en el cubo de su mesita de noche… Entonces me di cuenta de cuánto os añoro. De cuánto te necesito. Por esto he conducido hasta aquí. Por favor, Olivia, perdona mi egoísmo. No puedo lograrlo sin ti. Ábreme. No quiero morir solo.

Ella apoyó la cabeza contra la puerta. Acarició la madera, se clavó una astilla, pero no se dio cuenta.

—Ojalá pudiera —dijo ella.

—¿Perdonarme?

—Abrir la puerta. Al otro lado la manija también se ha caído y no consigo encontrarla en la oscuridad.

Julian pareció recuperar la compostura.

—Vale, espera. Voy a buscar alguna herramienta. Te sacaré de ahí.

Oyó que se marchaba. Sus pasos se alejaron, cada vez más silenciosos, hasta que, en algún momento, no se oyó nada.

Excepto por el roce de la puerta secreta, que se abrió lenta y pesadamente siete escalones por debajo de donde ella se encontraba.

67

Unos años atrás

Andrea

Andrea arrancó el motor a toda prisa, cogió la bolsa de deporte con la muda y empezó a cambiarse la ropa. Entonces se oyó un crujido. Luego, un chasquido fuerte y ruido estático.

«Fantástico». Todo iba según lo previsto.

Andrea subió el volumen de la emisora de radio del salpicadero y, aunque solo escuchó la mitad del aviso, llegó a tiempo.

—… Tannensteig 18. 95129 Rabenhammer. Posible caso de violencia doméstica. La víctima: una mujer, unos veinticinco años, de nombre Valentina Rogall. Ha pedido una pizza a la central de emergencias. Por lo tanto, no puede hablar con libertad. Agresor armado.

Andrea descolgó el micrófono del soporte de la emisora de radio del coche patrulla y exclamó con una implicación exagerada:

—¡Me encuentro cerca! ¡Yo me encargo!

—Andy, ¿eres tú?

Andrea sonrió satisfecho.

Le gustaba más cuando los colegas abreviaban su nombre de pila. En su pasaporte ese agravio femenino figuraba por la única razón que sus padres eran unos fans de mierda de Italia.

«A la mierda Andrea Botticelli». A la mierda el que sea un nombre masculino muy común en Italia.

«Mamá puede irse a la mierda».

Esa noche él se había emancipado de Stella. Le daba igual lo

mucho que ella quisiera a Andrea. Lo eliminaría y lo sustituiría por su segundo nombre. También ese tenía que ver con Italia. Pero daba igual. Por lo menos era masculino.

Lo susurró varias veces para sí mientras se metía, con cierta torpeza, dentro del pantalón de servicio, que estaba frío de cojones.

—Roman Strachnitz. Roman Strachnitz. Roman…

«Sí, desde luego».

Eso sonaba mucho mejor.

68

Actualidad

Olivia

Olivia se golpeó la nuca contra la puerta a causa del sobresalto que le provocó el ruido, y la luz que lo acompañó.

De pronto, el sótano a sus pies se iluminó. Vio basura, una estantería volcada, cables y escombros arrojados por el suelo. Y el agujero oscuro en la pared, frente al cual la luz parecía flotar. Oyó a Strachnitz llamarla por su nombre y, aliviada, salió de su desconcierto.

—¡Aquí! ¡Estoy aquí!

«Gracias a Dios». Strachnitz había oído su petición de ayuda por teléfono.

Pero ¿por qué no había entrado por el acceso delantero con la pistola dispuesta y, en cambio, sí por el pasadizo secreto del que había hablado antes?

—¡De prisa! —le gritó él desde el pie de la escalera.

Él dejó el foco en el suelo y se colocó en el haz de luz.

—Rápido, queda poca batería. Suelo usar esta cosa para asegurar lugares de accidentes. Ahora va a tener que iluminarnos el camino de vuelta.

Dio un paso hacia la escalera y le tendió el brazo para que se agarrara a él, como una barandilla.

—¿Adónde vamos? —preguntó Olivia, agarrándose a él agradecida. Sentía frío; la visión del cadáver de Valentina la había impresionado

profundamente y la confesión de su marido había acabado con sus últimas reservas emocionales.

—Vamos a tener que atravesar la antigua fosa séptica.

Strachnitz señaló una puerta entreabierta que, vista desde el sótano, parecía una pared de ladrillo. Dentro de ella había una pequeña trampilla, que también estaba abierta. Era como la gatera de su casa de antes. «Genial».

La trampilla, al parecer, servía para despistar. Las personas que no estaban al corriente se limitaban a abrirla y solo veían detrás una pequeña cavidad. Strachnitz, en cambio, había utilizado la puerta de la pared, que le llegaba a los hombros, mostrando así la entrada a un pequeño túnel. Sin embargo, con eso también había conseguido que la pestilencia rancia a heces de la vieja fosa séptica hiciera insoportable el aire del sótano.

—¡Venga conmigo! —la urgió.

—¿Por qué no intentamos abrir la puerta de arriba?

—Así la voy a poner a salvo más rápidamente.

—¿A salvo de qué?

—De su marido. El que antes hablaba por teléfono era su marido, ¿verdad?

¡Vaya! Al parecer, Julian no había interrumpido la conexión después de que ella pidiera auxilio.

Olivia apartó la mano de Strachnitz, que aún tenía apoyada en el antebrazo del hombre.

—No es un peligro. He hablado con él y…

Strachnitz la interrumpió:

—Sí, sí, vale. Ya hablaremos de todo esto en el coche patrulla. Ahora, tenemos que irnos de aquí.

—Pero ¿a qué viene tanta prisa?

—Por favor, nos estamos quedando sin tiempo.

—¡No!

«Aquí hay algo que no va bien».

—Yo no me marcho a ningún sitio.

Vio que el policía se detenía un instante.

Parecía estar concentrándose. Estar buscando las palabras adecuadas para convencerla.

Entonces, con voz tranquila él dijo:

—Su marido es agente inmobiliario, ¿verdad?

—Sí, pero ¿qué tiene que ver eso?

—He estado haciendo algunas averiguaciones. Está siendo investigado.

—¿Cómo dice?

—Su marido alquiló unas oficinas a una red de adopción ilegal. Y se quedó a Alma a modo de comisión. Valentina Rogall quería recuperar a su hija y él ahora le ha cortado las venas.

—¡Esto es de locos!

Él adoptó una mirada severa. Strachnitz apenas parpadeaba.

Lentamente, levantó el foco del suelo, procurando no deslumbrarla con el gesto.

—Sí. Su marido está loco. Probablemente tiene un tumor en la cabeza. ¿No se ha fijado que últimamente habla de forma muy confusa? Se lo ruego, debo acompañarla por el túnel y ponerla a salvo. Luego se lo explicaré todo con más detalle.

—¿Olivia? —oyó que Julian la llamaba desde arriba. Había regresado.

Strachnitz se llevó el dedo índice ante la boca.

—He encontrado un manojo de llaves en el despacho del primer piso. A ver si hay suerte.

Olivia le oyó manipular la cerradura.

Al mismo tiempo Strachnitz le tendió la mano. Con la otra mano sostenía el foco e iluminaba el túnel. Entonces susurró:

—Voy a sacarla de aquí. Por favor. Su marido es peligroso.

Olivia pensó unos instantes. Oyó el chirrido de metal contra metal, el tintineo de las llaves chocando entre ellas; oyó las imprecaciones de Julian, y rezó para tomar la decisión correcta. Para que, pese a todo, hubiera un poder superior, al que ella de buena gana llamaría Dios si le permitía escapar de allí sana y salva.

No entendía del todo el trasfondo de la cuestión. No disponía de todos los datos a mano, pero había una cosa que sabía perfectamente: «Puedo confiar en mis habilidades. Soy psicóloga. Veo y oigo si alguien me miente».

Por eso, asió la mano de Roman Strachnitz y lo siguió al interior del túnel.

69

Cuatro pasos.

Había tenido que inclinar la cabeza. La altura del nauseabundo pasillo de hormigón apenas superaba la del techo de un coche. Strachnitz, que para protegerse de la pestilencia se tapaba la nariz con el cuello alto de su jersey, andaba como si quisiera imitar a un mono.

Olivia iba detrás de él, que encabezaba la marcha envuelto en su plumífero grueso y de brillo metálico. Debía hacerlo así, claro está, si no quería descubrir su tapadera demasiado pronto. A fin de cuentas, él sostenía la luz. No habría sabido argumentar por qué él debía cerrar la marcha sin que ella sospechara.

Lo cual hacía rato que ya ocurría.

Strachnitz había recitado el abecedario del revés.

Una terapeuta no podía fiarse jamás solo de lo que el paciente decía. Debía analizar el lenguaje corporal.

Antes, frente al Gasthof Fels, Strachnitz había sido sincero con ella. La chica del calendario, esa casa, el sótano… Aquello le había destruido la vida. Mientras se lo contaba, en el coche, había parpadeado, gesticulado, incluso había jugueteado con un cigarrillo haciéndoselo pasar entre los dedos. Eso era verdad. Le resultaba tan fácil como el abecedario.

En cambio, una mentira era agotadora. La gesticulación se detenía, el ritmo del parpadeo disminuía y en general, uno estaba más calmado. Como instantes atrás, cuando él había querido engañarla con la ridícula historia de las intrigas de Julian durante la adopción. Ella se había dado cuenta, incluso en aquella bóveda llena

de desechos, donde había más sombras que luz. Strachnitz había recitado el abecedario al revés. Había mentido.

Se habría dado cuenta incluso si él no hubiera cometido el error de decirle que Valentina tenía las muñecas cortadas. Él no lo habría podido deducir de la llamada telefónica que había escuchado. Por eso, ella había decidido aprovechar la primera ocasión para pillarlo por sorpresa.

Al cabo de apenas cuatro pasos.

Justo cuando oyó que Julian había logrado abrir la puerta del sótano. Poco antes de que Strachnitz pudiera enderezarse porque el pasillo se volvía más alto y el hueco que se abría delante era más ancho.

Justo ahí, Olivia le propinó un puñetazo en la espalda.

El policía tropezó y cayó al suelo. Soltó el foco de la mano, pero no importaba. La luz no le hacía falta. Para volver atrás solo había un camino.

Dar la vuelta y correr. Fuera del túnel, regresar con Julian. Cerrar de un portazo y esperar que Julian entretanto…

«Oh Dios, no».

Olivia se quedó paralizada. Se detuvo involuntariamente. Era como si una mano con raíces hubiera brotado de aquel hormigón apestoso y le hubiera enrollado unos lazos de acero en los tobillos.

«Se acabó. Estoy perdida».

Olivia lo sabía: había tomado la decisión correcta; había aprovechado la mejor ocasión; había examinado el momento a la perfección. Pero no había tenido en cuenta una cosa:

La cuerda.

En el techo.

De la que poder tirar como en otros tiempos en el tranvía cuando uno quería apearse en la parada siguiente.

Después de esas sacudidas de Strachnitz, Olivia ya no tenía

ninguna posibilidad de salir de esa pesadilla.

Se había cerrado ante sus ojos.

La puerta que acababa de atravesar.

Strachnitz la había cerrado por dentro con un fuerte tirón y ahora apuntaba con el arma al torso de Olivia con una sonrisa diabólica.

70

—¡Vamos, vamos, vamos! —le gritó—. ¡Usted delante!

La fachada se había venido abajo, la máscara había caído. Strachnitz le había mostrado a Olivia la desagradable cara de la verdad. Era un asesino. No todos los psicópatas acababan convirtiéndose en criminales. Pero cuando lo hacían, eran los peores.

Cuando ella pasó delante, él le puso la pistola en la nuca.

—¡Siga en línea recta hasta que yo le avise!

Strachnitz tenía todas las características de este tipo de delincuente. Alguien capaz de camuflarse a la perfección, hasta el punto de engañar incluso a una profesora de Psicología, pero que, en lo más íntimo de su ser, carecía de escrúpulos, y actuaba a muerte. Literalmente.

«Si me dispara aquí, nadie me encontrará».

—¿Podemos hablar? —Olivia intentó restablecer el vínculo que había surgido entre ellos en el restaurante. El eco de su voz se volvió más apagado. Después de que el pasillo se ensanchara, pasaron a la antigua fosa séptica, que a ella le parecía que estaba justo debajo del garaje.

Al cabo de tantos años, el fondo ya no estaba grasiento y resbaladizo, como debió de estarlo en otros tiempos, cuando el excedente que no se había filtrado a través del subsuelo poroso tuvo que ser extraído por un camión cuba. Olivia se abría paso con dificultad sobre los restos congelados de papel higiénico usado, excrementos, compresas y otro tipo de desperdicios que se habían tirado por el retrete en épocas remotas.

—¡No entiendo lo que ocurre! —dijo con sinceridad.

Strachnitz, detrás de ella, muy cerca, con la lámpara en la mano,

le hundió el cañón de la pistola en la espalda.

—¿Por qué no lo ha dejado correr? —Hablaba con tono enojado y triste a la vez—. He hecho todo lo posible por detenerla. Me he negado a acompañarla hasta aquí. Incluso la he llamado para asustarla. Pero usted ha seguido. No me ha querido hacer caso. ¡Y ahora así estamos!

Dirigió el haz de luz hacia una abertura del sumidero. La entrada a otro túnel.

¿Debía dirigirse ahí?

«¿Por qué no me dispara aquí mismo?».

Había muchas cosas que Olivia no entendía. Por ejemplo, la relación de Strachnitz con la chica del calendario. ¿Acaso él era «Andrea»? ¿Acaso el policía había torturado a la chica en su momento y la había matado ahora, años después?

«Nunca lo sabré», se dijo Olivia con tono fatalista mientras avanzaba trabajosamente en la dirección que él le había indicado. Ella se equivocaba. Strachnitz le confirmó sus peores temores cuando dijo:

—Hace once años, esta situación me habría gustado mucho más. Yo solo, con una mujer guapa e indefensa en un túnel oscuro. ¡Dios, qué bien me lo habría pasado haciéndola entrar en pánico! Yo era un psicópata completamente ido.

—Los pacientes con este trastorno de la personalidad no cambian —dijo Olivia como por reflejo.

«No sin terapia. Ni medicación».

—Cierto. Pero se vuelven mayores. Y entonces es como el sexo, me imagino. Hoy ya he matado una vez. Dos veces seguidas es más deber que diversión.

Había varios soportes en T que sostenían el techo del túnel. Olivia tenía la impresión de encontrarse en un pozo de carbón, en parte también porque seguían descendiendo.

—¿Y por qué asesinó a Valentina Rogall? —preguntó ella.

—Para proteger a mi madre. Es una larga historia, usted no tiene que comprenderlo todo. El caso es que mi madre hizo cosas malas cuando la chica del calendario era aún pequeña e iba al colegio. Y ahora vivimos en una época en que es casi una costumbre que las víctimas salgan de sus agujeros años después. Se da en uno de cada dos casos de abusos. Las víctimas permanecen calladas durante una eternidad y entonces, cuando los agresores están a punto de jubilarse, asoman de repente.

—¿Usted temía que Valentina se sometiera a terapia y abandonara el psiquiátrico para acusar a su madre?

Casi notó cómo él asentía a su espalda.

—Hace once años, intenté proteger a la familia matando a Valentina. Y no lo conseguí. Desde entonces no ha pasado un solo día en el que no haya temido que Valentina volviera y llevara a mi madre a la cárcel. Yo tenía que impedirlo. Y hoy, con la ayuda de usted, lo he conseguido.

Olivia tosió al atragantarse con su propia saliva.

—¿Con mi ayuda?

Él soltó una risa de complacencia.

—Yo mismo fui incapaz de dar con Valentina en Protección a las Víctimas. Pero desde el día en que la encontré a usted, señora Rauch, supe que tarde o temprano me conduciría hasta la madre de su hija adoptiva. Y, fíjese, eso justamente es lo que pasó. Usted dio con la chica del calendario en el psiquiátrico y provocó tanto revuelo que ella se dirigió a mí directamente. De cabeza a la trampa.

Olivia percibió orgullo en su voz y supo que aquel era el punto de partida para que él siguiera hablando y evitar que actuara de forma no premeditada (por ejemplo, disparándole por la espalda). Él quería jactarse, así que bastaba con hacerle preguntas que halagaran su ego narcisista.

—¿Cómo me encontró?

—Escuché el pódcast. Mucho antes de que fuera manipulado por los medios. Por pura casualidad. Yo no tenía ni idea de quién era usted. Simplemente, me pareció interesante lo que dijo sobre la religión y el engaño y la busqué en Google. —Strachnitz chasqueó la lengua—. En fin, qué decir. Mi viejo no me contó gran cosa de la adopción para así proteger a Valentina. Pero una vez dijo el nombre del bebé sin querer.

Olivia se giró un instante hacia él y vio un brillo travieso en sus ojos.

—Alma. —Soltó una risita—. ¿Cuántos bebés con un nombre así fueron dados en adopción nada más nacer hace once años en el este de Alemania?

Le ordenó que siguiera avanzando, ella obedeció y entonces él le clavó bruscamente el cañón de la pistola entre las costillas.

—Deberían haberle puesto otro nombre a su hija adoptiva. O, por lo menos, asegurarse de que no saliera en la biografía que publicó la revista estudiantil con motivo del aniversario de la universidad.

—Así pues, ¿lleva ya dos años siguiéndome? —preguntó Olivia.

—No estoy solo. Tengo ayudantes. Personas que, sabiéndolo o sin saberlo, se han colado en su círculo íntimo para facilitarme información. Así supe quién era su persona de contacto en la Oficina de Adopciones. Y que su hija estaba enferma. A partir de entonces, bastó con provocarla para que saliera en busca de la chica del calendario.

—¿Provocarme con qué?

—¿A usted qué le parece?

«Con mensajes de odio en las redes sociales. Publicaciones con fotografías en apariencia carentes de sentido. Y mensajes privados de un tal Abuelito Wilhelm en el canal de TikTok de Alma».

Alcanzaron una escalera. Era tan empinada como la que conducía

a la bóveda subterránea. Los peldaños estaban excavados directamente en tierra y cubiertos con tablones de madera. Para no caerse, Olivia intentó agarrarse a los bordes de piedra que sobresalían de la tierra a derecha e izquierda, en la que le parecía adentrarse cada vez más profundamente.

—¿Adónde me lleva?

Durante un buen rato, había intentado reprimir el pánico haciendo preguntas referidas únicamente al pasado. Pero había llegado un momento en que no podía ignorar el presente y la desgracia inminente que se cernía sobre ella.

—¿Qué va a hacer conmigo? —preguntó, consciente de lo patético que eso parecía. Se daba cuenta de que poco a poco perdía acceso al psicópata, como demostraba el hecho de que él ya no le diera ninguna respuesta.

«Oh, maldita sea».

Siempre había creído que uno de sus puntos fuertes era su capacidad para conectar con la gente, incluso en situaciones extremas. Aquel don a menudo había sido para ella luz en las horas oscuras; sin embargo, el temor se había convertido en la mano que regulaba la intensidad. El miedo puro, desnudo y creciente a la muerte le mermaba su capacidad de pensar. Sabía que faltaba muy poco para que ella le suplicara por su vida.

—¿Qué pasará ahora?

La escalera terminó al cabo de unos metros. Frente a ellos había una puerta de madera con arco de medio punto.

Al verla Olivia recordó la entrada de la bodega de su padre. Cuando ella llegó ahí, de pronto todo se volvió negro como el carbón. Sintió el aliento de él junto al lóbulo de la oreja y se estremeció.

«Ha llegado el momento. Es el final», pensó, pero Strachnitz solo

había apagado la lámpara; acto seguido, extendió la mano por encima de su cabeza y empujó la puerta que daba al exterior.

—Ni una palabra, ni un grito, o está usted muerta —siseó y la empujó al exterior.

71

Cuando salió al exterior, fue consciente de la pestilencia a la que había estado expuesta.

Respiró con avidez el aire limpio y frío. Así debía de saber el agua pura de manantial a un sediento.

Otra razón, pensó Olivia, por la que los condenados a muerte no se resistían a sus verdugos. Querían vivir al máximo hasta el último aliento. Literalmente. Y nada en el mundo podía lograr que cedieran voluntariamente un ápice en eso.

—¡Por aquí!

Strachnitz la agarró por el brazo con la mano izquierda y le apretó tan fuerte el cañón entre las costillas con la derecha que ella la notó incluso a través de su chaqueta de invierno. Probablemente, la intención era que alguien que los viera por casualidad los confundiera con una pareja.

Olivia observó que habían salido por detrás de un terraplén y que se encontraban en un pequeño sendero. A mano izquierda este conducía hasta el granero de una propiedad que parecía abandonada. A mano derecha, que fue adonde Strachnitz la obligó a dirigirse, iba en dirección hacia la carretera, directamente al aparcamiento donde ahora había tres coches.

El BMW del policía, la berlina de Julian y la miniván de ella.

Hacia donde se dirigían claramente.

A Olivia le extrañó oír el zumbido del calefactor de estacionamiento. No recordaba haberlo accionado, pero tal vez al atravesar el túnel había accionado la llave con el mando a distancia.

—¡Usted conduce! —le ordenó Strachnitz, y ella obedeció.

Subió al calor de su coche, que nunca le había parecido tan

desagradable como entonces. Arrancó el motor mientras Strachnitz se abrochaba el cinturón en el asiento del copiloto.

—¿Adónde?

—Gire primero a la derecha, luego haremos como en la autoescuela. A menos que yo diga lo contrario, seguiremos siempre recto.

Olivia esperó a que un camión de ganado les adelantara a toda velocidad hasta tomar el desvío a la B173, alejándose cada vez más de Rabenhammer.

Estaba nevando. La visibilidad era peor que con niebla. Los limpiaparabrisas no tenían nada que hacer contra los copos que no se pegaban al parabrisas.

—¿Qué intenciones tiene? —preguntó mientras les adelantaba uno de los pocos conductores que se habían atrevido a circular con aquel tiempo.

—¿Quiere una respuesta sincera?

Strachnitz sonrió. Tal vez el psicópata se había cansado, pero parecía que lentamente iba recuperando sus ganas de jugar con la víctima.

—Mi plan está en marcha. En primer lugar, usted y su coche tienen que desaparecer de la escena del crimen. Eso incrementará las posibilidades de endosarle todo esto a su marido. Por lo demás, necesito que se me ocurra algo brillante sobre qué hacer con usted. Necesitaré tiempo, y ya se me ocurrirá algo. Eso mismo me pasó once años atrás con Valentina.

Ella dirigió la vista hacia él. Vio que contemplaba la calzada ensimismado, deleitándose en sus recuerdos. Una sonrisa leve en los labios.

—¿Usted la violó? —preguntó. La única pregunta cuya respuesta todavía le interesaba en esta vida—. ¿Es el padre de Alma?

Él la miró, negó con la cabeza y le pidió que aminorara la

velocidad. La hizo girar a la derecha por un pequeño puente que pasaba sobre un torrente medio helado y luego enfilar una pequeña colina hasta tomar una pista forestal que, aunque no estaba asfaltada, sí estaba helada. Entre sacudidas, fueron avanzando a cincuenta kilómetros por hora entre abetos altos como casas que bordeaban la pista sinuosa a derecha e izquierda. Resguardados por los árboles, algunas de cuyas ramas se entrelazaban formando un dosel sobre ellas, el entorno se iba volviendo cada vez más oscuro.

Olivia deseaba que el camino fuera de un solo sentido. Era tan estrecho que si alguien venía en sentido contrario iban a tener que detenerse y entonces ella, tal vez, podría pedir ayuda.

—No. Lo siento. —Él respondió a su pregunta en voz alta—. Yo no he violado a nadie, y menos aún a Valentina. El padre de Alma se llama Ole. Solo me acuerdo de su nombre de pila.

—¿Quién es?

La llama de la esperanza, apagada desde hacía algún tiempo, volvió a encenderse otra vez. Había un padre. ¡Un pariente de sangre!

—Ole era el novio de Valentina desde el colegio. Mi madre y yo nos divertíamos con los dos durante los periodos de permanencia. Es fue hace mucho tiempo. Mamá los castigó porque ella se quedó embarazada de él. Entonces ella tenía dieciséis años. Más tarde, ya adultos, lo intentaron de nuevo. Así que no. Nadie violó a Valentina. Ella ya estaba embarazada de Alma antes de alquilar la casa Waldpfad a través de la agencia de viajes de mi madre.

¿De qué agencia de viajes está hablando? ¿A qué se estaba refiriendo él? «No importa…».

Olivia se centró en lo fundamental.

—¿Y dónde está ese Ole en la actualidad?

Strachnitz soltó una risa.

—Me imagino que en algún lago de África, o tal vez en los

cimientos de un bloque de pisos en el Sudeste Asiático.

La llama de esperanza se volvió a apagar.

«No hay más que hacer». Es el fin. El padre biológico de Alma, a quien ella había estado buscando, había muerto antes incluso de que ella naciera. Y posiblemente Olivia había llevado a Valentina a su propia muerte con sus pesquisas.

Con eso terminaba la búsqueda, y con ella también, la esperanza de salvar la vida de Alma. Aquí y ahora, en su miniván. Su coche, que nunca le había gustado excepto por el calefactor de estacionamiento, acabaría seguramente también en algún lago artificial y se convertiría en su última morada. Hasta entonces, estaba condenada a tener que escuchar la autocomplacencia de un maniaco narcisista.

—Metí a Ole en el maletero de un coche robado que, por lo que sabía, iba a ser embarcado en breve en un buque portacontenedores con divisas de contrabando. No me imagino que el destinatario diera la voz de alarma cuando encontró un muerto entre los billetes de dólar blanqueados. —Strachnitz volvió a reírse—. Esa ocurrencia fue muy inteligente por mi parte. Lo que no lo fue tanto es dejarme su maldito dedo en el horno. Lo había cortado de su cadáver. Como un medio para conseguir que Valentina me obedeciera. Pretendía quemarlo antes de que llegara la policía, y me distraje. De todos modos, todo salió bien.

—Porque su padre obstruyó la investigación —dijo Olivia. Ahora que sabía que todo había terminado y que el trayecto por el bosque acabaría con su muerte, no importaba que él se enfadara. Sin embargo, Strachnitz no parecía sentirse ofendido en lo más mínimo.

—Sabe, eso es lo único que, visto con el tiempo, debo reconocerle de verdad a mi viejo. Supuse todo el tiempo que él quería humillarme porque no confiaba en que mantuviera cerrada mi boca de borracho. Pero poco antes de morir, me dijo que para él la

cuestión no giró nunca en torno a Valentina ni a la protección de la víctima. Ni del bebé. Supo desde el principio que yo estaba detrás de eso. Yo sabía lo del calendario de Adviento por mi madre. Él quería protegerme.

—¡Pero ahora su padre ya no está!

Un bache los hizo saltar literalmente de los asientos. El suelo estaba cubierto de una capa de nieve intacta. Hacía mucho tiempo que nadie había tomado ese camino antes que ellos. Sin duda esa era la razón por la que Strachnitz lo había elegido.

—Ahora él ya no puede protegerle. —Olivia siguió provocándolo—. Ahora todo depende de usted. ¿Tiene algún otro contenedor de contrabando donde meterme igual que a Ole?

—No —respondió él con naturalidad—. Ese es exactamente el problema que tengo. Podría haber explicado la muerte de Valentina. Esa perturbada regresa al lugar de sus chaladuras para acabar con su vida. Estaba tan débil que pude cortarle las venas sin problemas. ¿Y usted?

Empujó el cañón de la pistola hacia ella.

—Y eso sin mencionar que me cae usted bien y que no me gustaría mat… ¡MIERDA!

El disparo había destrozado la luna trasera del coche.

72

Olivia, asustada, dio un volantazo hacia la derecha, rozó el tronco de un árbol que estaba ahí tumbado a modo de limitador del camino, rayó el otro costado del vehículo, que hasta entonces había permanecido intacto, y frenó en seco. El cinturón de seguridad se le clavó en el pecho y en la base del cuello, pero en el momento en que la miniván se detuvo en la cuneta de la calzada ella no notaba nada.

«¿Quién nos está disparando?».

Mientras ella se mantenía agachada, Strachnitz apuntó su arma hacia atrás. Más allá del asiento trasero por la abertura donde aún habían quedado adheridas partes del cristal de seguridad. El resto debió de haberse desmenuzado dentro del maletero o en el camino.

—¡Vamos, vamos, vamos! ¡Siga! —le gritó. Olivia intentó arrancar el motor, pero a cada intento se calaba.

—Bueno, un momento, aguarde. —Strachnitz le asió con firmeza la mano con la que ella pulsaba el contacto.

—¡Tengo una idea!

Ella lo miró. Al mirarle a los ojos vio con horror una mezcla repulsiva de autocomplacencia y locura. Como si acabara de tener una inspiración diabólica.

—Apéese y vaya a ver lo que ocurre.

73

Simple.

Inteligente.

No había garantías al cien por cien y quedaban aún muchos cabos sueltos, pero Olivia estaba segura de que la idea de Strachnitz resultaría, por lo menos en un aspecto: «Voy a morir».

Aquí y ahora. En este camino nevado en medio de un bosque en ninguna parte.

El tirador, que debía de estar acechando en algún lugar entre los árboles y que les había disparado a través de la ventanilla trasera con un gran estruendo, la alcanzaría. Aunque todavía oscureciera más y no quedara más luz.

«¡Disparará!».

Aunque no sabía quién podía estar apuntándola ni cómo se las había arreglado para tenderles una emboscada o conducir tras ella para luego volver a desaparecer de inmediato, estaba segura de una cosa: era el blanco perfecto. Con el plumífero de color rojo brillante que Strachnitz le había obligado a ponerse antes de abrir la puerta del conductor.

Qué plan más perverso.

Qué simple.

Qué ingenioso.

Él la había obligado a salir del coche con las palabras: «¡La capucha sobre la cabeza, si no, recibirá un balazo!». Probablemente pasaría lo mismo si intentaba escapar. Aunque ciertamente ese policía preferiría que muriera por el arma de otro, Olivia estaba segura de que, en el peor de los casos, utilizaría la suya.

La nieve crujía bajo sus botas.

Avanzó trabajosamente unos metros por el sendero en la dirección por la que habían venido. Como debajo de la nieve había algunas raíces, era como andar sobre adoquines y debía tener cuidado de no torcerse el tobillo.

Pero ¿eso cambiaría alguna cosa?

Miró a su alrededor. Un pájaro negro salió volando de una rama cuando ella pasó por debajo. Nada más. La única señal de vida era su respiración agitada.

—¡Aquí no hay nadie! —gritó.

Volvió la vista atrás y no supo qué era más aterrador. Estar fuera, en el bosque helado, donde un peligro invisible parecía estar al acecho. O permanecer dentro, en su coche, ahora gélido también, sentada junto a la personificación del mal.

—¡Vuelva aquí! —oyó gritar a Strachnitz. Se dio la vuelta. Por el rabillo del ojo, vio un destello en el suelo. Al principio pensó que el destino se burlaba de ella por última vez mostrándole en su situación una moneda de la suerte entre las roderas. Pero entonces se dio cuenta de que tenía que haber perdido la cabeza.

No había otra explicación.

—¡Vuelva! —gritó con enojo Strachnitz mientras abría de golpe la puerta del copiloto.

Ella se agachó. Se puso de cuclillas. Y vio a su familia. Julian. Alma. A ella misma.

—No lo voy a repetir —gritó—. ¡O viene ahora o lo lamentará!

—¡Tiene que ver esto! —le respondió con una voz que le sonó extraña. Aturdida, confusa, asustada y divertida a la vez.

En ese momento, no se le ocurría ninguna explicación racional sobre cómo lo que acababa de recoger en el camino había acabado ahí. Y, sin embargo, lo tenía en sus manos.

—¿Qué tiene usted ahí? —preguntó Strachnitz, inclinándose sobre ella con la pistola en la mano.

Olivia se lo enseñó. El cubo de metacrilato que, de hecho, debería haber estado en la mesilla de noche de Alma en su casa en Kladow. Con esa foto holográfica cursi en 3D mostrándolos como una familia pequeña y feliz, como preservada para siempre en ámbar. Aquel bloque pesado y puntiagudo, del tamaño de un cubo de Rubik y ahora manchado de nieve y tierra, que en el pasado la había preocupado por su peso y sus bordes afilados en manos de Alma. Se lo mostró a Strachnitz a la vez que se ponía en pie. De repente, hizo un gesto brusco con el torso empleando todas sus fuerzas y le golpeó la sien con el «rompecráneos», con un único y potente gesto. Una vez, dos veces. Y algunas más. Hasta que el cubo manchado de sangre le resbaló de la mano junto al psicópata sin vida.

«En cada víctima hay un agresor potencial», pensó, y proclamó a gritos todo su dolor, su rabia, pero también su desesperación por haber hecho algo en la vida que nunca podría enmendar. Por muy justificado que estuviera.

Se levantó con la respiración entrecortada. Sentía los pulmones como si hubiera hecho una maratón. Vio a Strachnitz, sus piernas sacudiéndose descontroladas, su cara convertida en una única masa roja. Vio la pistola a su lado y la tomó para sí, a pesar de que ese policía ya no podría volver a asirla jamás.

Entonces vio una sombra deslizándose tras ella.

Olivia asió la pistola. Apuntó a la miniván. Y empezó a gritar.

No era de miedo ni de dolor ni de desesperación. Era un alivio infinito. De alegría.

Nunca se había sentido tan feliz. Nunca había llorado tan fuerte.

Olivia arrojó el arma a la oscuridad. Se quitó la odiosa chaqueta del psicópata y avanzó a trompicones hacia su vehículo.

De repente, los fragmentos se unieron y formaron una imagen. Y, aunque no estaba completa, era una de las más bellas de su vida.

Su marido tenía muchos defectos, pero había uno que no poseía:

no era un mal padre. Jamás habría dejado a Alma sola en Berlín. Nunca la habría obligado a caminar hasta la casa Waldpfad en su estado, pero tampoco la habría dejado congelándose de frío en su coche.

Por eso la había metido en el maletero de su miniván.

Ahí podía dormir tranquilamente y bien calentita. Gracias al calefactor de estacionamiento.

«Por eso no he muerto de un disparo aquí».

Porque no había ningún tirador.

El disparo no había entrado desde fuera, sino que había golpeado el cristal desde dentro. Lanzado por Alma, que desde su posición oculta lo había escuchado todo y había intentado hacer algo para ayudar a su madre.

Por eso se le había ocurrido la idea genial de utilizar el borde puntiagudo como martillo de emergencia, rompiendo así el cristal en mil pedazos antes de que el cubo se le cayera de las manos y cayera fuera del coche.

Olivia retrocedió con paso vacilante, de hecho se dobló el pie, pero no le importó el dolor. Se apresuró a abrir a toda prisa la puerta del maletero. Abrazó a su hija, que había usado su chaqueta como manta y su bolsa de viaje como almohada. Dio gracias a Dios de que esta vez no se hubiera olvidado el cubo en casa, dondequiera que tuviera ahora su «casa».

¿En el apartamento de Olivaer Platz? ¿En su casa en Kladow? O aquí, entre sus brazos, que agarraban a Alma y la apretaban contra sí, y que no la querían soltar mientras viviera.

Olivia se echó a llorar, igual que su hija, que nunca había sido hija de nadie más, a pesar de que hubiera tenido otros padres biológicos.

Sus lágrimas se juntaron mientras se besaban y se abrazaban; con todo, a pesar de toda esa alegría, Olivia no pudo ignorar la verdad desgarradora que intensificaba aún más su llanto: se había

propuesto salvar la vida de su hija. Al final, sin embargo, había sido Alma quien la había rescatado de las garras de la muerte.

74

Dos semanas después

El cuarto domingo de Adviento cayó aquel año el 22 de diciembre. El año anterior, como muy tarde a partir de esa fecha, Olivia había dejado de salir de casa, e incluso había evitado mirar por la ventana. Aunque su familia, por consideración hacia ella, no adornaba la casa por Navidad, en los jardines vecinos los muñecos de nieve, los árboles de Navidad, los trineos de renos y, más recientemente, los elfos navideños colgando de guirlandas de luces competían entre sí. En el curso de esos días, siempre se había hecho una idea de lo mal que lo debía pasar un alcohólico en recuperación al que en cada esquina un cartel publicitario, un colega o el minibar del hotel le gritaban: «¡Vamos, tómate una copa!». Para alguien a quien Papá Noel asustaba tanto como a otros la idea de tener que besar a una rata de alcantarilla, las Navidades eran pura terapia de choque.

Sin embargo, este año todo era diferente. Olivia había superado sus miedos e incluso había asistido a una fiesta de Navidad por primera vez en años.

Al principio, cuando ella había anunciado que iba a aceptar la invitación de Elias, Julian se lo tomó a broma. Y, a juzgar por la expresión de Alma, su hija todavía no parecía creerse que en ese momento estuvieran los tres juntos en la cocina del pequeño piso de estudiantes de Großbeeren.

—O se ha curado o ahora está para que la encierren —oyó que Alma le susurraba a su padre. Ambos la miraron con una expresión fingida de preocupación.

—¡Feliz cuarto domingo de Adviento también! —Olivia se echó a reír y brindó con ellos con una taza de cacao. Alma estaba radiante.

Estaba pasando un buen momento. A primera vista un observador desinformado no habría podido adivinar la gravedad de su enfermedad. Ese no era el caso de Julian, que todavía había adelgazado más. La camisa, que en otros tiempos llevaba entallada, ahora le bailaba en el torso, como si se la hubiera comprado para cuando creciera. Sin embargo, también parecía feliz.

De momento.

Tal vez fuera por eso que Steve Jobs consideraba la muerte como el mejor invento de la vida. Tenerla en cuenta permitía vivir con más conciencia. Lo mismo se podía decir de Olivia, que no estaba dispuesta a malgastar el tiempo que les quedaba con reproches inútiles sobre por qué, cómo y la razón por la que Julian le había mentido de aquel modo. Buena parte de su regreso a casa con Alma se debía a Evi. Cuando ella había contado a su mejor amiga la disparatada ocurrencia de su marido con la doble aventura, Evi se había limitado a decirle: «Tu marido quería que le odiaras para que no le lloraras demasiado. Vale, es una idiotez, pero ¿por qué te enfadas, Olivia? Tú tampoco eres mucho mejor y llevas años contándole a tu hija una mentira piadosa».

Ay. Con eso había dado en el clavo. Así era: ella había ocultado a Alma que era adoptada. En teoría para protegerla de una dura verdad a una edad temprana, pero en el fondo temía que eso pudiera empeorar su relación madre-hija.

¿Cómo era esa frase? El camino del infierno está empedrado de buenas intenciones.

«¡Y con adornos navideños!».

Dondequiera que mirara, era una pesadilla.

En el piso de Elias parecía como si él hubiera invertido los ingresos mensuales de una familia media en decoración *kitsch* navideña: estrellas de madera, de papel, de paja y de alambre; casitas de pan de jengibre cubiertas de nieve artificial; soportes de madera para

velas en forma de renos; un trineo decorativo sobre el que había una corona de Adviento y un árbol de Navidad de plástico profusamente decorado: una auténtica exposición al miedo en apenas veinticinco metros cuadrados. Así, no era raro que Olivia estuviera sudando y que tuviera las pulsaciones por encima de lo normal. Pero no estaba dispuesta a huir a gritos, encerrarse en el baño y sentarse temblando en el retrete durante la siguiente media hora. Quería cumplir uno de sus últimos deseos para Alma: más tiempo juntas. Más tiempo con la familia.

Evidentemente, como psicóloga, sabía que las personas con un trastorno de ansiedad (por ridículo que pudiera parecer a los ojos de otras personas sanas) no podían controlarse sin más. Pero, si algo bueno habían tenido los terribles sucesos ocurridos en y en torno a la casa Waldpfad, era que esa experiencia cercana a la muerte la había ayudado a enfrentarse un poco mejor a sus temores. Aunque estos no habían desaparecido, ahora los tenía categorizados. Categorizados y puestos en perspectiva. Olivia había aprendido que, incluso en situaciones desesperadas, era capaz de superar lo peor. Si era capaz de librarse de la muerte por los pelos, al menos resistiría media hora (era lo máximo que podía aguantar) la absurda decoración navideña de su alumno. Por ejemplo, para poder ver la sonrisa de su hija al aceptar de Elias una taza de chocolate caliente con forma de bota de Papá Noel. Su alumno lucía además un jersey navideño de cuello alto comprado en un supermercado de descuento.

«Encima esto».

Al menos Elias se había mostrado compasivo con una cosa y había apagado la música navideña. De todos modos, a estas alturas habría pasado desapercibida con el vocerío de las conversaciones del nutrido grupo de invitados. La mayoría eran estudiantes, y Olivia incluso reconoció a algunos de sus clases.

—¿No cortaremos el *stollen*? —preguntó a Elias señalando el regalo de la familia Rauch. Una bestialidad cubierta de azúcar en polvo. Con calorías suficientes para alimentar a toda aquella residencia de estudiantes. Julian ya lo había sacado de la caja y le había quitado el papel encerado. En ese instante se encontraba intacto sobre la encimera de la cocina, junto a una pila de platos y tenedores de postre.

—De inmediato, sí. Mi invitada sorpresa va a llegar en cualquier momento. Acompáñeme, tienen que conocerse.

Elias se abrió paso por el salón hacia el balcón arrastrando los pies. Olivia lo siguió con una sonrisa. Por supuesto, él volvía a lucir sus Crocs amarillas, ese día sin calcetines. Se quedaron junto a la puerta ventana.

—Vamos a ver.

Elias miró su reloj, luego volvió a mirar por la ventana y, de repente, se puso nervioso. Aquel domingo de Adviento era un día despejado y sin nubes, y faltaba poco para las tres de la tarde. Hacía días que el sol no lucía tan brillante a esa hora.

—¿Todo bien? —preguntó Olivia, al darse cuenta de su tensión repentina.

Estaban en la segunda planta del edificio que daba a la calle. Desde donde se encontraban tenían una buena vista del patio de la residencia de estudiantes, donde había una zona de contenedores de reciclaje, un aparcamiento cubierto para bicicletas y algunas plazas de aparcamiento para coches. En medio de todo aquello, bancos y arbustos de hoja perenne. Un diseño hermoso. Tan solo una calle principal muy transitada y ruidosa estropeaba la vista.

—Sí, sí, estoy bien —respondió Elias—. Es que…

—¿Qué?

—Mi abuela y yo no tenemos muy buena relación. De hecho, ella tampoco es mi abuela biológica. Soy adoptado. Por eso me cuesta

quererla tanto como debería. En todo caso, le debo mucho. Prácticamente ella me crio sola.

—¿Pero?

Él resopló.

—No estamos en la misma onda.

«Esta es la primera cosa sensata que me dices de ella», Olivia sonrió para sí.

Cualquiera que estuviera en la misma onda que aquel estudiante suyo de doctorado, de altas capacidades pero realmente estrafalario, debía tener, sin duda alguna, un comportamiento llamativo.

—Por cierto, nos conocemos gracias a ella.

—¿Ah, sí?

—A la hora de escoger carrera, yo solo tenía en la mente las ciencias duras, como Matemáticas, Física o Informática. Pero hace dos años ella me recomendó asistir de prueba a una de sus clases. Y, bueno, entonces me di cuenta.

—¿Te vinieron ganas de desentrañar los secretos del alma humana?

—No. De conocerla más a usted —dijo—. ¡Ah, ahí está! —exclamó excitado abriendo la puerta del balcón.

Un aire frío y gélido se coló desde el exterior hasta el interior del piso caliente. Inundó el salón abarrotado y apartó el aire viciado. Y entonces el tiempo se congeló.

Olivia dejó de moverse. De respirar. Ni siquiera pensó. Solo sentía. El frío que, de algún modo, debía de haber logrado colarse por su boca y su nariz, quizá también por sus ojos, para helarla por dentro y congelar su sangre y sus músculos y su mente. Y solo los suyos.

Porque alrededor todo el mundo reía, hablaba y se movía igual que antes.

—¡Eh! ¡Estamos aquí arriba! —Elias sacudió los brazos desde el balcón, aunque el coche que había entrado en el patio procedente

de la calle principal acababa de detenerse en una de las plazas de aparcamiento abiertas. Su abuela aún no podía oírle.

No hasta haberse desabrochado el cinturón de seguridad y abrir la portezuela.

De un coche con la rejilla del radiador extrañamente hundida hacia dentro. Como si recientemente esa furgoneta Volkswagen familiar se hubiera visto implicada en un grave accidente.

75

Elias cerró la puerta del balcón y pisó sin querer a Olivia en el pie. Más adelante sería difícil decir si había sido una suerte o no que ella se hubiera quitado los zapatos y los hubiera dejado fuera de la puerta principal. Probablemente con sus botas de invierno Olivia no habría notado las zapatillas de plástico del estudiante. Sin embargo, de este modo un dolor desagradable la devolvió a la vida.

Se dio la vuelta rápidamente, chocó contra el árbol de Navidad de plástico y se abrió paso entre los invitados. Tropezó con la pierna estirada de una chica sentada en un taburete, volvió a tropezar y sin querer hizo que a un hombre le cayera el vino caliente de la mano.

—¿Cariño?

Oyó que Julian la llamaba atónito y para entonces ella ya estaba en la puerta principal. Apartó bruscamente a una pareja que se estaba besando y se apresuró a salir al pasillo. Al bajar las escaleras, se resbaló con los calcetines y se agarró a la barandilla. A estas alturas tenía todos los sentidos aguzados, como si antes, junto a la puerta del balcón, se le hubieran reiniciado.

Notó las frías baldosas de granito en el zaguán de la casa, la gravilla en las plantas de los pies; notó que estos primero se le humedecían y luego se le mojaban, pero nada podía detenerla.

Entretanto, la abuela de Elias se había apeado del coche. Avanzaba hacia el edificio delantero sin prestar atención a lo que la rodeaba. Con la cabeza inclinada hacia delante rebuscaba alguna cosa en el bolso. Apenas les separaban cinco metros cuando levantó la vista por primera vez.

Olivia reconoció de inmediato a la mujer. Lucía un vestido de lana negro y los labios pintados en un rojo que combinaba bien. Se había

recogido su canoso pelo en un peinado laborioso que le debía de haber llevado mucho tiempo. La última vez se lo había ocultado bajo una sudadera con capucha, y eso había hecho que a Olivia le hubiera dado la impresión de estar hablando con un monje. Delante de la Oficina de Adopciones. Era la compañera de Wallenfels de voz ronca.

«¿Ha oído hablar alguna vez de la chica del calendario?».

La abuela de Elias abrió los ojos de par en par. En ese momento se dio cuenta de quién se le acercaba a toda prisa. En un gesto inútil y espontáneo de defensa, arrojó su bolso contra Olivia y se dio la vuelta. Corrió de vuelta al coche.

En una película de Hollywood, en ese instante habría forcejeado con la llave en la cerradura y habría tardado demasiado en abrir aquel viejo y abollado vehículo. Esto habría dado tiempo a Olivia para atraparla. Pero no había cerrado la puerta. Y la llave de contacto entró sin problemas donde debía.

La abuela de Elias arrancó la furgoneta y atravesó disparada en marcha atrás el patio, sin chocar contra ningún árbol, banco o bicicleta; aún yendo hacia atrás, cruzó a toda velocidad el camino de acceso hasta la calle y ahí se detuvo. Durante un instante, no mucho más que un parpadeo, se miraron a los ojos. Y Olivia lo notó. Lo reconoció en ese rostro siempre cansado y de mejillas hundidas. A través del parabrisas, desde una distancia como la de un autobús escolar. Aquella anciana estaba triste. Agotada. Rota y desesperada.

Como si fuera alguien incapaz de soportarse y, en el desprecio que sentía hacia sí misma, se diera cuenta de que en la vida no le quedaba tiempo suficiente para compensar todas sus fechorías.

—¿QUIÉN ERES? —le gritó Olivia.

«Ni siquiera para confesarlas».

Porque, en ese instante, un camión articulado chocó a toda velocidad contra el costado de la furgoneta Volkswagen.

76

Veintiún años atrás

Cerca de Lobbeshorn

Stella

Los gritos no cesaban.

Ni siquiera entonces, dos horas después, y eso que llevaba así toda la noche y medio día.

¡Qué bien! Ahora eran distintos. Más quedos, débiles. Nada que ver con los de Valentina cuando dio a luz.

El centro de maternidad al que Stella la había llevado concedía mucho valor al parto natural. Sin analgésicos ni tampoco epidural. Como decía la Biblia de Lutero. Antiguo Testamento, primer libro de Moisés, capítulo 3, versículo 16.

«A la mujer dijo: "Multiplicaré en gran manera tus dolores en tus embarazos; con dolor darás a luz los hijos"».

Así había sido con su Andrea. El hijo de su exmarido, que se había tomado treinta y seis horas de tiempo.

Y así es como debía ser con el bebé de Valentina.

Como era de esperar, sus gritos después fueron incluso más desesperados que durante el parto.

Probablemente seguían. Desde el momento en que Stella se había acercado a su cama y le había dado la triste noticia: «Era un niño, pero estaba demasiado débil».

Por suerte, el personal de aquel centro dependía de su ayuda económica y se encargaron prácticamente de todo lo que les pidió. A

modo de precaución, ataron a Valentina en la cama porque una experiencia tan traumática podía dar fuerzas de león a la madre más agotada.

Libre de ataduras, seguramente Valentina se habría levantado y corrido tras ella. Desde su habitación, situada bajo el tejado, bajando las escaleras y hasta el coche. Habría procurado evitar así que abandonara aquel edificio gris de la maternidad que llevaba el número **24** sin permitirle echar un vistazo al bebé muerto.

Pero así lo único que podía gritar era: «¡Es culpa tuya, monstruo! ¡Has matado a mi bebé! ¡Lo has torturado hasta matarlo mientras estaba en mi interior!».

«Qué absurdo», se dijo Stella Großmuth de regreso al internado. Y qué acusación tan injusta.

Ella se había atenido a la Biblia. La había dejado expiar sus pecados y aumentado sus dolores durante el embarazo, tal y como Dios quería.

—Y en cambio a ti, eso no te ha hecho ningún daño, ¿verdad? —dijo riéndose y orientó el retrovisor para poder ver la sillita del bebé.

Con el bebé ahí, orientado en sentido contrario a la marcha como ordenaba la ley, los piececitos en aquel pequeño pelele se estiraban hacia el asiento trasero.

El viaje fue tranquilo, con un ambiente fresco y agradable gracias al aire acondicionado, pero el niño seguía gritando a pleno pulmón, aunque no tan fuerte como su madre.

«Eso es bueno para los pulmones», pensó Stella y aprovechó un semáforo para girarse hacia él. Le acarició suavemente la cabeza.

—Gritas como un muchachito muy fuerte —dijo satisfecha—. Por eso te llamaré Elias, como el profeta más grande del Antiguo Testamento.

77

Actualidad – Veintiún años después

Olivia

Olivia se encontraba ante la puerta de cristal esmerilado de la unidad de cuidados intensivos y llamó al timbre.

Su abogado, el famoso defensor Robert Stern, le había aconsejado encarecidamente que no lo hiciera. No porque fuera sospechosa de ser la culpable del estado en que se encontraba Stella Großmuth. Había suficientes testigos que desde sus balcones habían visto a Stella, sin cinturón de seguridad y sin prestar atención al tráfico, retroceder a toda velocidad hacia la calle principal sin un motivo aparente. Con todo, era capaz de entender la cautela de su abogado. Sin duda, a los investigadores les plantearía muchas preguntas innecesarias que Olivia, apenas unas semanas después de matar a un hombre en defensa propia, visitara a la madre moribunda de este en el hospital, de cuyo accidente también había sido testigo.

El radiador del camión articulado había impactado en el vehículo haciendo que la furgoneta rodara varias veces sobre su propio eje por el asfalto, como si fuera una bola de billar de varias toneladas de peso. Fue un milagro que Stella no muriera en el acto. Según los médicos, estaba parapléjica y en coma, un estado del que probablemente nunca despertaría.

Se oyó un chasquido en el intercomunicador que el personal de enfermería solía utilizar sobre todo para saber quién estaba ante la puerta de la unidad de cuidados intensivos.

—¿Hola?

No obtuvo respuesta desde el otro lado. Tal vez en ese momento hubiera mucho trajín. Olivia se preguntó si debía volver a llamar al timbre. En ese instante la puerta se abrió.

«Dios mío».

Durante el viaje hasta allí, se había ido haciendo la idea de encontrar un cuerpo plagado de tubos y vías de infusión. Unos ojos vacíos, el rostro hundido y una cabeza a la que le faltaba parte del cráneo porque habían tenido que insertarle un tubo de drenaje para igualar la presión. No esperaba encontrarse cara a cara con un hombre cuyos enormes brazos tatuados le daban más la apariencia de portero de discoteca que de director de la Oficina de Adopciones.

—Señor Wallenfels —dijo ella asustada.

Por un momento, Olivia temió que fuera a golpearla, pero él se limitó a estrecharle la mano.

—Esto no tiene sentido —dijo Wallenfels en voz baja—. No debe entrar ahí.

En sus ojos había dolor y tristeza, no como alguien que se ha enfrentado a la pérdida de otra persona. Más bien como alguien que había sido traicionado y que desde entonces sufría un tremendo desengaño.

—Yo ya no la reconozco. ¡Esa de ahí dentro ya no es mi Stella!

78

«¿Mi Stella?».

Una enfermera empujaba una cama de hospital recién hecha y cubierta con una lámina de plástico transparente. La dejaron pasar y juntos se dirigieron a una sala de espera abierta.

—¿Quiere café? —preguntó él rebuscando monedas en los bolsillos de su pantalón deportivo. Calzaba zapatillas de deporte y una sudadera demasiado ajustada; parecía recién salido de una sesión de entrenamiento y no de la unidad de cuidados intensivos.

—¡Sí, por favor! —dijo Olivia, sorprendida ante la actitud comunicativa del jefe de la Oficina. La última vez la había despachado con brusquedad. Ahora, en cambio, parecía anhelar tener a alguien con quien compartir lo que acababa de vivir. Eso lo hizo aún menos simpático a los ojos de Olivia. Cuando se había tratado de la vida de Alma, él la había rechazado. Ahora que era él quien estaba claramente afectado, tenía ganas de hablar. De todos modos, a ella aún le quedaban algunas preguntas para el jefe de la Oficina de Adopciones. Por eso le dijo con amabilidad:

—No sabía que usted conocía a Stella Großmuth. —Y le dio las gracias por el capuchino. Él se sirvió un café solo con extra de azúcar y no respondió hasta que se hubieron sentado el uno junto al otro en una hilera de sillas de metal duras, dejando entre ambos un espacio desocupado.

—Éramos pareja. Al menos eso creía yo. La amaba de verdad, ¿sabe?

Él miró a su alrededor. No había nadie más esperando ahí.

—¿Eran compañeros de trabajo? —preguntó Olivia.

—No, no, no. Venía a verme a menudo a la oficina. En las últimas

semanas, casi todos los días. —Sonrió con tristeza—. El día en que usted vino a verme, vi desde la ventana que ustedes dos hablaban.

Incómodo, se frotó la mano en la pernera del pantalón, con la otra se llevó el vaso de papel a la boca y sopló en el café.

—Le debo una disculpa. Fui grosero con usted, señora Rauch. ¡Ahora ya sé lo que es estar solo! —Dio el primer sorbo—. De todos modos, no sé si quiero ayudar a Stella. Ella me utilizó.

Olivia asió su café capuchino con las manos y se inclinó un poco hacia él.

—¿Y cómo es eso?

—No soy estúpido. Todas esas cosas que no me dijo y que he sabido ahora por la policía. Su primer matrimonio. Durante un tiempo se llamaba Strachnitz. Quiero decir, ya el mero hecho de estar divorciada. Stella me había dicho que eso era pecado, y ambos compartíamos esos mismos valores. —Se echó a reír, como alguien incapaz de creer en su propia estupidez—. Mi mujer me abandonó y, bueno, no pude hacer nada al respecto.

Olivia, que recordaba las fotos familiares del piso de Wallenfels, asintió.

—Pero ¿anular el matrimonio que contrajimos ante Dios? ¡No! Eso lo he impedido hasta el día de hoy. ¿Acaso no es «hasta que la muerte nos separe»? Más aún para alguien que tiene un hijo, como Stella.

«Roman. Al que maté en el bosque con el cubo de Alma…».

Olivia se estremeció.

—Y luego está Elias —continuó Wallenfels tras beber otro sorbo—. Ella decía que tenía un nieto al que había criado tras la muerte de su madre biológica. Todo mentira.

Ella asintió. Aunque eso había salido a la luz en unas circunstancias tremendas, aquella era la mejor noticia que Olivia podría haber deseado.

De los informes médicos de Valentina se desprendía que la chica del calendario había sido ingresada en un pabellón psiquiátrico gravemente traumatizada tras aquella horrible noche en la casa Waldpfad. Tras el nacimiento de su hija Alma, su estado, ya de por sí malo, empeoró. Sufría una ansiedad extrema que le impedía ocuparse de la recién nacida.

Por un lado, temía ser un peligro para Alma. Por otro, estaba obsesionada con la idea delirante de que Andrea y Stella la secuestrarían en la clínica y que la someterían a los mismos horribles tormentos que ella había sufrido en Lobbeshorn y, años después, en Rabenhammer.

Esa era probablemente, según conjeturó más tarde el doctor Roth, la razón principal por la que Valentina nunca había revelado los apellidos de sus torturadores. En opinión del doctor, antes de Rabenhammer Valentina ya estaba en un estado mental desastroso. Los graves abusos sufridos en la escuela habían sentado las bases de un profundo trastorno de la personalidad. Pero, sobre todo, no había podido superar la muerte de su primer hijo. Las pesquisas efectuadas en el centro de maternidad indicado por Valentina con posterioridad revelaron que, en efecto, allí había nacido un niño muerto durante el periodo en cuestión. Una prostituta rumana de nombre Sofia había perdido a su hijo por el descuido de una comadrona. La desdichada madre, que había sido atraída a Alemania con falsas promesas por parte de traficantes de personas, había recibido por su silencio una buena cantidad de dinero que le permitió regresar a casa. A cambio, aceptó reconocer sobre el papel otro hijo recién nacido que no era el suyo, pero que, a partir de entonces, llevaría su apellido: Tudor. El nombre de pila: ¡Elias!

Nada de esto constaba en los expedientes de adopción ni en los informes del hospital. El propio Elias había dado con la comadrona, ahora ya muy anciana, quien, al parecer, quiso tranquilizar su

conciencia confesando que debería haber ordenado la hospitalización del bebé de Sofia por el cordón umbilical que tenía alrededor del cuello. Con todo, la comadrona afirmaba no haber tenido nada que ver con el posterior encubrimiento y entrega de Elias a Stella. Entretanto, una prueba de ADN realizada había aportado la certeza definitiva. Elias y la chica del calendario tenían parentesco sanguíneo. El alumno de Olivia era hijo de Valentina Rogall y de su padre, Ole, desaparecido once años atrás.

—¿Ha dicho usted que se sintió utilizado? —preguntó Olivia, pensando en el expediente de adopción censurado que poco después de su visita Wallenfels se había enviado a sí mismo por correo electrónico.

—Ella solo quería estar cerca de mí para llegar a usted, señora Rauch. Echar mano a su expediente, que era lo que le interesaba. Un documento que yo debía conseguirle porque, al parecer, su nieto hacía una tesis doctoral sobre leyendas modernas. Ahora creo que Stella simplemente tenía miedo.

—¿De qué?

—De que usted empezara a hacer averiguaciones que pudieran poner en peligro al hijo biológico. Al fin y al cabo, Valentina era un testigo viviente que Roman pasaría por el cuchillo si alguna vez se presentaba ante la opinión pública y renunciaba así a su protección como víctima.

Entonces Olivia también bebió un sorbo. Aunque el capuchino estaba tibio, sabía sorprendentemente bien.

—Stella se creó una especie de sistema de alerta temprana. Colándose en mi vida y en mi cama. Debería haberme dado cuenta de que algo iba mal cuando ella se negó a llamar a la policía.

—No lo entiendo.

Él negó con la cabeza.

—Vamos, al menos seamos honestos el uno con el otro. Sé que

estuvo allí. Esa noche, en mi piso. Con Elias.

Ella asintió. Negarlo no tenía sentido si quería que Wallenfels siguiera hablando con ella.

Tal vez incluso había sido fotografiada con alguna cámara oculta en esa casa protegida con alarma. La cuestión era, de hecho, por qué él nunca lo denunció a la policía.

—Elias pensó que había muerto.

Wallenfels se echó a reír.

—Stella también. Tengo la tensión muy alta y siempre me olvido de tomar las pastillas. De vez en cuando la cosa va mal y algo me estalla en la nariz. Normalmente es tan grave que debo ir al hospital a que me sellen el aneurisma.

—¿Y por eso estaba usted tumbado en la cama cubierto de sangre?

Él esperó a que una doctora pasara rápidamente por la sala de espera y dijo:

—Me hice el muerto. Tenía ganas de pasar una noche bonita con Stella. Estábamos en la cama, desnudos. La alarma no estaba puesta, y de repente oímos a alguien entrar. Yo me asusté demasiado para salir corriendo. Stella, en cambio, corrió al baño.

Wallenfels contemplaba fijamente su café vacío, como si en el fondo de aquel vaso estuviera aún el recuerdo de esa noche.

—Me quedé como paralizado. Solo salí tras ella cuando su doctorando se hubo marchado de nuevo. Yo entonces quise avisar a la policía. Pero Stella me pidió que no lo hiciera, que me escapara con ella por la escalera de incendios hasta su coche bajo aquel frío glacial. Maldita sea, en ese momento aquello me pareció, de algún modo, emocionante. Hoy sé que ella había reconocido a Elias. No quería policía. Fue por ella que yo tampoco presenté cargos.

—Mmm.

—¿No me cree?

—Sí, sí, claro.

«A medias».

En efecto, eso explicaba muchas cosas. Por qué Elias creyó que Wallenfels había sido apuñalado en su cama. Por qué no había nadie en el piso cuando Olivia llegó. La voz de mujer que Elias había oído. Por qué el jefe de la Oficina de Adopciones había vuelto al trabajo al día siguiente. Que no hubiera denuncia.

«Solo una cosa…».

—Stella nos siguió —dijo Olivia apurando ahora la bebida—. A mí y a Elias. ¿Cómo lo hizo?

—¿Tal vez lo localizó por el móvil? ¿O tal vez puso uno de esos chips en su chaqueta, de esos que yo pongo en la maleta cuando me voy de vacaciones, para asegurarme de que no se pierda? No lo sé, no lo sé.

«Tal vez». Pero ¿por qué entonces Stella se había precipitado contra ellos en el apartadero y había embestido su coche?

—Puede que el ataque solo fuera dirigido a mí, pero Elias también estaba en la zona de peligro —reflexionó ella tras explicarle a Wallenfels las circunstancias del atropello—. Debería haber contado con que también atropellaría a Elias.

Wallenfels frunció los labios.

—Hum. Esto a mí me parece más algo accidental que intencionado. Stella era creyente. Puede que se equivocara en muchas cosas, pero nunca vulneraría el quinto mandamiento. Y, menos aún, mataría a alguien que ella misma había criado, aunque, por las historias que me contó Stella, ella y Elias nunca llegaron realmente a congeniar.

«Yo estoy completamente convencida de ello».

Elias no solo era una persona de altas capacidades, sino que además era extraordinariamente sensible. Stella y él no solo no

estaban en la misma onda, sino que pertenecían a universos distintos.

—No, no —dijo Wallenfels cada vez más seguro—. Me da que eso se debe a las desastrosas habilidades de Stella al volante. Es una conductora desastrosa. —Wallenfels hizo un ademán con la cabeza en dirección a la unidad de cuidados intensivos como diciendo: «Basta con que le eche un vistazo ahí dentro»—. Sobre todo cuando está nerviosa. Entonces es capaz de confundir el acelerador con el freno.

Olivia suspiró, no estaba convencida.

—Pero había introducido Rabenhammer como dirección en el GPS del coche.

—Viajaba allí con regularidad. Era la única cosa fija. Me decía siempre que iba a visitar a su madre, a la que cuidaba. Ahora sé que su hijo trabajaba allí.

«Y asesinaba…».

Wallenfels se levantó y llevó su vaso a una papelera junto a la máquina expendedora. Olivia hizo lo mismo.

Cuando volvieron a darse la mano para despedirse, él se la apretó con menos fuerza que cuando se habían saludado. Ella abrió la boca, y estuvo a punto de decirle algo a ese hombre fuerte por fuera, pero roto por dentro.

Le pareció que las explicaciones eran demasiado evidentes. Demasiado sencillas. Al final, decidió no hacerlo. Olivia dejó ir a Wallenfels sin señalarle más contradicciones. Era evidente. Se sentía maltratado y traicionado, pero no quería que el recuerdo que tenía de Stella se destruyera por completo. Al describir a su amante como una mujer temerosa de Dios y de principios, que mentía, pero no mataba, la rememoraba de un modo poco adecuado.

Olivia lo vio doblar la esquina sin volverse y comprendió que Wallenfels no lo hacía para glorificar a Stella. Lo que quería era dejar

de odiarse aún más por haberse enamorado de alguien tan pérfido como esa mujer. Por mucho que él se mintiera a sí mismo, Olivia sabía que el jefe de la Oficina de Adopciones había compartido cama con una asesina. Aunque Stella no había asestado a Valentina el golpe mortal definitivo, había contribuido a ponerle la soga al cuello. Como muy tarde, el día que le arrebató el bebé. Además, entretanto Elias había descubierto que el mensaje directo en el canal de TikTok de Alma había sido enviado desde el ordenador de la Oficina de Adopciones. Desde el puesto de Wallenfels. Como muy probablemente todos los demás comentarios en las redes sociales que habían hecho que Olivia se lanzara a la búsqueda de la chica del calendario. Por todo lo que Wallenfels le había contado a Olivia, probablemente Stella lo había escrito, y solo podía haber una razón para ello: Elias y Wallenfels no eran un sistema de alerta temprana hábilmente colocado, ¡habían sido herramientas ejecutoras!

«Tengo ayudantes. Personas que, sabiéndolo o sin saberlo, se han colado en su círculo íntimo…».

Es posible que al final todo fuera un plan de Roman Strachnitz. Sin embargo, ella no se creía que aquel narcisista estuviera solo interesado en su madre. Olivia creía que él deseaba vengarse de Valentina con la misma urgencia y que, sin duda, la culpaba del corte en el cuello y de su miserable existencia en aquel pueblo dejado de la mano de Dios. Sea como fuese, su madre le ayudó a llevar a cabo el plan asesino. Le apoyó en su búsqueda de la chica del calendario; provocó a Olivia insultándola en las redes sociales; publicó una foto de la casa Waldpfad fuera de contexto. Al final, ella fue a por Alma. Le reveló que era adoptada, tal vez con la intención de que la joven también fuera en busca de su madre biológica. A través del mensaje de un remitente cuyo apodo toda la familia aborrecía. Elias le había confirmado que su «abuela» le había incitado a analizar de cerca los comentarios de odio escritos sobre su

profesora. Olivia le creía cuando él afirmaba que solo había querido ayudarla y no había sabido que en este asunto se habían aprovechado de él.

Para no dejar nada al azar, al final, Stella en persona frente a la Oficina de Adopciones le había dado el dato definitivo sobre la chica del calendario. Para que Olivia removiera el avispero y diera con Valentina. En su escondite, del que saldría para caer en los brazos asesinos de Roman Strachnitz.

«Algo que, por desgracia, al final consiguió», pensó Olivia, que miró su reloj. Faltaba poco para las dos de la tarde.

«¡Maldita sea!». No se había fijado en la hora.

Se apresuró hacia los ascensores.

En cualquier momento se sabría.

Apenas unos pocos minutos.

Entonces se conocería el dictamen.

Sobre la vida y la muerte.

79

Salió al frío aire de enero. Para variar, no llovía, aunque daba la impresión de que en unos instantes iba a diluviar.

El Park-Klinikum a Olivia siempre le había parecido como una pequeña ciudad autosuficiente. Con calles y manzanas de casas, e incluso una zona de paseo en la que, a diferencia de la Ku'damm, no se sucedían boutiques y restaurantes, sino departamentos como oncología, psiquiatría, un centro oftalmológico o urgencias. Con calles en sentido único que rodeaban una isla central. Allí estaban sentados en un banco Julian y Alma.

Su marido con la espalda erguida, su hija acurrucada contra él.

Olivia sonrió al acercarse a esa imagen que en otros momentos había sido muy familiar y que tanto añoró durante un tiempo.

Sin que ellos se percataran, se acercó al banco con las manos unidas como en oración.

«¡Por favor, si hay alguien ahí fuera más poderoso que yo, haz que al menos no pierda a Alma!».

Puede que eso fuera una sorpresa para alguien de fuera, sobre todo después de lo que Olivia había vivido en las últimas semanas, pero nada había cambiado en su fe.

No importaba lo que los periódicos hubieran escrito sobre ella. No importaba lo que algunos pensaran de ella en internet y probablemente también en la vida real: ella era científica. Pero era creyente. Y eso no lo cambiarían las ideas equivocadas de algunos psicópatas, que creían tener el derecho a torturar, atormentar o matar en nombre de poderes que adoraban.

Tal vez su fe no se correspondía con la que se podía encontrar en algún escrito antiguo. De hecho, se derivaba de haber llegado a la

comprensión lógica de que ni siquiera a los ateos les era imposible no creer. Podían rechazar todo lo inexplicable previo al big bang e imaginar un sueño infinito y oscuro tras la muerte. Pero, al hacerlo, creían en algo, aunque paradójicamente ese algo fuera la nada.

Olivia, que en los últimos tiempos había reflexionado con más intensidad sobre estas cuestiones, creía en las posibilidades.

Las posibilidades que se le daban en la vida para realizarse. Unas posibilidades, escasas tal vez, pero no descartables de forma definitiva, de poder seguir incluso después de la muerte.

Estaba a pocos pasos del banco cuando Julian se levantó y se alejó sin darse la vuelta. A Olivia le dolió ver lo inseguro que andaba.

—¿Adónde va? —preguntó a Alma sentándose a su lado.

—Él dice que al baño —soltó una risita—, pero creo que quiere fumar a escondidas.

—Chivatilla… —Olivia sonrió a su hija. «Que le aproveche».

¿Cómo era lo que se decía en medicina paliativa? A la vida no hay que darle más días, sino que a los días hay que darles más vida.

Probablemente él solo tenía miedo de la llamada que iba a llegar en cualquier momento.

«Como yo».

Asió la mano de Alma. Evitó la manida frase de «todo irá bien» y dio un respingo cuando oyó la voz a sus espaldas.

—¿Me estáis esperando? —preguntó Elias, que se había acercado silenciosamente detrás de ellas calzado con sus Crocs.

Ambas se volvieron hacia él, lo miraron, pero no se levantaron.

Olivia vio el sobre que llevaba en la mano y notó que el corazón se le detenía un instante, para luego empezar a latir el doble de rápido.

—¿Esto es lo que creo que es?

Elias asintió.

—El doctor Roth ha metido prisa a los del laboratorio. Aquí están los resultados.

La tipificación confirmatoria. La determinación del tipaje HLA. Ahora Elias tenía la respuesta a la importantísima pregunta de si podía ser un donante de células madre adecuado para Alma.

«Un dictamen sobre la vida y la muerte».

Estaba escrita en unas pocas líneas muy apretadas, la mayoría de las cuales solo eran comprensibles para un profesional de la medicina.

—¿Lo has abierto? —preguntó Olivia con voz ronca.

Alma, a su lado, se había quedado muy quieta. Estaba rígida. Elias sacudió la cabeza y se rascó la nuca, como siempre que se sentía muy nervioso.

Ella se levantó.

Era un hecho absolutamente inusual enviar los resultados al donante por escrito. Roth había hablado de una llamada telefónica.

¿Era buena o mala señal que se los hubiera entregado directamente a Elias? Podía ser que no fueran del director del hospital, sino que su estudiante hubiera vuelto a jaquear el ordenador. «Da igual».

Elias volvió a rascarse y se sentó junto a Alma, en el lugar de donde Olivia acababa de levantarse.

Después de que ella se lo indicara con un gesto, él lo hizo. Abrió el sobre.

Olivia no pudo evitarlo. Se colocó de pie detrás de Elias y de su hija, para así tener mejor vista de los resultados. Las notas del examen más duro al que se había sometido en su vida. Pero no fue capaz de hacerlo. No miró.

«Veinticinco por ciento», pensó mientras levantaba la mirada hacia la copa desnuda de un árbol de la avenida.

Elias y Alma tenían la misma madre y el mismo padre. No se parecían en nada y tenían una personalidad mucho más distinta de lo que era de esperar, incluso entre hermanos con esa diferencia de

edad. En todo caso, cada uno había recibido el cincuenta por ciento de sus genes de los mismos padres. Esto significaba que la probabilidad de que Elias fuera un donante potencial era del veinticinco por ciento.

«No es un mal porcentaje», se dijo. En una lotería, uno de cada cuatro números ganaría.

«Una posibilidad realmente buena», pensó, y entonces se obligó a mirar. Por encima de la cabeza de Alma, que apretaba la mano de su hermano con tanta fuerza que sus nudillos se estaban volviendo blancos. Olivia se quedó mirando el papel que él sostenía en las manos, cuyo contenido no podía descifrar a causa de las lágrimas que le anegaban los ojos, y sin dejar de pensar en el veinticinco por ciento.

Y en que creía en las posibilidades y que esta creencia era firme e irrefutable e iba en aumento más y más al contemplar primero el rostro de Elias y luego el de Alma.

Ambos lloraban.

Ambos sonreían.

Sobre la novela y agradecimientos

08/04/2024, 16.25 h

Mucha gente conoce esa expresión inglesa que dice *Truth is stranger than fiction*. Traducido libremente: la realidad supera con creces cualquier locura que puedan imaginarse los escritores. Para demostrar esta tesis, en las presentaciones de mis libros suelo contar la historia de ese asesino que no puso el franqueo suficiente para su paquete bomba. El paquete entonces fue devuelto al remitente y el asesino, despistado se dijo: «Oh, vaya, ¿qué habrá aquí dentro?», lo abrió y… ¡pum! Fin de la historia. ¡Esto no es solo la realidad superando a la ficción, sino «superando a Fitzek»!

Jamás podría escribir algo así en una novela. Si lo hiciera, entendería perfectamente que se me enviara un correo electrónico furibundo titulado «¿Se te ha ido la olla? ¡Menuda exageración!». Ningún criminal en el mundo sería tan estúpido como para escribir su propia dirección como remitente. Bueno, pues ocurrió. Basta buscar en Google «paquete bomba» y «Premio Darwin».

De todos modos, otra cosa que he aprendido durante mis años dedicado a la escritura y la documentación es que no todas las historias son ciertas por el mero hecho de ser increíbles. Por ejemplo, la llamada de la pizza del primer capítulo. Di por casualidad con una entrevista a un policía estadounidense que explicaba que en una ocasión respondió a una llamada como esa. Yo me lo tragué. Posteriormente supe que, al parecer, esa llamada al 911 había aparecido en un anuncio que se pasó durante la celebración de la Super Bowl. Entonces ¿eso es simplemente una leyenda moderna que ha cobrado vida propia? Cuanto más avanzaba en mi investigación, más dudas me asaltaban. Y, al mismo tiempo, cada

vez veía más claro que quería empezar la novela con esta anécdota que gira en torno a leyendas rurales y urbanas. ¿Es posible que con «La chica del calendario» haya incorporado una historia más al acervo de cuentos modernos? Al fin y al cabo, en esta novela he descubierto el «auténtico» trasfondo de la llamada de la pizza a la Central de Emergencias.

A menudo me preguntan por qué la gente disfruta tanto leyendo, escuchando o viendo historias de miedo. ¡El mundo está repleto de espantos auténticos! En este libro se aborda una respuesta posible (de las muchas): porque en la realidad el horror, a diferencia del de ficción, suele ser azaroso. Y odiamos el azar.

Con azaroso quiero decir que le puede pasar a cualquiera. Incluso a mí. Un asesino en serie con fijación en buzos de alcantarillas pelirrojos de dos metros de altura es algo espeluznante, pero a muy poca gente se preocupará por encajar en el perfil de víctima. Eso no ocurre en el caso de un tiroteo en un centro comercial, un accidente aéreo o un atentado. Leemos u oímos hablar de estos terribles sucesos y nos quedamos perplejos. Nos preguntamos por qué y no hallamos respuestas en nuestra prensa hecha a base de titulares breves. Nos quedamos solos con el temor de si ese horror puede volver a repetirse y de si incluso nosotros mismos podríamos convertirnos en una víctima la próxima vez. El azar resulta mucho más amenazador que una secuencia planificada. Por eso no lo soportamos. En las historias de ficción, tiramos el libro si al final el inspector Azar aparece y resuelve el caso. En la vida real nos gustaría, cómo no, poder rechazar el azar. Eso lo hace mucha gente, sobre todo cuando el suceso es demasiado monstruoso o nos falta información. Entonces nuestro cerebro racional crea sus propios hechos, su propia verdad.

Ya sea Lady Di, la COVID, el 11 de septiembre o el vuelo 370 de Malaysia Airlines…, cuando creemos no conocer toda la historia por

completo, nuestro cerebro se inventa una. Y siempre es negativa. Es lo que tienen en común las teorías de la conspiración y las leyendas modernas. Revelan conexiones aparentes que otros pasan por alto en sucesos supuestamente casuales. Por eso nos gusta tanto oírlas y contarlas. Porque la historia inventada siempre nos da una respuesta, aunque a veces sea una que no queramos oír.

Como ya he explicado, a menudo me cuesta ver la diferencia entre una mentira creíble y una verdad increíble. También incluso en mis propias novelas. Sí, lo sé, eso resulta confuso. Intentaré explicarlo con un ejemplo. A veces me imagino alguna cosa, y mis editoras me dicen: «Oh, no, no puedes poner eso, eso nadie se lo va a creer». Como no podía ser de otro modo, yo (que soy megalómano) lo dejo y luego entre mi correo electrónico me encuentro algunos mensajes con el asunto «¿Se te ha ido la olla? ¡Menuda exageración!», así como también una carta que empieza diciendo: «Estimado señor Fitzek, no se lo va a creer, pero eso que describe usted aquí es exactamente lo que ocurrió».

La primera vez que me pasó algo así fue con mi tercer thriller psicológico *El retorno*, donde convertí los tablones de anuncios de las salidas de los supermercados, ahí donde la gente ofrece clases de repaso o de piano con notas arrancables, en canales de comunicación de una organización criminal de pedófilos. Yo creía que me lo había inventado. Pero un comisario de Suiza me escribió para decirme que eso había ocurrido en su cantón.

En el caso de *La chica del calendario*, en principio estoy seguro de que buena parte de la historia es inventada. Pero no del todo. Por ejemplo, en algunas localidades de Alemania existe la tradición del calendario viviente de Adviento. Quizá yo debería probarlo alguna vez. De todos modos, sospecho que ningún vecino se pasaría por mi casa si pusiera una vela en la ventana. De algún modo, mi reputación me precede. Hace poco oí a una madre decirle a su hijo:

«Para, no toques ese timbre. ¡Aquí vive Fitzek!». Y el niño respondió: «Uh, no. Mejor no». Era Halloween y el niño llevaba una máscara de *Scream*. Yo, zapatillas de andar por casa.

Lejos de ser una historia inventada, la amarga verdad es que en Alemania todavía hay muy pocos donantes de células madre. Por eso quiero aprovechar esta oportunidad para hacer un sincero llamamiento: ¡haga como yo, regístrese como donante! Puede salvar vidas. Su médico le informará de cómo hacerlo: es un proceso sencillo y completamente indoloro.

Bueno, y ahora nos dedicaremos a quienes sufren afán de notoriedad y buscan desesperadamente ver su nombre al final del libro. Vamos a pasar a los agradecimientos.

Como siempre, aquí no quiero limitarme a enumerar nombres, la mayoría de los cuales son desconocidos para el lector. En consonancia con el tema y el título del libro, he pensado en importunarles con mis frases de calendario favoritas. Cada una tiene que ver con las personas que me han ayudado de forma decisiva en la creación de este thriller. Empezaré con una cita de Jean Paul:

«Los libros son cartas voluminosas para los amigos».

He disfrutado enormemente con cada página de esta «carta» para usted, y espero haberle podido devolver algo por el tiempo que nos ha dedicado a mí y a la chica del calendario (¡algo que nunca podré agradecerle lo suficiente!). Puede que no haya sido mucho rato si, por ejemplo, es de esos que de los libros solo leen los agradecimientos. Este tipo de lectores también existe. (Por cierto, los prefiero a ese lector que una vez me dijo que, por principio, arrancaba siempre la página que había leído para saber dónde se había quedado sin tener que perder mucho rato hojeando el libro).

«No hay amor que dure años. Solo hay un amor
que dura un momento con una frecuencia infinita».

Si con esta cita (ligeramente modificada, del legendario y hermoso discurso de boda de mi hermano) no pensara en mi maravillosa esposa Linda, tendría algo más que un problema matrimonial. La mayoría de los escritores que conozco agradecen a su media naranja que les cubra las espaldas. En mi caso, he descubierto en ella además una fuente inagotable de imaginación a la que puedo recurrir cada vez que me atasco escribiendo. Queridísima Linda: Que nuestro amor dure miles y miles de momentos más. (Prometo asimismo limitar aquellos en que me pego a ti como un hostigador, mientras lees el primer borrador, para adivinar por tu expresión en qué párrafo estás y qué te parece todo).

La leyenda del baloncesto Michael Jordan dijo en una ocasión:

«He fallado más de 9.000 lanzamientos en mi carrera.
He perdido casi 300 partidos. 26 veces me han confiado
el tiro ganador del partido y lo he fallado.
He cometido errores una y otra vez en mi vida.
Y por eso tengo éxito».

Cuando oigo esta cita me vienen a la cabeza dos nombres: Carolin Graehl y Regine Weisbrod, mi fantástico dúo de editoras. He cometido 9.000 faltas de ortografía. También en esta ocasión he recibido 300 preguntas de comprensión al margen. 26 veces soñé por la noche un giro argumental brillante y fui incapaz de recordarlo a la mañana siguiente. He cometido errores una y otra vez, ¡y os agradezco que los hayáis encontrado casi todos! (Siempre dejo algunos para los profesores veteranos que me leen. A propósito, claro).

«Trabaja con pocos
pero que sean los mejores».

Este consejo se aplica al ciento diez por ciento a mi amiga, socia y gestora Manuela Raschke, que no solo es mejor que yo en su campo (algo que no sería una gran hazaña en cualquier cosa que tuviera que ver con números), sino que además es insuperable en su trabajo. De hecho, tengo la suerte de contar con la ayuda del Equipo A: Sally Raschke, Barbara Herrmann, Achim Behrend, Micha y Ela Jahn, Franz Xaver Riebel, Jörn «Stolli» Stollmann y Luisa Bredlow.

Los pocos y los mejores se aplica también, por supuesto, a «mi» editorial. (Bueno, todavía no lo es, pero estoy en ello). Llegados a este punto, me gustaría añadir otra frase de calendario:

«Tómate en serio lo que haces,
pero no te tomes muy en serio a ti mismo».

Cuando firmo libros y alguien me pide que le escriba mi lema personal, uso esta cita (solo descifrable en casos contados por mi mala letra). Tengo la suerte de que en Droemer Knaur haya tanta gente trabajando según este lema, como: Josef Röckl, Steffen Haselbach, Antje Buhl, Katharina Ilgen, Monika Neudeck, Isabelle Breuzard, Nicole Müller, Ellen Heidenreich, Daniela Meyer y Doris Janhsen.

Me gustaría dar las gracias al gurú del fitness Karl «Kalle» Raschke por asegurarse de que entre capítulo y capítulo yo no me quede paralizado en mi escritorio con un ataque de lumbago. En una adaptación libre de una frase de Sebastian Kneipp suele decir:

«El tiempo que hoy ahorres en salud es el tiempo
que tendrás que sacrificar más adelante por tu enfermedad».

Bueno, considerando la postura con la que avanzo cada mañana de la cama al baño, debo admitir que en el pasado mi gestión del tiempo en este sentido debería haber sido un poco mejor.

«Si tienes prisa, da un rodeo».

Este proverbio japonés le viene como anillo al dedo a mi amigo y compañero Christian Meyer, que no pierde los nervios ni siquiera en un atasco monumental en la autopista A2. Gracias a él no me he perdido ni un solo evento, ni siquiera el estreno teatral de *Pasajero 23* en Renania del Norte-Westfalia, donde tuvimos que hacer una parada en urgencias. De pronto sintió unos cólicos tremendos que resultaron ser el síntoma de una apendicitis. Traté de convencer a Christian con todas mis dotes de persuasión, pero el muy testarudo no cedió y me acompañó en coche hasta el estreno en lugar de dejar que yo mismo lo operara de inmediato en un área de servicio.

«Quien espera a hacerlo todo por todos en vez de algo por uno, al final acaba no haciendo nada por nadie».

Asocio esta cita con mi amiga y relaciones públicas Sabrina Rabow, que se ha convertido en toda una institución en el mundo de las relaciones públicas editoriales. No solo se dedica a su trabajo con gran profesionalidad, sino que aprovecha cualquier oportunidad para convertir sus acciones en algo bueno y sostenible. Además, con el nombre de su perro (se llama Ole) me proporcionó una bonita inspiración para el libro.

«Todo el mundo es un crítico. Solo algunos son mentores.
Averigua qué tipo de personas tienes a tu alrededor.
¡Y solo escucha a estas últimas!».

En este sentido, siempre escucho a mi agente literario Roman

Hocke, que nunca se coloca en el centro del escenario. Él y su simpático equipo de AVA International, formado por Markus Michalek, Claudia von Hornstein y Cornelia Petersen-Laux, se preocupan siempre por los autores y autoras y su obra. Estoy profundamente en deuda con ellos y con Roman. (Aunque me sentiría todavía más agradecido si renunciara a su participación del quince por ciento en beneficio de Fitzek).

«No hay personas completamente sanas.
Solo algunas mal examinadas».

Esto es cierto para cualquier paciente mayor de cincuenta años que haya visitado alguna vez a un traumatólogo. O a alguien con tantos conocimientos médicos como mi cuñada Sabine (que escribe unos thriller*s* médicos que merece la pena leer) y mi hermano Clemens. Como tantas veces, les estoy muy agradecido por sus indicaciones médicas.

«Una letra puede cambiar una palabra.
Una frase, toda una vida».

Si eso es cierto, ¿hasta qué punto los libros pueden cambian la vida? ¡Qué importantes son las personas que nos los ponen en las manos! Los libreros y libreras y todos los que trabajan en bibliotecas u organizan lecturas y festivales. Estoy seguro de que no soy el único en darles las gracias, sino que me acompañan todas las personas que leen, escuchan y aman los libros. (¿Acaso hay alguien que no lo haga?)

«Quien solo hace lo que puede,
seguirá siendo siempre lo que es».

Estoy infinitamente agradecido de que en mi vida haya personas

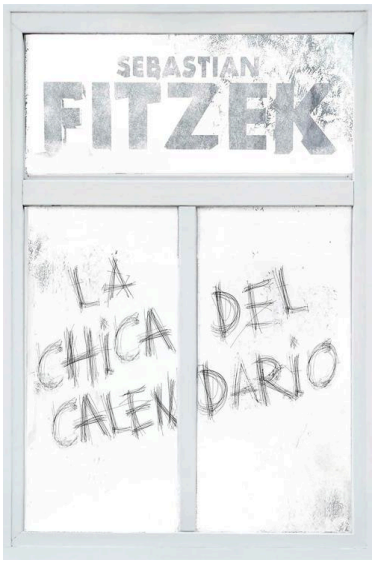
inspiradoras que, como yo, creen que la vida es demasiado corta incluso para que un zapatero se atenga siempre a su horma. Personas a quienes la frase «Siempre se ha hecho así» les provoca primero una urticaria y luego el impulso de buscar nuevos caminos. Y eso independientemente de si uno es un bisoño inexperto como Michael Treutler o una octogenaria como Regina Ziegler. (Lamento haberme perdido tu espectacular fiesta de cumpleaños, pero por suerte lo celebramos como es debido con anterioridad).

Quisiera terminar estos agradecimientos con mi cita favorita, escrita hace más de ciento veinte años por el escritor y sacerdote escocés Ian Maclaren:

«Todo el mundo libra una batalla interior de la que tú no sabes nada. Sé amable. ¡Con todos!».

En este sentido,
Tuyo, Suyo, Vuestro
Sebastian
11/04/2024, 15.21 h

¿Qué pasa cuando la muerte es tu única oportunidad para sobrevivir?



Olivia Rauch está desesperada. Su hija adoptiva, Alma, que solo tiene once años, necesita un donante de médula con urgencia. Cuando Olivia se pone en contacto con la agencia de adopción, le dicen que el expediente es confidencial e incluye una nota que avisa de que una fuga de datos pondría en peligro la vida de la madre. A la salida del centro, una mujer le habla de «la chica del calendario», una leyenda urbana sobre una muchacha que se retiró a vivir en una cabaña perdida en el bosque, donde una vela alumbraba la ventana de la cocina noche y día. Olivia se embarca en una carrera contrarreloj para encontrar a los padres de Alma y desentrañar la conexión entre dicho mito y su hija.

El suspense más oscuro, estresante y estremecedor del autor de thriller psicológico n.º 1 en Alemania.

Casi 1.000.000 de ejemplares vendidos.

Sebastian Fitzek (1971) estudió Derecho y, antes de dedicarse a escribir, trabajó como periodista, editor y director de programación para varias emisoras de radio.deradio. Es el autor de thriller de mayor éxito en Alemania, con más de 20.000.000 de ejemplares vendidos en 36 países y más de 1.000.000 de audiolibros. Varias de sus obras se han llevado al cine y se han convertido en series para la televisión.

Como todos mis libros, este se ha escrito
sin IA y sin la ayuda oculta de otros escritores.
Es una locura vivir en una época en la que eso no
se da por sentado.
SEBASTIAN FITZEK



Título original: *Das Kalendermädchen*

Primera edición: septiembre de 2025

© 2024, Verlagsgruppe Droemer Knaur GmbH & Co. KG, Múnich, Alemania
www.sebastianfitzek.de Publicado por acuerdo con AVA International GmbH, Alemania.
www.ava-international.de
© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2025, Marta Mabres Vicens, por la traducción

Diseño de portada: Inspirado en la cubierta original / Penguin Random House Grupo Editorial
Imágenes de portada: composición fotográfica a partir de imágenes de © Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-666-6916-0

Compuesto en www.voringran.com

Facebook: penguinebooks
X: @penguinlibros
Instagram: @edicionesb_es
Spotify: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



penguinlibros.club





[1] «Estamos solos solos. Solos solos». El autor hace referencia a «Allein allein», canción de Polarkreis 18 que fue un éxito en Alemania en 2008. *(N. de la T.).*

[2]*Klein*, en alemán, significa «pequeño». *(N. de la T.)*.

Índice

La chica del calendario

- Capítulo 1. Registro de llamada de emergencia
- Capítulo 2. Rabenhammer, Tannensteig 18
- Capítulo 3. Samira
- Capítulo 4. Strachnitz
- Capítulo 5. Olivia
- Capítulo 6. Wallenfels
- Capítulo 7. Internado del castillo de Lobbeshorn: Valentina
- Capítulo 8. Olivia
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13. Rabenhammer Bosque de Franconia, Baviera: Valentina
- Capítulo 14. Olivia
- Capítulo 15. Casa Waldpfad, Baviera: Valentina
- Capítulo 16. Julian
- Capítulo 17. Casa Waldpfad: Valentina

Capítulo 18. Olivia

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21. Casa Waldpfad: Valentina

Capítulo 22

Capítulo 23. Olivia

Capítulo 24. Casa Waldpfad: Valentina

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29. Olivia

Capítulo 30

Capítulo 31. Casa Waldpfad: Valentina

Capítulo 32

Capítulo 33. Castillo de Lobbeshorn

Capítulo 34. Casa Waldpfad: Valentina

Capítulo 35. Olivia

Capítulo 36

Capítulo 37. Casa Waldpfad: Valentina

Capítulo 38

Capítulo 39. Olivia

Capítulo 40

Capítulo 41. Casa Waldpfad: Valentina

Capítulo 42. Olivia

Capítulo 43

Capítulo 44. Casa Waldpfad: Valentina

Capítulo 45

Capítulo 46. Lobbeshorn: Valentina

Capítulo 47. Olivia

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51. Casa Waldpfad: Valentina

Capítulo 52. Olivia

Capítulo 53

Capítulo 54. Casa Waldpfad: Valentina

Capítulo 55. Olivia

Capítulo 56

Capítulo 57. Valentina

Capítulo 58. Olivia

Capítulo 59. Andrea

Capítulo 60. Olivia

Capítulo 61

Capítulo 62

Capítulo 63

Capítulo 64

Capítulo 65

Capítulo 66

Capítulo 67. Andrea

Capítulo 68. Olivia

Capítulo 69

Capítulo 70

Capítulo 71

Capítulo 72

Capítulo 73

Capítulo 74

Capítulo 75

Capítulo 76. Cerca de Lobbeshorn: Stella

Capítulo 77. Olivia

Capítulo 78

Capítulo 79

Sobre la novela y agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Sebastian Fitzek

Créditos

Notas